



# EL MAR INFINITO

RICK YANCEY





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Después de la quinta ola... los Otros buscan supervivientes en el mar infinito.

Cassie Sullivan y sus compañeros han sobrevivido a las cuatro olas de destrucción de los Otros. Ahora, con la raza humana prácticamente exterminada y la quinta ola arrasándolo todo, se enfrentan a una elección: esperar a Evan Walker o huir en búsqueda de otros supervivientes antes de que el enemigo los alcance. Consumidos, pero no derrotados. Acosados, pero no sometidos. Esta guerra ha dejado de ser de humanos contra alienígenas. Es la lucha de la esperanza contra la desolación. De la fe contra el miedo. Del amor contra el odio. Y la humanidad es el campo de batalla.

Saben cómo piensas. Saben cómo matarte. Creen que no tienes ninguna oportunidad. Pero no saben... que no estás solo.

**L**  **LIBROS**

Rick Yancey

**El mar infinito**  
**La quinta ola - 2**

PARA SANDY, GUARDIANA DEL INFINITO

Mi generosidad es tan inagotable como el mar, y mi amor, tan profundo; cuanto más te doy, más tengo, ya que ambos son infinitos.

WILLIAM SHAKESPEARE

## EL TRIGO

No habría cosecha.

Las lluvias de la primavera despertaron los brotes dormidos, y unas yemas de color verde reluciente nacieron de la tierra mojada y se levantaron como quien se estira tras una larga siesta. Cuando la primavera dio paso al verano, las cañas de color verde reluciente se oscurecieron, broncearon y volvieron marrón dorado. Los días se alargaron y caldearon. Densas torres de turbulentas nubes negras trajeron la lluvia, y los tallos marrones brillaban en la penumbra perpetua que moraba bajo la bóveda. El trigo creció y las espigas maduras se inclinaron ante el viento de la pradera como una cortina ondulada, como un interminable mar encrespado que se extendía hacia el horizonte.

Cuando llegó la cosecha, no había granjeros para arrancar las espigas de los tallos, restregarlas entre sus manos callosas y separar el grano de la paja. No había cosechador que masticara los granos y disfrutara del crujido de la delicada piel entre sus dientes. El granjero había muerto a causa de la plaga, y lo que quedaba de su familia había huido a la ciudad más cercana, donde ellos también habían sucumbido, sumándose así a los miles de millones que habían perecido en la tercera ola. La vieja casa construida por el abuelo del granjero era ahora una isla desierta rodeada de un infinito mar marrón. Los días se acortaron y las noches se enfriaron, y el trigo crepitaba mecido por el viento seco.

El trigo había sobrevivido al granizo y a los relámpagos de las tormentas de verano, pero nada lo salvaría del frío. Cuando los refugiados se ocultaron en la vieja casa, el trigo estaba muerto, asesinado por el puño de hierro de una gran helada.

Cinco hombres y dos mujeres que no se conocían antes de aquella última temporada de cultivo, y que ahora estaban unidos por la promesa implícita de que cualquiera de ellos era más importante que la suma de todos.

Los hombres se turnaban para vigilar en el porche. Durante el día, el cielo sin nubes era de un reluciente azul pulido y el sol, que avanzaba bajo por el horizonte, pintaba el marrón apagado del trigo de un dorado luminoso. Las noches no eran amables, sino que parecían caer con rabia sobre la tierra, y la luz de las estrellas transformaba el marrón dorado del trigo en el color de la plata pulida.

El mundo mecanizado había muerto. Los terremotos y tsunamis habían arrasado las costas. La plaga había devorado a miles de millones de personas.

Y los hombres del porche vigilaban el trigo y se preguntaban por lo que vendría después.

Una tarde, a primera hora, el hombre de guardia vio que el mar muerto de mazorca se abría y supo que se acercaba alguien, que alguien aplastaba el trigo

para llegar hasta la vieja granja. Llamó a los de dentro. Una de las mujeres salió y se quedó con él en el porche; juntos observaron los altos tallos que desaparecían en el mar marrón, como si la misma tierra los absorbiera. Quien fuera (o lo que fuera) no se veía por encima de la superficie del trigo. El hombre bajó del porche y apuntó con su fusil hacia el trigo. Esperó en el patio, mientras la mujer esperaba en el porche y el resto lo hacía dentro de la casa, con el rostro pegado a las ventanas; nadie hablaba. Esperaban a que se abriera la cortina de trigo.

Cuando lo hizo, de ella surgió un niño, y el silencio de la espera se rompió. La mujer salió corriendo del porche y bajó el cañón del fusil. «No es más que un crío. ¿Vas a disparar a un niño?» . Y el hombre hizo una mueca de indecisión y de rabia por saber traicionado todo lo que antes daban por hecho. «¿Cómo podemos saberlo? —le pregunto a la mujer—. ¿Cómo vamos a estar seguros de nada?» . El niño salió del trigo dando traspies y cayó al suelo. La mujer corrió hasta él y lo cogió en brazos, apretando el sucio rostro del niño contra su pecho, mientras el hombre del arma se colocaba frente a ella. «Hace mucho frío, tenemos que llevarlo dentro» . Y el hombre sintió una gran presión en el pecho. Estaba dividido entre lo que el mundo había sido y aquello en lo que el mundo se había transformado, entre lo que él era antes y lo que era ahora, y el precio de todas las promesas rotas le pesaba en el corazón. «Es un crío, ¿vas a disparar a un niño?» . La mujer pasó junto a él, subió los escalones, llegó al porche y entró en la casa; el hombre agachó la cabeza como si rezara y después la levantó como si suplicara. Esperó unos minutos para ver si alguien más salía del trigo, ya que le resultaba asombroso que un niño pequeño hubiera sobrevivido tanto tiempo solo e indefenso sin que nadie lo protegiera. ¿Cómo iba a ser posible?

Cuando entró en el salón de la vieja granja, vio que la mujer sostenía al niño en su regazo. Lo había envuelto en una manta y le había dado agua; el niño rodeó la taza con sus deditos rojos de frío y los demás se reunieron en la habitación sin que nadie dijera nada. Todos observaban al niño, maravillados. «¿Cómo es posible?» . El niño gimió. Desvió la mirada de una cara a otra en busca de algo familiar, pero eran tan desconocidos para él como lo eran ellos entre sí antes de que el mundo acabara. Se quejó de que tenía frío y de que le dolía la garganta. Tenía mucha pupa en la garganta.

La mujer que lo sostenía le pidió que abriera la boca. Vio el tejido inflamado en el fondo de la boca, pero no vio el finísimo cable incrustado cerca de la abertura de la garganta. No pudo ver el cable ni la diminuta cápsula conectada a su extremo. Al inclinarse sobre el niño para ver mejor la garganta, no podía saber que el dispositivo que le habían colocado dentro estaba calibrado para detectar el dióxido de carbono de su aliento.

Nuestro aliento es el gatillo.

Nuestros niños son el arma.



El estallido vaporizó la vieja granja al instante.

El trigo tardó más. No quedó nada de la granja, ni de los anexos, ni del granero en el que guardaban la abundante cosecha cada dos años. Sin embargo, los tallos esbeltos y secos que consumió el fuego se convirtieron en cenizas y, al ponerse el sol, un helado viento del norte barrió la pradera y se llevó las cenizas al ciclo, para después transportarlas durante cientos de kilómetros antes de depositarlas de nuevo, convertidas en una nieve gris y negra que se posó con indiferencia en el suelo baldío.

## PRIMER LIBRO

# I

## EL PROBLEMA DE LAS RATAS

El mundo es un reloj que se queda sin cuerda.

Lo oigo en los helados dedos del viento que arañan la ventana. Lo huelo en la moqueta mohosa y en el papel podrido de las paredes del viejo hotel. Y lo siento en el pecho de Tacita mientras duerme. El martilleo de su corazón y el ritmo de su aliento, cálido frente al aire helado; un reloj que se queda sin cuerda.

Al otro lado de la habitación, Cassie Sullivan está de vigia junto a la ventana. La luz de la luna se filtra a través de la diminuta rendija de las cortinas que tiene detrás e ilumina las nubes de aliento helado que surgen de su boca como pequeños estallidos. Su hermano pequeño duerme en la cama que tiene más cerca; es un bulto diminuto bajo una pila de mantas. Ventana, cama, de nuevo de espaldas; gira la cabeza como un péndulo en movimiento. El giro de la cabeza, el ritmo de su aliento, como el de Frijol, como el de Tacita, como el mío, marcando el paso del tiempo en un reloj que se queda sin cuerda.

Me levanto de la cama con cuidado. Tacita gime en sueños y se arrebujá entre las mantas. El frío me atenaza, me aplasta el pecho a pesar de estar completamente vestida, salvo por las botas y la parka, que recojo de los pies de la cama. Sullivan me observa mientras me pongo las botas y luego mientras me acerco al armario a por mi mochila y mi fusil. Me uno a ella junto a la ventana. Tengo la sensación de que debería decir algo antes de marcharme. Quizá no volvamos a vemos.

—Es la hora —me dice.

Su pálida piel brilla a la luz lechosa. La lluvia de pecas parece flotarle sobre la nariz y las mejillas.

Me coloco bien el fusil al hombro.

—Es la hora.

—¿Sabes? Lo de Dumbo lo entiendo, por lo de las orejas grandes. Y lo de Frijol, porque Sam es pequeñito. También lo de Tacita. Lo de Zombi, no tanto, pero Ben no quiere explicarlo, y supongo que lo de Bizcocho tiene que ver con lo gordito que está. Pero ¿por qué Hacha?

Sé por dónde va: aparte de Zombi y su hermano, no confía en nadie más. No conocer la historia de mi nombre alimenta su paranoia.

—Soy humana.

—Sí.

Mira a través de la rendija de las cortinas hacia el aparcamiento, que está dos plantas más abajo y reluce debido al hielo.

—No eres la primera persona que me lo asegura —añade—. Y me lo tragué como una tonta.

—No tan tonta, dadas las circunstancias.

—No finjas, Hacha. Sé que no te crees mi historia sobre Evan.

—Me creo tu historia; es su historia la que no tiene sentido.

Me dirijo a la puerta antes de que se me eche encima. No es buena idea presionar a Cassie Sullivan sobre Evan Walker. No se lo tengo en cuenta: Evan es la ramita a la que se aferra para no caer por el precipicio, y da igual que ya no esté; eso solo sirve para que se agarre a ella con más fuerza.

Tacita no hace ningún ruido, aunque noto que me mira. Sé que está despierta. Vuelvo a la cama.

—Llévame contigo —susurra.

Niego con la cabeza: hemos pasado por esto cien veces.

—No tardaré mucho, solo un par de días.

—¿Lo prometes?

Ni hablar, Tacita. Las promesas son la única moneda que nos queda, así que hay que saber cuándo gastarlas. Le tiembla el labio inferior y se le humedecen los ojos.

—Eh —le digo en voz baja—. ¿Qué te dije sobre eso, soldado? —le pregunto, resistiéndome al impulso de tocarla—. ¿Cuál es nuestra prioridad?

—Nada de pensamientos negativos —responde, obediente.

—Porque ¿qué hacen los pensamientos negativos?

—Nos ablandan.

—Y ¿qué pasa si nos ablandamos?

—Morimos.

—Y ¿queremos morir?

—Todavía no —responde, negando con la cabeza.

Le toco la cara. Mejilla fría, lágrimas cálidas. «Todavía no». Teniendo en cuenta que el reloj humano se ha quedado sin tiempo, esta niña seguramente haya alcanzado ya la mediana edad. Sullivan y yo somos ancianas. ¿Y Zombi? Más viejo que el tiempo.

Me está esperando en el vestíbulo, vestido con un plumífero sobre una sudadera amarillo chillón con capucha, ambas cosas encontradas entre los restos del interior del hotel: Zombi escapó del Campo Asilo vestido tan solo con una bata blanca. Debajo de la barba desaliñada se intuye el delator tono escarlata de la fiebre. La herida de la bala que le disparé se abrió al escapar de Campo Asilo y, aunque después la remendó nuestro médico de doce años, debe de estar infectada. Está apoyado en el mostrador y se aprieta el costado con la mano intentando aparentar que todo va estupendamente.

—Empezaba a pensar que habías cambiado de idea —dice Zombi con los ojos brillantes como si bromeara, aunque podría ser la fiebre.

—Tacita —respondo, sacudiendo la cabeza.

—No le pasará nada.

Para tranquilizarme, libera de la jaula su sonrisa asesina. Zombi no sabe apreciar como debe que las promesas tienen un valor incalculable; sino, no las soltaría con tanta facilidad.

—No es Tacita la que me preocupa. Estás hecho una mierda, Zombi.

—Es por este tiempo. Me causa estragos en el cutis.

Una segunda sonrisa sale a rematar. Se inclina hacia delante para intentar obligarme a responder de la misma manera.

—Un día de estos sonreirás por algo que diga, soldado Hacha, y el mundo se partirá por la mitad.

—No estoy preparada para tanta responsabilidad.

Se ríe y me parece oír un silbido en lo más profundo de su pecho.

—Toma —dice, y me ofrece otro folleto de las cuevas.

—Ya tengo uno —le respondo.

—Llévate este también, por si lo pierdes.

—No lo voy a perder, Zombi.

—Voy a enviar a Bizcocho contigo.

—No.

—Estoy al mando, así que sí.

—Necesitas a Bizcocho aquí más que yo ahí fuera.

Asiente con la cabeza. Sabía que me negaría, pero no ha podido resistirse a un último intento.

—A lo mejor deberíamos abortar —dice—. En fin, aquí no se está tan mal. Unos miles de chinches, unos cuantos cientos de ratas y un par de docenas de cadáveres, pero las vistas son fantásticas...

Sigue bromeando e intentando hacerme sonreír. Está mirando el folleto que lleva en la mano: « ¡Veinticuatro grados todo el año! ».

—Hasta que nos bloquee la nieve o la temperatura vuelva a bajar. La situación es insostenible, Zombi. Nos hemos quedado demasiado tiempo.

No lo entiendo. Hemos hablado del tema hasta reventar y ahora quiere seguir dándole. A veces no sé de qué va Zombi.

—Tenemos que arriesgarnos, y sabes que no podemos entrar a ciegas —sigo explicando—. Lo más probable es que haya otros supervivientes escondidos en esas cuevas, y puede que no estén dispuestos a tendernos la alfombra roja, sobre todo si ya han conocido a algunos de los Silenciadores de Sullivan.

—O a reclutas como nosotros —añade él.

—Así que echaré un vistazo y regresaré dentro de un par de días.

—Espero que cumplas esa promesa.

—No es una promesa.

No queda nada más que decir. Quedan un millón de cosas por decir. Puede que sea la última vez que nos veamos, y él también lo está pensando, porque añade:

—Gracias por salvarme la vida.

—Te metí una bala en el costado y puede que te mueras.

Sacude la cabeza. Le brillan los ojos de fiebre. Tiene los labios grises. ¿Por qué tuvieron que ponerle Zombi? Es como un mal presagio. La primera vez que lo vi estaba haciendo flexiones apoyado en los nudillos en el patio de ejercicios, con el rostro deformado por la rabia y el dolor, mientras un charco de sangre se formaba en el asfalto bajo sus puños. « ¿Quién es ese tío? », pregunté. « Se llama Zombi ». Me dijeron que había luchado contra la plaga y había vencido, pero no me lo creí. Nadie vence a la plaga. La plaga es una sentencia de muerte. Y Reznik, el sargento instructor, se inclinaba sobre él gritándole a pleno pulmón, y Zombi, con su holgado uniforme azul, seguía forzándose hasta el punto en que era imposible hacer una flexión más. No sé por qué me sorprendió que me pidiera que le disparara para poder cumplir su promesa imposible a Frijol. Cuando miras a la muerte a los ojos y es la muerte la que parpadea primero, nada parece imposible.

Ni siquiera leer mentes.

—Sé en lo que estás pensando.

—No, no lo sabes.

—Te preguntas si deberías darme un beso de despedida.

—¿Por qué haces eso? —le pregunto—. ¿Por qué intentas ligar conmigo?

Se encoge de hombros. Esboza una sonrisa torcida, como su cuerpo apoyado en el mostrador.

—Es lo normal. ¿No echas de menos la normalidad? —pregunta, y sus ojos taladran los míos, siempre en busca de algo, no sé bien el qué—. Ya sabes, restaurantes de comida rápida, ir al cine un sábado por la noche, comer sándwiches de helado y mirar tu Twitter.

Niego con la cabeza.

—No tenía Twitter.

—¿Facebook?

Empiezo a cabrearme. A veces me cuesta imaginar cómo Zombi ha conseguido sobrevivir hasta ahora. Echar de menos lo que hemos perdido es como esperar lo imposible: ambos caminos conducen a un callejón sin salida.

—No tiene importancia —respondo—. Esas cosas ya no tienen importancia.

La risa de Zombi le arranca en las tripas y sale burbujeando a la superficie como si fuera aire sobrecalentado que brota de una fuente termal; ya no estoy enfadada. Aunque sé que está utilizando su encanto, saberlo no disipa el efecto. Otra razón por la que Zombi me pone un poco nerviosa.

—Tiene gracia —dice—, con la importancia que les dábamos a todas esas cosas. ¿Sabes lo que importa de verdad? —Espera mi respuesta y me da la sensación de que me prepara una broma, así que no digo nada—. El timbre de entrada.

Ahora sí que me ha arrinconado. Sé que pretende manipularme, pero no me veo capaz de detenerlo.

—¿El timbre de entrada? —repito.

—El sonido más normal del mundo. Y cuando todo esto acabe, habrá de nuevo timbres de entrada a clase. —Insiste en el asunto, quizá le preocupe que no lo haya pillado—. ¡Piénsalo bien! Cuando vuelva a sonar un timbre de entrada, habremos vuelto a la normalidad. A los niños corriendo para llegar a clase, sentados con cara de aburrimiento, esperando a que toque el timbre del final de las clases mientras piensan en lo que harán esa noche, ese fin de semana, los siguientes cincuenta años. Les hablarán, como a nosotros, de desastres naturales, enfermedades y guerras mundiales. Ya sabes, en plan: «Cuando llegaron los extraterrestres, murieron siete mil millones de personas». Y entonces sonará el timbre y todos se irán a comer y se quejarán de que las patatas fritas están blandengues. Y dirán: «Buf, siete mil millones de personas, eso es mucho. Qué triste. ¿Te vas a comer esas patatas?». Eso es la normalidad. Eso es lo que importa.

Así que no era una broma.

—¿Patatas fritas blandengues?

—Vale, de acuerdo, no tiene sentido. Soy un imbécil.

Sonríe. Sus dientes parecen muy blancos rodeados de la barba descuidada; y ahora, tal y como sugirió, pienso en besarlos y en si los pelos de su labio superior me harían cosquillas.

Descarto la idea. Las promesas no tienen precio, y un beso es una especie de promesa.



La luz de las estrellas, intacta, atraviesa la oscuridad y cubre de blanco perlado la autopista. La hierba seca brilla; los árboles desnudos relucen. Salvo por el viento que barre la tierra muerta, el mundo está sumido en un silencio invernal.

Me agacho al lado de un todoterreno varado para echar un último vistazo al hotel. Un anodino rectángulo blanco en un grupo de anodinos rectángulos blancos. A tan solo seis kilómetros y medio del enorme agujero que antes era Campo Asilo; le pusimos el apodo de Hotel Walker en honor al arquitecto del enorme agujero. Sullivan nos contó que el hotel era el punto de encuentro que había acordado con Evan. A mí me parecía demasiado cercano al escenario del crimen, demasiado difícil de defender y, además, Evan Walker estaba muerto: le recordé a Zombi que, para un encuentro, hacen falta al menos dos personas. Se negó a admitir mi teoría. Si Walker era de verdad uno de ellos, quizás hubiera encontrado la forma de sobrevivir.

—¿Cómo? —pregunté.

—Había cápsulas de escape —respondió Sullivan.

—¿Y?

Ella frunció el ceño y respiró hondo.

—Y... podría haber escapado en una.

La miré. Me devolvió la mirada. Ninguna de las dos dijo nada. Entonces Zombi intervino:

—Bueno, hay que refugiarse en alguna parte, Hacha. —Todavía no había encontrado el folleto de las cavernas—. Y deberíamos concederle el beneficio de la duda.

—¿El beneficio de qué duda? —pregunté.

—De que sea lo que dice ser —respondió, mirando a Sullivan, que todavía me dedicaba una mirada asesina—. De que cumplirá su promesa.

—Prometió que me encontraría —explicó ella.

—Vi el avión de carga —dije—, pero no vi ninguna cápsula de escape.

Sullivan se puso roja bajo las pecas.

—Solo porque tú no la vieras...

Me volví hacia Zombi.

—Esto no tiene sentido. Un ser miles de años más avanzado que nosotros se vuelve en contra de su propia especie. ¿Para qué?

—No me contaron esa parte —respondió Zombi, esbozando una media sonrisa.

—Toda su historia es extraña —seguí—. Conciencia pura que habita en un cuerpo humano... Si no necesitan cuerpos, no necesitan un planeta.

—A lo mejor necesitan el planeta para otra cosa —indicó Zombi, estrujándose el cerebro.

—¿Como qué? ¿Criar ganado? ¿Complejo vacacional?

Había algo más que me inquietaba, un incordio de voccecita que me decía que algo iba mal, que no encajaba. Pero no conseguía dar con el problema. Cada vez que intentaba desarrollar la idea, se me escapaba.

—No tuvimos tiempo para entrar en detalles —soltó Sullivan—. Estaba más concentrada en rescatar a mi hermano pequeño de un campo de exterminio.

Lo dejé pasar. A Sullivan parecía que iba a estallarle la cabeza.

Distingo esa misma cabeza ahora, al mirar atrás por última vez; su silueta se recorta contra la ventana de la segunda planta, y eso es malo, muy malo: es un blanco fácil para un francotirador. Puede que el siguiente Silenciador con el que se encuentre Sullivan no esté tan enamorado de ella como el primero.

Me meto entre la delgada hilera de árboles que bordea la carretera. Rígidas de hielo, las ruinas del otoño crujen bajo mis botas. Las hojas se cierran como puños, y los carroñeros han esparcido por todas partes tanto basura como huesos humanos. El viento frío arrastra un leve olor a humo. El mundo arderá cien años. El fuego consumirá las cosas que fabricamos con madera, plástico, goma y tela, y después el agua, el viento y el tiempo erosionarán la piedra y el acero hasta convertirlos en polvo. Es desconcertante que imagináramos ciudades incineradas por bombas alienígenas y rayos mortales, cuando lo único que se necesitaba era la madre naturaleza y el paso del tiempo.

Y cuerpos humanos, según Sullivan, a pesar de que, también según Sullivan, no necesitan cuerpos.

Una existencia virtual no necesita un planeta físico.

La primera vez que lo dije, Sullivan no me escuchó y Zombi actuó como si diera igual. Según él, sea por lo que sea, nos quieren a todos muertos. Lo demás no es más que ruido.

Puede. Pero no lo creo.

Por las ratas.

Se me olvidó contarle a Zombi lo de las ratas.

Al alba llego a las afueras del sur de Urbana. A medio camino, cumpliendo el horario.

Han llegado nubes del norte; el sol se eleva por detrás de ellas y les pinta el vientre de reluciente granate. Me ocultaré en los árboles hasta que caiga la noche, después saldré a campo abierto hacia el oeste de la ciudad y rezaré por que la cubierta de nubes se quede un tiempo, al menos hasta que encuentre de nuevo la autopista al otro lado. Rodear Urbana me supondrá unos cuantos kilómetros más, pero si hay algo más arriesgado que cruzar una ciudad de día es intentarlo de noche.

Y el riesgo es lo principal.

La niebla se levanta del suelo helado. El frío es intenso; me aprieta las mejillas y hace que me duela el pecho cada vez que respiro. Me invade el ancestral deseo de encender un fuego, lo llevo en los genes. Domar el fuego fue nuestro primer gran paso adelante: el fuego nos protegía, nos calentaba, transformó nuestros cerebros al cambiar de una dieta de frutos secos y bayas a otra de carne rica en proteínas. Ahora, el fuego es otra arma en el arsenal del enemigo. Al llegar el crudo invierno, nos hemos quedado atrapados entre dos riesgos inaceptables: morir congelados o alertar al enemigo de nuestra posición.

Sentada de espaldas a un árbol, saco el folleto, « ¡Las cuevas más pintorescas de Ohio! ». Zombi tiene razón: no sobreviviremos hasta la primavera sin un refugio, y las cuevas son nuestra mejor alternativa, o puede que la única. Quizás el enemigo las haya tomado o destruido. Quizá las hayan ocupado otros supervivientes que disparan al primer desconocido que ven. Pero con cada día que alargamos nuestra estancia en el hotel, el riesgo se multiplica por diez.

No tenemos alternativa si las cuevas no dan resultado. No hay adonde ir ni donde esconderse, y la idea de luchar es ridícula. El reloj se queda sin cuerda.

Cuando se lo comenté a Zombi, él me dijo que pensaba demasiado. Sonreía. Después dejó de sonreír y añadió: « No dejes que se te metan en la cabeza ». Como si fuera un partido de fútbol y yo necesitara una arenga para motivarme a medio partido: « Perdemos cincuenta y seis a cero, pero no importa. ¡Juega por orgullo! ». En estos momentos es cuando me dan ganas de abofetearlo, cosa que no serviría de nada, pero me haría sentir mejor.

La brisa muere. Un silencio expectante flota en el aire, la quietud antes de la tormenta. Si nieva, estaremos atrapados. Yo, en el bosque y Zombi, en el hotel. Todavía me quedan unos treinta kilómetros para llegar a las cuevas. ¿Debería arriesgarme a salir a campo abierto o arriesgarme a que la nieve espere, al menos, hasta la noche?

De vuelta a esa palabra que empieza por erre. El riesgo es lo principal. No solo el nuestro, también el suyo. Incrustarse en cuerpos humanos, establecer campos de exterminio, entrenar a niños para terminar el genocidio... Todo eso supone un riesgo demencial y estúpido. Como Evan Walker: discordante, ilógico y simplemente raro. Los primeros ataques fueron de una eficacia brutal y borraron del mapa al ochenta por ciento de la población, e incluso la cuarta ola tuvo cierto sentido. Cuesta organizar una resistencia significativa cuando no se puede confiar en los demás. Pero, después de eso, su genial estrategia empieza a desmoronarse. Diez mil años para planificar la erradicación de los humanos de la Tierra y ¿esto es lo mejor que se les ocurre? Esa es la pregunta a la que no puedo dejar de darle vueltas, sobre todo desde Tacita y la noche de las ratas.

En lo más profundo del bosque, detrás de mí y a mi izquierda, un gemido interrumpe el silencio. Lo reconozco de inmediato; lo he oído mil veces desde que llegaron. En los primeros días, era casi omnipresente, un continuo ruido de fondo, como el zumbido del tráfico en una autopista concurrida: el sonido de un ser humano que sufre.

Saco el ocular de la mochila y ajusto con cuidado la lente sobre el ojo izquierdo. A posta. Sin dejarme llevar por el pánico. El pánico paraliza las neuronas. Me levanto, compruebo el seguro del fusil y me meto entre los árboles buscando el origen del sonido, examinando el terreno por si doy con el revelador brillo verde de los «infestados». La niebla cubre los árboles; el mundo está envuelto en una mortaja blanca. Mis pisadas son como truenos sobre el suelo helado. Mi aliento es una bomba sónica.

La delicada cortina blanca se abre y, a unos veinte metros, veo una figura caída contra un árbol, con la cabeza hacia atrás y las manos presionándose el regazo. La cabeza no brilla en el ocular, lo que significa que no es un civil, sino parte de la quinta ola.

Le apunto a la cabeza con el fusil.

—¡Las manos! ¡Déjame ver las manos!

Tiene la boca abierta. Sus ojos vacíos contemplan el cielo gris a través de las ramas desnudas, perlas de hielo. Doy un paso adelante. En el suelo, a su lado, hay un fusil idéntico al mío. No intenta cogerlo.

—¿Dónde está el resto de tu pelotón? —le pregunto, pero no responde.

Bajo el arma. Soy una idiota. Con este tiempo, le habría visto el aliento, y no es así. El gemido que he oído antes ha tenido que ser el último. Lentamente, doy una vuelta completa, conteniendo la respiración, pero no veo más que árboles y niebla, no oigo más que la sangre que me ruge en los oídos. Después me acerco al cadáver obligándome a no correr, a fijarme en todo. Sin pánico. El pánico te mata.

La misma arma que yo. El mismo uniforme. Y hay un ocular en el suelo, a su lado. Es de la quinta ola, sin duda.

Le examino el rostro. Me resulta vagamente familiar. Calculo que tendrá unos doce o trece años, más o menos de la edad de Dumbo. Me arrodillo a su lado y le pongo un dedo en el cuello. No hay pulso. Le abro la chaqueta y le levanto la camiseta empapada de sangre para buscar la herida. Le han dado en las tripas con una sola bala de gran calibre.

Una bala que no he oído. O lleva aquí tirado mucho tiempo o el francotirador usa un silenciador.

Un Silenciador.

Según Sullivan, Evan Walker se cargó a un pelotón él solo, de noche, herido y superado en número, una especie de calentamiento antes de volar en pedazos sin ayuda de nadie una instalación militar entera. En aquel momento, la historia de Cassie me resultó difícil de creer. Ahora tengo a un soldado muerto a los pies. Su pelotón está desaparecido en combate. Y yo estoy sola con el silencio del bosque y la pantalla blanco lechoso de la bruma.

Ya no me parece tan increíble.

«Piensa deprisa, no te dejes llevar por el pánico. Es como el ajedrez: calcula los riesgos».

Tengo dos opciones: o me quedo donde estoy hasta que ocurra algo o caiga la noche; o salgo deprisa de este bosque. El que lo ha matado podría estar ya a kilómetros de aquí o agazapado detrás de un árbol, esperando tener visibilidad para un disparo limpio.

Las posibilidades se multiplican. ¿Dónde está su pelotón? ¿Muerto? ¿Cazando a la persona que le ha disparado? ¿Y si la persona que le ha disparado era un compañero recluta que se volvió Dorothy? Dejemos el pelotón. ¿Que pasa cuando lleguen los refuerzos?

Saco el cuchillo. Hace cinco minutos que he encontrado el cadáver: si alguien supiera que estoy aquí, ya estaría muerta. Esperaré a que oscurezca, pero tengo que prepararme para la posibilidad de que otro miembro de la quinta ola venga hacia aquí.

Le presiono la nuca hasta que encuentro el bulto bajo la cicatriz. «Mantén la calma. Es como el ajedrez: ataque y contraataque».

Corto despacio a lo largo de la cicatriz y desincrusto la cápsula con la punta del cuchillo, donde permanece suspendida en una gota de sangre.

«Para saber dónde estáis. Para manteneros a salvo».

El riesgo. El riesgo de aparecer iluminada en un ocular. El riesgo opuesto de que el enemigo me fría el cerebro con solo pulsar un botón.

La cápsula está en su lecho de sangre. La terrible quietud de los árboles, el frío imbatible y la niebla que se enrosca en las ramas como dedos entrelazándose. Y la voz de Zombi en mi cabeza: «Piensas demasiado».

Me meto la cápsula entre la mejilla y las encías. Qué estúpida. Tendría que haberla limpiado primero: ya sé a qué sabe la sangre del niño.

No estoy sola.

Ni lo veo ni lo oigo, pero lo siento. La sensación de ser observada hace que me cosquillee hasta el último centímetro del cuerpo. Es una sensación desagradablemente familiar, presente desde el primer día. El mero hecho de que la nave nodriza flotara en silenciosa órbita durante los primeros diez días provocó grietas en la estructura humana. Se trataba de una plaga vírica distinta: incertidumbre, miedo, pánico. Autopistas atascadas, aeropuertos desiertos, urgencias inundadas, Gobiernos enclaustrados, escasez de comida y gasolina, ley marcial en algunos lugares, anarquía en otros. El león se agazapa entre la alta hierba. La gacela olisquea el aire. La terrible quietud antes del ataque. Por primera vez en diez milenios, volvíamos a experimentar lo que era ser una presa.

Los árboles están llenos de cuervos. Cabezas negras relucientes, ojos negros de mirada vacía; sus siluetas encorvadas me recuerdan a ancianitos sentados en bancos del parque. Hay cientos de ellos posados en los árboles o saltando por el suelo. Le echo un vistazo al cadáver que tengo al lado, a sus ojos de mirada vacía e insondable, como los de los cuervos. Sé por qué han venido los pájaros: tienen hambre.

Yo también, así que saco mi bolsita con cecina y gominolas ligeramente caducadas. Comer también es un riesgo, porque tendré que quitarme el rastreador de la boca, pero necesito permanecer alerta y, para eso, necesito combustible. Los pájaros me observan, ladean la cabeza como si intentaran oírme masticar. «Culos gordos. ¿Cómo podéis tener hambre?». Los ataques dejaron millones de toneladas de comida. En el momento culminante de la plaga, enormes bandadas oscurecían el cielo; sus sombras recorrían el paisaje en llamas. Los cuervos y otros pájaros carroñeros cerraron el círculo de la tercera ola. Se alimentaron de los cadáveres infectados y esparcieron el virus por nuevas áreas de alimentación.

Podría equivocarme: a lo mejor este niño muerto y yo estamos solos. Cuantos más segundos transcurren, más segura me siento. Si alguien me observa, solo se me ocurre una razón para que no me dispare: está esperando por si aparece algún otro crío idiota que juega a ser soldado.

Termino el desayuno y me meto de nuevo la cápsula en la boca. Los minutos se hacen eternos. Una de las cosas más desconcertantes sobre la invasión (después de ver morir de forma horrible a todos tus conocidos y seres queridos) fue constatar cómo el tiempo se ralentizaba a medida que los acontecimientos se aceleraban. Diez mil años para construir la civilización, diez meses para destruirla y cada día era diez veces más largo que el anterior, mientras que las

noches duraban diez veces más que los días. Lo único peor que el aburrimiento de aquellas horas era el terror de saber que podían acabarse en cualquier momento.

Media mañana: la niebla se levanta y empiezan a caer copos de nieve más pequeños que los ojos de los cuervos. No hay ni una chispa de viento. El bosque está cubierto de un reluciente resplandor blanco, como de ensueño. Mientras la nieve mantenga esta luz, no tendré problemas hasta que anochezca.

Si no me quedo dormida. Llevo más de veinte horas sin dormir, y aquí estoy calentita, cómoda y algo atontada.

En la quietud de gasa blanca, se me dispara la paranoia. Tiene mi cabeza perfectamente centrada en su punto de mira. Está subido a un árbol; está tumbado sin moverse, como un león, entre los arbustos. Soy un rompecabezas para él. Lo lógico sería que me dejara llevar por el pánico. Así que no dispara y permite que la situación se desarrolle. Debe de haber algún motivo para que me quede aquí, al lado de un cadáver.

Pero no me dejo llevar por el pánico. No salto como una gacela asustada. Soy algo más que la suma de mis miedos.

No es el miedo lo que los vencerá. Ni el miedo ni la esperanza, ni siquiera el amor, sino la ira.

«Que te den por culo», le dijo Sullivan a Vosch. Es la única parte de su historia que me impresionó. No lloró. No rezó. No suplicó.

Sullivan creía que se había acabado todo y, cuando todo se acaba, cuando el reloj ha llegado al último segundo, ya no es el momento ni de llorar, ni de rezar ni de suplicar.

—Que te den por culo —susurro.

Decirlo en voz alta me hace sentir mejor. Lo repito, en voz más alta. El viento invernal transporta mis palabras.

Un revuelo de alas negras en el bosque, a mi derecha, el malhumorado graznido de los cuervos y, a través de mi ocular, veo un diminuto puntito verde brillar entre el marrón y el blanco.

«Te encontré».

El disparo será difícil. Difícil, aunque no imposible. Nunca había manejado un arma de fuego hasta que el enemigo me encontró en una zona de descanso de Cincinnati, me llevó a su campo y me puso un fusil en la mano, momento en que el sargento instructor se preguntó con sorna, en voz alta, si el alto mando creería que iba a convenir a aquella cría en un hacha del tiro al blanco. Seis meses después, le disparé una bala al corazón.

Tengo un don.

La intensa luz verde se acerca. A lo mejor sabe que lo he visto. Da igual. Acaricio el suave metal del gatillo y observo cómo la mancha de luz se expande a través del ocular. A lo mejor cree que no está a tiro o se está colocando para



tener más visibilidad.

Da igual.

A lo mejor no es uno de los asesinos silenciosos de Sullivan. A lo mejor no es más que otro pobre superviviente perdido que espera a que lo rescaten.

Da igual. Ya solo importa una cosa.

« El riesgo » .

En el hotel, Sullivan me contó la historia de cómo había disparado a un soldado detrás de unos refrigeradores con cervezas y de lo mal que se había sentido después.

—No era una pistola —intentó explicar—, sino un crucifijo.

—¿Y qué importancia tiene? —le pregunté—. Podría haber sido una muñeca de trapo o una bolsa de caramelos. ¿Qué alternativa tenías?

—No la tenía. A eso me refiero.

Negué con la cabeza.

—A veces estás en el sitio equivocado en el momento equivocado, y lo que pasa no es culpa de nadie. Solo quieres sentirte mal para sentirte mejor.

—¿Mal para sentirme mejor? —repitió mientras la rabia le teñía de rojo las mejillas, bajo las pecas—. Eso no tiene sentido, tía.

—«Maté a un chico inocente, pero mira lo culpable que me siento» —le expliqué—. El chico sigue muerto.

Se me quedó mirando un buen rato.

—Bueno, ya veo por qué Vosch te quería en el equipo.

La mancha verde de su cabeza avanza hacia mí entre los árboles, y ahora veo el brillo de un fusil a través de la lánguida nieve. Estoy bastante segura de que no es un crucifijo.

Coloco el fusil entre los brazos y apoyo la cabeza en el árbol, igual que si estuviera durmiendo o mirando cómo flotan los copos de nieve entre las relucientes ramas desnudas: la leona entre la alta hierba.

A cincuenta metros. La velocidad inicial de un M16 es de 940 metros por segundo. Eso quiere decir que le quedan dos tercios de un segundo de vida.

Espero que sepa aprovecharlos.

Le doy la vuelta al fusil, cuadro los hombros y suelto la bala que completa el círculo.

La bandada de cuervos sale disparada de los árboles, en un remolino de alas negras y gritos roncós y quejumbrosos. La bola verde de luz cae y no se levanta.

Espero. Mejor esperar a ver lo que pasa después. Cinco minutos. Diez. No hay movimiento. Ni sonido. Nada más que el atronador silencio de la nieve. El bosque parece muy vacío sin la compañía de los pájaros. Con la espalda contra el árbol, me levanto deslizándome por el tronco y espero sin moverme otros dos minutos. Ahora veo de nuevo el brillo verde, en el suelo, quieto. Paso por encima del cadáver del recluta muerto. Las hojas heladas crujen bajo mis botas.

Cada pisada mide el tiempo que se acaba. A medio camino del cuerpo, me doy cuenta de lo que he hecho.

Tacita está hecha un ovillo junto a un árbol caído, con la cara cubierta por las migajas de las hojas del año pasado.

Detrás de una fila de refrigeradores de cerveza vacíos, un hombre moribundo se llevaba un crucifijo al pecho. Su asesina no tuvo elección. No le dieron elección. Por el riesgo. Para ella. Para ellos.

Me arrodillo a su lado. Tiene los ojos muy abiertos, por el dolor. Intenta tocarme con manos que parecen de color carmesí oscuro a la luz gris.

—Tacita —susurro—. Tacita, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Zombi?

Examino el bosque, pero no lo oigo ni lo veo, ni a él ni a nadie. Tacita respira con dificultad y una sangre espumosa le brota de los labios. Se ahoga. Le vuelvo suavemente el rostro hacia el suelo para limpiarle la boca.

Debe de haberme oído maldecir. Por eso me ha encontrado, por la voz.

Tacita grita. El sonido desgarrar la quietud, bota y rebota en los árboles. «Inaceptable». Le pongo una mano sobre los labios ensangrentados y le digo que se calle. No sé quién disparó al crío que he encontrado, pero el que fuera no estará lejos. Si el ruido de mi fusil no lo atrae para investigar, lo harán sus gritos.

«Cállate, joder. Cállate. ¿Qué narices estás haciendo aquí, acercándote por sorpresa, mierdecilla? Estúpida, estúpida, estúpida, estúpida».

Intenta mordirme la palma de la mano con los dientes, frenética. Me busca la cara con sus dedos diminutos. Tengo las mejillas pintadas con su sangre. Con la mano libre, le abro la chaqueta. Tengo que comprimir la herida para que no se desangre.

Agarro el cuello de su camisa y lo rompo tirando hacia abajo, dejándole el torso al aire. Hago una bola con la tela y presiono con ella justo debajo de las costillas, contra el agujero de bala que rezuma sangre. Ella da un respingo y deja escapar un sollozo entrecortado.

—¿Qué te dije, soldado? —susurro—. ¿Cuál es la prioridad?

Deja resbalar los labios por la palma de mi mano. No salen las palabras.

—Nada de pensamientos negativos —le digo—. Nada de pensamientos negativos. Porque los pensamientos negativos nos ablandan. Nos ablandan. Y no podemos ablandarnos. ¿Qué pasa si nos ablandamos?

El bosque está lleno de sombras amenazadoras. En lo más profundo de los árboles oigo un chasquido. ¿Una bota que pisa el suelo helado? ¿O una rama cubierta de hielo que se astilla? Podríamos tener a cien enemigos rodeándonos. O a ninguno.

Repaso a toda la velocidad nuestras opciones. No hay muchas. Y todas son una mierda.

Primera opción: nos quedamos. El problema es para qué. La unidad del recluta muerto no ha aparecido. Tampoco sabemos quién lo ha matado. Y Tacita

no tiene ninguna oportunidad de sobrevivir sin atención médica. Le quedan minutos, no horas.

Segunda opción: corremos. El problema es ¿adonde vamos? ¿Al hotel? Tacita podría desangrarse antes de llegar y, además, si se ha marchado de allí puede que tuviera un buen motivo. ¿Las cuevas? No podemos arriesgarnos a atravesar Urbana, y eso significa añadir kilómetros de campo abierto y muchas horas a un viaje que acaba en un lugar que, probablemente, tampoco sea seguro.

Existe una tercera opción: la impensable. Y la única que tiene sentido.

La nieve cae con más fuerza, el gris se hace más intenso. Le sostengo la cara con una mano mientras presiono la herida con la otra, aunque sé que no sirve de nada. Mi bala le ha perforado las tripas; la herida es catastrófica.

Tacita va a morir.

Debería abandonarla. Ya.

Pero no lo hago. No puedo. Como le dije a Zombi la noche que Campo Asilo voló en pedazos, en cuanto decidimos que una persona no importa, ganan ellos, y ahora mis palabras son la cadena que me une a ella.

La sostengo entre los brazos, rodeada de la terrible quietud del bosque bajo la nieve.

La dejo sobre la tierra. Sin color alguno, su rostro es un poco más oscuro que la nieve, aunque no mucho. Tiene la boca abierta y se le mueven los párpados. Ha perdido la conciencia. No creo que vuelva a despertar.

Me tiemblan las manos. Intento mantener la calma. Estoy muy cabreada con ella, conmigo y con los otros siete mil millones de dilemas imposibles que surgieron con su llegada, con las mentiras, las incoherencias exasperantes, y las promesas ridículas, desesperadas y estúpidas que hemos incumplido desde que aparecieron.

«No te ablandes. Piensa en lo que importa, en el aquí y el ahora; se te da bien» .

Decido esperar. No puede tardar mucho. A lo mejor cuando muera podré endurecerme de nuevo y pensar con claridad. Cada minuto que transcurre sin que pase nada quiere decir que aún hay tiempo.

Pero el mundo es un reloj que se queda sin cuerda, y eso de los minutos sin incidentes pasó a la historia.

Un segundo después de decidir quedarme con ella, la vibración de unas hélices desgarran el silencio. El ruido de los helicópteros rompe el hechizo. Saber qué es lo importante: aparte de disparar, eso es lo que se me da mejor.

No puedo permitir que atrapen a Tacita con vida.

Si lo hacen, quizá la salven. Y, si la salvan, la pasarán por El País de las Maravillas. Existe una remota posibilidad de que Zombi siga a salvo en el hotel, una posibilidad de que Tacita no estuviera huyendo de nada, sino de que saliera en mi busca. Si una de las dos hace un viaje por la madriguera del conejo, los condenaremos a todos.

Saco el arma de la pistolera.

«En cuanto decidamos...» . Ojalá tuviera tiempo para decidir, pero no tengo ni treinta segundos. Treinta segundos es toda una vida. Un minuto sería una eternidad.

Le apoya el cañón del arma en la cabeza y alzo el rostro hacia el gris del cielo. La nieve se me posa en la piel y tiembla un poco antes de fundirse.

Sullivan tuvo a su Soldado del Crucifijo y, ahora, yo tengo al mío.

No. Yo soy el soldado. Tacita es la cruz.

Entonces lo intuyo mirándome entre los árboles, inmóvil. Levanto la vista y lo veo: una sombra más clara con forma humana entre los troncos oscuros. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Sé, sin comprenderlo, que él disparó al crío y a los demás miembros de su pelotón. Y sé que el francotirador no puede ser un recluta; su cabeza no brilla en mi ocular.

La nieve cae dando vueltas, el frío atenaza. Parpadeo, y la sombra desaparece. Si es que estaba ahí.

Empiezo a perder la calma, hay demasiadas variables, demasiado riesgo. Temblando sin parar, me pregunto si por fin han logrado hundirme; después de sobrevivir al tsunami que se llevó mi casa, a la plaga que mató a mi familia, al campo de exterminio que me robó la esperanza, a la niña inocente que recibió mi balazo, por fin he llegado al extremo, estoy acabada. En realidad, ¿cabía alguna duda? La duda no era si ocurriría, sino cuándo.

Los helicópteros descienden. Debo terminar lo que empecé con Tacita o acabaré como ella.

Deslizo la mirada por el cañón de la pistola hasta el rostro pálido y angelical que yace a mis pies, mi víctima, mi cruz.

Y el rugido de los Blackhawks al acercarse convierte mis pensamientos en los gemiditos llorosos de un roedor moribundo.

« Es como con las ratas, ¿verdad, Taza? Igual que con las ratas » .

El viejo hotel estaba infestado de alimañas. El frío había matado a las cucarachas, pero las otras plagas habían sobrevivido, sobre todo las chinches y los escarabajos de las alfombras. Y tenían hambre. En cuestión de un día, todos estábamos llenos de picaduras. El sótano era el dominio de las moscas, porque allí habían metido a los cadáveres durante la plaga. Cuando lo comprobamos, casi todas habían muerto ya. Había tantas moscas muertas que sus caparazones negros crujían bajo los pies cuando bajamos el primer día. Ese fue también el último día que entramos en el sótano.

Todo el edificio olía a podrido, y le dije a Zombi que abrir las ventanas ayudaría a disipar el olor y a matar parte de los bichos. Él respondió que prefería las picaduras y las arcadas a morir congelado. Y, mientras lo decía, sonreía para ahogarme en su irresistible encanto. «Relájate, Hacha. No es más que otro día en la selva alienígena».

Los bichos y el olor no preocupaban a Tacita, pero las ratas la ponían histérica. Se habían abierto camino a mordiscos por las paredes y, de noche, el ruido de sus mandíbulas y de sus uñas la mantenían despierta (y, por tanto, a mí también). Daba vueltas sin parar, gemía, se quejaba y, en general, estaba obsesionada con ellas porque casi todos los demás pensamientos sobre nuestra situación acababan en un sitio muy feo. En un vano intento por distraerla, empecé a enseñarle a jugar al ajedrez utilizando una toalla a modo de tablero y monedas en vez de piezas.

—El ajedrez es un juego estúpido para gente estúpida —me informó.

—No, es muy democrático. La gente lista también juega.

—Solo quieres jugar para ganarme —respondió, haciendo un gesto de impaciencia.

—No, quiero jugar porque lo echo de menos.

—¿Esto es lo que echas de menos? —preguntó, boquiabierta.

Coloqué las monedas en la toalla.

—No decidas qué te parece algo antes de probarlo —dije.

Yo tenía más o menos su edad cuando empecé. El precioso tablero de madera que estaba en un pedestal del estudio de mi padre. Las relucientes piezas de marfil. El severo rey. La altiva reina. El noble caballo. El pío alfil. Y el juego en sí, la forma en que cada pieza contribuía con su poder individual al conjunto. Era sencillo. Era complejo. Era salvaje; era elegante. Era un baile; era la guerra. Era finito y eterno. Era la vida.

—Los peniques son peones —le expliqué—. Las de cinco centavos son torres, las de diez son caballos y alfiles, las de veinticinco son reyes y reinas.

Ella sacudió la cabeza: Hacha es idiota.

—¿Cómo van a ser las dos cosas?

—Cara: caballos y reyes. Cruz: alfiles y reinas.

El frío del marfil. La forma en que las bases cubiertas de fieltro se deslizaban por la madera pulida, como truenos susurrados. El rostro de mi padre, delgado y sin afeitar, inclinado sobre el tablero; los ojos rojos y los labios fruncidos, encostrados de sombras. El olor empalagoso y dulzón del alcohol y los dedos que tamborileaban como alas de colibrí.

« Lo llaman el deporte de los reyes, Marika. ¿Te gustaría aprender?» .

—Es el deporte de los reyes —le dije a Tacita.

—Bueno, yo no soy un rey —respondió, cruzando los brazos; hartita de mí—. A mí me gustan las damas.

—Entonces te encantará el ajedrez. El ajedrez es como las damas con esteroides.

Mi padre dando golpecitos en la mesa con sus uñas rotas. Las ratas arañando el interior de las paredes.

—Así se mueve el alfil, Tacita.

« Así se mueve el caballo, Marika» .

La niña se metió un trozo de chicle rancio en la boca y se puso a masticar con rabia los secos fragmentos. Aliento fresco. Aliento a whisky. Arañazo, golpecito.

—Dale una oportunidad —le supliqué—. Te encantará, te lo prometo.

Ella agarró la esquina de la toalla.

—Esto es lo que opino —dijo.

Lo vi venir, pero no pude evitar un respingo cuando tiró de la toalla y las monedas volaron por el aire. Una de las de cinco centavos le dio en la frente, pero ni parpadeó.

—¡Ja! —exclamó Tacita—. ¡Supongo que eso es jaque mate, zorra!

Reaccioné sin pensar: le di una bofetada.

—No vuelvas a llamarme eso. Nunca.

El frío hizo que la bofetada doliese más. Puso un mohín y se le humedecieron los ojos, pero no lloró.

—Te odio —dijo.

—Me da igual.

—No, te odio, Hacha. Te odio con todas mis fuerzas y odio tu puto ajedrez.

—Decir palabrotas no te convierte en mayor, ya lo sabes.

—Entonces, supongo que soy un bebé. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder, joder, joder! —Empezó a tocarse la mejilla, pero se contuvo—. No tengo que hacerte caso, no eres mi madre ni mi hermana, ni nadie.

—Entonces ¿por qué te has pegado a mí como una lapa desde que salimos del campo?

Ahí sí que soltó una lágrima, una única gota que le bajó por la mejilla



escarlata. Estaba muy pálida y delgada, tenía una piel tan luminiscente como las piezas de ajedrez de mi padre. Me sorprendía no haberla roto en mil pedazos con mi bofetada. No sabía qué decir ni cómo desdecir lo dicho, así que no comenté nada. Me limité a ponerle una mano en la rodilla. Me la apartó.

—Quiero recuperar mi arma —dijo.

—¿Para qué?

—Para dispararte.

—Pues entonces sí que no te la voy a devolver.

—¿Y para disparar a las ratas?

—No tenemos suficientes balas —repuse, suspirando.

—Pues las envenenamos.

—¿Con qué?

—Vale —respondió, alzando las manos—. ¡Prendemos fuego al hotel y las quemamos a todas!

—Es una gran idea, pero nosotros también vivimos aquí.

—Entonces, las ratas van a ganar. Contra nosotros. Un puñado de ratas.

Sacudí la cabeza, no la entendía.

—¿Ganamos? ¿Cómo?

Abrió mucho los ojos, incrédula: Hacha es imbécil.

—¡Escúchalas! Se lo están comiendo. ¡Y al final no viviremos aquí porque no habrá un aquí!

—Eso no es ganar —comenté—. Porque ellas tampoco tendrían casa.

—Son ratas, Hacha; no son tan previsoras.

«No solo las ratas», pensé aquella noche cuando por fin se quedó dormida a mi lado. Las oía dentro de las paredes, masticando, arañando, chillando. Al final, con la ayuda del tiempo, los insectos y el paso de los días, el viejo hotel se derrumbaría. En cuestión de cien años, solo quedarían los cimientos. En mil, nada de nada. Ni aquí ni en ninguna parte. Será como si no hubiéramos existido. ¿Quién necesita las bombas que utilizaron en Campo Asilo cuando pueden volver los elementos en nuestra contra?

Tacita estaba apretada contra mí. A pesar de la pila de mantas, el frío apretaba con fuerza. Invierno: una ola que no había que diseñar. El frío mataría a miles de personas más.

«Nada de lo que sucede es insignificante, Marika —me dijo mi padre durante una de mis lecciones de ajedrez—. Todos los movimientos cuentan. Y, para dominar el juego, hay que comprender hasta qué punto cuentan en cada momento».

El problema de las ratas me inquietaba. No el problema de Tacita. No el problema con las ratas. El problema de las ratas.

Los helicópteros se acercan a través de las ramas peladas vestidas de blanco: tres puntos negros contra el gris. Me quedan segundos.

Opciones:

Acabar con Tacita y enfrentarme a tres Blackhawks equipados con misiles Hellfire.

Abandonar a Tacita para que ellos la maten... o peor, para que la salven.

Una última opción: acabar con las dos. Una bala para ella. Una bala para mí.

No sé si Zombi estará bien. No sé qué es lo que ha obligado a Tacita a salir del hotel (si es que ha habido algo). Lo que sí sé es que nuestras muertes podrían ser su única oportunidad de seguir vivo.

Me ordeno apretar el gatillo. Si logro disparar la primera bala, la segunda será mucho más fácil. Me digo que es demasiado tarde, demasiado tarde para ella y demasiado tarde para mí. De todos modos, no hay forma de evitar la muerte. ¿No es esa la lección con la que han estado machacándonos durante meses? No hay forma de esconderse ni de huir de ella. Retrásala un día, y la muerte seguro que te encontrará mañana.

Está preciosa, ni siquiera parece real acurrucada en su lecho de nieve, con el cabello oscuro brillando como si fuera ónice y un rostro dormido que transmite la indescriptible serenidad de una estatua antigua.

Sé que matarnos a las dos es la opción que menor riesgo supone para más personas. Y entonces pienso otra vez en las ratas y en que, a veces, para pasar aquellas horas interminables, Tacita y yo tramábamos nuestra campaña contra las alimañas, ideábamos estrategias y tácticas, oleadas de ataques cada vez más ridículos hasta que ella se partía de risa histérica y yo le soltaba el mismo discurso que le había soltado a Zombi en el campo de tiro, la misma lección que ahora vivo: el miedo que une al asesino y a la presa, y la bala que los conecta como si fuera un cordón de plata. Ahora yo soy el asesino y la presa, un círculo completamente distinto, y se me ha quedado la boca tan seca como el estéril aire, el corazón igual de frío: la temperatura de la verdadera rabia es el cero absoluto, y la mía es más profunda que el océano, más ancha que el universo.

Así que no es la esperanza lo que me lleva a volver a guardar el arma en la pistolera. No es la fe y, desde luego, tampoco es el amor.

Es la rabia.

La rabia, y el hecho de que tengo el implante de un recluta muerto todavía metido entre la mejilla y las encías.

La cojo en brazos. Se le cae la cabeza sobre mi hombro. Nos metemos entre los árboles. Sobre nosotras brama un Blackhawk. Los otros dos helicópteros se han dividido, uno hacia el este y otro hacia el oeste, para cortarme la retirada. Las ramas altas y finas se doblan. La nieve me azota de lado la cara. Tacita no pesa nada: es como cargar con un puñado de ropa vieja.

Salimos de entre los árboles cuando un Blackhawk llega rugiendo por el norte. La ráfaga de aire me revuelve el pelo con furia ciclónica. El helicóptero flota sobre nosotras y nos quedamos inmóviles, de pie en medio de la carretera. No seguiré huyendo. Se acabó.

Dejó a Tacita en el asfalto. El helicóptero está tan cerca que veo el visor negro del piloto y la puerta abierta de la bodega, donde se apiñan varios cuerpos, y sé que estoy en el centro de media docena de miras, la niña que tengo a los pies y yo. Y cada segundo que pasa significa que he sobrevivido otro segundo y que, con cada uno de ellos, aumentan las posibilidades de que sobreviva al siguiente. Puede que no sea demasiado tarde para mí ni para ella, todavía no.

No brillo en sus oculares. Soy una de ellos. Sí, ¿no?

Me quito el fusil del hombro y meto el dedo en el seguro.

## II

### LA LIMPIEZA

Cuando era tan pequeña que apenas sabía andar, mi padre me preguntaba: «Cassie, ¿quieres volar?». Y yo no tardaba ni medio segundo en levantar los brazos por encima de la cabeza. «¿Me tomas el pelo, viejo? —pensaba—. ¡Pues claro que quiero volar!».

Me cogía por la cintura y me lanzaba al aire. Yo dejaba caer la cabeza hacia atrás y salía lanzada como un cohete hacia el cielo. Por un segundo que duraba mil años, creía que volaría hasta alcanzar las estrellas. Gritaba de alegría, con ese feroz miedo de montaña rusa, intentando agarrar las nubes con las manos.

«¡Vuela, Cassie, vuela!».

Mi hermano también conocía esa sensación. Mejor que yo, porque tenía el recuerdo más fresco. Incluso después de la Llegada, papá lo ponía en órbita. Lo vi hacerlo en el Campo Pozo de Ceniza unos días antes de que apareciera Vosch y lo asesinara en el suelo.

«Sam, amigo mío, ¿quieres volar?». Cambiaba su voz de barítono a bajo, como un feriante de los viejos tiempos, aunque la atracción que vendía era gratis... y, a la vez, de un valor incalculable. Papá era la plataforma de lanzamiento. Papá era la pista de aterrizaje. Papá, que era la cuerda que evitaba que Sams (y yo) saliéramos disparados al vacío del espacio profundo, ahora se había convertido en el vacío en sí.

Esperé a que Sam preguntara. Era la forma más fácil de darle una noticia horrible. También la más rastrera. Pero no preguntó, sino que afirmó:

—Papá está muerto.

Un bulto diminuto bajo una pila de mantas, ojos marrones grandes, redondos y vacíos, como los del oso de peluche que apretaba contra su mejilla. «Los osos de peluche son para los bebés —me dijo la primera noche en el Hotel Infierno—. Ahora soy un soldado».

Acurrucada en la cama de al lado había otro soldado solemne y minúsculo, la niña de siete años a la que llaman Tacita. La de la adorable cara de muñeca y los ojos torturados, que no comparte cama con un peluche, sino con un fusil.

Bienvenidos a la era posthumana.

—Ay, Sam —le dije. Abandoné mi puesto junto a la ventana y me senté junto al capullo de mantas que lo envolvía—. Sammy, no sabía cómo...

Él me dio un puñetazo en la mejilla con una manita del tamaño de una manzana. No lo vi venir, en ambos sentidos de la frase. Un estallido de estrellas relucientes me nubló los ojos. Por un segundo temí que se me hubiese desprendido la retina.

«Vale —me dije, restregándome la mejilla—. Me lo merecía».

—¿Por qué lo dejaste morir? —me preguntó. No gritó ni lloró, lo preguntó en voz baja y feroz, rebosante de ira—. Se suponía que ibas a cuidar de él.

—No lo dejé morir, Sams.

Mi padre desangrándose en la tierra, arrastrándose por ella (« ¿Adónde vas, papá?») y Vosch sobre él, observándolo arrastrarse, satisfecho, como un niño sádico que observa una mosca a la que previamente le ha arrancado las alas.

Tacita, desde la cama:

—Pégale otra vez.

—Cierra la boca —le ladró Sam.

—No fue culpa mía —susurré, abrazando el osito.

—Era blando —intervino Tacita—. Eso es lo que pasa cuando...

Sam cayó sobre ella en dos segundos. Después se formó un remolino de puños, rodillas, pies y polvo que volaba de las mantas, y pensé: « ¡Dios bendito, hay un fusil en esa cama!», así que aparté a Tacita de un empujón, cogí a Sam en brazos y lo estreché con fuerza contra el pecho mientras él no paraba de agitar los brazos, darme patadas, escupir y apretar los dientes, y Tacita le gritaba obscenidades y le prometía que lo mataría como a un perro si volvía a tocarla. La puerta se abrió de golpe, y Ben entró en tromba en el cuarto vestido con aquella ridícula sudadera amarilla.

—¡No pasa nada! —grité por encima de los berridos—. ¡Todo controlado!

—¡Taza! ¡Frijol! ¡Parad!

En cuanto Ben dio la orden, los dos niños guardaron silencio, como si tuvieran un interruptor. Sam se relajó. Tacita se dejó caer contra el cabecero de la cama y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ha empezado ella —se quejó Sam.

—Estaba pensando en pintar una gran equis roja en el tejado —dijo Ben, guardando la pistola—. Gracias por ahorrarme el trabajo, chicos —añadió, sonriéndome—. A lo mejor Tacita debería dormir en mi cuarto hasta que vuelva Hacha.

—¡Bien! —exclamó ella.

Después saltó de la cama, se dirigió a la puerta, giró sobre los talones, regresó a la cama, recogió su fusil y tiró a Ben de la muñeca.

—Vámonos, Zombi.

—Dentro de un segundo —respondió él con amabilidad—. Dumbo está de guardia, usa su cama.

—Ahora es mi cama —anunció ella, y no pudo evitar un disparo de despedida—: Capullos.

—¡Tú eres la capulla! —le gritó Sammy. La puerta se cerró de esa forma rápida y violenta en que se cierran las puertas de los hoteles—. Capulla.

Ben me miró con la ceja derecha arqueada.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada.

—Le he pegado —explicó Sammy.

—¿Tú le has pegado?

—Por dejar que mi papá muriera.

Y ahí fue cuando Sam se desmoronó. Aparecieron las lágrimas y, antes de darme cuenta, Ben estaba arrodillado y mi hermano pequeño lloraba en sus brazos, mientras Ben le decía:

—Eh, no pasa nada, soldado. Todo irá bien.

Le acariciaba el corte de pelo al que yo todavía no me había acostumbrado (Sammy no parecía Sammy sin su pelambreira) mientras repetía una y otra vez aquella idiotez de nombre que le habían puesto en el campo:

—Frijol, Frijol.

Sabía que no debería molestarme, pero me molestaba que todos tuvieran su nombre de guerra menos yo. A mí me gustaba Desafío.

Ben lo cogió en brazos y lo dejó en la cama. Después encontró a Oso en el suelo y lo colocó sobre la almohada. Sam lo apartó, pero Ben lo cogió otra vez.

—¿De verdad quieres retirar a Osito del servicio? —le preguntó.

—No se llama Osito.

—Soldado Oso —probó Ben.

—Solo Oso, ¡y no quiero volver a verlo! —gritó Sam, tapándose la cabeza con las mantas—. ¡Salid! ¡Que se vaya todo el mundo!

Di un paso hacia él, pero Ben me llamó y señaló la puerta con la cabeza. Lo seguí fuera. Una sombra enorme cubría la ventana del pasillo: el crío grandote y silencioso al que llamaban Bizcocho, cuyo silencio no era de los espeluznantes, sino más bien como la profunda quietud de un lago de montaña. Ben se apoyó en la pared y se llevó a Oso al pecho con la boca un poco abierta, sudando a pesar de que hacía un frío que pelaba. Exhausto después de enfrentarse a un par de niños; Ben tenía problemas, y eso significaba que todos los teníamos.

—Él no sabía que vuestro padre estaba muerto —dijo.

Lo sabía y no lo sabía —respondí—. Es una de esas cosas.

—Sí —contestó, suspirando—. Esas cosas.

Un silencio plomizo del tamaño de Newark cayó sobre nosotros. Ben acariciaba la cabeza de Oso con aire ausente, como un anciano que acaricia un gato mientras lee el periódico.

—Debería volver con él —dije.

Ben dio un paso hacia la puerta para taparme el camino.

—A lo mejor no es buena idea.

—A lo mejor no deberías meter las narices...

—No es la primera persona que se le muere. Lo superará.

—Te has pasado —respondí. «El tipo del que hablamos también era mi padre, Zombi».

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Por qué la gente siempre dice eso después de soltar algo cruel? —Después añadí, porque tengo problemas para contenerme—: Resulta que sé lo que es «superar» la muerte sin ayuda. Cuando no hay nada más que un gran vacío donde antes estaba todo. Habría sido agradable, muy agradable, tener a alguien allí, conmigo...

—Oye —me interrumpió en tono amable—. Oye, Cassie, no quería...

—No, no querías, claro que no.

Zombi. ¿Porque no tenía sentimientos y estaba muerto por dentro, como un zombi? En el Campo Pozo de Ceniza había gente así. Yo los llamaba *arrastrapiés*, sacos de polvo con forma humana. Se les había roto algo dentro, algo irremplazable. Demasiadas pérdidas. Demasiado dolor. Gente que caminaba arrastrando los pies y mascullaba con la boca entreabierta y la mirada vacía. ¿Así era Ben? ¿Era un *arrastrapiés*? Entonces ¿por qué lo había arriesgado todo por salvar a Sam?

—Estuvieras donde estuvieras, nosotros también estábamos ahí —añadió, despatocando.

Las palabras me dolieron porque eran ciertas y porque otra persona me había dicho prácticamente lo mismo: «No eres la única que lo ha perdido todo». Esa otra persona había sufrido la pérdida definitiva. Todo por mí, la cretina a la que había que recordarle, otra vez, que no es la única. La vida está repleta de pequeñas ironías, pero también cuajada de algunas del tamaño de aquella gran roca de Australia.

Había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Se ha ido Hacha?

Ben asintió con la cabeza sin dejar de acariciar al peluche. El Oso empezaba a molestarme, así que se lo quité.

—He intentado enviar a Bizcocho con ella —respondió, y se rio en voz baja—. Hacha.

Me pregunté si era consciente de cómo pronunciaba su nombre. En voz queda, como una oración.

—Sabes que no tenemos plan de emergencia si no vuelve, ¿no?

—Volverá —respondió con certeza.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque no tenemos plan de emergencia.

Ahí sí que esbozó una sonrisa de oreja a oreja, y me desorientó ver aquella antigua sonrisa suya que iluminaba las aulas, los pasillos y los autobuses escolares amarillos desplegada en su nueva cara, la remodelada por la enfermedad, las balas y el hambre. Como doblar la esquina en una ciudad desconocida y encontrarte con un conocido.

—Eso es un razonamiento circular —comenté.



—Puede que algunos chicos se sientan amenazados cuando están con personas más listas que ellos, pero a mí me inspira confianza, ¿sabes?

Me apreté el brazo y salió cojeando por el pasillo hacia su cuarto. Entonces me quedé sola con el oso y el chico grandote del otro lado del pasillo, la puerta cerrada que tenía enfrente y yo. Respiré hondo y entré. Me senté al lado de la pila de mantas; no lo veía, pero sabía que Sam estaba allí. Él no me veía, pero sabía que yo estaba allí.

—¿Cómo murió? —preguntó una voz ahogada entre las mantas.

—Le dispararon.

—¿Lo viste?

—Sí.

Nuestro padre, arañando la tierra.

—¿Quién le disparó?

—Vosch.

Cerré los ojos. Mala idea: la oscuridad hizo que la escena resultara más nítida.

—¿Dónde estabas cuando le disparó?

—Escondida.

Alargué una mano para apartar las mantas, pero no pude. « Estuvieras donde estuvieras ». En un lugar del bosque, al lado de una autopista vacía, una chica se mete en su saco de dormir y ve morir a su padre una y otra vez. Escondida entonces, escondida ahora, viéndolo morir una y otra vez.

—¿Luchó?

—Sí, Sam. Luchó con ganas. Me salvó la vida.

—Pero te escondiste.

—Sí.

Estrujando a Oso contra el estómago.

—Como una gallina.

—No, no fue así —susurré.

Él apartó las mantas y se sentó de golpe. No lo reconocí. Nunca antes había visto a ese niño. Un rostro feo deformado por la rabia y el odio.

—Lo voy a matar. ¡Le meteré un disparo en la cabeza!

Sonreí. O lo intenté.

—Lo siento, Sams, ya me lo he pedido yo.

Nos miramos, y el tiempo se plegó sobre sí mismo, el tiempo que habíamos perdido en sangre y el tiempo que habíamos comprado con sangre, el tiempo en que yo era la hermana mayor mandona y él era el irritante hermano pequeño, el tiempo en que yo era la cosa por la que merecía la pena vivir y él era la cosa por la que merecía la pena morir, y después se derrumbó entre mis brazos, con el oso espachurrado entre nosotros como nosotros estábamos atrapados entre el tiempo de antes y el de después.

Me tumbé a su lado y, juntos, rezamos su oración: « Si me dejas solo... ». Y

le conté la historia de la muerte de papá. Que robó un arma a uno de los malos y, él solo, acabó con doce Silenciadores. Que se enfrentó a Vosch y le dijo: «Podréis aplastar nuestros cuerpos, pero no nuestro espíritu». Que se sacrificó para que yo pudiera escapar y rescatar a Sam de la malvada horda galáctica. Para que, un día, Sam reuniera los retales que quedaran de la humanidad y salvara el mundo. Para que los recuerdos de los últimos momentos de su padre no fueran los de un hombre roto que se arrastra por el suelo mientras se desangra.

Después de quedarse dormido, salí de la cama y regresé a mi puesto junto a la ventana. Un trozo de aparcamiento, un restaurante decrepito («¡Los miércoles, bufé libre!») y unos kilómetros de autopista gris que se funde en negro. La tierra oscura y tranquila, como estaba antes de que la llenáramos de ruido y luz. Algo acaba. Algo nuevo empieza. Este es el periodo intermedio. La pausa.

En la autopista, al lado de un todoterreno que se ha quedado metido en la mediana, la luz de las estrellas se reflejaba en la inconfundible forma del cañón de un fusil. Por un segundo, se me paró el corazón. La sombra que llevaba el fusil salió disparada hacia los árboles, y entonces vi el brillo de un pelo negro azabache, reluciente y tan liso que daba envidia; y supe que la sombra era Hacha.

Hacha y yo no empezamos con buen pie, y la relación fue de mal en peor a partir de ahí. Ella recibía con un frío desdén todo lo que yo decía, como si yo fuera estúpida o estuviera loca. Sobre todo cuando surgía Evan Walker. «¿Estás segura? Eso no tiene sentido. ¿Cómo va a ser humano y alienígena a la vez?». Cuanto más me enfadaba yo, más se enfriaba ella, hasta que las dos nos anulábamos como los dos lados de una ecuación química. Como  $E = MC^2$ , la clase de ecuación química que genera explosiones enormes.

Nuestras palabras de despedida fueron el ejemplo perfecto.

—¿Sabes? Lo de Dumbo lo entiendo, por lo de las orejas grandes. Y lo de Frijol, porque Sam es pequeño. También lo de Tacita. Lo de Zombi, no tanto, pero Ben no quiere explicarlo, y supongo que lo de Bizcocho tiene que ver con lo gordito que está. Pero ¿por qué Hacha?

Me respondió con una mirada helada.

—Me hace sentir algo excluida. Ya sabes, lo de ser la única del grupo sin nombre de calle.

—*Nom de guerre* —me corrigió ella.

Me quedé mirándola un minuto.

—Deja que adivine: ¿beca al mérito escolar, club de ajedrez, equipo de matemáticas, la mejor de tu clase? Y tocas un instrumento, puede que el violín o el chelo, algo con cuerdas. Tu padre trabajaba en Silicon Valley y tu madre era profesora de universidad, creo que de física o de química.

Guardó silencio durante unos dos mil años y después contestó:

—¿Algo más?

Sabía que debía parar, pero estaba en racha y, cuando estoy así, me meto hasta el fondo. Es el estilo Sullivan.

—Eres la mayor... No, hija única. Tu padre es budista, pero tu madre es atea. A los diez meses ya andabas. Te crio tu abuela porque tus padres trabajaban todo el tiempo. Te enseñó taichí. Nunca jugabas con muñecas. Hablas tres idiomas. Uno de ellos es francés. Estabas en el equipo de preparación para las olimpiadas, gimnasia. Una vez sacaste un notable y tus padres te quitaron tu juego de química y te encerraron en tu dormitorio una semana, durante la cual te leíste las obras completas de William Shakespeare. —Ella sacudía la cabeza—. Vale, las comedias no; no captabas el humor.

—Perfecto. Es asombroso. —Su voz era monótona y fina como un trozo de papel de aluminio recién sacado del rollo—. ¿Me dejas probar?

Me puse un poco tensa, preparándome.

—Puedes intentarlo.

—Siempre te ha preocupado tu aspecto, sobre todo tu pelo, seguido de cerca por las pecas. Te sientes incómoda en situaciones sociales, así que lees mucho y escribes en tu diario desde que tenías doce años. Solo tienes una amiga íntima y vuestra relación es codependiente, lo que significa que cada vez que te peleabas con ella te deprimías. Eres una niña de papá, nunca estuviste muy unida a tu madre, que siempre te hacía sentir que, hicieras lo que hicieras, no era suficiente. Tampoco ayudaba que fuera más guapa que tú. Cuando murió, te sentiste culpable por odiarla en secreto y por sentirte aliviada en secreto por su muerte. Eres cabezota, impulsiva y algo hiperactiva, así que tus padres te apuntaron a algo que te ayudara con la coordinación y la concentración, como ballet o kárate, probablemente kárate. ¿Quieres que siga?

Bueno, ¿qué iba a hacer? Solo veía dos opciones: reírme o pegarle un puñetazo. Vale, tres: reírme, pegarle un puñetazo o devolverle una de sus miradas estoicas. Opté por la número tres.

Mala idea.

—Vale —dijo Hacha—. No eres ni una marimacho ni una cursi. Estás en esa zona gris intermedia. Estar ahí significa que siempre has envidiado en secreto a las que no lo están, pero has reservado casi todo tu resentimiento para las chicas guapas. Te has enamorado, pero nunca has tenido novio. Finges odiar a los chicos que te gustan y que te gustan los chicos que odias. Siempre que estás con alguien más guapo, más listo o mejor que tú en cualquier sentido, te enfadas o te pones sarcástica porque te recuerdan lo mediocre que te sientes por dentro. ¿Sigo?

Y yo, bajito:

—Claro, lo que tú quieras.

—Hasta que apareció Evan Walker, ni siquiera habías ido de la mano de un

chico, salvo en las excursiones del cole. Evan era amable, fácil de contentar y, encima, tan guapo que costaba mirarlo. Se convirtió en un lienzo en blanco para que pudieras pintar en él tu deseo de una relación perfecta con el chico perfecto que aliviaría tu miedo no haciéndote daño nunca. Te dio todas esas cosas que tú imaginabas que tenían las chicas guapas y tú no, así que estar con él (o con la idea de lo que era él) se basaba, sobre todo, en la venganza.

Me estaba mordiendo el labio inferior y me ardían los ojos. Apreté tanto los puños que me clavé las uñas en las palmas. ¿Por qué, oh, por qué no había elegido la segunda opción?

—Ahora quieres que pare —dijo, y no era una pregunta.

Alcé la barbilla. « ¡Y Desafío será mi nombre de guerra! ».

—¿Cuál es mi color favorito?

—El verde.

—Error. Es el amarillo —mentí.

Se encogió de hombros; sabía que le estaba mintiendo. Hacha: El País de las Maravillas con patas.

—Pero, en serio, ¿por qué Hacha?

Eso es, vuelve a ponerla a la defensiva. Bueno, en realidad nunca lo estuvo, esa era yo.

—Soy humana —respondió.

—Sí. —Me asomé por la rendija de las cortinas para observar el aparcamiento, dos plantas más abajo. ¿Por qué lo hice? ¿De verdad pensaba encontrarlo ahí fuera, como el acosador que es, sonriéndome? « ¿Ves? Te dije que te encontraría » —. No eres la primera persona que me lo asegura. Y me lo tragué como una tonta.

—No tan tonta, dadas las circunstancias.

Ah, vale, ¿había decidido ponerse amable? ¿Darme un respiro? No sabía qué era peor: el Hacha doncella de hielo o el Hacha reina compasiva.

—No finjas. Sé que no te crees mi historia sobre Evan.

—Me creo tu historia; es su historia la que no tiene sentido.

Entonces salió del cuarto. Sin más. Justo a la mitad, antes de resolver nada. Aparte de todos los hombres del mundo, ¿quién hace eso?

« Una existencia virtual no necesita un planeta físico... ».

¿Quién era Evan Walker? Paseé la mirada de la autopista a mi hermano pequeño y vuelta a empezar. ¿Quién eras, Evan Walker?

Fue una idiotez confiar en él, pero estaba herida y sola (sola en el sentido de que creía ser el único ser humano con vida del puñetero universo) y bien jodida mentalmente porque ya había matado a una persona inocente, y esta persona, este Evan Walker, no había acabado con mi vida cuando había tenido la oportunidad de hacerlo, sino que me la había salvado. Así que cuando sonaron las alarmas, no les hice caso. Además, no estorbaba (¿ayudaba?) el hecho de que

fuera increíblemente guapo y estuviera igual de increíblemente obsesionado con hacerme sentir que yo le importaba más que su propia vida, desde bañarme hasta darme de comer y enseñarme a matar, desde contarme que yo era lo único que le quedaba por lo que merecía la pena morir hasta demostrarlo muriendo por mí.

Empezó como Evan, se despertó trece años después para descubrir que no lo era, y después se despertó de nuevo, según me contó, al verse a través de mis ojos. Se encontró en mí y yo lo encontré en mí, y yo fui él y ya no hubo espacio entre los dos. Empezó contándome todo lo que yo deseaba oír y acabó diciéndome lo que necesitaba: que la principal arma para erradicar a los supervivientes humanos eran los mismos humanos. Y cuando murieran los últimos «infestados», Vosh y compañía se encargarían de la quinta ola. Se terminó la purga. La casa limpia y lista para la mudanza.

Cuando les conté a Ben y a Hacha todo eso (menos la parte sobre tener a Evan dentro, que era demasiado compleja para Parish) me llevé muchas miradas escépticas y ellos intercambiaron otras tantas miradas intencionadas que me dejaban dolorosamente al margen.

—¿Uno de ellos estaba enamorado de ti? —preguntó Hacha cuando terminé—. ¿No sería como si uno de nosotros se enamorase de una cucaracha?

—O de una efímera —respondí—. A lo mejor les van los insectos.

La reunión era en la habitación de Ben. Nuestra primera noche en el Hotel Walker, como lo bautizó Hacha, sobre todo, creo, por fastidiarme.

—¿Qué más te contó? —preguntó Ben.

Estaba tirado en la cama. Seis kilómetros desde el Campo Asilo al hotel y parecía como si acabara de correr una maratón. El crío que nos remendó a Sam y a mí, Dumbo, no se arriesgaba a dar un veredicto sobre Ben. No se atrevía a decir que mejoraría. No se atrevía a decir que empeoraría. Por supuesto, Dumbo solo tenía doce años.

—¿Capacidad? ¿Debilidades?

—Ya no tienen cuerpos. Evan me contó que era el único modo de hacer el viaje. A algunos los descargaron (a Vosh, a él y a los otros Silenciadores), pero otros siguen en la nave nodriza, esperando a que desaparezcamos.

Ben se restregó la boca al dorso de la mano.

—Los campos se organizaron para cribar a los mejores candidatos para el lavado de cerebro...

—Y para librarse de los que no lo eran —concluí—. Cuando desplegaran la quinta ola, solo tenían que sentarse a esperar que los estúpidos humanos hicieran el trabajo sucio.

Hacha estaba sentada junto a la ventana, más callada que una sombra.

—Pero ¿por qué utilizarlos? —se preguntó Ben—. ¿Por qué no descargar tropas suficientes en cuerpos humanos como para acabar con todos?

—Puede que no sean suficientes —supuse—. O que montar la quinta ola les suponga menos riesgos.

—¿Qué riesgos? —preguntó Sombra-Hacha, rompiendo su silencio.

Decidí no prestarle atención. Por muchas razones, la primera de ellas que darle conversación a Hacha era meterse en un berenjenal. Era capaz de humillar a cualquiera con una sola palabra.

—Tú estuviste allí —le recordé a Ben—. Oíste a Vosch. Llevan siglos observándonos. Pero Evan demostró que, por muchos miles de años que uno dedique a planificar algo, siempre puede salir mal. No creo que se les ocurriera la posibilidad de que, al convertirse en nosotros, se convirtieran de verdad en nosotros.

—Ya —respondió Ben—. Y ¿cómo podemos usar eso?

—No podemos —respondió Hacha—. Sullivan no nos ha contado nada que nos ayude, a no ser que ese tal Evan haya sobrevivido de algún modo a la explosión y pueda rellenar los huecos.

Ben sacudía la cabeza.

—Nadie puede sobrevivir a eso.

—Había cápsulas de escape —respondí, agarrándome al clavo ardiendo al que me había estado agarrando desde nuestra despedida.

—¿En serio? —preguntó Hacha, que no parecía creerme—. Entonces ¿por qué no te metió en una?

—Mira, seguramente no debería decirle esto a una persona armada con un fusil semiautomático de gran calibre, pero me estás empezando a tocar las narices —le dije.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendida.

—Tenemos que organizarnos —nos cortó Ben, evitando que yo respondiera, lo que estuvo bien, porque Hacha de verdad llevaba un M16 y Ben me había dicho que era la mejor tiradora del campo—. ¿Cuál es el plan? ¿Esperar a que aparezca Evan o huir? Y, si huimos, ¿adonde?

Tenía las mejillas ardiendo de fiebre y los ojos brillantes. Iba perdiendo de largo y quedaban cuatro segundos para que terminara el partido.

—¿Te dijo Evan algo que pudiera ayudarnos? ¿Qué van a hacer con las ciudades?

—No las van a volar en pedazos —respondió Hacha sin esperar a que yo respondiera. Ni tampoco esperó a que le preguntara cómo lo sabía ella—. Si ese fuera el plan, habría sido lo primero en suceder. Más de la mitad de la población mundial vive en áreas urbanas.

—Así que piensan usarlas —dijo Ben—. ¿Porque están usando cuerpos humanos?

—No podemos escondernos en una ciudad, Zombi —repuso Hacha—. En ninguna ciudad.

—¿Por qué?

—Porque no es seguro. Incendios, aguas residuales, enfermedades causadas por los cadáveres en putrefacción, otros supervivientes que ya deben de saber que usan cuerpos humanos... Si queremos seguir vivos el mayor tiempo posible, tenemos que seguir moviéndonos. Movernos y estar solos siempre que podamos.

Ay, ¿dónde había oído antes esa regla? Estaba mareada, la rodilla me dolía mucho. La rodilla en la que me había disparado un Silenciador. Mi Silenciador. «Te encontraré, Cassie. ¿Acaso no te he encontrado siempre?» Esta vez no, Evan. Creo que no. Me senté en la cama, al lado de Ben.

—Tiene razón —le dije—. No es buena idea permanecer en el mismo sitio demasiados días.

—Ni permanecer juntos.

Las palabras de Hacha flotaron en el aire helado. A mi lado. Ben se tensó. Cerré los ojos. También había oído esa regla: no confíes en nadie.

—Eso no va a pasar, Hacha —dijo Ben.

—Yo me llevo a Tacita y a Bizcocho. Tú te quedas con los demás. Nuestras posibilidades se multiplican por dos.

—¿Y por qué parar ahí? —le pregunté—. ¿Por qué no nos dividimos todos? Así las multiplicamos por cuatro.

—Por seis —me corrigió.

—Bueno, no soy un genio de las matemáticas —intervino Ben—, pero me parece que dividirnos es dejarnos llevar por su estrategia. Aislar y exterminar. —Le echó una mirada muy dura a Hacha—. Por mi parte, me gusta tener a alguien que me guarde las espaldas.

Se levantó de la cama y, por un segundo, se tambaleó. Hacha le dijo que volviera a tumbarse, pero no le hizo caso.

—No podemos quedarnos, pero tampoco tenemos adonde ir. Desde aquí no podemos llegar a ninguna parte, así que ¿adónde vamos? —preguntó.

—Al sur —respondió Hacha—. Lo más al sur que podamos.

Estaba mirando por la ventana. Lo comprendí: una buena nevada y nos quedaríamos atrapados hasta que se derritiera la nieve. Por tanto, había que ir a algún sitio donde no nevara.

—¿Texas? —preguntó Ben.

—México —respondió Hacha—. O Centroamérica, cuando bajen las aguas. En la selva es posible ocultarse durante años.

—Me gusta —comentó Ben—, de vuelta a la naturaleza. Hay un pequeño pero —añadió, abriendo las manos—: no tenemos pasaportes.

Se quedó mirándola, aguantando el gesto, como si esperase que sucediera algo. Hacha le devolvió la mirada con el rostro inexpresivo. Ben dejó caer las manos y se encogió de hombros.

—No lo dirás en serio —dije. La cosa empezaba a ponerse ridícula—.

¿Centroamérica? En pleno invierno, a pie, con Ben herido y dos niños pequeños. Tendremos suerte si llegamos a Kentucky.

—Es mucho mejor que quedarse aquí esperando a que regrese tu príncipe alienígena.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Me daba igual que llevara un M16, iba a agarrarla por ese sedoso cabello suyo y a tirarla por la ventana. Ben lo vio venir y se interpuso entre las dos.

—Estamos en el mismo equipo, Sullivan. Vamos a comportarnos, ¿vale? —Después se volvió hacia Hacha—. Tienes razón, probablemente no sobreviviera, pero tenemos que darle a Evan la oportunidad de cumplir su promesa. De todos modos, no estoy en condiciones para un viaje por carretera.

—No volví a por Frijol y a por ti para que fuéramos los invitados especiales en un tiro al plato, Zombi —dijo Hacha—. Haz lo que creas que debes hacer, pero, si las cosas se ponen feas, yo me largo.

—Es una jugadora de equipo —le dije a Ben.

—A lo mejor se te olvida quién te salvó la vida —repuso ella.

—Que te den.

—¡Ya está bien! —rugió Ben con su mejor voz de *quarterback* al mando—. No sé cómo vamos a sobrevivir a esta mierda, pero sé que así no. Cortad el rollo, las dos. Es una orden.

Se dejó caer en la cama, jadeando, apretándose el costado con una mano. Hacha se fue a buscar a Dumbo, lo que nos dejó a Ben y a mí solos por primera vez desde nuestra reunión en las entrañas de Campo Asilo.

—Es curioso —comentó Ben—, lo lógico sería pensar que, después de que desapareciera el noventa y nueve por ciento de la población, el dos por ciento restante se llevaría mejor.

«Estooo, eso sería el uno por ciento, Parish», pensé, y me dispuse a comentarlo, pero entonces lo vi sonreír, esperando que le corrigiese las matemáticas, consciente de que me iba a resultar casi imposible resistir la tentación. Jugaba con el estereotipo de deportista bobo igual que alguien de la edad de Sammy jugaría con la tiza en las aceras: con trazos gruesos y torpes.

—Es una psicópata. En serio, hay algo que no le funciona. Si la miras a los ojos, no hay nada.

—Creo que hay mucho —respondió, negando con la cabeza—. Pero está... muy escondido.

Hizo una mueca; tenía la mano metida en el bolsillo de aquella horrible sudadera amarilla, como si imitara a Napoleón, apretando la herida de bala del disparo de Hacha. Una herida que él mismo había pedido. Una herida para arriesgarlo todo por salvar a mi hermano pequeño. Una herida que podría costarle la vida.

—No puede hacerse —susurré.



—Claro que sí —respondió, poniendo una mano sobre la mía.

Sacudí la cabeza: no me había entendido, yo no me refería a nosotros.

La sombra de su llegada cayó sobre la humanidad y, en la oscuridad absoluta de aquella sombra, perdimos de vista algo fundamental. Sin embargo, que no lo viéramos no significaba que no estuviera ahí: mi padre urgiéndome a huir cuando él no podía; Evan sacándome de las entrañas de la bestia antes de entregarse a ella; Ben metiéndose en la boca del infierno para sacar de allí a Sam. Hay algunas cosas (bueno, puede que solo una) que la sombra no puede mancillar. Algo frustrante, infatigable, invencible.

Pueden matarnos, pueden matar hasta el último ser humano, pero no pueden matar lo que queda en nuestro interior.

« Cassie, ¿quieres volar?» .

« Si, papá, quiero volar» .

La autopista plateada que se perdía en la oscuridad. La oscuridad abrasada por la liberación de las estrellas. Los árboles sin hojas con los brazos alzados como ladrones atrapados in fraganti. El aliento de mi hermano solidificándose en el aire helado mientras dormía. La ventana nublándose con mi respiración. Y, más allá del cristal escarchado, junto a la autopista plateada bajo la abrasadora luz de las estrellas, una figura diminuta corriendo bajo los brazos alzados de los árboles.

«Mierda» .

Salí disparada de la habitación y llegué al pasillo, donde Bizcocho se giró rápidamente con el fusil en alto («Relájate, grandullón»), y después entré en tromba en el cuarto de Ben. Dumbo estaba apoyado en el alféizar y Ben, tirado en la cama que está más cerca de la puerta. Dumbo se levantó. Ben se sentó. Y yo hablé:

—¿Dónde está Tacita?

Dumbo señaló la cama de al lado de Ben.

—Ahí.

Después me miró como si pensara: «A esta tía loca se le ha ido del todo la perola» .

Me acerqué a la cama y aparté la pila de mantas. Ben soltó una palabrota y Dumbo retrocedió contra la pared, poniéndose rojo.

—¡Juro por Dios que estaba ahí!

—La he visto —le dije a Ben—. Fuera...

—¿Fuera?

Bajó las piernas por el lateral de la cama, gruñendo por el esfuerzo.

—En la autopista.

Entonces lo comprendió.

—Hacha, ha ido detrás de Hacha. —Dio una palmada en la cama—. ¡Maldita sea!

—Yo voy —se ofreció Dumbo.

Ben levantó la mano.

—¡Bizcocho! —aulló.

Se oía llegar al grandullón, pues el suelo protestaba bajo su peso. Asomó la cabeza por la puerta y Ben le dijo:

—Tacita se ha largado. Detrás de Hacha. Ve a por ese grano en el culo y tráelo para que pueda darle una paliza.

Bizcocho se alejó, despacio, y el suelo dejó escapar un « ¡Menos mal!» . Ben se estaba ajustando la pistola.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Ocupar el puesto de Bizcocho hasta que vuelva con esa enana. Tú te quedas con Frijol, quiero decir, Sam. Como se llame. Tenemos que elegir un nombre y atenernos a él.

Le temblaban los dedos. Fiebre. Miedo. Un poco de las dos cosas.

Dumbo abrió y cerró la boca, aunque sin decir nada. Ben se dio cuenta.

—Descansa, soldado. No ha sido culpa tuya.

—Yo me ocuparé del pasillo —respondió Dumbo—. Tú quédate aquí, sargento. No deberías estar de pie.

Salió corriendo antes de que Ben pudiera detenerlo. Ben, que empezó a mirarme con ojos brillantes de fiebre.

—Creo que no te lo he contado —dijo—, pero, después de rebelarnos en Dayton, Vosh envió a dos pelotones a cazarnos. Si seguían en el terreno cuando el campo voló en pedazos...

No terminó la idea. O creía que no hacía falta o no podía. Se levantó. Trastabilló. Me acerqué y me eché al hombro uno de sus brazos, sin avergonzarme. No hay una forma bonita de decirlo: Ben Parish olía a enfermo. Al olor agrio de la infección y a sudor rancio. Por primera vez desde que había descubierto que no era un cadáver me di cuenta de que pronto podría serlo.

—Vuelve a la cama —le dije.

Él sacudió la cabeza, después se le aflojó la mano que tenía sobre mi hombro y cayó hacia atrás, de modo que se dio de culo contra el borde del colchón y acabó en el suelo.

—Mareado —murmuró—. Ve a por Frijol y tráetelo aquí.

—Sam. ¿Podemos llamarlo Sam?

Siempre que oigo Frijol me acuerdo de la comida rápida, de los McDonald's, las patatas fritas, los batidos de fresa y plátano, y los McCafé Frappé Mochas cubiertos de nata montada y espolvoreados de chocolate.

Ben sonrió. Y me rompió el corazón ver aquella sonrisa luminosa en su rostro demacrado.

—Claro que podemos —respondió.

Sam apenas suspiró cuando lo saqué de la cama y lo llevé al cuarto de Ben. Lo tumbé en la cama vacía de Tacita, lo arrojé y le toqué la mejilla con el dorso de la mano, una vieja costumbre que conservaba de los días de la plaga. Ben seguía sentado en el suelo con la cabeza hacia atrás, mirando el techo. Hice ademán de acercarme, pero me detuvo con un gesto.

—Ventana —jadeó—. Ahora estamos ciegos de un lado. Muchas gracias, Tacita.

—¿Por qué iba a largarse...?

—Desde Dayton lleva pegada a Hacha como una lapa.

—Yo solo las he visto pelearse.

Me acordé de la riña del ajedrez, de la moneda que acertó a Tacita en la

cabeza y del « ¡te odio! » .

Ben se rio.

—Del amor al odio...

Eché un vistazo al aparcamiento. El asfalto brillaba como ónice. « Pegada a ella como una lapa » . Pensé en Evan acechando tras puertas cerradas y esquinas. Pensé en aquella cosa sin mancillar, la última que nos queda, y pensé en que lo único capaz de salvarnos es también lo único capaz de acabar con nosotros.

—No deberías estar en el suelo —lo regañé—. Estarás más caliente en la cama.

—La centésima parte de un grado, sí. Esto no es nada, Sullivan. Un catarro comparado con la plaga.

—¿Pasaste por la plaga?

—Oh, sí. En el campo de refugiados que había junto a Wright-Patterson. Después de que tomaran la base me metieron allí, me hincharon a antivíricos, me pusieron un fusil en la mano y me ordenaron ir a matar gente. ¿Y tú?

Un crucifijo en una mano ensangrentada. « O me ayudas o me matas » . El soldado detrás de los refrigeradores de la cerveza fue el primero. No. El primero fue el tipo que disparó a Pringoso en un pozo de cenizas. Eso suma dos, y también están los Silenciadores, uno al que disparé justo antes de encontrar a Sam y otro justo antes de que me encontrara Evan. Cuatro, entonces. ¿Se me olvidaba alguien? Los cadáveres se amontonan y se acaba perdiendo la cuenta. « Dios mío, se acaba perdiendo la cuenta » .

—He matado a gente —respondí en voz baja.

—Me refiero a la plaga.

—No. Mi madre...

—¿Y tu padre?

—Una plaga distinta —respondí. El volvió la vista para mirarme—. Vosch. Vosch lo asesinó.

Le conté lo del Campo Pozo de Ceniza. Los Humvees y el gran camión de plataforma lleno de tropas. La aparición surrealista de los autobuses escolares. « Solo los niños. Solo hay sitio para los niños » . Cómo reunieron al resto en los barracones y cómo mi padre me envió con mi primera víctima a buscar a Pringoso. Después, mi padre en el suelo, Vosch erguido sobre él, y yo en el bosque mientras mi padre me pedía en silencio que huyera.

—Qué raro que no te metieran en un autobús —comentó Ben—. Si la idea era construir un ejército de críos con el cerebro lavado.

—Casi todos eran niños pequeños, de la edad de Sam, algunos incluso menores.

—En el campo separaban a todos los menores de cinco años y los metían en el búnker...

Asentí con la cabeza.

—Yo los encontré —respondí.

En la habitación segura, con los rostros alzados hacia el mío mientras yo buscaba a Sam.

—Lo que hace que uno se pregunte: ¿para qué los querían? —preguntó Ben—. A no ser que Vosch espere una guerra muy larga.

Lo dijo de un modo que daba a entender que dudaba de que esa fuera la razón. Se puso a tamborilear con los dedos en el colchón.

—¿Qué demonios pasa con Tacita? —dijo—. Ya deberían haber vuelto.

—Iré a ver.

—Ni de coña. Esto se está conviniendo en una mezcla de todas las películas de miedo de la historia juntas. Ya sabes, asesinados uno a uno. De eso nada. Cinco minutos más.

Guardamos silencio y escuchamos, pero solo nos llegaba el susurro del viento a través de la ventana mal sellada y el constante murmullo de los arañazos de las ratas en las paredes. Tacita estaba obsesionada con ellas. Me había pasado horas escuchando cómo Hacha y ella planeaban exterminarlas. Ese tonillo tan insufrible de Hacha cuando le explicaba que la población estaba fuera de control: en el hotel había más ratas que balas.

—Ratas —dijo Ben, como si me leyera la mente—. Ratas, ratas, ratas. Cientos de ratas. Miles de ratas. Más ratas que humanos. El planeta de las ratas —concluyó, y soltó una carcajada ronca. A lo mejor deliraba—. ¿Sabes lo que no me quito de la cabeza? A Vosch diciéndonos que llevaba siglos observándonos. Bueno, ¿cómo es posible? Sí, ya sé que es posible, pero no entiendo por qué no nos atacaron entonces. ¿Cuánta gente había en la Tierra cuando construyeron las pirámides? ¿Por qué esperar hasta que fuéramos siete mil millones de personas repartidas por todos los continentes con una tecnología un poco más avanzada que la de las lanzas y los palos? ¿Es que les gustan los retos? El momento para exterminar a las alimañas en tu casa nueva no es después de que te sobrepasen en número. ¿Y Evan? ¿No te contó nada sobre eso?

Me aclaré la garganta.

—Me contó que estaban divididos, que un bando no quería exterminarnos.

—Ajá. Así que puede que se pasaran seis mil años debatiéndolo. Mareando la perdiz porque nadie se decidía, hasta que alguien dijo: «Venga, qué coño, vamos a acabar con esos cabrones».

—No lo sé. No tengo las respuestas —repuse, sintiéndome un poco a la defensiva. Como si conocer a Evan significara que tenía que saberlo todo.

—Supongo que Vosch podría estar mintiendo —masculló Ben—. No lo sé, para jugar con nosotros, liarnos. Es lo que hizo conmigo desde el principio. —Me miró y después apartó la vista—. No debería reconocerlo, pero idolatraba a ese tío. Creía que era como... —Giró la mano en el aire, en busca de las palabras—. El mejor de nosotros.

Le empezaron a temblar los hombros. Al principio creí que era por la fiebre, pero después me pareció que era otra cosa, así que me aparté de la ventana y me acerqué.

Para los chicos, derrumbarse es algo privado. Nunca permitas que te vean llorar, porque eso quiere decir que eres débil, blando, un bebé, un gallina. Que no eres lo bastante hombre y toda esa mierda. No me imaginaba al Ben Parish de antes de la Llegada llorando delante de nadie, al chico que lo tenía todo, al chico que todos querían ser, al que rompía corazones, pero siempre conservaba el suyo intacto.

Me senté a su lado. No lo toqué ni hablé. Él estaba donde estaba y yo estaba donde estaba.

—Lo siento —se disculpó.

—No lo sientas —respondí, sacudiendo la cabeza.

Se limpió una mejilla con el dorso de la mano y después la otra.

—¿Sabes lo que me contó? Bueno, lo que me prometió. Me prometió que me vaciaría. Que me vaciaría y me llenaría de odio. Pero rompió la promesa: no me llenó de odio, sino de esperanza.

Lo entendía. En la habitación segura, mil millones de caras poblando el infinito, unos ojos que buscaban los míos y una pregunta en aquellos ojos demasiado horrible para darle voz: « ¿Viviré? ». Todo está conectado. Los Otros lo habían entendido, lo habían entendido mejor que la mayoría de nosotros. No hay esperanza sin fe, no hay fe sin esperanza, no hay amor sin confianza, no hay confianza sin amor. Si se elimina una de esas cosas, se derrumba por completo el castillo de naipes humano.

Era como si Vosch quisiera que Ben descubriera la verdad, como si quisiera enseñarle la desesperanza de la esperanza. Y ¿cuál podría ser el objetivo? Si querían aniquilarnos, ¿por qué no hacerlo y punto? Debe de haber una docena de formas de borrarlos de la faz de la tierra rápidamente, pero lo hicieron en cinco olas horribles, cada vez peores. ¿Por qué?

Hasta ese momento había pensado que los Otros no sentían nada por nosotros, salvo desdén y quizás un poquito de asco, igual que nos pasa a nosotros con las ratas, las cucarachas, las chinches y otras formas de vida inferiores. « No es nada personal, humanos, pero os tenéis que ir » . Nunca se me ocurrió que podría ser personal. Que matarnos sin más no era suficiente.

—Nos odian —dije, tanto para mí como para él. Ben me miró, sorprendido, y yo le devolví la mirada, sorprendida—. No hay otra explicación.

—No nos odian, Cassie —afirmó con cariño, como cuando se habla con un niño asustado—. Es que teníamos lo que ellos querían.

—No.

Yo ya tenía las mejillas empapadas de lágrimas. La quinta ola tenía una única explicación; las demás eran absurdas.

—No se trata de quitarnos el planeta, Ben, sino de quitarnos a nosotros de en medio.

—Ya está —dijo Ben—, se acabó.

Después se levantó, pero no llegó demasiado lejos. Antes de enderezarse del todo, se cayó de culo. Le puse una mano en el hombro.

—Iré yo.

Se dio una palmada en el muslo.

—No puedo permitir que ocurra —masculló mientras yo abría la puerta y me asomaba al pasillo.

¿Que no podía permitir que ocurriera el qué? ¿Perder a Tacita y a Bizcocho? ¿Perdernos a todos uno a uno? ¿Perder la batalla contra sus heridas? ¿O perder la guerra en general?

El pasillo estaba vacío.

Primero, Tacita. Después, Bizcocho. Ahora, Dumbo. Estábamos desapareciendo más deprisa que unos campistas en una peli gore.

—¡Dumbo! —lo llamé en voz baja.

Aquel ridículo nombre retumbó en el aire frío y estancado. Repasé todas las posibilidades, de menos probable a más probable: alguien lo había neutralizado en silencio y había escondido su cuerpo: lo habían capturado; había visto u oído algo y había ido a investigar; había ido a hacer pis.

Me quedé en la puerta unos segundos, por si la última posibilidad era la correcta. Como el pasillo seguía vacío, volví al cuarto. Ben estaba de pie, comprobando el cargador de su M16.

—No me obligues a adivinarlo —dijo—. Da igual, no hace falta.

—Quédate con Sam, voy yo.

El avanzó arrastrando los pies hasta quedarse a dos centímetros de mi nariz.

—Lo siento, Sullivan. Es tu hermano.

Me puse tensa. La habitación estaba helada; y yo notaba la sangre aún más fría. Su voz era dura, sin entonación ni sentimientos. «Zombi. ¿Por qué te llaman Zombi, Ben?».

Después sonrió, una sonrisa muy real, muy de Ben Parish.

—Esos chicos de ahí fuera... Todos son mis hermanos.

Me esquivó y se dirigió a la puerta, tambaleante. La situación estaba pasando rápidamente de increíblemente peligrosa a peligrosamente increíble. No veía otra salida: pasé por encima de la cama de Ben y agarré a Sam por los hombros; lo sacudí con fuerza y se despertó con un grito ahogado. Le puse la mano en la boca para detener el ruido.

—¡Sams! ¡Escucha! Algo va mal.

Saque la Luger de la pistolera y se la puse en las manitas. Él abrió mucho los



ojos, con una expresión de miedo y de otra cosa que parecía alegría. Glups.

—Ben y yo tenemos que salir a comprobarlo. Echa el pestillo. ¿Sabes lo que es? —Asintió abriendo mucho los ojos—. Y mete una silla debajo del pomo. Mira por el agujerito. Que nadie... —¿Es que tenía que deletreárselo todo?—. Mira, Sams, esto es importante, muy importante. Muy, muy importante. ¿Sabes cómo distinguir a los buenos de los malos? Los malos son los que te disparan.

La mejor lección sobre la vida que me había enseñado mi padre. Le di un beso en la cabeza y salí de allí.

La puerta hizo clic al cerrarse. Oí que Sam corría el pestillo dentro. «Buen chico». Ben ya iba por la mitad del pasillo y me hizo un gesto para que me acercara. Me pegó los labios, que ardían de fiebre, a la oreja.

—Comprobamos las habitaciones y después bajamos.

Trabajamos juntos: yo iba delante y Ben me cubría. El Hotel Walker tenía una política de puertas abiertas: los supervivientes que buscaban refugio durante las olas habían reventado todas las cerraduras. También ayudaba que el Walker fuera perfecto para las familias con poco presupuesto: las habitaciones eran del tamaño aproximado de la casa de Barbie. Treinta segundos para comprobar una. Cuatro minutos para revisarlas todas.

De vuelta en el pasillo, Ben volvió a pegarme los labios a la oreja.

—El hueco.

Hincó una rodilla frente a las puertas del ascensor y me hizo un gesto para que cubriera la puerta de las escaleras antes de sacar su cuchillo de combate, de veinticinco centímetros, y meter la hoja en la rendija. «Ah —pensé—, ¡el viejo truco de esconderse en el ascensor!» . Entonces ¿por qué cubría yo las escaleras? Ben abrió las puertas y gesticuló para que me acercara.

Vi cables oxidados y un montón de polvo, además de oler lo que supuse que sería una rata muerta. Esperaba que fuera una rata muerta. Ben señaló a la oscuridad de abajo y lo entendí: no estábamos comprobando el hueco, sino que lo íbamos a usar.

—Voy a comprobar las escaleras —me dijo—. Tú quédate en el ascensor y espera a mi señal.

Colocó un pie en el borde de una puerta y apoyó el cuerpo en la otra para mantenerlas abiertas. Después dio una palmada en el diminuto hueco entre su cadera y el borde. Moviendo los labios, en silencio, me dijo: «Vamos» . Pasé por encima de sus piernas con cuidado, metí el culo dentro y pasé las piernas al otro lado. El techo del ascensor parecía estar treinta kilómetros más abajo. Ben sonrió para tranquilizarme: «No te preocupes, Sullivan, no te dejaré caer» .

Avancé un poco hasta que el culo me quedó suspendido sobre el aire vacío. No, así no iba a funcionar. Volví al borde y maniobré para ponerme de rodillas. Ben me agarró por la muñeca y, con la otra mano, levantó el pulgar para darme el visto bueno. Bajé con las rodillas por la pared del hueco del ascensor,

agarrándome al borde hasta que tuve los brazos completamente extendidos. « Vale, Cassie, ahora tienes que soltarte. Ben te sujeta. Si, idiota, y Ben está herido y parece tan fuerte como un niño de tres años. Cuando te sueltes, tu peso tirará de él, lo soltará y caeréis los dos. Aterrizará encima de ti, te romperá el cuello y después se desangrará lentamente encima de tu cuerpo paralizado...» .

En fin, a la mierda.

Me desasí. Oí a Ben gruñir un poco, pero ni me soltó ni se me cayó encima. Doblé el cuerpo por la cintura mientras él me bajaba hasta que vi la silueta de su cabeza recortada en la abertura, su rostro enmascarado por las sombras. Rocé con los dedos de los pies el techo del ascensor y le hice un gesto con el pulgar, aunque no estaba segura de si podía verlo. Tres segundos. Cuatro. Y entonces sí me soltó.

Me dejé caer de rodillas y me puse a palpar la superficie en busca de la trampilla. Algo de grasa, algo de porquería y mucha porquería grasienta.

Antes de la electricidad medían la luminosidad en velas. La luz de ahí abajo era de, más o menos, la mitad de la mitad de la mitad de una vela.

Entonces, las puertas de arriba se cerraron y la luz de la vela se redujo a cero.

« Gracias, Parish. Podrías haberte esperado a que encontrara la trampilla» .

Y, cuando la encontré, estaba atascada, probablemente por culpa del óxido. Fui a coger mi Luger con la intención de utilizar la culata a modo de martillo, pero entonces recordé que había dejado mi pistola semiautomática al cuidado de un niño de cinco años. Saqué el cuchillo de combate de la funda del tobillo y le di tres porrazos al cierre con la empuñadura. El metal chirrió. Un chirrido muy fuerte. « Eso es lo que yo llamo sigilo» . Sin embargo, el cierre cedió. Abrí la trampilla, lo que produjo otro chirrido bien fuerte, esta vez por culpa de las bisagras oxidadas. « Bueno, si, te parece muy fuerte a ti, que estás arrodillada al lado, pero seguro que fuera del hueco es como el ruidito de un ratoncito chiquitín. ¡No te pongas paranoica!» . Mi padre tenía un dicho sobre la paranoia. A mí nunca me pareció demasiado gracioso, y menos después de oírlo dos mil veces: « Solo estoy paranoico porque todos están contra mí» . Antes pensaba que no era más que un chiste, no un presagio.

Me dejé caer en la oscuridad absoluta del ascensor. « Espera a mi señal» . ¿A qué señal? Ben había olvidado mencionarlo. Pegué la oreja a la grieta entre las frías puertas metálicas y contuve el aliento. Contó hasta diez. Respiré. Conté de nuevo hasta diez. Respiré. Al cabo de seis veces y cuatro respiraciones sin oír nada, empecé a ponerme un poco nerviosa. ¿Qué estaba pasando allí fuera? ¿Dónde estaba Ben? ¿Dónde estaba Dumbo? Nuestra pequeña banda se deshacía miembro a miembro. Había sido un gran error dividimos, pero no nos quedaba otra. Nos estaban venciendo, y a alguien le estaba resultando tan sencillo que parecíamos tontos.

O a más de una persona: « Después de rebelarnos en Dayton, Vosch envió a dos pelotones a cazarnos» .

Eso era, tenía que ser eso. Uno o, posiblemente, los dos pelotones habían descubierto nuestro escondite. Habíamos esperado demasiado tiempo.

« Efectivamente, y ¿por qué habéis esperado, Casiopea “Desafío” Sullivan? Ah, si, porque un tío muerto prometió que te encontraría. Así que cerraste los ojos y saltaste al vacío, y ¿ahora te sorprende que no haya un colchón mullidito para amortiguar la caída? Culpa tuya. Pase lo que pase ahora, tú serás la responsable» .

El ascensor no era grande, pero, a oscuras, parecía del tamaño de un campo de fútbol. Estaba de pie en un enorme pozo subterráneo sin luz ni sonido, en un vacío negro y sin vida, helada hasta la médula, y paralizada por el miedo y las dudas. Y sabía (aunque sin entender cómo lo sabía) que la señal de Ben no llegaría. Y entendía (aunque sin saber cómo lo entendía) que tampoco lo haría Evan.

Nunca se sabe cuándo una persona aceptará la verdad. No se puede elegir el momento, es el momento el que elige. Había tenido muchos días para enfrentarme al hecho que no podía escapar en aquel espacio frío y negro, pero me había negado a hacerlo. No podía hacerlo. Así que la verdad había decidido ir a por mí.

Cuando él me tocó, durante nuestra última noche juntos, no había espacio entre nosotros, no existía un punto en el que él acabara y yo empezara, y ahora no había espacio entre la oscuridad del pozo y mi cuerpo. Me prometió que me encontraría. « ¿Acaso no te he encontrado siempre?» . Y le creí. Después de desconfiar de todo lo que me había contado desde el instante en que lo conocí, por primera vez le creí, me creí las últimas palabras que me dirigió.

Apreté la cara contra las frías puertas de metal. Me sentía caer, como si hubiera varios kilómetros de aire vacío debajo de mí. Caería para siempre. « Eres una efímera. Un día en el mundo y se acabó» . No, sigo aquí, Evan. Eres tú el que se ha ido.

Tú sabías lo que pasaría, lo sabías en cuanto salimos de la granja —susurré al vacío—. Sabías que ibas a morir. Y fuiste de todos modos.

No era capaz de seguir de pie. No me quedaba elección. Me dejé caer de rodillas. Caer. Caer. Caería para siempre.

« Libérate, Cassie. Libérate» .

—¿Que me libere? Estoy encerrada y cayendo. Estoy cayendo, Evan.

Pero sabía a qué se refería.

No me había liberado de él. No del todo. Mil veces al día me repetía que no podía haber sobrevivido, me decía que escondernos en aquel motel de mala muerte era inútil, peligroso, demencial y suicida. Sin embargo, me aferraba a su promesa porque liberarme de ella significaba liberarme de él.

—Te odio, Evan Walker —susurré al vacío.

Del interior del vacío (y del vacío de mi interior) solo llegó silencio.

« No puedo volver atrás. No puedo avanzar. No puedo aferrarme. No puedo liberarme. No puedo, no puedo, no puedo. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?» .

Alcé la vista. « Vale, eso sí puedo hacerlo» .

Me puse en pie. « Vale, esto también» .

Enderecé los hombros y metí las puntas de los dedos en la rendija entre las dos puertas.

« Ahora voy a salir de aquí —le aseguré a la profundidad silenciosa—. Voy a liberarme» .

Abrí las puertas. La luz inundó el vacío y devoró hasta la última sombra, hasta la más diminuta.

Salí al vestíbulo, a nuestro nuevo mundo en un microcosmos. Cristales destrozados, montañas de basura apilada en las esquinas como hojas de otoño barridas por el viento. Bichos muertos boca arriba con las patas encogidas. Un frío que pelaba. Tanto silencio que solo se oía mi aliento: después de que el Zumbido desapareciera, llegó el Silencio.

Ni rastro de Ben. Entre la segunda planta y las escaleras debía de haberle pasado algo, y no precisamente bueno. Avancé con precaución hasta la puerta de las escaleras y reprimí el impulso de salir corriendo a por Sam antes de que desapareciera como Ben, como Dumbo, como Bizcocho y como Tacita, como el 99,9 por ciento de la población de la Tierra.

Los escombros crujían bajo mis botas. El aire frío me quemaba la cara y las manos. Agarraba el fusil con ambas manos y apenas parpadeaba a la tenue luz de las estrellas, que parecían brillantes como focos después de la absoluta oscuridad del ascensor.

«Despacio, despacio. Sin errores».

Puerta de las escaleras. Sostuve el tirador de metal treinta segundos enteros mientras pegaba la oreja a la madera, pero solo oí el latido de mi corazón. Poco a poco, bajé el tirador y empujé la puerta para abrir una rendija por la que asomarme. Oscuridad absoluta. Silencio absoluto. «Maldita sea, Parish, ¿dónde leches te has metido?».

No quedaba mas remedio que subir. Entré con sigilo en el hueco de las escaleras. Clic: la puerta se cerró detrás de mí. De nuevo a oscuras, aunque esta vez estaba decidida a mantener la oscuridad fuera, donde debía estar.

El agrio olor de la muerte flotaba en el aire mohoso. Me dije que sería una rata, un mapache o cualquier otra criatura del bosque que se había quedado atrapada allí. Pisé algo blandengue. Oí el crujido de huesos diminutos. Me limpié los restos viscosos en el borde de un escalón: no quería resbalar, caer escaleras abajo, romperme el cuello y quedarme allí tirada, indefensa, esperando que alguien me encontrara y me metiera una bala en la cabeza. No sería agradable.

Lagué al diminuto rellano («un tramo más, respira hondo, ya casi estás») y después sonó el disparo, seguido de otro, después un tercero y una cortina de fuego completa cuando el tirador vació el cargador. Subí corriendo los escalones que quedaban, salí en tromba por la puerta y me lancé al pasillo hacia la habitación que ya no tenía puerta, la habitación en la que estaba mi hermano pequeño, pero tropecé con algo (algo blando que no vi en mi loca carrera hacia Sam) y salí volando. Me di tal golpe contra la gruesa moqueta que casi me

rompo la mandíbula. Después retrocedí de un salto y vi a Ben Parish detrás de mí, tumbado en el suelo con los brazos estirados y una mancha oscura de sangre que le empapaba aquella ridícula sudadera amarilla. Entonces Sam gritó y «no llego tarde, no llego tarde», y «allá voy, hijo de puta, allá voy», y, en la habitación, una sombra alta se erguía sobre la diminuta figura cuyo diminuto dedito presionaba con impotencia el gatillo de la pistola vacía.

Disparé. La sombra se volvió y después se abalanzó sobre mí, como si intentara cogerme.

Le pisé el cuello a la sombra y le clavé el cañón del fusil en la nuca.

—Perdone —dije, sin aliento—, pero se ha equivocado de habitación.

### III

#### LA ÚLTIMA ESTRELLA

De niño, soñaba con búhos.

Llevaba muchos años sin pensar en el sueño. Ahora, mientras se le escapaba la vida, recuperó el recuerdo.

El recuerdo no era agradable.

El pájaro posado en el alféizar contemplando fijamente su dormitorio con relucientes ojos amarillos. Los ojos parpadeaban despacio, rítmicamente; por lo demás, el búho no se movía.

Observar al búho que lo observaba a él, paralizado de miedo sin comprender el porqué, incapaz de llamar a su madre y, después, las náuseas, los mareos, la fiebre y, durante varios días, la inquietante sensación de que alguien lo observaba.

Cuando cumplió los trece años, los sueños desaparecieron. Ya había despertado, así que no era necesario seguir ocultando la verdad. Cuando llegara el momento, su yo despierto emplearía los regalos que aquel «búho» le había entregado. Comprendía el objetivo de los sueños porque su propio objetivo se le había revelado.

«Prepáralo. Abre camino» .

El búho había sido una mentira para proteger la tierna psique de su cuerpo anfitrión. Al despertar, otra mentira ocupó su lugar: su vida. Su humanidad era una mentira, una máscara, como el sueño de los búhos en la oscuridad.

Ahora se estaba muriendo. Y la mentira moría con él.

No sentía dolor. No sentía el intenso frío. Su cuerpo parecía flotar en un mar cálido y eterno. Se habían bloqueado las señales de alarma de los nervios a los centros del dolor del cerebro. El regalo final sería aquella transición amable e indolora de su cuerpo humano al olvido.

Después, cuando muriera el último ser humano: el renacimiento.

Un nuevo cuerpo humano sin el peso de los recuerdos de haber sido humano. No recordaría los últimos dieciocho años. Esos recuerdos, junto con las emociones unidas a ellos, se perderían para siempre... y no podría hacer nada para evitar el terrible dolor que le producía saberlo.

«Perdidos. Todos perdidos» .

El recuerdo de su rostro. Perdido. El tiempo con ella. Perdido. La guerra declarada entre lo que era y lo que fingía ser. Perdida.

En la tranquilidad del bosque cubierto de invierno, flotando en un mar eterno, intentó tocarla, pero ella se le escapaba.

Sabía lo que ocurriría, siempre lo había sabido. Cuando la encontró atrapada en la nieve y la llevó a la casa para curarla, sabía que su muerte sería el precio. Ahora las virtudes son vicios y la muerte es el precio del amor. No la muerte de



su cuerpo. Su cuerpo era la mentira. La muerte de verdad. La muerte de su humanidad. La muerte de su alma.

En el bosque, en el frío intenso, en la superficie de un mar eterno, susurrando su nombre, confiando su recuerdo al viento, al abrazo de los silenciosos árboles centinelas y al cuidado de las fieles estrellas, su homónima, pura y eterna, el incontenible universo contenido en ella:

Casiopea.

Se despertó dolorido.

Un dolor atroz en la cabeza, en el pecho, en las manos, en el tobillo. La piel le ardía. Era como si lo hubieran sumergido en agua hirviendo.

Un pájaro posado en la rama de un árbol, un cuervo, lo observaba con majestuosa indiferencia. «Ahora, el mundo pertenece a los cuervos», pensó. El resto eran intrusos, gente de paso.

El humo se enroscaba en las ramas desnudas, por encima de su cabeza: una hoguera. Y el olor a carne que chisporroteaba en una olla.

Estaba apoyado en un tronco de árbol, cubierto por una gruesa manta de lana y con una parka enrollada a modo de almohada. Despacio, levantó la cabeza un par de centímetros y se dio cuenta de inmediato de que cualquier movimiento era muy mala idea.

Ante él apareció una mujer alta cargada con un montón de madera, aunque desapareció un momento de su vista para alimentar el fuego.

—Buenos días —lo saludó.

Era una voz grave, cantarina y vagamente familiar.

Se sentó a su lado, se llevó las rodillas al pecho y se rodeó las piernas con los largos brazos. También le resultaba familiar su rostro: piel blanca, rubia, facciones nórdicas, como una princesa vikinga.

—Te conozco —susurró él.

Le ardía la garganta. Ella le puso la boca de su cantimplora en los labios cortados, y él bebió un buen rato.

—Mucho mejor —comentó ella—. Anoche solo decías tonterías. Me preocupaba que hubieras sufrido algo más grave que una conmoción.

Se levantó y volvió a desaparecer de su vista. Cuando regresó, llevaba una olla. Se sentó a su lado y colocó la olla en el suelo, entre los dos. Lo examinaba con la misma indiferencia altiva que el cuervo.

—No tengo hambre —dijo él.

—Tienes que comer. —No era una súplica, sino la simple constatación de un hecho—. Conejo fresco. He hecho un estofado.

—¿Es malo?

—No, cocino bien.

Él sacudió la cabeza y se obligó a sonreír; ella sabía a qué se refería.

—Es bastante malo —respondió—. Dieciséis huesos rotos, fractura de cráneo, quemaduras de segundo grado por casi todo el cuerpo, aunque no en el pelo. No has perdido el pelo. Esas son las buenas noticias.

La mujer metió una cuchara en el estofado, se la llevó a los labios, sopló con

cuidado y pasó la lengua despacio por el borde.

—¿Cuáles son las malas?

—Tienes el tobillo fracturado y está muy mal. Va a llevarte algún tiempo. El resto... —añadió, encogiéndose de hombros. Después probó el estofado y frunció los labios—. Le falta sal.

Él la vio rebuscar por su mochila en busca de la sal.

—Grace —le dijo en voz baja—. Te llamas Grace.

—Es uno de mis nombres —respondió ella, y pasó a decirle el de verdad, el que había llevado durante diez mil años—. Si te soy sincera, me gusta más Grace. ¡Es mucho más fácil de pronunciar!

Agitó la sopa con la cuchara y le ofreció un poco. Él apretó los labios. La idea de comer... Ella se encogió de hombros y se tomó otra cucharada.

—Creía que era un resto de la explosión —siguió explicando—, no me esperaba encontrar una de las cápsulas de escape... ni a ti dentro. ¿Qué pasó con el sistema de dirección? ¿Lo desactivaste?

Él se lo pensó detenidamente antes de contestar.

—Averiado.

—¿Averiado?

—Averiado —repitió más alto.

Le ardía la garganta. Ella le sostuvo la cantimplora para que bebiera.

—No bebas demasiado —le advirtió—. Vomitarás.

El agua le goteaba por la barbilla, así que Grace se la limpió.

—La base estaba en peligro —dijo él.

—¿Cómo? —preguntó ella, sorprendida.

—No estoy seguro —contestó él, negando con la cabeza.

—¿Por qué estabas allí? Eso es lo más curioso.

—Seguía a alguien.

Aquello no iba bien. Para una persona cuya vida entera era una mentira, le costaba bastante mentir. Sabía que Grace no vacilaría en acabar con su actual cuerpo si sospechara que aquel «peligro» se debía a él. Todos comprendían el riesgo de vestir el manto humano: compartir cuerpo con una psique humana conllevaba el peligro de adoptar vicios humanos... y virtudes humanas. Y mucho más peligroso que la codicia, la lujuria, la envidia y demás, más peligroso que cualquier otra cosa, era el amor.

—¿Seguiste... a alguien? ¿A un humano?

—No tenía elección.

Al menos, esa parte era cierta.

—La base corría peligro. Por culpa de un humano —repitió ella, sacudiendo la cabeza sin poder creérselo—. Y abandonaste tu patrulla para detenerlo.

Él cerró los ojos. Quizá Grace pensara que se había desmayado. El olor del estofado le revolvió el estómago.

—Muy curioso —comentó Grace—. Que la base corriera peligro era una posibilidad real, pero se suponía que el peligro procedería del centro de procesamiento. ¿Cómo iba un humano de tu sector a saber algo sobre la limpieza?

Hacerse el muerto no iba a funcionar, así que abrió los ojos. El cuervo no se había movido. El pájaro lo miraba, y él se acordó del búho en el alféizar, del niño en la cama y del miedo.

—No estoy seguro de que la chica lo supiera.

—¿La chica?

—Sí, era una... hembra.

—Casiopea.

Él levantó la mirada bruscamente hacia ella, no pudo evitarlo.

—¿Cómo...?

—Llevo tres días oyendo ese nombre.

—¿Tres días?

Se le aceleró el corazón. Tenía que preguntarlo, pero ¿cómo? Preguntarlo lo haría parecer aún más sospechoso de lo que ya parecía. Preguntarlo sería una estupidez. Así que dijo:

—Creo que escapó.

—Bueno, si lo hizo, seguro que la encontramos —respondió Grace.

Él volvió a respirar. Grace no tenía por qué mentir. Si hubiera encontrado a Cassie, la habría matado y no se habría molestado en ocultarlo. A pesar de todo, que Grace no la hubiera encontrado no probaba nada: quizá Cassie no hubiera sobrevivido.

Grace metió de nuevo la mano en la mochila y sacó un bote de pomada.

—Para las quemaduras —le explicó.

Después bajó la manta con mucho cuidado y expuso al gélido aire el cuerpo desnudo del chico. Sobre ellos, el cuervo inclinó la negra cabeza reluciente y observó.

La pomada estaba fría. Sus manos eran cálidas. Grace lo había sacado del fuego; él había sacado a Cassie del hielo y la había llevado a través del ondulante mar blanco hasta la vieja granja, donde le había quitado la ropa y había sumergido su cuerpo helado en agua caliente. Igual que las manos de Grace, resbaladizas por el ungüento, vagaban por su cuerpo, él había retirado el hielo incrustado en la densa melena de Cassie. Había extraído la bala mientras ella flotaba en el agua que su sangre había teñido de rosa. La bala destinada a su corazón. La bala de Evan. Y, después de sacarla del agua y de vendar la herida, la había llevado a la cama de su hermana procurando no mirarla mientras la vestía con el camisón de su hermana: Cassie debió de morir de vergüenza al darse cuenta de que él la había visto desnuda.

Grace lo miraba fijamente. Él miraba fijamente el osito de la almohada. Él había tapado a Cassie hasta la barbilla con las mantas. Grace lo tapó a él con la

manta.

«Vas a vivir», le había dicho él a Cassie. Era más una oración que una promesa.

—Vas a vivir —le dijo Grace a él.

«Tienes que vivir», le había dicho él a Cassie.

—Tengo que hacerlo —le dijo él a Grace.

Ellaladeó la cabeza al mirarlo, igual que el cuervo del árbol y el búho del alféizar.

—Todos tenemos que hacerlo —repuso, asintiendo despacio—. Por eso vinimos.

Se inclinó sobre él y lo besó con cariño en la mejilla. Aliento cálido, labios fríos y un tenue olor a humo de hoguera. Grace deslizó los labios por su mejilla, hacia la boca. Él volvió la cabeza.

—¿Cómo sabías su nombre? —le susurró ella al oído—. Casiopea. ¿Por qué conocías a Casiopea?

—Encontré su campamento. Abandonado. Tenía un diario...

—Ah. Y por eso sabías que planeaba atacar la base.

—Sí.

—Bueno, entonces todo tiene sentido. ¿Había escrito en el diario por qué quería atacar la base?

—Su hermano... Se lo llevaron de un campo de refugiados a Wright-Patterson... Ella escapó.

—Eso es impresionante. Después supera nuestras defensas y destruye todo el centro de control. Eso es aún más impresionante. Rozando lo increíble.

Grace recogió la olla, lanzó su contenido a la maleza y se levantó. Se irguió sobre él como un coloso rubio de metro ochenta. Tenía las mejillas sonrojadas, puede que del frío o puede que del beso.

—Descansa —le dijo—. Ya estás lo bastante bien para viajar, así que nos iremos esta noche.

—¿Adónde? —preguntó Evan Walker.

—A mi casa —respondió ella, sonriendo.

Al ponerse el sol, Grace apagó el fuego, se echó a los hombros la mochila y el fusil, y levantó a Evan del suelo para la excursión de veinticinco kilómetros hasta su base, en las afueras del sur de Urbana. Viajarían por la autopista para avanzar más deprisa. A esas alturas del partido, ya no implicaba demasiados riesgos: llevaba semanas sin ver seres humanos. Aquellos a los que no había matado habían acabado en autobuses o se habían refugiado para protegerse de la embestida del invierno. Estaban en el intermedio. En un año, puede que en dos, pero no más de cinco, no haría falta ningún sigilo porque no quedarían presas a las que acechar.

La temperatura se desplomó al caer el sol. Las nubes deshilachadas corrían por el cielo añil empujadas por un viento del norte que jugaba con los mechones de la melena de Grace y le levantaba, travieso, el cuello de la chaqueta. Aparecieron las primeras estrellas, salió la luna y la carretera brilló ante ellos como una cinta blanca que se retorció a través del fondo negro de campos muertos, aparcamientos vacíos y cascarrones destrozados de casas abandonadas hacía tiempo.

Grace se detuvo una vez para descansar, beber y untar más pomada en las quemaduras de Evan.

—Estás distinto, aunque no sé bien qué es —comentó mientras lo tocaba por todos panes.

—No tuve un despertar fácil —respondió Evan—. Ya lo sabes.

Ella gruñó.

—Eres un cascarrabias, Evan, y un mal perdedor.

Lo envolvió de nuevo en la manta y le pasó los largos dedos por el pelo mientras lo miraba a los ojos.

—Me estás ocultando algo —añadió.

Él no dijo nada.

—Lo noto. La primera noche, cuando te saqué de entre los restos, había... —Se detuvo en busca de las palabras adecuadas—. Una habitación secreta que antes no estaba.

Evan habló, y su voz le sonó hueca, vacía como el viento.

—No hay secretos.

Grace se rio.

—No deberías haberte integrado nunca, Evan Walker. Sientes demasiado para ser uno de ellos.

Lo cogió en brazos con la misma facilidad que una madre a su bebé recién nacido. Grace alzó el rostro al cielo nocturno y jadeó:

—¡La veo! Casiopea, reina de la noche. Se acabó nuestra búsqueda, Evan — añadió, apoyando la mejilla en su cabeza.

El puesto de Grace era una vieja casa de madera de una planta en la Autopista 68, situada justo en el centro del sector de vigilancia de quince kilómetros cuadrados que le había sido asignado. Aparte de tapar con tablas las ventanas rotas y de reparar las puertas exteriores, había dejado la casa tal y como la había encontrado: retratos familiares en las paredes, recuerdos y reliquias familiares demasiado pesados para poder llevárselos fácilmente, muebles rotos, cajones abiertos y, esparcidas por todas las habitaciones, las mil piezas de las vidas de sus antiguos ocupantes a las que los saqueadores no habían otorgado valor alguno. Grace no se había molestado en ordenar el desastre. Cuando llegara la primavera y la quinta ola los bañara, ella ya no estaría.

Llevó a Evan al segundo dormitorio, el del fondo de la casa, el dormitorio de los niños, que estaba empapelado de azul chillón y tenía el suelo literalmente cubierto de juguetes; un móvil del sistema solar colgaba olvidado del techo. Ella lo tumbó en una de las camas gemelas. Un niño había grabado sus iniciales en el cabecero: K. M. ¿Kevin? ¿Kyle? La diminuta habitación olía a la plaga. No había demasiada luz (Grace también había tapado aquella ventana con tablas), pero la vista de Evan era mucho más aguda que la de los humanos normales, así que vio las manchas oscuras de sangre que habían acabado en las paredes azules durante los últimos estertores de alguien.

Grace salió del cuarto y regresó al cabo de unos minutos con más pomada y un rollo de vendas. Le cubrió rápidamente las quemaduras, como si tuviera asuntos apremiantes que resolver en otro lado. Ninguno de los dos habló hasta que él estuvo tapado de nuevo.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Grace—. ¿Algo de comer? ¿Ir al baño?

—Ropa.

—No es buena idea —respondió ella—. Una semana para las quemaduras. Dos, puede que tres para el tobillo.

«No tengo tres semanas. Tres días ya es demasiado».

Por primera vez pensó que quizá fuera necesario neutralizar a Grace.

Ella le tocó la mejilla.

—Llámame si me necesitas. No apoyes ese tobillo. Tengo que ir a por suministros; no esperaba compañía.

—¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

—No más de un par de horas. Intenta dormir.

—Necesito un arma.

—Evan, no hay nadie en cientos de kilómetros a la redonda —respondió ella, sonriendo—. Ah, te preocupa la sabotadora.



—Sí.

—No me dispares —le dijo ella mientras le entregaba la pistola.

Él rodeó el gatillo con los dedos.

—No lo haré.

—Llamaré primero.

—No es mala idea —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Grace se detuvo junto a la puerta.

—Perdimos los teledirigidos cuando cayó la base.

—Lo sé.

—Eso significa que estamos los dos desconectados —añadió Grace—. Si le ocurre algo a uno de los dos... o a cualquiera de nosotros...

—¿Importa? Ya casi ha acabado.

Grace asintió, pensativa.

—¿Crees que los echaremos de menos?

—¿A los humanos?

Se preguntó si intentaba hacer una broma. Era algo inaudito en ella; bromear no formaba parte de su carácter.

—No a los de ahí fuera —respondió ella, señalando más allá de las paredes, al mundo exterior—. A los de aquí dentro —añadió con la mano en el pecho.

—No puedes echar de menos lo que no recuerdas.

—Bueno, creo que yo conservaré los recuerdos —respondió Grace—. Fui una niña muy feliz.

—Entonces no habrá nada que echar de menos, ¿no?

Ella cruzó los brazos sobre el pecho. Primero se iba y después no. ¿Por qué no se iba?

—No los conservaré todos —dijo, refiriéndose a los recuerdos—. Solo los buenos.

—Ese era mi temor desde el principio, Grace: que cuanto más jugamos a ser humanos, más humanos nos hacemos.

Ella lo miró, burlona, y guardó un incómodo silencio durante un buen rato.

—¿Quién juega a ser humano? —preguntó.

Esperó hasta que dejó de oír sus pisadas. El viento silbaba en las rendijas entre el contrachapado y el marco de la ventana; por lo demás, no oía nada. Como su vista, su oído era deliciosamente agudo. Si Grace estuviera sentada en el porche peinándose la melena, lo habría oído.

Primero, la pistola. Sacó el cargador y, como sospechaba, no tenía balas. Ya le había parecido que la pistola pesaba poco. Evan se permitió reír en silencio. Qué ironía: su misión principal no era matar, sino sembrar la desconfianza entre los supervivientes y conducirlos como ovejas asustadas a mataderos como Wright-Patterson. ¿Qué sucede cuando los que siembran la desconfianza también son los que pasan la guadaña? La guadaña. Reprimió una risa histérica.

Respiró hondo. Le iba a doler. Se sentó. La habitación le dio vueltas. Cerró los ojos. No, eso era peor. Abrió los ojos y se obligó a permanecer derecho. Habían mejorado su cuerpo para prepararlo para el despertar, aquella era la verdad que escondía el sueño del búho, el secreto que la memoria tapadera le impedía ver y, por tanto, recordar: mientras Grace, él y decenas de miles de niños como ellos dormían, la noche les había llevado sus regalos. Regalos que necesitarían en los años venideros. Regalos que convertirían sus cuerpos en armas de precisión, porque los diseñadores de la invasión habían comprendido una verdad sencilla, aunque contradictoria: allá donde fuera el cuerpo, la mente lo seguía.

Si se le da a alguien el poder de los dioses, se volverá tan indiferente como ellos.

El dolor remitió. El mareo se redujo. Bajó las piernas de la cama para comprobar el tobillo; el tobillo era la clave. Las demás heridas eran graves, pero intrascendentes, podía manejarlas. Con precaución, aplicó presión a la punta del pie y un latigazo de dolor le sacudió la pierna. Cayó de espaldas, jadeante. Sobre él, los planetas polvorientos seguían paralizados en su órbita alrededor de un sol abollado.

Se sentó y esperó a que se le aclarase la cabeza. No iba a encontrar el modo de evitar el dolor, así que tendría que encontrar el modo de soportarlo.

Bajó al suelo utilizando el lateral de la cama para apoyar el peso. Después se obligó a descansar. No hacía falta correr. Si Grace regresaba, podía explicarle que se había caído de la cama. Despacio, centímetro a centímetro, arrastró el culo por la moqueta hasta que acabó de nuevo boca arriba, mirando el sistema solar detrás de una lluvia de meteoritos al rojo blanco que le nublaba la vista. El dormitorio estaba helado, pero él sudaba con ganas. Sin aliento. Con el corazón a mil por hora. Y la piel ardiendo. Se concentró en el móvil, en el azul desteñido de la Tierra, en el rojo oscuro de Marte. El dolor llegaba en olas; ahora flotaba en

otro mar distinto.

Las lamas de debajo de la cama estaban clavadas y sujetas por el peso de la estructura y el colchón. Daba igual. Se metió en el estrecho espacio de abajo aplastando los cadáveres de insectos en putrefacción, y descubrió un coche de juguete volcado y las extremidades retorcidas de una figura de acción de plástico, de la época en que los héroes poblaban los sueños de los niños. Rompió una de las tablas con tres golpes del talón de la mano, retrocedió por donde había entrado y liberó el otro extremo. El polvo se le metió en la boca. Tosió, y eso generó otro tsunami de dolor que le cruzó el pecho, le bajó por el costado y se le enrolló como una anaconda en el estómago.

Diez minutos después volvía a contemplar el sistema solar; le preocupaba que Grace lo encontrara desmayado, sujetando sobre el pecho una lama de somier de diez por quince. Aquello sí que sería difícil de explicar.

El mundo daba vueltas. Los planetas permanecían inmóviles.

« Hay una habitación secreta » ... Había cruzado el umbral de esa habitación, en la que una simple promesa ataba más que mil candados: « Te encontraré » . Esa promesa, como todas las promesas, creaba su propia moralidad. Para cumplirla tendría que cruzar un mar de sangre.

El mundo desatado. Los planetas inertes.

Cuando Grace regresó, ya era de noche. La luz de una lámpara expandiéndose por el pasillo del exterior fue el presagio de su llegada. Dejó la lámpara en la mesita de noche, y la luz proyectó sombras que se tragaron su rostro. Evan no protestó cuando ella bajó las mantas, le quitó las vendas que le cubrían las heridas y dejó su cuerpo expuesto al aire helado.

—¿Me has echado de menos, Evan? —murmuró con las puntas de los dedos resbaladizas por la pomada que le untaba en la piel—. No me refiero a hoy. ¿Cuántos años teníamos? ¿Quince?

—Dieciséis —respondió.

—Hmmm. Me preguntaste si me daba miedo el futuro. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Una pregunta muy ... humana.

Con los dedos de una mano masajeaba, mientras que con los dedos de la otra se desabrochaba la camisa, despacio.

—No tanto como la otra pregunta que te hice.

Ella ladeó la cabeza con curiosidad. El cabello le cayó sobre el hombro. Su rostro perdido en las sombras y la camisa que se abría, como una cortina al descorrerse.

—¿Cuál era? —susurró Grace.

—Si no hacía mucho tiempo que te sentías sola hasta límites indescriptibles.

La frialdad de los dedos de Grace. El calor de la carne abrasada de Evan.

—El corazón te late muy deprisa —susurró ella.

Se levantó. El cerró los ojos. « Por la promesa » . Justo al borde del círculo de luz, Grace dejó que los pantalones le cayeran hasta los tobillos. Él no miró.

—No tan sola —respondió Grace, y su aliento le acarició la oreja—. Estar encerrados en estos cuerpos tiene sus compensaciones.

« Por la promesa » . Y Cassie era la isla hacia la que nadaba, la que surgía de un mar de sangre.

—No tan sola, Evan —insistió Grace, y le tocó los labios con los dedos, el cuello con los labios.

Evan no tenía elección, su promesa no se lo permitía. Grace nunca lo dejaría ir; no vacilaría en asesinarlo si lo intentaba. No podía correr más que ella ni podía ocultarse. No tenía elección.

Abrió los ojos, levantó la mano derecha y le acarició el pelo con los dedos. Metió la mano izquierda bajo la almohada. Sobre ellos, vio el sol solitario que brillaba a la luz de la lámpara sin sus retoños. Creía que Grace se fijaría en que faltaban los planetas. Esperaba que le preguntase por qué los había quitado,

aunque lo que él necesitaba no eran los planetas.

Era el alambre.

Pero Grace no se había fijado; tenía la cabeza en otra parte.

—Tócame, Evan —susurró.

Él rodó bruscamente a la derecha y le golpeó la mandíbula con el antebrazo izquierdo. Ella cayó de espaldas al salir él de la cama y golpearla con el hombro en el vientre. Grace le clavó las uñas en las quemaduras de la espalda y lo arañó. El cuarto se fundió en negro por un instante, pero Evan no necesitaba ver: solo necesitaba estar cerca.

Puede que ella viera el garrote improvisado con madera rota y alambre del móvil que Evan sujetaba en la mano o puede que solo tuviera suerte, pero el caso es que cerró el puño en torno al alambre y empujó justo cuando él lo tensaba. Él la derribó de una patada con la parte exterior de su tobillo bueno y la tiró al suelo, siguiéndola con su cuerpo, aplastándole con la rodilla la parte baja de la espalda.

No tenía elección.

Reunió toda la fuerza aumentada que le quedaba para tensar el alambre hasta que le atravesó la palma de la mano y llegó al hueso.

Grace forcejeó bajo el cuerpo de Evan. El le pasó la rodilla derecha por encima y le aplastó la cabeza con ella. Más fuerte. Más fuerte. Olía a sangre. A la de él. A la de ella.

La habitación le daba vueltas.

Hundido en sangre, la de él, la de ella, Evan Walker se mantuvo firme.

Cuando terminó, se arrastró hasta la cama y sacó la lama rota. Era un poco larga para hacer de muleta (tenía que sostenerla en un ángulo complicado), pero tendría que bastar. Cojeó hasta el otro dormitorio, donde encontró ropa de hombre: unos vaqueros, una camisa de cuadros, un jersey tejido a mano y una chaqueta de cuero con el nombre del equipo de bolos de su propietario. «Los bobos de Urbana», estampado en la espalda. La tela le raspaba la piel levantada y convertía cada movimiento en un estudio sobre el dolor. Después entró en el salón arrastrando los pies, y allí encontró la mochila y el fusil de Grace. Se echó ambas cosas al hombro.

Horas después, descansando en el nido metálico de uno de los ocho coches envueltos en un accidente en cadena de la Autopista 68, abrió la mochila para hacer inventario y descubrió una docena de bolsas de plástico etiquetadas con rotulador negro, cada una con un mechón de pelo humano. Al principio se quedó desconcertado: ¿de quién eran los mechones y por qué estaban en bolsas, todas con su fecha? Entonces lo comprendió: Grace guardaba trofeos de sus presas.

Allá donde fuera el cuerpo, la mente lo seguía.

Con dos trozos de metal roto y el resto de las vendas se fabricó una férula para el tobillo. Bebió unos cuantos tragos de agua. El cuerpo le pedía a gritos que se durmiera, pero no lo haría hasta que cumpliera su promesa. Alzó el rostro hacia los puntitos de luz pura clavados en la oscuridad sin límites. «¿Acaso no te he encontrado siempre?».

El faro del coche que tenía a su lado estalló en una lluvia de cristal pulverizado y plástico. Se metió bajo el vehículo más cercano, arrastrando el fusil tras él.

Grace, tenía que ser Grace. Grace estaba viva.

Se había marchado demasiado deprisa. Había dado demasiado por hecho, había albergado demasiadas esperanzas. Y ahora estaba atrapado, arrinconado sin salida. Fue en ese momento cuando Evan se dio cuenta de que las promesas se podían cumplir del modo más insospechado: había encontrado a Cassie convirtiéndose en ella.

Herido, atrapado bajo un coche, incapaz de correr, incapaz de levantarse, a merced de un cazador implacable y sin rostro, un Silenciador diseñado para apagar el ruido humano.

Conoció («encontró» sería más preciso) a Grace el verano que ambos cumplieron dieciséis años, en la Feria del Condado de Hamilton. Evan estaba junto a la carpa del zoo interactivo de animales exóticos con su hermana pequeña, Val, que llevaba exigiendo ver al tigre blanco desde que habían llegado, a primera hora de la mañana. Era agosto. La cola era larga. Val estaba cansada, gruñona y pegajosa de sudor. Él había estado retrasando el momento porque no le gustaba ver animales en cautividad. Cuando los miraba a los ojos, algo en ellos le devolvía la mirada.

Primero encontró a Grace al lado de la caravana de los buñuelos con una chorreante rodaja de sandía en la mano. Cabello rubio que le llegaba hasta la mitad de la espalda; rasgos fríos, casi árticos, sobre todo los ojos azul hielo; y una sonrisa cínica reluciente de zumo. Se volvió hacia él, y él apartó la mirada rápidamente hacia su hermana pequeña, que estaría muerta en menos de dos años. Un hecho con el que cargaba y que ocultaba en otra habitación secreta distinta. A veces le costaba superarlo: saber que todos los rostros que había visto eran los rostros de futuros cadáveres. Su mundo estaba poblado de fantasmas vivientes.

—¿Qué? —le preguntó Val.

Él sacudió la cabeza: nada. Respiró hondo y miró de nuevo hacia la caravana, pero la rubia alta había desaparecido.

Dentro de la carpa, detrás de una alambrada de acero, el tigre blanco jadeaba de calor. Los niños se amontonaban frente a él. Detrás de ellos, los chasquidos de cámaras y móviles. El tigre exhibía una majestuosa indiferencia ante tanta atención.

—Precioso —murmuró una voz ronca junto al oído de Evan.

No se volvió. Sabía, sin mirar, que era la chica del largo cabello rubio y los labios relucientes de zumo de sandía. La atracción estaba a rebosar; los brazos desnudos de la chica rozaban los suyos.

—Y triste —dijo Evan.

—No —repuso Grace—. El tigre podría abrirse paso a través de esa alambrada en dos segundos y arrancarle la cara a un niño en tres. El decide quedarse ahí. Por eso es precioso.

Él la miró. Sus ojos eran aun más sorprendentes de cerca. Se clavaban en los suyos, y las rodillas le temblaron un momento al reconocer a la entidad que se escondía dentro del cuerpo de Grace.

—Deberíamos hablar —susurró ella.

Al anochecer, las luces de la noria se encendieron, la música enlatada subió de volumen y la multitud aumentó por la calle principal. Vaqueros cortos, chancas y olor a protector solar de coco; hombres de prominente barriga y manos callosas que caminaban como patos, tocados con gorras de John Deere, con la cartera metida en el bolsillo trasero y amarrada a las trabillas del cinturón. Dejó a Val con su madre y se dirigió a la noria para esperar, nervioso, a Grace. Ella se materializó entre la multitud con un enorme animal de peluche en los brazos: un tigre blanco de Bengala con unos relucientes ojos de plástico azul ligeramente más oscuros que los de ella.

—Me llamo Evan.

—Yo soy Grace.

Se quedaron mirando la gigantesca rueda que daba vueltas recortada contra el ciclo morado.

—¿Crees que lo echaremos de menos cuando desaparezca? —preguntó él.

—Yo no —respondió Grace, arrugando la nariz—. Huelen fatal. No me acostumbro.

—Eres la primera que conozco desde que...

—Y yo. ¿Crees que ha sido un accidente?

—No.

—No pensaba venir hoy, pero esta mañana, cuando me he despertado, he oído como una vocecita que me decía que viniera. ¿Tú la has oído?

—Sí —contestó Evan.

—Bien —dijo Grace, que parecía aliviada—. Llevo tres años preguntándome si estoy loca.

—No estás loca.

—¿Tú no te lo preguntas?

—Ya no.

Ella esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

Caminaron hasta la zona de espectáculos, ya desierta, y se sentaron en las gradas. Aparecieron las primeras estrellas. La noche era cálida, el aire, húmedo. Grace vestía unos pantalones cortos y una blusa blanca sin mangas con cuello de encaje. Al sentarse a su lado, Evan detectó el olor a regaliz.

—Así será —comentó él mientras señalaba con la cabeza el corral vacío con su suelo pisoteado, cubierto de serrín y estiércol.

—¿El qué?

—El futuro.



Ella se rio como si fuera un chiste.

—El mundo se acaba. El mundo se acaba y el mundo comienza de nuevo. Siempre ha sido así.

—¿No te da miedo lo que se avecina? ¿Nunca?

—Nunca —respondió abrazada al tigre blanco de su regazo.

Sus ojos parecían adaptarse al color de aquello que mirara. En aquel momento estaba contemplando el cielo que oscurecía, y sus ojos eran de un negro insondable.

Hablaron unos minutos en su idioma nativo, pero era difícil y se rindieron rápidamente. Demasiadas palabras impronunciables. Evan se dio cuenta de que ella se había quedado mucho más tranquila, y entendió que lo que le daba miedo no era el futuro, sino el pasado: temía que la entidad de su interior no fuera más que el producto de la mente perturbada de una chica humana. Encontrarse con Evan había validado su existencia.

—No estás sola —le dijo él.

Bajó la vista y descubrió la mano de Grace en la suya. Una mano para él, la otra para el tigre.

—Esa ha sido la peor parte —coincidió ella—. Sentirse la última persona del universo. Sentir que todo está aquí —añadió, tocándose el pecho— y en ningún otro sitio.

Años después leería algo similar en el diario de otra chica de dieciséis años, la que encontró y perdió, encontró de nuevo y volvió a perder:

« A veces pienso que tal vez sea el último ser humano de la Tierra» .

El chasis del coche contra la espalda. El frío asfalto contra la mejilla. El fusil inútil agarrado en la mano. Estaba atrapado.

Grace tenía varias opciones. A él le quedaban dos.

No, si todavía albergaba alguna esperanza de cumplir su promesa, solo tenía una: la elección de Cassie.

Ella también había hecho una promesa, una promesa imposible y suicida a la única persona de la Tierra que le seguía importando, que le importaba más que su propia vida. Aquel día se levantó para enfrentarse al cazador sin rostro porque su muerte no era nada comparada con la muerte de su promesa. Si quedaba alguna esperanza, se hallaba en las promesas imposibles del amor.

Se arrastró para salir al aire libre por debajo del parachoques delantero y, como Cassie Sullivan, Evan Walker se levantó.

Tensó el cuerpo a la espera de la bala final. Cuando Cassie se levantó en aquella tarde de otoño sin nubes, su Silenciador huyó. No creía que Grace huyera. Grace terminaría lo que había empezado.

Pero no llegó el final. No llegó la bala silenciadora que lo conectaría con Grace como con un cordón de plata. Sabía que ella estaba allí. Sabía que podía verlo de pie, medio encogido, delante del coche. Y se dio cuenta de que no había forma de escapar del pasado, de evitar las inevitables consecuencias: el terror de Cassie, su incertidumbre y su miedo, ahora le pertenecían a él.

Sobre Evan, las estrellas. Delante, la carretera que brillaba a la luz de las estrellas. El frío helado que atenazaba y el olor medicinal del ungüento que Grace le había extendido sobre las heridas. «El corazón te late muy deprisa».

«No va a matarte —se dijo—. No es el objetivo. Si matarte fuera el objetivo, no habría fallado el primer disparo».

Solo había una respuesta: Grace pretendía seguirlo. Él era un misterio para ella, y seguirlo era el único modo de resolverlo. Se había escapado de una trampa solo para hundirse más en el pozo. Cumplir su promesa y a no era ser fiel, sino que lo convertiría en traidor.

No podía dejarla atrás, no con el tobillo mal. No podía razonar con ella, y a que apenas era capaz de expresar con claridad sus razones. Podía esperar a que se diese por vencida. Quedarse, no hacer nada... y arriesgarse a que los soldados de la quinta ola descubrieran a Cassie o a que ella abandonara el hotel antes de que acabara aquella situación de punto muerto con Grace. Podía forzar una confrontación, pero había fallado una vez y lo más probable era que volviera a hacerlo. Estaba demasiado débil y herido. Necesitaba tiempo para curarse, pero no había tiempo.

Se apoyó en el capó del coche y miró al cielo tachonado de estrellas, sin luces humanas que les hicieran sombra, limpio de contaminantes, las mismas estrellas que habían iluminado el mundo desde antes de que la humanidad caminara sobre él. Durante miles de años, esas mismas estrellas; ¿qué era el tiempo para ellas?

—Efímera —susurró Evan—. Efímera.

Se echó el fusil al hombro y se abrió paso a través de los coches accidentados de vuelta a la mochila de suministros, que se echó al otro hombro. Se metió bajo el brazo la muleta improvisada. Avanzaría despacio, dolorosamente despacio, pero así obligaría a Grace a elegir entre dejarlo marchar o seguirlo, lo que significaría abandonar el territorio que le había sido asignado en un momento en que desertar podría suponer un importante revés en un calendario muy bien diseñado. Evan iría hacia el norte del hotel, al norte hacia la base más cercana. Al norte, adonde el enemigo había huido, reducidas sus fuerzas, a la espera de la primavera para el ataque definitivo.

Sobre ellos recaía la esperanza (así había sido desde el principio), sobre los hombros de los niños soldado de la quinta ola.

La misma noche del día en que se habían conocido, Evan y Grace paseaban por la calle central de la feria, bajo las luces que repelían la oscuridad, atravesando la multitud y dejando atrás los juegos de lanzamiento de aro y de dardos, y el tiro libre de baloncesto. Los altavoces montados en los postes de la luz berreaban su música, el burbujeante sonido de miles de conversaciones discurría por debajo como una corriente submarina, y el flujo de la multitud también era como un río que se arremolinaba y giraba, rápido en unos puntos y lánguido en otros. Altos, esbeltos e imponentes, Evan y Grace llamaban la atención de los viandantes, lo que lo incomodaba. Nunca le habían gustado las multitudes, prefería la soledad del bosque y de los campos de la granja familiar, una predisposición que le resultaría útil cuando llegara el tiempo de la limpieza.

El tiempo. Por encima de ellos, las estrellas giraban como los puntos de luz de la noria que se erguía sobre la feria, aunque demasiado lentas para que el ojo humano lo percibiera; eran las manecillas del reloj universal que se quedaba sin cuerda, que llevaba quedándose sin cuerda desde el principio, y los rostros que pasaban marcando el tiempo, como las mismas estrellas, eran sus prisioneros. Evan y Grace no. Ellos habían conquistado lo inconquistable, negado lo innegable. La última estrella moriría, el universo en sí expiraría, pero ellos seguirían para siempre.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—« Mi espíritu no permanecerá en el ser humano para siempre, porque no es más que un simple mortal » .

—¿Cómo? —preguntó ella, sonriendo.

—Es de la Biblia.

Grace se pasó el tigre de peluche a la otra mano para poder coger la de Evan.

—No seas morbosos. Es una noche preciosa y no volveremos a vernos hasta que esto acabe. Tu problema es que no sabes vivir el momento.

Grace lo apartó de la explanada principal, lo llevó hasta las sombras entre dos carpas y allí lo besó, se apretó contra él, y algo dentro de Evan se abrió. Ella entró en él y aplacó la terrible soledad que había sentido desde su despertar.

Ella se apartó con las mejillas sonrosadas y un fuego pálido ardiéndole en los ojos.

—A veces pienso en ello, en la primera muerte. En cómo será.

Él asintió con la cabeza.

—Yo también lo pienso. Pero, sobre todo, pienso en la última.

Abandonó la autopista y atravesó el campo abierto cruzando caminos solitarios y deteniéndose a rellenar la cantimplora en el agua de un arroyo helado, guiándose por la Estrella Polar, como los antiguos. Las heridas lo obligaban a descansar a menudo, y cada vez que lo hacía veía a Grace a lo lejos. Ella no se molestaba en esconderse, quería que supiera que estaba ahí, fuera del alcance de su fusil. Al alba, ya había llegado a la Autopista 68, la arteria principal que conectaba Huber Heights con Urbana. Recogió madera entre unos árboles que bordeaban la carretera y encendió una fogata. Le temblaban las manos. Tenía fiebre. Le preocupaba que se le hubieran infectado las quemaduras. Aunque habían mejorado sus sistemas corporales, un cuerpo mejorado podía alcanzar un punto sin retorno. El tobillo se le había hinchado hasta el doble de su tamaño normal, la piel estaba caliente al tacto y la herida le palpitaba con cada latido del corazón. Decidió pasar allí un día, puede que dos, y mantener la hoguera encendida.

Una baliza para atraerlos a la trampa. Si seguían allí fuera. Si conseguía atraerlos.

La carretera ante él. El bosque detrás. Se quedaría en campo abierto. Grace se quedaría en el bosque. Lo esperaría. Ya estaba fuera de su territorio, plenamente comprometida con la misión, no había vuelta atrás.

Se calentó junto al fuego. Grace no encendió ninguno. De Evan eran la luz y el calor. De Grace, la oscuridad y el frío. Se desprendió de la chaqueta, y se quitó el jersey y la camisa. Las quemaduras empezaban a cicatrizar, aunque también le picaban una barbaridad.

Para distraerse, talló una muleta nueva con una rama de árbol sacada del bosque.

Se preguntó si Grace se arriesgaría a dormir. Ella sabía que Evan recuperaba fuerzas con cada hora que pasaba y que, con cada hora que ella se retrasaba, disminuían sus probabilidades de éxito.

La vio a media tarde del segundo día, una sombra entre las sombras, mientras él recogía más leña para el fuego. Unos cincuenta metros más allá, entre los árboles, con un fusil de francotirador de gran calibre, una venda ensangrentada en la mano y otra en el cuello. El aire bajo cero parecía transmitir su voz hasta el infinito.

—¿Por qué no me mataste, Evan?

Al principio no respondió, sino que siguió recogiendo leña para la baliza.

—Creía haberlo hecho —respondió al fin.

—No, eso es imposible.

—A lo mejor estoy harto de asesinatos.

—¿Qué significa eso?

—No lo entenderías —repuso él, sacudiendo la cabeza.

—¿Quién es Casiopea?

Se irguió cuan alto era. La luz apenas penetraba en la arboleda, bajo una sábana de nubes gris hierro. Aun así, pudo ver la sonrisa cínica de sus labios y el fuego azul pálido de sus ojos.

—La que se alzó cuando cualquier otro habría permanecido oculto —respondió Evan—. Aquella en la que no podía dejar de pensar incluso antes de conocerla. El último, Grace. El último ser humano sobre la faz de la Tierra.

Ella no respondió durante un buen rato. Él siguió donde estaba. Ella también.

—Te has enamorado de una humana —afirmó, asombrada, para después añadir lo obvio—: No es posible.

—Solíamos pensar lo mismo sobre la inmortalidad.

—Sería como si uno de ellos se enamorara de una babosa marina —dijo, sonriendo—. Estás loco. Te has vuelto loco.

—Sí.

Le dio la espalda a Grace, invitándola a dispararle. Al fin y al cabo, estaba loco, y la locura proporcionaba su propia armadura.

—¡No puede ser eso! —le gritó ella—. ¿Por qué no me cuentas lo que pasa de verdad?

Él se detuvo. La leña cayó con estrépito al suelo helado. La muleta, también. Giró un poco la cabeza, aunque no se volvió hacia ella.

—Cúbrete, Grace —dijo en voz baja.

El dedo de la chica tembló en el gatillo. Es posible que los ojos humanos normales no lo captaran, pero los de Evan sí.

—¿O qué? —exigió saber—. ¿Me atacarás otra vez?

—Yo no te voy a atacar, Grace, pero ellos sí.

La chica ladeó la cabeza como el pájaro del árbol cuando Evan se había despertado en su campamento.

—Están aquí —dijo él.

La primera bala le acertó a Grace en un muslo. Se tambaleó hacia atrás, aunque permaneció en pie. La siguiente le dio en el hombro izquierdo, de modo que se le resbaló el fusil. La tercera, seguramente de un segundo tirador, se estrelló contra el árbol que había justo al lado de Evan; no le acertó en la cabeza por milímetros.

Grace se tiró al suelo.

Evan corrió.

Decir que corría era una exageración. Más bien se trataba de un cojeo frenético, balanceando la pierna herida lo máximo posible para echar todo el peso en la buena. Cada vez que el talón tocaba el suelo le estallaban puntitos de luz brillante en los ojos. Dejó atrás las brasas de la fogata, la baliza que llevaba dos días ardiendo, la señal de « ¡Estamos aquí! » que había colgado en el bosque. Recogió el fusil del suelo sin pararse, ya que no pretendía proteger su posición. Grace atraería sus disparos... Un pelotón de al menos dos reclutas, quizá más. Esperaba más. Más mantendrían a Grace ocupada un rato.

¿Cuánto? ¿Quince kilómetros? ¿Treinta? No lograría mantener aquel ritmo, pero, siempre y cuando siguiera moviéndose, estaría cerca del hotel al alba del día siguiente.

Oía los disparos tras él. Tiros esporádicos, no continuos, lo que significaba que Grace estaba siendo metódica. Los soldados llevarían oculares, lo que igualaría algo el juego; no mucho, pero sí un poco.

Abandonó cualquier intento de ir deprisa y llegó a la autopista, donde se puso a avanzar a saltitos por el centro, una figura solitaria bajo la inmensidad del cielo plomizo. Una bandada de más de mil cuervos daba vueltas y revoloteaba sobre él en dirección norte. Siguió moviéndose, gruñendo de dolor; cada zancada era una lección, la sacudida de cada paso era un recordatorio. Se le disparó la temperatura, le ardían los pulmones, el corazón le martilleaba en el pecho. La fricción de la ropa le desgarró las delicadas costras y no tardó en sangrar. La sangre le pegaba la camisa a la espalda y le empapaba los vaqueros. Sabía que estaba forzándose demasiado. Iba a fallar el sistema instalado para mantener su vida más allá de toda resistencia humana.

Se derrumbó cuando el sol hizo lo propio bajo la cúpula del cielo, una caída a cámara lenta, tambaleante, en la que primero se golpeó un hombro y después rodó hasta el borde de la carretera. Allí se quedó, boca arriba, con los brazos extendidos, entumecido de cintura para abajo, temblando sin control, ardiendo a pesar del frío intenso. La oscuridad barrió la faz de la Tierra, y Evan Walker bajó dando tumbos hasta el fondo en tinieblas, hasta una habitación secreta que bailaba bañada en luz, una luz que procedía del rostro de ella; y Evan no tenía explicación para el fenómeno, no sabía por qué su cara iluminaba aquel lugar oscuro de su interior. « Estás loco. Te has vuelto loco » . Él también lo había pensado. Luchaba por mantenerla viva mientras, cada noche, la abandonaba para matar al resto. ¿Por qué debía vivir una persona aunque el mundo entero pereciera? Ella iluminaba las tinieblas... Su vida era la lámpara, la última estrella de un universo moribundo.

«Yo soy la humanidad», había escrito Cassie. Egocéntrica, cabezota, sentimental, infantil, presumida. «Yo soy la humanidad». Cínica, ingenua, amable, cruel, suave como una pluma, dura como el acero al tungsteno.

Tenía que levantarse. Si no lo hacía, la luz se apagaría. El mundo acabaría consumido por la aplastante oscuridad. Pero la atmósfera entera lo empujaba hacia el suelo, lo atrapaba bajo el peso de cinco mil billones de fuerza devastadora.

El sistema se había roto. Llevada al límite, la tecnología alienígena instalada en su cuerpo humano cuando tenía trece años se había bloqueado. Ya no quedaba nada que lo mantuviera o protegiera. Quemado y roto, su cuerpo humano no era distinto al de su antigua presa: frágil, delicado, vulnerable, solo.

No era uno de ellos. Era uno de ellos, por completo. Del todo Otro, del todo humano.

Rodó para colocarse de lado. Sufrió un espasmo en la espalda. Notó sangre en la boca. La escupió.

Boca abajo. Después apoyó las rodillas. Después, las manos. Los codos le temblaron, las muñecas amenazaron con doblarse bajo su propio peso. Egocéntrica, cabezota, sentimental, infantil, presumida. «Yo soy la humanidad». Cínica, ingenua, amable, cruel, suave como una pluma, dura como el acero al tungsteno.

«Yo soy la humanidad» .

Se arrastró.

«Yo soy la humanidad» .

Cayó.

«Yo soy la humanidad» .

Se levantó.



Una vida entera después, Evan observaba desde su escondite bajo el paso elevado de la autopista a la chica de pelo oscuro que corría por el aparcamiento, cruzaba la rampa de acceso a la interestatal, trotaba unos cuantos metros hacia el norte por la Autopista 68 y se detenía al lado de un todoterreno para volver la vista atrás, hacia el edificio. Siguió su mirada hasta una ventana de la segunda planta, donde una sombra parpadeó un instante antes de desaparecer.

«Efímera».

La chica de pelo oscuro se esfumó entre los árboles que bordeaban la autopista. Desconocía por qué se había marchado y adónde iba. A lo mejor el grupo se dividía (eso aumentaría un poco las probabilidades de sobrevivir) o puede que fuese a explorar un escondite más seguro desde el que capear el invierno. En cualquier caso, le daba la impresión de que los había encontrado justo a tiempo.

La chica de pelo oscuro desapareció y dejó al menos a cuatro dentro, que eran los que él había visto controlando las ventanas. No sabía si alguno de ellos había sobrevivido a la explosión. Ni siquiera estaba seguro de que la sombra de la ventana fuera la de Cassie.

Tampoco importaba: había hecho una promesa y tenía que entrar.

No podía acercarse a cara descubierta, ya que la situación se complicaba con muchas incógnitas. ¿Y si no era Cassie, sino un pelotón de soldados de la quinta ola que habían quedado aislados al estallar la base, como el pelotón que había dejado al cuidado de Grace? Lo matarían antes de dar dos pasos. El riesgo no variaba mucho si se trataba de Cassie y de un grupo de supervivientes: puede que lo mataran antes de darse cuenta de quién era.

Sin embargo, entrar de otro modo también tenía sus riesgos: no sabía cuántas personas había dentro: no sabía si era capaz de encargarse de dos —y menos aún de cuatro— chavales de gatillo fácil, bien armados y hasta las cejas de adrenalina, dispuestos a volar en pedazos todo lo que se moviera. El sistema que mejoraba su cuerpo había fallado. «Soy completamente humano», le había dicho a Cassie. Ahora era literalmente cierto.

Seguía sopesando las opciones cuando una figura diminuta apareció en el aparcamiento. Un niño vestido con uniforme de la quinta ola. No era Sam, porque Sam llevaba el mono blanco de los menores recién procesados, pero era pequeño. Le echó unos seis o siete años. Seguía la misma ruta que la chica de pelo oscuro, e incluso se detuvo junto al mismo todoterreno para mirar hacia el hotel. Esta vez no vio ninguna sombra en la ventana: quienquiera que fuese, ya no estaba allí.

Ya iban dos. ¿Es que abandonaban el hotel uno a uno? Tácticamente, tenía algo de sentido. Entonces ¿no debería esperar a que saliera Cassie, en vez de arriesgar la vida entrando?

Y las estrellas giraban sobre él, marcando el tiempo del reloj que se quedaba sin cuerda.

Empezó a levantarse, pero volvió a dejarse caer. Otra persona salió del hotel, alguien mucho más alto que la anterior, un crío grandote con una cabeza enorme y un fusil en la mano. Ya iban tres, aunque ninguno era Cassie ni Sam, ni el amigo del instituto de Cassie... ¿Cómo era? ¿Ken? Con cada éxodo aumentaban las probabilidades de que Cassie no estuviera en el grupo. ¿Debería intentar entrar?

Su instinto lo urgía a hacerlo. Sin respuestas, sin armas y casi sin fuerzas. El instinto era lo único que le quedaba.

Así que lo hizo.

Durante más de cinco años había confiado en los regalos que lo hacían superior a los humanos en casi todos los aspectos: el oído, la vista, los reflejos, la agilidad, la fuerza. Aquellos dones lo habían malcriado. Se le había olvidado lo que se sentía al ser normal.

Ahora le tocaba asistir a un curso acelerado.

Se metió a hurtadillas en una habitación de la planta baja a través de una ventana rota. Se acercó cojeando a la puerta y pegó la oreja, pero solo oyó el atronador latido de su corazón. Abrió la puerta, salió al pasillo y escuchó mientras esperaba en vano a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Recorrió el pasillo hasta el vestíbulo. Oía su propia respiración escarchándose en el aire helado, pero nada más. Al parecer, no había nadie en la planta baja. Sabía que había alguien en la ventanita del pasillo de arriba, lo había visto mientras entraba en el edificio.

Escaleras. Dos tramos. Cuando llegó al segundo rellano, estaba mareado de dolor y sin aliento por el esfuerzo. La boca le sabía a sangre. No había luces. Estaba sepultado en una oscuridad absoluta.

De haber una sola persona al otro lado de la puerta, dispondría de algunos segundos. Más de una y el tiempo carecería de importancia: estaría muerto. Su instinto le gritaba que esperase.

Pero entró.

En el pasillo del otro lado de la puerta vio a un crío bajito con unas orejas de tamaño extraordinario que, asombrado, abrió la boca de par en par en cuanto Evan lo agarró por el cuello con una llave y le presionó la carótida con el antebrazo para cortarle el suministro de sangre al cerebro. Arrastró a su presa, que se retorció para liberarse, de vuelta al pozo oscuro de las escaleras. El crío se desmayó antes de que la puerta volviera a cerrarse.

Evan esperó unos segundos al otro lado. El pasillo estaba vacío, la captura había sido rápida y relativamente silenciosa. Los demás (si los había) podrían tardar un rato en darse cuenta de que el centinela había desaparecido. Arrastró al crío hasta el pie de las escaleras y lo metió en el huequecito entre los escalones y la pared. Después subió de nuevo. Abrió un poco la puerta. A mitad del pasillo se abrió otra puerta, y dos figuras en sombras salieron por ella. Las observó cruzar el pasillo y entrar en otro cuarto. Reaparecieron instantes después y pasaron a la siguiente puerta.

Estaban comprobando todas las habitaciones. Las escaleras serían lo siguiente. O el ascensor; se le había olvidado el ascensor. ¿Bajarían por el hueco y entrarían en las escaleras por abajo?

« No. Si solo hay dos, se dividirán: uno por las escaleras, otro por el ascensor, y se reunirán en el vestíbulo» .

Los observó salir de la última habitación y entrar en el ascensor, donde uno sostuvo las puertas mientras el otro se perdía de vista en el hueco. Al que quedaba le costaba ponerse de pie, se sujetaba el estómago y gruñía bajito por el esfuerzo, apoyando todo su peso en un lado al dirigirse cojeando hacia donde estaba Evan.

Esperó. Seis metros. Tres. Uno. Sujetando el fusil con la mano derecha y la barriga con la izquierda. De pie al otro lado de la puerta, Evan sonrió. « Ben, no Ken. Ben» .

« Te encontré» .

Era demasiado peligroso confiar en que Ben lo reconociera y no le disparara en el acto. Salió de golpe por la puerta y le dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el estómago herido. El porrazo lo dejó sin aliento, pero Ben se negó a caer. Tambaleándose de espaldas, levantó el fusil. Evan lo apartó a un lado y volvió a golpearlo en el mismo punto; esta vez Ben si cayó de rodillas a los pies de Evan. Echó la cabeza hacia atrás y se miraron a los ojos.

—Sabía que no eras de fiar —jadeó Ben.

—¿Dónde está Cassie?

Se arrodilló, agarró a Ben por la sudadera amarilla con capucha y se lo acercó a la cara.

—¿Dónde está Cassie? —repitió.

De haber sido como era antes, es decir, si el sistema no hubiera reventado, habría visto el movimiento de la hoja al salir, habría oído el infinitesimal silbido del cuchillo al rasgar el aire. Sin embargo, no se dio cuenta hasta que Ben se lo clavó en el muslo.

Cayó de espaldas arrastrando a Ben con él. Lo lanzó a un lado cuando Ben arrancó el cuchillo. Evan le aplastó la muñeca con la rodilla para neutralizar la amenaza y le tapó la cara con ambas manos, cubriéndole la nariz y la boca, y apretó con fuerza. El tiempo parecía alargarse. Bajo él, Ben daba manotazos y patadas, volvía la cabeza de un lado a otro mientras, con la mano libre, intentaba coger el fusil, que tenía a pocos centímetros de los dedos. El tiempo se paralizó.

Entonces, Ben se quedó quieto y Evan se dejó caer al suelo, jadeando, empapado en sangre y sudor, y sintiendo como si el cuerpo fuera a estallarle en llamas. No tenía tiempo para recuperarse: pasillo abajo, a través de una rendija de la puerta, una cara con forma de corazón lo estaba mirando.

Sam.

Se puso en pie, perdió el equilibrio, se dio contra la pared, cayó. De nuevo arriba, convencido ya de que era Cassie la que había bajado por el hueco del ascensor, pero con la intención de asegurar a Sam primero. Sin embargo, el niño había cerrado la puerta y gritaba obscenidades desde el otro lado; y después, cuando Evan puso la mano en el pomo, el crío disparó.

Se pegó a la pared, junto a la puerta, mientras Sam vaciaba el cargador. Cuando llegó la pausa, no vaciló: debía neutralizar a Sam antes de que recargara.

Evan podía elegir: derribar la puerta de una patada con el pie malo o apoyar todo el peso en él para derribarla con el otro. Ninguna de las dos opciones era buena. Decidió golpear con el roto; no podía arriesgarse a perder el equilibrio.

Tres patadas potentes y rápidas. Tres patadas que le produjeron un dolor como no había experimentado nunca antes. Sin embargo, la cerradura se rompió con estruendo y la puerta se estrelló contra la pared del otro lado. Cayó en el cuarto, y allí estaba el hermano de Cassie, arrastrándose hacia la ventana como los cangrejos. De algún modo, Evan consiguió no perder el equilibrio, algo lo mantuvo en pie y lo propulsó hacia el niño alargando una mano. « Estoy aquí, ¿me recuerdas? Te salvé una vez; te salvaré de nuevo...» .

Entonces, detrás de él, la última, la estrella, la que había llevado consigo a través de un infinito mar blanco, la única cosa por la que merecía la pena morir, abrió fuego.

Y la bala los conectó al dar en hueso, uniéndolos con un cordón de plata.

# IV

MILLONES

El chico dejó de hablar el verano de la plaga.

Su padre había desaparecido. El suministro de velas menguaba, así que una mañana salió a buscar más. No regresó.

Su madre estaba enferma. Le dolía la cabeza. Le dolía todo. Incluso los dientes, le dijo. Las noches eran lo peor. Se le disparaba la fiebre. No lograba retener nada en el estómago. A la mañana siguiente se sentía mejor. Decía que a lo mejor lo superaba. Se negaba a ir al hospital. Habían oído historias terribles sobre los hospitales, ambulatorios y refugios de emergencia.

Una a una, las familias huyeron del barrio. Los saqueos empeoraban y las pandillas vagaban de noche por las calles. Asesinaron al hombre que vivía dos puertas más abajo, de un disparo en la cabeza, por negarse a compartir el agua potable de su familia. A veces aparecía un desconocido en el barrio y contaba historias sobre terremotos y paredes de agua de ciento cincuenta metros de altura que lo habían inundado todo hasta Las Vegas. Miles de muertos. Millones.

Cuando su madre se quedó demasiado débil para levantarse de la cama, él tuvo que hacerse responsable del bebé. Lo llamaban el bebé, pero ya tenía casi tres años. Su madre le dijo que no se lo acercara, que el bebé enfermaría. Tampoco daba tanto trabajo, dormía mucho. Jugaba poco. Solo era un niño diminuto; no sabía nada. A veces preguntaba dónde estaba su papá o qué le pasaba a mamá. Normalmente pedía comida.

Se quedaban sin comida. Pero su madre no le permitía salir, era demasiado peligroso. Se perdería. Lo secuestrarían. Le dispararían. El discutía con ella. Tenía ocho años y era muy grande para su edad, el blanco de las pullas y los crueles insultos del colé desde que tenía seis años. Era duro. Podía defenderse. Pero ella no se lo permitía. «Yo lo echo todo y a ti no te vendrá mal perder algo de peso». No lo decía por crueldad; intentaba ser graciosa. Aunque a él no le parecía gracioso.

Entonces llegaron a su última lata de sopa condensada y al último paquete de galletas saladas rancias. Calentó la sopa en la cocina, sobre un fuego alimentado con trozos de muebles rotos y las viejas revistas de caza de su padre. El bebé se comió todas las galletas, pero decía que no quería sopa. Quería macarrones con queso. «No tenemos macarrones con queso. Tenemos sopa y galletas, y ya está». El bebé lloró y rodó por el suelo frente a la chimenea, pidiendo a gritos sus macarrones con queso.

Él le llevó una taza de sopa a su madre. La fiebre era alta. La noche antes había empezado a vomitar aquella cosa negra con grumos, que era el revestimiento de su estómago mezclado con sangre, aunque entonces él no lo

sabía. Cuando entró, ella lo observó con sus ojos muertos e inexpresivos, la mirada fija de la Muerte Roja.

« ¿Qué te crees que haces? No puedo comerme eso. Llévateelo » .

Se lo llevó y se lo comió de pie junto al fregadero de la cocina mientras su hermano pequeño rodaba por el suelo y gritaba, y su madre se hundía en el vacío al extenderse el virus por su cerebro. En las últimas horas, su madre desaparecería. Su personalidad, sus recuerdos, lo que ella era, todo se rindió antes que su cuerpo. Él se comió la sopa tibia y después limpió el cuenco a lametones. Tenía que salir por la mañana, no quedaba comida. Le diría a su hermano pequeño que se quedara dentro pasara lo que pasara y que regresaría cuando encontrara algo de comida.

Lo hizo a la mañana siguiente. Buscó por tiendas abandonadas y supermercados. Buscó en restaurantes y tiendas de comida rápida y saqueados. Encontró cubos de basura que apestaban a productos putrefactos, llenos de bolsas de basura rotas en las que ya habían buscado muchas manos. A última hora de la tarde solo había encontrado una cosita comestible: un pastel pequeño, del tamaño de la palma de su mano, todavía envuelto en su plástico, debajo del estante vacío de una gasolinera. Se hacía tarde; el sol se ponía. Decidió volver a casa y regresar a la mañana siguiente. A lo mejor había más pasteles u otra clase de comida escondida o perdida por ahí, y tenía que buscar mejor.

Cuando llegó a casa, la puerta delantera estaba entreabierta. Recordaba haberla cerrado al marcharse, así que supo que algo iba mal. Corrió al interior. Llamó al bebé. Examinó todas las habitaciones. Miró debajo de las camas, dentro de los armarios, y en los coches que esperaban, fríos e inútiles, en el garaje. Su madre lo llamó desde su dormitorio. Le preguntó dónde había estado. Decía que el bebé no había dejado de llorar, llamándolo. Él le preguntó a su madre dónde estaba el bebé, y ella le soltó: « ¿Es que no lo oyes? » .

Pero no se oía nada.

Salió y chilló el nombre del bebé. Buscó en el patio de atrás, se acercó a la casa de los vecinos y golpeó la puerta. Llamó a todas las puertas de la calle. No respondió nadie. O la gente de dentro estaba demasiado asustada para salir o estaba enferma o muerta o se había ido. Caminó varias manzanas, después otras tantas más en sentido contrario, y gritó el nombre de su hermano hasta quedarse ronco. Una anciana salió tambaleándose a su porche y le gritó que se fuera; tenía un arma. Así que se fue a su casa.

El bebé se había ido. Decidió no contárselo a su madre. ¿Qué iba a hacer ella? No quería que pensara que había hecho mal saliendo. Tendría que haberse llevado al bebé con él, pero creyó que estaría más seguro en casa. Tu casa es el lugar más seguro del mundo.

Aquella noche, su madre lo llamó. « ¿Dónde está mi bebé? » . Él le dijo que estaba dormido. Era la peor noche hasta entonces. Bolas de pañuelos de papel



ensangrentados esparcidos por la cama. Pañuelos ensangrentados por la mesita de noche y por todo el suelo.

« Tráeme a mi bebé» .

« Está dormido» .

« Quiero ver a mi bebé» .

« Se lo vas a pegar» .

Ella le insultó, le dijo que se fuera al infierno. Le escupió flemas ensangrentadas. Él se quedó en la puerta, jugueteando con las manos que escondía en los bolsillos, nervioso, y entonces crujió el envoltorio del pastel: el plástico se había estropeado con el calor.

« ¿Dónde has estado?»

« Buscando comida» .

Ella contuvo una arcada, « ¡No digas esa palabra!» .

Lo observaba con ojos brillantes y ensangrentados.

« ¿Por qué buscabas comida? No necesitas comida. Eres un repugnante saco de grasa. Solo con la manteca de tu barriga podrías aguantar hasta el invierno» .

Él no dijo nada. Sabía que era la plaga la que hablaba, no su madre. Su madre lo quería. Cuando las pullas del colegio fueron a peor, ella habló con el director y le advirtió que los denunciaría si la cosa no paraba.

« ¿Qué es ese ruido? ¿Qué es ese ruido tan horroroso?» .

Él respondió que no oía nada. Ella se enfadó mucho. Empezó a insultarlo otra vez, y la saliva ensangrentada salpicó el cabecero de la cama.

« Sale de ti. ¿Con qué juegos en el bolsillo?» .

No podía hacer nada. Tuvo que enseñárselo. Sacó el pastel, y ella gritó que lo apartara de su vista y que no volviera a sacarlo. Que con razón estaba tan gordo. Con razón su hermano pequeño se moría de hambre mientras él comía pasteles, caramelos y todos los macarrones con queso que había. ¿Qué clase de monstruo era para comerse todos los macarrones con queso de su hermano pequeño?

Intentó defenderse, pero cada vez que empezaba a hablar, ella le gritaba que se callase, que se callase, que se CALLASE. Su voz la ponía mala. Él la ponía mala. Él le hizo algo a su padre y a su hermano pequeño, y también a ella, la puso mala, la envenenó, la estaba envenenando.

Y cada vez que intentaba hablar, ella le gritaba: « ¡Cállate, cállate, cállate!» .

Murió dos días después.

Él la envolvió en una sábana limpia y llevó su cadáver al patio de atrás. Lo roció con el líquido de encender barbacoas de su padre y le prendió fuego. Quemó el cuerpo de su madre y también toda la ropa de cama. Esperó otra semana, por si su hermano pequeño volvía a casa, pero no lo hizo. Lo buscó y buscó comida. Encontró comida, pero no a su hermano. Dejó de llamarlo. Dejó de hablar del todo. Se calló.

Seis semanas después estaba caminando por una autopista salpicada de

coches parados, y de coches, motos y camiones accidentados, cuando vio humo negro a lo lejos y, al cabo de unos minutos, la fuente del humo, un autobús escolar amarillo lleno de niños. En el autobús había soldados, y los soldados le preguntaron su nombre, de dónde venía y cuántos años tenía; más tarde recordó que se había metido las manos en los bolsillos, nervioso, y se había puesto a jugar con el viejo trozo de pastel, que todavía estaba en su envoltorio.

Saco de grasa. Solo con la manteca de tu barriga podrías aguantar hasta el invierno.

« ¿Qué pasa, chico? ¿No puedes hablar?» .

La historia de cómo había llegado al campo con nada más que la ropa que llevaba puesta y un pastel en el bolsillo llegó a oídos del sargento instructor. Antes de conocer la historia, el instructor lo llamaba Gordo. Después de oírla, lo rebautizó Bizcocho.

« Me gustas, Bizcocho. Me gusta que seas un tirador innato. Seguro que saliste de tu madre con una pistola en una mano y un donut en la otra. Me gusta que tengas la pinta de Elmer Gruñón y el puñetero corazón de Mufasa. Y, sobre todo, me gusta que no hables. Nadie sabe de dónde eres ni dónde has estado ni qué piensas ni qué sientes. Joder, no lo sé ni yo, y no me importa una mierda, igual que no debería importarte a ti. Eres un asesino frío como el hielo y mudo como una piedra, salido del corazón de las tinieblas con un corazón a juego, ¿verdad, soldado Bizcocho?» .

No lo era.

Todavía no.



Lo primero que pensaba hacer cuando despertara era matarlo.

Si despertaba.

Dumbo no estaba muy seguro de que ocurriera.

—Está bien jodido —me explicó después de que lo desnudáramos para poder echarle un buen vistazo a las heridas.

Con una puñalada en una pierna, un tiro en la otra, el cuerpo cubierto de quemaduras, varios huesos rotos y escalofríos de fiebre (aunque lo habíamos enterrado en mantas), Evan seguía tiritando con tanta fuerza que parecía que la cama vibraba.

—Septicemia —masculló Dumbo. Me vio mirarlo con cara de tonta y añadió —: Cuando la infección entra en tu torrente sanguíneo.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Antibióticos.

—Que no tenemos.

Me senté en la otra cama. Sam corrió a sentarse a los pies, agarrado a la pistola vacía. Se negaba a soltarla. Ben estaba apoyado en la pared, con el fusil en el regazo, mirando a Evan con desconfianza, como si estuviera convencido de que en cualquier momento saltaría de la cama y volvería a intentar eliminarnos.

—No tenía elección —le expliqué a Ben—. ¿Cómo iba a presentarse a oscuras sin que alguien le disparara?

—Quiero saber dónde están Bizcocho y Tacita —respondió Ben entre dientes.

Dumbo le pidió que se sentara. Lo había vendado otra vez, pero Ben había perdido mucha sangre. Ben le hizo un gesto para que lo dejara en paz, se apartó de la pared, cojeó hasta la cama de Evan y le dio una bofetada en la cara con el dorso de la mano.

—¡Despierta! —Bofetada—. ¡Despierta, hijo de puta!

Me levanté a toda prisa de la cama y agarré a Ben por la muñeca antes de que golpeará de nuevo a Evan.

—Ben, esto no...

—Vale —respondió, zafándose de mí para arrastrarse hasta la puerta—. Los encontraré yo solo.

—¡Zombi! —lo llamó Sam, que salió corriendo hacia él—. ¡Voy contigo!

—Cortad el rollo, los dos —les espeté—. De aquí no sale nadie hasta que...

—¿Qué, Cassie? —chilló Ben—. ¿Hasta que qué?

Abrí la boca, pero no salió nada. Sam le tiraba del brazo: « ¡Vamos, Zombi! » . Mi hermano de cinco años agitando una pistola sin balas; toma metáfora.

—Ben, escúchame. ¿Me estás escuchando? Si sales ahora...

—Voy a salir ahora...

—¡Puede que también te perdamos a ti! —grité por encima de su voz—. No sabes lo que ha pasado ahí fuera. Seguramente, Evan los noqueó como a Dumbo y a ti. Pero puede que no lo hiciera, puede que estén de camino al hotel ahora mismo, y salir ahí fuera es un riesgo estúpido...

—No me des lecciones sobre riesgos estúpidos. Lo sé todo sobre...

Ben se balanceó. Se quedó pálido y cayó sobre una rodilla mientras Sam le tiraba inútilmente de la manga. Dumbo y yo lo levantamos y lo llevamos a la cama vacía, donde se derrumbó de nuevo, maldiciéndonos a nosotros y a Evan Walker, y maldiciendo aquella mierda de situación en general. Dumbo me miraba como un ciervo frente a los faros de un coche, como si quisiera decir: «Tú tienes las respuestas, ¿verdad? Tú sabes qué hacer, ¿verdad?».

Mentira.

Recogí el fusil de Dumbo y lo empujé contra el pecho del crío.

—Estamos ciegos —le dije—. Escaleras, las ventanas de los dos pasillos, las habitaciones del lado este, las del lado oeste; no dejes de moverte y mantén los ojos abiertos. Yo me quedo aquí, con los machos alfa, para evitar que se maten entre sí.

Dumbo asentía con la cabeza como si me comprendiera, aunque no se movía, así que le puse las manos en los hombros y me concentré en sus ojos temblones.

—Tienes que ser fuerte, Dumbo, ¿lo entiendes? Fuerte.

Él movió la cabeza arriba y abajo, a sacudidas, como un dispensador humano de caramelos PEZ, y salió torpemente del cuarto. Marcharse era lo que menos deseaba hacer en el mundo, pero ya llevábamos en esa situación mucho tiempo, haciendo lo que menos deseábamos hacer en el mundo.

Detrás de mí, Ben gruñó.

—¿Por qué no le pegaste un tiro en la cabeza? ¿Por qué en la rodilla?

—Justicia poética —murmuré.

Me senté al lado de Evan. Veía cómo le temblaban los ojos detrás de los párpados. Había estado muerto. Me había despedido de él. Ahora estaba vivo y quizá no lograra saludarlo. «Solo estamos a unos seis kilómetros de Campo Asilo, Evan. ¿Por qué has tardado tanto?».

—No podemos quedarnos aquí —anunció Ben—. Fue una mala idea enviar a Hacha de avanzadilla. Sabía que no debíamos dividirnos. Nos largamos de aquí mañana por la mañana.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —pregunté—. Tú estás herido. Evan está...

—Esto no va con él. Bueno, supongo que para ti sí.

—Él es la razón por la que estás vivo y puedes echar pestes ahora mismo, Parish.

—No echo pestes.

—Sí que las echas. Echas más pestes que una reina de la belleza adolescente.

Sammy se rio. Creo que no había oído reír a mi hermano desde que murió nuestra madre. Me sorprendió, como encontrar un lago en medio de un desierto.

—Cassie ha dicho que echas peste —informó Sam a Ben, por si no lo había captado.

Ben no le hizo caso.

—Esperamos aquí por él y ahora estamos atrapados aquí por él. Haz lo que quieras, Sullivan, pero yo me largo por la mañana.

—¡Yo también! —exclamó Sams.

Ben se levantó, se apoyó en el lateral de la cama un minuto para recuperar el aliento y se acercó cojeando a la puerta. Sam lo siguió como un perrito y yo no intenté detenerlos. ¿Para qué? Ben abrió la puerta y le dijo a Dumbo en voz baja que no le disparase, que salía a ayudarlo. Después, Evan y yo nos quedamos solos.

Me senté en la cama que Ben acababa de abandonar. Seguía notándose el calor de su cuerpo. Agarré el oso de Sammy y me lo puse en el regazo.

—¿Me oyes? —le pregunté. A Evan, no al oso—. Supongo que estamos en paz, ¿no? Tú me disparas en la rodilla; yo te disparo en la rodilla. Tú me ves en pelota picada; yo te veo en pelota picada. Tú rezas por mí; yo...

Se me nubló la vista. Levanté a Oso en el aire y golpeé con él a Evan en el pecho.

—¿Y qué pasa con esa ridícula chaqueta que llevas? Los bobos, qué oportuno. Lo has clavado. —Le golpeé de nuevo—. Bobo. —Otra vez—. Bobo. —Otra vez—. ¿Y ahora te piensas morir? ¿Ahora?

Él movió los labios y de ellos se escapó lentamente una palabra, como cuando el aire escapa de un neumático.

—Efímera.

Abrió los ojos. Cuando recordé haber escrito sobre sus cálidos ojos color chocolate, me quedé medio tonta. ¿Por qué tenía aquel efecto en mí? ¿Por qué se me doblaban las rodillas como si fuesen de gelatina? Yo no era así. ¿Por qué permití que me besara, me abrazara y, en general, me rondara como un cachorrito alienígena perdido? ¿Quién era este tío? ¿De qué retorcida versión de la realidad había salido para meterse en mi retorcida versión de la realidad? Nada encajaba. Nada tenía sentido. Puede que enamorarse de mí hubiera sido como enamorarse de una cucaracha, pero ¿qué pasa con mi reacción hacia él? ¿Eso cómo se llama?

—Si no te estuvieras muriendo y tal, te diría que te fueras a la mierda.

—No me estoy muriendo, Cassie.

Tembler de párpados, cara sudorosa, voz débil.

—Vale, pues vete a la mierda. Me abandonaste, Evan. En la oscuridad, sin más, y después volaste en pedazos el suelo bajo mis pies. Podrías habernos matado a todos. Me abandonaste justo cuando...

—Regresé.

Alargó una mano.

—No me toques.

«Nada de esos espeluznantes trucos vulcanos para fundirme el cerebro».

—Cumplí mi promesa —susurró.

Bueno, ¿qué comentario sarcástico podría tener para eso? Una promesa fue lo que me llevó hasta él. De nuevo me di cuenta de lo rarísimo que era que él estuviera donde había estado yo, y yo, donde había estado él. Su promesa por la mía. Mi bala por la suya. Incluso lo de desnudarnos el uno al otro porque no había otra elección; aferrarse a la modestia en la era de los Otros era como sacrificar una cabra para que lloviera.

—Imbécil, casi consigues que te peguen un tiro en la cabeza —le dije—. ¿No se te ocurrió gritar por las escaleras: «¡Eh, que soy yo! ¡No disparéis!»?

—Demasiado arriesgado —respondió, negando con la cabeza.

—Ah, claro, mucho más arriesgado que la posibilidad de que te revienten la cabeza. ¿Dónde está Tacita? ¿Y Bizcocho?

Sacudió de nuevo la cabeza: «¿Quiénes?».

—La niña que salió a la autopista. El crío grandote que la perseguía. Debes de haberlos visto.

—Hacia el norte —respondió, asintiendo con la cabeza.

—Bueno, ya sé en qué dirección se fueron...

—No vayas a por ellos.



Eso me cortó en seco.

—¿Qué quieres decir?

—No es seguro.

—No hay ningún lugar seguro, Evan.

Él puso los ojos en blanco: se desmayaba.

—Grace.

—¿Qué has dicho? ¿Gracia? ¿Como en la Gracia Divina? ¿Qué quiere decir:  
« Gracia » ?

—Grace —murmuró, y cerró los ojos.

Me quedé con él hasta el alba. Me senté a su lado como él se había sentado a mi lado en la vieja granja. Me había llevado a aquel lugar en contra de mi voluntad y después mi voluntad lo había llevado a él a este lugar, y puede que eso significara que nos pertenecíamos el uno al otro, o algo así. O que nos debíamos algo el uno al otro. En cualquier caso, ninguna deuda se paga del todo, en realidad; al menos, no las que importan de verdad. « Tú me salvaste », me dijo, y entonces no entendí de qué lo había salvado. Aquello fue antes de que me contara la verdad sobre quién era, después de que yo creyera que se refería a que lo había salvado de todo el tema del genocidio humano y el asesinato en masa. Ahora pensaba que no se refería a que lo hubiera salvado de nada, sino para algo. La parte complicada, la que no tenía respuesta, la que me aterraba, era qué sería ese algo.

Gemía en sueños. Arañaba las sábanas. Deliraba. « Yo también he pasado por eso, Evan ». Le di la mano. Tenía el cuerpo quemado, magullado y roto. ¿Y yo me preguntaba por qué había tardado tanto en encontrarme? Debía de haber llegado a rastras. Tenía la mano caliente; el rostro le brillaba de sudor. Por primera vez se me ocurrió que Evan Walker podría morir... Demasiado pronto, después de haber vuelto de entre los muertos.

—Vas a vivir —le dije—. Tienes que vivir. Prométemelo, Evan. Prométeme que vas a vivir. Prométemelo.

Tuve un pequeño lapsus. Intenté no tenerlo, pero no pude evitarlo:

—Eso cerraría el círculo, después lo dejamos. Lo dejamos los dos, tú y yo. Tú me disparaste y viví. Yo te disparé, y vives. ¿Ves? Así funciona. Pregúntaselo a cualquiera. Además, está el hecho de que eres el Señor Superser de Diez Siglos destinado a salvar a los lamentables humanos del enjambre intergaláctico. Es tu trabajo. Naciste para eso. O te engendraron para eso. Lo que sea. Ya sabes, en lo que respecta a planes para conquistar el mundo, los vuestros han sido bastante malos. Casi un año y aquí seguimos, y ¿quién es el que está tirado boca arriba como un bicho mientras le cae la saliva por la barbilla?

La verdad es que sí que tenía un hilo de saliva por la barbilla. Se lo sequé con una punta de la manta.

Se abrió la puerta y el amigo Bizcocho entró en el cuarto. Después Dumbo, sonriendo de oreja a oreja, y Ben, y finalmente Sam. Finalmente, lo que quiere decir que no estaba Tacita.

—¿Cómo está? —preguntó Ben.

—Ardiendo —respondí—. Delirando. No deja de hablar de la Gracia.

—¿La Gracia Divina? —preguntó Ben, frunciendo el ceño.

—A lo mejor está rezando como se hace antes de comer, para dar las gracias y eso —sugirió Dumbo—. Debe de estar muerto de hambre.

Bizcocho arrastró los pies hasta la ventana y se quedó mirando el aparcamiento. Lo observé cruzar el cuarto con sus andares de Ígor y después me volví hacia Ben.

—¿Qué ha pasado?

—No lo ha dicho.

—Pues obligalo. Eres el sargento, ¿no?

—Creo que no puede.

—Así que Tacita ha desaparecido y no sabemos por qué ni dónde está.

—Alcanzó a Hacha —se aventuró a suponer Dumbo— y Hacha decidió llevársela a las cuevas en vez de perder tiempo trayéndola.

Señalé a Bizcocho con la cabeza.

—¿Y él dónde estaba?

—Lo encontré fuera —respondió Ben.

—¿Haciendo qué?

—Pues... nada.

—¿Nada? ¿En serio? ¿Alguna vez os habéis preguntado en qué equipo juega Bizcocho?

Ben sacudió la cabeza, cansado.

—Sullivan, no empieces...

—En serio. Podría estar fingiendo lo de ser mudo. Así no tiene que responder preguntas incómodas. Además, resulta muy lógico infiltrar a uno de los tuyos en cada pelotón de críos con cerebro lavado, por si alguien empieza a sospechar...

—Claro, y antes de Bizcocho era Hacha. —Ben perdía los nervios—. Después será Dumbo. O yo. Mientras tanto, el tío que ha reconocido ser el enemigo está ahí tumbado, cogiéndote la mano.

—En realidad soy yo la que le coge la mano a él. Y no es el enemigo, Parish. Creía que ya lo habíamos dejado claro.

—¿Cómo sabemos que no mató a Tacita? ¿O a Hacha? ¿Cómo lo sabemos?

—Dios mío, míralo. No podría matar ni a una... a una...

Intenté pensar en algo que no tuviera fuerzas para matar, pero lo único en lo que era capaz de pensar mi cerebro hambriento y muerto de sueño era «efímera», lo que habría sido una opción malísima. Como un presagio involuntario, si es que los presagios pueden ser involuntarios.

Ben se volvió de golpe hacia Dumbo, que dio un respingo. Creo que prefería que Ben dirigiera su rabia hacia cualquiera menos hacia él.

—¿Vivirá?

Dumbo sacudió la cabeza, y las puntas de las orejas se le pusieron rosa chillón.

—Está mal.

—Esa es mi pregunta: ¿hasta qué punto? ¿Cuánto falta para que pueda viajar?

—Un poco.

—Mierda, Dumbo, ¿cuánto?

—¿Un par de semanas? ¿Un mes? Tiene el tobillo roto, pero eso no es lo peor. La infección, después está el riesgo de gangrena...

—¿Un mes? ¡Un mes! —se rio Ben, sin ganas—. Entra en tromba, te deja inconsciente, me da una paliza, ¡y un par de horas después resulta que no puede moverse en un mes!

—¡Pues vete! —le grité desde el otro lado del cuarto—. Iros todos. Dejadme con él, y nosotros os seguiremos en cuanto podamos.

Ben, que tenía la boca abierta, la cerró de golpe. Sam revoloteaba alrededor de su pierna, con un dedito diminuto enganchado en la trabilla del cinturón de su amigo mayor. El corazón se me rompió un poquito ante la imagen. Ben me contó que en el campo habían apodado a mi hermano «el perro de Zombi» porque siempre estaba fielmente a su lado.

Dumbo asentía con la cabeza.

—Tiene sentido, sargento.

—Teníamos un plan —respondió Ben sin apenas mover los labios—. Y vamos a seguirlo. Si Hacha no regresa mañana a esta hora, nos largamos. —Me lanzó una mirada asesina—. Todos. —Apuntó con el pulgar a Bizcocho y a Dumbo—. Ellos llevarán a tu novio, si lo necesita.

Ben se volvió, se chocó contra la pared, salió rebotado y se lanzó al pasillo a través de la puerta.

Dumbo lo siguió.

—Sargento, ¿adónde...?

—¡A la cama, Dumbo! Si no me tumbo, me caigo. Tú haces el primer turno. Frijol... Sam, como te llames, ¿qué haces?

—Voy contigo.

—Quédate con tu hermana. Espera, tienes razón, ella tiene las manos llenas... literalmente. ¡Bizcocho! Sullivan está de guardia. Cierra un poco los ojos, pedazo de mudo hijo de...

Su voz murió a lo lejos. Dumbo regresó a los pies de la cama de Evan.

—El sargento está de los nervios —me explicó, como si hiciera falta—. Normalmente es bastante tranquilo.

—Y yo —respondí—. Soy de las que se lo toman todo con calma. No te preocupes.

No se iba, me miraba y tenía las mejillas del mismo rojo chillón que las orejas.

—¿De verdad es tu novio?

—¿Quién? No, Dumbo. Solo es un tío al que conocí cuando intentaba matarme.

—Oh, Bien —respondió, como si estuviera aliviado—. Es como Vosch, ¿sabes?

—No se parece en nada a Vosch.

—Quiero decir que es uno de ellos —añadió, bajando la voz como si compartiera un oscuro secreto—. Zombi dice que no son como esos insectos diminutos del cerebro, sino que se descargaron de algún modo en nosotros, como un virus informático o algo así.

—Sí, algo así.

—Es muy raro.

—Bueno, supongo que podrían haberse descargado en gatos domésticos, pero así habrían tardado un poquito más en exterminarnos.

—Solo un par de meses más —respondió Dumbo, y me reí.

Como con Sammy, me sorprendió hacerlo. Pensé que, para arrebatarnos la humanidad a los humanos, una buena forma de empezar era robarles la risa. A mí nunca se me había dado bien la historia, pero estaba bastante segura de que los cabrones como Hitler no se reían mucho.

—Sigo sin pillarlo —siguió diciendo—. ¿Por qué iba uno de ellos a ponerse de nuestro lado?

—Me parece que él tampoco comprende del todo la respuesta a esa pregunta.

Dumbo asintió, se cuadró de hombros y respiró profundamente. Estaba muertito de sueño, igual que todos. Lo llamé en voz baja antes de que saliera.

—Dumbo —dije, y le hice la pregunta que no había respondido a Ben—: ¿Sobrevivirá?

Guardó silencio un buen rato.

—Si yo fuera un alienígena y pudiera elegir el cuerpo que quisiera —contestó, despacio—, elegiría uno muy fuerte. Y después, solo para asegurarme de sobrevivir a la guerra, me gustaría, no sé, ser inmune a todos los virus y bacterias de la Tierra. O, al menos, resistente. Ya sabes, como vacunar al perro contra la rabia.

Sonreí.

—Eres muy listo, ¿lo sabías, Dumbo?

Se ruborizó.

—Ese apodo es por mis orejas.

Se marchó. Tuve la espeluznante sensación de que me observaban. Y me observaban: Bizcocho me miraba desde su puesto junto a la ventana.

—Y tú —le dije—, ¿cuál es tu historia? ¿Por qué no hablas?

Él se volvió hacia la ventana y empañó el cristal con el aliento.

—¡Cassie! ¡Cassie! ¡Despierta!

Me levanté de un salto. Había estado acurrucada al lado de Evan, con la cabeza contra la suya y una mano aferrada a la suya. ¿Cómo era posible? Sam estaba de pie al lado de la cama, tirándome del brazo.

—¡Levanta, Sullivan!

—No me llames eso, Sams —mascullé.

La luz se escapaba de la habitación; era media tarde. Llevaba todo el día durmiendo.

—¿Qué...?

Él se llevó un dedo a los labios y señaló al techo con otro: « Escucha ».

Lo oí: el inconfundible sonido de las hélices de un helicóptero; débil, pero cada vez más fuerte. Salté de la cama, agarré el fusil y seguí a Sam al pasillo, donde Bizcocho y Dumbo rodeaban a Ben, el antiguo *quarterback*, que estaba en cuclillas explicando la jugada.

—Puede que no sea más que una patrulla —susurraba—. Que ni siquiera nos busque a nosotros. Había dos pelotones ahí fuera cuando estalló el campo. Puede que se trate de una misión de rescate.

—Nos captarán —dijo Dumbo, presa del pánico—. Estamos perdidos, sargento.

—Puede que no —respondió Ben, esperanzado. Había recuperado parte de su magia—. ¿Lo oyes? Ya se marcha...

No eran imaginaciones suyas: el sonido era más débil. Había que contener el aliento para oírlo. Nos quedamos allí otros diez minutos hasta que desapareció del todo. Esperamos otros diez y no regresó. Ben dejó escapar el aire en un suspiro.

—Creo que estamos a salvo...

—¿Por cuánto tiempo? —quiso saber Dumbo—. No deberíamos quedarnos aquí esta noche, sargento. Yo digo que nos vayamos ya a las cuevas.

—¿Y arriesgarnos a perder a Hacha, que estará en el camino de vuelta? —Ben sacudió la cabeza—. ¿O arriesgarnos a que el helicóptero regrese cuando estemos expuestos? No, Dumbo, seguiremos el plan.

Se puso en pie y me miró.

—¿Qué pasa con Buzz Lightyear? ¿Algún cambio?

—Se llama Evan y no, ningún cambio.

Ben sonrió. No sé, puede que el peligro inminente lo hiciera sentir más vivo, por el mismo motivo que los zombis son carnívoros con un solo plato en el menú. Nunca he oído hablar de zombis vegetarianos, porque ¿qué desafío supone atacar un plato de espárragos?

Sam se rio.

—Zombi ha dicho que tu novio es un *ranger* del espacio.

—No lo es... Y ¿por qué todos insistís en que es mi novio?

Ben sonrió con más ganas.

—¿No es tu novio? Pero te besó...

—¿En la boca? —preguntó Dumbo.

—Oh, sí. Dos veces. Yo lo vi.

—¿Con lengua?

—Pua! —protestó Sammy, poniendo cara de haber chupado un limón.

—Que tengo una pistola —advertí, medio en broma.

—Yo no vi lengua —respondió Ben.

—¿Quieres verla? —pregunté, enseñándole la mía.

Dumbo se rio. Hasta Bizcocho sonrió.

Entonces fue cuando apareció la niña, que entró en el pasillo por la puerta de las escaleras, y todo se volvió muy raro, muy deprisa.

Una camiseta rosa de Hello Kitty, hecha jirones y cubierta de lodo (o puede que fuera sangre). Unos pantalones cortos que quizás antes fueran color crema, pero que se habían quedado en un blanco sucio. Chancas blancas mugrientas con un par de cuentas de cristal que se aferraban con tozudez a las tiras. Un rostro delgado, de duende, dominado por unos ojos enormes y coronado por una mata de pelo oscuro enredado. Y pequeña, más o menos de la edad de Sammy, aunque estaba tan flaca que parecía una anciana pequeñita.

Nadie dijo nada. Estábamos pasmados. Verla al final del pasillo, castañeteándole los dientes, con las huesudas rodillas temblando de frío, era otro momento imposible, como el del autobús escolar sin escuela del Campo Pozo de Ceniza: algo que, sencillamente, no podía existir.

Entonces, Sammy susurró:

—¿Megan?

Y Ben preguntó:

—¿Quién demonios es Megan?

Que era, más o menos, lo que estábamos pensando todos.

Sam salió disparado antes de que los demás pudiéramos detenerlo. Se paró en seco a medio camino, antes de llegar hasta ella. La niña no se movió. Apenas parpadeó. Los ojos parecían brillarle a la menguante luz del sol, relucientes, como los de un pájaro, como los de un búho marchito.

Sam se volvió hacia nosotros y exclamó, como si quisiera recalcar algo obvio:

—¡Es Megan! Es Megan, Zombi. ¡Estaba en el autobús conmigo!

Después se volvió hacia ella.

—Hola, Megan.

Como si nada, como si hubieran quedado en los columpios del parque para jugar.

—Bizcocho —dijo Ben en voz baja—. Comprueba las escaleras. Dumbo, tú las ventanas. Después barred la planta baja, los dos. No ha podido llegar hasta aquí ella sola.

Entonces, la niña habló, y su voz salió convenida en un gemido agudo y chirriante que me recordó el ruido de uñas arañando una pizarra.

—Me duele la garganta.

Aquellos ojos enormes se quedaron en blanco. Se le doblaron las rodillas. Sam corrió hacia ella, pero era demasiado tarde y cayó desplomada, golpeándose la frente contra la moqueta un segundo antes de que Sam llegara. Ben y yo corrimos hacia la niña y él se agachó para recogerla. Lo aparté.



—No deberías levantar peso —lo regañé.

—No pesa nada —protestó.

La levanté. Ben tenía bastante razón: Megan pesaba poco más que un saco de harina; era piel, huesos, pelo, dientes y poco más. La llevé a la habitación de Evan, la metí en la cama vacía y le cubrí el cuerpecito tembloroso con seis capas de mantas. Le pedí a Sam que fuese al pasillo a por mi fusil.

—Sullivan —me dijo Ben desde la puerta—. Algo no encaja.

Asentí. Menos probable todavía que tener la suerte de haber dado al azar con el hotel era que hubiera sobrevivido a aquel tiempo con su ropa de verano. Ben y yo estábamos pensando lo mismo: veinte minutos después de oír el helicóptero, aparece la señorita Megan en nuestro portal.

No había llegado sola hasta allí: la habían entregado a domicilio.

—Saben que estamos aquí —dije.

—Pero, en vez de bombardear el edificio, la sueltan a ella. ¿Por qué?

Sam regresó con mi fusil.

—Es Megan —explicó—. Fuimos juntos en el autobús a Campo Asilo, Cassie.

—Qué pequeño es el mundo, ¿eh? —comenté mientras lo apartaba de la cama y lo empujaba hacia Ben—. ¿Alguna idea?

Se restregó la barbilla. Yo me restregué el cuello. Demasiadas ideas dándonos vueltas por el cerebro. Me quedé mirando cómo se restregaba la barbilla y él se quedó mirando cómo me restregaba el cuello, hasta que dijo:

—Dispositivo de seguimiento. Le han implantado una cápsula.

Por supuesto. Seguramente por eso Ben estaba al mando; es el tipo de las ideas. Palpé la nuca del cuello de fideo de Megan para buscar el bultito delator. Nada. Miré a Ben y sacudí la cabeza.

—Sabían que miraríamos ahí —comentó, impaciente—. Regístrala. Centímetro a centímetro, Sullivan. Sam, tú te vienes conmigo.

—¿Por qué no puedo quedarme? —gimió Sam. Al fin y al cabo, acababa de reencontrarse con una amiga perdida.

—¿Quieres ver a una chica desnuda? —le preguntó Ben, haciendo una mueca—. Qué asco.

Ben empujó a Sam por la puerta y retrocedió de espaldas hasta salir del cuarto. Yo me apreté los nudillos contra los ojos. Mierda. Maldita sea. Bajé las mantas hasta los pies de la cama y expuse a la luz moribunda de la tarde invernal su cuerpo maltratado. Estaba cubierta de costras, moratones, llagas abiertas y varias capas de suciedad y mugre; la habían dejado en los huesos con la horrible crueldad de la indiferencia y la brutal indiferencia de la crueldad; ella era una de nosotros y a la vez todos nosotros. Era la obra maestra de los Otros, su triunfo, el pasado y el futuro de la humanidad, lo que habían hecho y lo que habían prometido hacer, y lloré. Lloré por Megan, por mí, por mi hermano y por todos los que habían sido demasiado estúpidos o desafortunados para estar ya muertos.

« Aguántate, Sullivan. Estamos aquí, después dejamos de estarlo, y eso ya era cierto antes de que llegaran ellos. Siempre ha sido así. Los Otros no inventaron la muerte; solo la perfeccionaron. Le dieron una cara a la muerte para echárnosla a la cara porque sabían que era la única forma de aplastarnos. No terminará en ningún continente ni océano, en ninguna montaña ni llanura, en ninguna jungla ni desierto. Terminará donde empezó, donde había estado desde el principio, en el campo de batalla del último corazón humano vivo» .

Le quité la harapienta ropa de verano, le extendí los brazos y las piernas como si fuera el dibujo de Da Vinci, el del tío desnudo dentro de la caja, metida dentro del círculo. Me obligué a ir despacio, metódicamente, empezando por la cabeza y bajándole por el cuerpo. Le susurraba « Lo siento, lo siento mucho» mientras apretaba, palpaba y tanteaba.

Ya no estaba triste. Recordé el dedo de Vosch pulsando el botón que habría frito el cerebro de mi hermano de cinco años y me entraron tantas ganas de reventarle la cabeza que la boca se me hizo agua.

« ¿Dices que sabes cómo pensamos? Entonces sabrás lo que voy a hacer. Te arrancaré la cara con unas pinzas. Te sacaré el corazón con una aguja de coser. Te desangraré con siete mil millones de cortes diminutos, uno por cada uno de nosotros.

» Ese es el coste. Ese es el precio. Prepárate, porque cuando le arrebatas la humanidad a los humanos, te quedarás con unos humanos sin humanidad.

» En otras palabras: obtendrás lo que buscabas, hijo de puta» .

Llamé a Ben para que entrara.

—Nada —le informé—. Y he mirado... en todas partes.

—¿Y en la garganta? —preguntó él en voz baja.

Notaba la rabia residual en mi voz, se daba cuenta de que hablaba con una loca y de que más le valía andarse con pies de plomo.

—Justo antes de desmayarse dijo que le dolía la garganta —añadió.

Asentí.

—He mirado. No hay cápsula, Ben.

—¿Estás completamente segura? Es muy raro que una niña helada y desnutrida diga «me duele la garganta» en cuanto aparece por la puerta.

Se acercó con mucha precaución a la cama, no sé, quizá porque le preocupaba que me abalanzara sobre él en un momento de locura desplazada. Como si hubiese ocurrido alguna vez, ejem. Con gran delicadeza, le puso una mano en la frente mientras le abría la boca con la otra. Cerró un ojo.

—Cuesta ver algo —masculló.

—Por eso he utilizado esto —respondí, pasándole la linterna de bolsillo que Sam había recibido en el campo.

Él le iluminó la garganta.

—Está bastante roja —comentó.

—Ya, por eso decía que le dolía.

Ben se rascó la barba incipiente, dándole vueltas al problema.

—No «ayudadme», o «tengo frío», ni siquiera «toda resistencia es inútil». Solo «me duele la garganta».

—¿«Toda resistencia es inútil»? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿En serio?

Sam estaba revoloteando junto a la puerta, observándonos con sus grandes ojos castaños.

—¿Está bien, Cassie?

—Está viva —respondí.

—¡Se lo ha tragado! —exclamó Ben, el tipo de las ideas—. ¡No la has encontrado porque la lleva en el estómago!

—Esos dispositivos son del tamaño de un grano de arroz —le recordé—. ¿Por qué iba a dolerle la garganta por tragarse uno?

—No digo que le duela por culpa del dispositivo. Lo de la garganta no tiene nada que ver.

—Entonces ¿por qué te preocupa tanto que la tenga dolorida?

—Te diré lo que me preocupa, Sullivan —respondió esforzándose mucho por

mantener la calma, porque estaba claro que alguien tenía que mantenerla—. Que pareciera de la nada podría significar muchas cosas, pero ninguna buena. De hecho, solo puede ser algo malo. Algo muy malo que se convierte en más muy malo porque no sabemos para qué la han enviado aquí.

—¿Más muy malo?

—Ja, ja, el deportista tonto que no sabe hablar como es debido. Te juro por Dios que la siguiente persona que me corrija la gramática se lleva un puñetazo en la cara.

Suspiré. La rabia se me escapaba y me dejaba convertida en un bulto hueco y exangüe con forma humana.

Ben miró a Megan durante un buen rato.

—Tenemos que despertarla —decidió.

Entonces, Dumbo y Bizcocho entraron en el cuarto a toda prisa.

—No me digas: no habéis encontrado nada —le dijo Ben a Bizcocho, que, por supuesto, no se lo iba a decir.

—No me « lo » digas —lo corrigió Dumbo.

Ben no llegó a pegarle un puñetazo, aunque sí levantó una mano.

—Dame tu cantimplora.

Desenroscó la tapa y sostuvo el recipiente sobre la frente de Megan. Una gota de agua, temblorosa, colgó del borde durante una eternidad.

Antes de que acabara esa eternidad, una voz ronca habló detrás de nosotros.

—En tu lugar, yo no lo haría.

Evan Walker estaba despierto.

Todos nos quedamos paralizados, incluso la gota de agua que crecía al borde de la cantimplora. Desde su cama, Evan nos observaba con ojos rojos y febriles, esperando a que alguien hiciera la pregunta obvia, cosa que, al final, hizo Ben.

—¿Por qué?

—Porque despertarla así la haría respirar muy hondo, y eso no sería bueno.

Ben se volvió hacia él. La gota de agua cayó en la moqueta.

—¿De qué coño hablas?

Evan tragó saliva, y el esfuerzo le provocó una mueca. Tenía el rostro tan blanco como la funda de almohada en que apoyaba la cabeza.

—Le han puesto un implante, pero no es un dispositivo de seguimiento.

Ben apretó los labios hasta convertirlos en una línea dura y blanca. Lo entendió antes que los demás. Se volvió rápidamente hacia Dumbo y Bizcocho.

—Fuera. Sullivan, Sam y tú también.

—No me voy a ninguna parte —respondí.

—Deberías —intervino Evan—. No sé con qué precisión la han calibrado.

—¿Con qué precisión han calibrado el qué? —exigí saber.

—El dispositivo incendiario que reacciona al CO<sub>2</sub> —respondió, apartando la mirada. Le costó pronunciar las siguientes palabras—. A nuestro aliento, Cassie.

Llegados a este punto, ya lo entendíamos todos. Sin embargo, hay una diferencia entre entender y aceptar. La idea era inaceptable. Después de todo lo que habíamos experimentado, todavía quedaban ideas que nuestras mentes se negaban a explorar.

—Bajad ahora mismo, todos —ladró Ben.

Evan negó con la cabeza.

—No es lo bastante lejos. Deberíais salir del edificio.

Ben agarró a Dumbo del brazo con una mano y a Bizcocho con la otra, y los empujó hacia la puerta. Sam había retrocedido hasta la entrada del cuarto de baño y se tapaba la boca con uno de sus diminutos puños.

—Además, alguien debería abrir esa ventana —jadeó Evan.

Empujé a Sam hacia el pasillo, corrí a la ventana y la empujé con fuerza, pero no cedía, seguramente porque el hielo la había bloqueado. Ben me apartó a un lado y destrozó el cristal con la culata de su fusil. Una ráfaga de aire helado entró en la habitación. Ben retrocedió hasta la cama de Evan y lo observó por un segundo antes de agarrarlo por el pelo y tirar de él hacia delante.

—Hijo de puta...

—¡Ben! —exclamé, poniéndole una mano en el brazo—. Suéltalo, él no...

—Ah, claro, se me había olvidado: él es un alienígena malvado bueno.

Lo soltó. Evan cayó de espaldas; no le quedaban fuerzas para permanecer sentado. Entonces, Ben le sugirió que hiciera con un pez algo que no era anatómicamente posible.

Evan me miró.

—En la garganta. Suspendido justo encima de la epiglotis.

—Es una bomba —dijo Ben con la voz temblándole de rabia e incredulidad—. Han cogido a una niña y la han convenido en una bomba improvisada.

—¿Podemos extraerlo? —pregunté.

—¿Cómo? —preguntó Evan a su vez, sacudiendo la cabeza.

—Eso es lo que te está preguntando, saco de mierda —rugió Ben.

—El explosivo está conectado a un detector de CO2 incrustado en la garganta. Si se pierde la conexión, estalla.

—Eso no responde a mi pregunta —señalé—. ¿Podemos extraerlo sin ponernos en órbita?

—Es factible...

—Factible. Factible.

Ben se reía con una risa extraña y entrecortada. A mí me preocupaba que hubiese caído la proverbial gota que colmaba su vaso.

—Evan —dije con toda la calma y tranquilidad que pude—, ¿podemos hacerlo sin...?

No fui capaz de terminar la frase y Evan no me obligó a hacerlo.

—Las probabilidades de que no detone son mucho más altas si lo hacéis.

—¿Que si podemos hacerlo sin... qué? —preguntó Ben, al que le costaba seguirnos.

No era culpa suya, seguía intentando no ahogarse en lo impensable, como un pobre nadador atrapado en aguas revueltas.

—Matarla primero —explicó Evan.

Ben y yo salimos al pasillo para mantener otra reunión de planificación en tiempos jodidos. Ben ordenó a todos los demás que cruzaran el aparcamiento y se escondieran en el restaurante hasta que les diera la señal de todo en orden... o el hotel volara en pedazos, lo que ocurriera primero. Sam se negó. Ben se puso duro. A Sam se le llenaron los ojos de lágrimas e hizo un puchero. Ben le recordó que era un soldado y que los buenos soldados siguen órdenes. Además, si se quedaba, ¿quién iba a proteger a Bizcocho y a Dumbo?

Antes de irse, Dumbo dijo:

—Yo soy el médico. —Ya se había imaginado lo que pretendía Ben—. Debería ir yo, sargento.

—Sal de aquí —respondió él lacónicamente, negando con la cabeza.

Después nos quedamos solos. Ben desviaba continuamente la mirada: como una cucaracha atrapada, una rata arrinconada, un hombre que cae por el precipicio agitando los brazos, sin ningún arbusto esquelético al que agarrarse.

—Bueno, supongo que ya hemos respondido al gran acertijo, ¿eh? —comentó—. Lo que no entiendo es por qué no acabaron con nosotros con un par de misiles Hellfire. Saben que estamos aquí.

—No es su estilo —contesté.

—¿Estilo?

—¿No te habías fijado en lo personal que ha sido esto... desde el principio? Creo que matarnos les pone.

Ben me miró, entre asombrado y asqueado.

—Sí, bueno, y a veo por qué quieres salir con uno de ellos.

No era lo más apropiado para el momento. Se dio cuenta rápidamente y cambió de táctica.

—¿A quién pretendemos engañar, Cassie? En realidad no hay nada que decidir, salvo quién va a hacerlo. A lo mejor deberíamos echarlo a cara o cruz.

—A lo mejor debería ser Dumbo. ¿No me contaste que le habían enseñado cirugía de campaña?

—¿Cirugía? —preguntó, frunciendo el ceño—. Me tomas el pelo, ¿no?

—Bueno, ¿cómo si no vamos a...?

Entonces lo entendí. No podía aceptarlo, pero lo entendí. Me equivocaba con Ben. Él había caído mucho más que yo por el abismo de lo impensable. Unos diez kilómetros más abajo.

Al ver mi expresión, la barbilla le tocó el pecho. Se ruborizó. No era vergüenza, sino más bien enfado, una ira intensa, más allá de las palabras.

—No, Ben. No podemos hacerlo.

Levantó la cabeza. Le brillaban los ojos. Le temblaban las manos.

—Yo sí puedo.

—No, no puedes.

Ben Parish se ahogaba. Había llegado tan lejos que no sabía si podría alcanzarlo, no sabía si me quedaban fuerzas para sacarlo a la superficie.

—Yo no lo he pedido —dijo—. ¡No he pedido nada de esto!

—Ni ella, Ben.

Se me acercó, y entonces le vi una fiebre distinta ardiéndole en los ojos.

—No me preocupa ella. Hace una hora, ella no existía. ¿Lo entiendes? No era nada, literalmente nada. Te tenía a ti y tenía a tu hermano pequeño, a Bizcocho y a Dumbo. Ella era suya. Pertenece a los Otros. Yo no la secuestre, no la engañé para que subiera a un autobús, ni le dije que estaba completamente a salvo, para después meterle una bomba en la garganta. No es culpa mía. No es responsabilidad mía. Mi trabajo consiste en mantenernos con vida el mayor tiempo posible y si eso significa que muera otra persona que no significa nada para mí, supongo que así tiene que ser.

No pude soportarlo más. Ben se había hundido demasiado, la presión era demasiado grande, me costaba respirar.

—Eso es —dijo con amargura—, llora, Cassie. Llorar por ella. Llorar por todos los niños. No te oyen ni te ven, ni sienten lo mal que te sientes, pero llora por ellos. Una lágrima por cada uno y llenarás el puto océano. Llorar.

»Sabes que tengo razón. Sabes que no hay alternativa. Y sabes que Hacha tenía razón: lo importante es el riesgo. Siempre ha sido el riesgo. Y si una niña tiene que morir para que seis personas vivan, ese es el precio. Es el precio.

Me empujó a un lado y bajó cojeando por el pasillo hacia la puerta rota. Yo no podía moverme. No podía hablar. No levanté un dedo ni articulé un discurso para detenerlo. Había llegado al final de las palabras, y los gestos no parecían tener sentido.

«Páralo, Evan, por favor. Páralo, porque yo no puedo».

En la habitación segura del sótano, sus rostros alzados hacia mí y mi plegaria silenciosa, mi promesa desesperada: «Subios a mis hombros, subios a mis hombros, subios a mis hombros».

No le iba a pegar un tiro. Por el riesgo. La iba a ahogar. Le iba a colocar una almohada en la cara y apretar hasta que ya no fuera necesario seguir apretando. No iba a dejar su cuerpo ahí: el riesgo. La iba a llevar fuera, pero no a enterrarla ni a quemarla: el riesgo. La iba a llevar al interior del bosque, a abandonarla en el suelo helado como si fuera basura para que se encargaran de ella los buitres, los cuervos y los insectos. El riesgo.

Me dejé caer contra la pared y me llevé las rodillas al pecho, agaché la cabeza y me la cubrí con los brazos. Me tapé los oídos. Cerré los ojos. Y allí estaba el dedo de Vosch, pulsando el botón, las manos de Ben sobre la almohada,



mi dedo en el gatillo. Sam, Megan. El soldado del crucifijo. Y la voz de Hacha, hablándome desde la oscuridad silenciosa: «A veces estás en el sitio equivocado en el momento equivocado, y lo que pasa no es culpa de nadie».

Y cuando saliera Ben, destrozado y vacío, yo me levantaría, me acercaría a él y lo consolaría. Le cogería la mano que había asesinado a una niña, y los dos nos lamentaríamos por nosotros y por las elecciones que habíamos realizado, que en realidad no eran elecciones.

Ben salió y se sentó apoyado en la pared, diez puertas más abajo. Al cabo de un minuto, me levanté y me acerqué. Él no levantó la mirada. Apoyó los antebrazos en las rodillas dobladas y agachó la cabeza. Me senté a su lado.

—Te equivocas —le dije, y él se puso a retorcerse las manos como si respondiera: «Lo que tú digas»—. Ella nos pertenecía a nosotros. Todos nos pertenecen.

Eché la cabeza atrás, contra la pared.

—¿Las oyes? Las puñeteras ratas.

—Ben, creo que tenéis que iros. Ya. No esperéis a mañana. Llévate a Dumbo y a Bizcocho, y avanzad lo más deprisa posible hacia las cuevas.

A lo mejor Hacha podía ayudarlo. Él siempre la escuchaba, parecía que ella lo intimidaba un poco, puede que incluso lo impresionara.

Ben dejó escapar una carcajada que le salía de las tripas.

—Ahora mismo estoy un poco hecho polvo. Roto. Estoy roto, Sullivan. —Me miró—. Y Walker no está en condiciones de hacerlo.

—¿De hacer el qué?

—De cortar la maldita cosa. Tú eres la única que tiene alguna oportunidad.

—¿No la has...?

—No he podido.

Se rio otra vez. Asomó de nuevo la cabeza a la superficie y llenó los pulmones de aire fresco.

—No he podido.

La habitación en la que estaba tumbada parecía una cámara frigorífica; Evan se había sentado y me observó al entrar. Había una almohada en el suelo, donde Ben la había dejado caer, y yo la recogí y me senté a los pies de la cama de Evan. Nuestros alientos se escarchaban, nuestros corazones latían y el silencio se espesaba entre nosotros.

Hasta que pregunté:

—¿Por qué?

Y él respondió:

—Para volar en pedazos lo que quede. Para romper el último vínculo irrompible.

Abracé la almohada contra el pecho y me mecí lentamente adelante y atrás. Hacía frío, mucho frío.

—No se puede confiar en nadie —dije—. Ni siquiera en los niños. —El frío me caló hasta los huesos, hasta la médula—. ¿Qué eres, Evan Walker? ¿Qué eres?

Él no me miraba.

—Ya te lo expliqué.

—Sí, el gran tiburón blanco. Pero yo no, todavía no. No vamos a matarla, Evan. Voy a sacarlo y tú me vas a ayudar.

No me lo discutió. No era tan tonto.

Ben me ayudó a recoger los suministros antes de marcharse para unirse a los demás en el restaurante del otro lado del aparcamiento. Paño. Toallas. Un ambientador en aerosol. El botiquín de campaña de Dumbo. Nos despedimos en la puerta de las escaleras. Le dije que tuviera cuidado, que había unas tripas de rata muy resbaladizas por el camino.

—Antes he perdido la cabeza —me dijo, bajando la mirada y restregando el zapato contra la moqueta como un niño avergonzado al que han pillado en una mentira—. No ha estado bien.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Sullivan... —Sonrió—. Cassie... Si no lo... Quería decirte que...

Esperé, no lo presioné.

—Esos cabrones imbéciles cometieron un grave error al no matarte a ti la primera —me espetó.

—Benjamín Thomas Parish, es el cumplido más bonito y más raro que he recibido.

Le di un beso en la mejilla. Él me dio un beso en la boca.

—¿Sabías que hace un año habría vendido mi alma por esto? —susurré.

Negó con la cabeza.

—No lo vale.

Y por una milésima de segundo todo desapareció, la desesperación, la tristeza, la rabia, el dolor y el hambre, y el viejo Ben Parish surgió de entre los muertos. Aquella mirada penetrante. Aquella sonrisa arrebatadora. En un segundo se desvanecería y volvería a ser el nuevo Ben, al que llamaban Zombi, y entonces comprendí lo que no había comprendido antes: el objeto de mis deseos adolescentes estaba muerto, igual que estaba muerta la adolescente que lo deseaba.

—Sal de aquí —le ordené—. Y si permites que le suceda algo a mi hermano pequeño, te perseguiré como un perro de presa.

—Puede que sea tonto, pero no tanto.

Desapareció en la oscuridad absoluta de las escaleras.

Regresé a la habitación. No podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Evan retrocedió en su cama hasta tocar el cabecero con el culo. Metí los brazos bajo el cuerpo de Megan y la levanté despacio: después me volví y la dejé con cuidado encima de Evan, apoyándole la cabeza en el regazo. Recogí el ambientador en aerosol (« ¡Una delicada mezcla de esencias! ») y empapé el trapo. Me temblaban las manos. No podía hacerlo ni de coña. Ni de coña.

—Un gancho con cinco dientes —explicó Evan en voz baja—. Incrustado bajo la amígdala derecha. No intentes arrancarlo. Agarra bien el cable, corta lo más cerca posible del gancho y saca el gancho muy despacio. Si el cable se suelta de la cápsula...

Asentí con impaciencia.

—Bum, lo sé. Ya me lo has explicado.

Abrí el botiquín, y saqué unas pinzas y tijeras quirúrgicas. Pequeñas, aunque parecían enormes. Encendí la linterna y la sujeté entre los dientes.

Le pasé a Evan el trapo que apestaba a pino. Él lo apretó contra la nariz y la boca de Megan. La niña se movió, abrió un poco los párpados y puso los ojos en blanco. Las manos, cruzadas con remilgo sobre el regazo, le temblaron antes de quedar de nuevo inmóviles. Evan dejó caer el trapo sobre el pecho de Megan.

—Si se despierta mientras estoy ahí dentro... —dije con la linterna entre los dientes, de modo que parecía una ventrílocua: « *Fi fe fefpiezza...* ».

Evan asintió con la cabeza.

—Puede salir mal de cien maneras distintas, Cassie.

Echó la cabeza de la niña hacia atrás y le abrió la boca. Me quedé mirando un reluciente túnel rojo del ancho de una cuchilla y un kilómetro de profundidad. Las pinzas en la izquierda. Las tijeras en la derecha. Las dos manos del tamaño de pelotas de fútbol.

—¿La puedes abrir más? —preguté.

—Si la abro más, le desencajaré la mandíbula.

Bien, si lo miramos todo en su conjunto, una mandíbula desencajada era

mejor que tener que recoger nuestros cachitos del suelo con unas pinzas, pero bueno.

—¿Esta? —pregunté, tocando con cuidado la amígdala con el extremo de las pinzas.

—No veo.

—Cuando has dicho la amígdala derecha te referías a su derecha, no a la mía, ¿verdad?

—Su derecha. Tu izquierda.

—Vale —respondí, dejando escapar el aire—. Solo quería asegurarme.

No veía lo que hacía. Tenía las pinzas metidas en la garganta de la niña, pero no las tijeras, y no sabía cómo iban a caber las dos cosas en aquella boca diminuta.

—Sujeta el cable con el extremo de las pinzas —sugirió Evan—. Después levántalo muy despacio para poder ver lo que haces. No tires. Si el cable se desconecta de la cápsula...

Por Dios bendito, Walker, ¿no tienes que recordarme cada dos minutos lo que pasa si el puñetero cable se desconecta de la puñetera cápsula!

Noté que la punta de las pinzas se enganchaba en algo.

—Vale, creo que lo tengo.

—Es muy fino. Negro. Brillante. La luz debería reflejarse...

—Por favor, cállate.

O, en jerga de linterna: «*Fof, fafof, fállafe*».

Me temblaba todo el cuerpo, pero, milagrosamente, las manos las tenía firmes como rocas. Le metí la mano derecha en la boca empujándole el interior de la mejilla y maniobrando para colocar la punta de las tijeras en posición. ¿Era eso? ¿De verdad lo tenía? El cable, si es que lo que reflejaba la luz de mi linterna era el cable, era tan fino como un pelo humano.

—Despacio, Cassie.

—Cierra. El. Pico.

—Si se lo traga...

—Te voy a matar, Evan. En serio.

Ya tenía el cable agarrado con las pinzas. Al tirar, vi el gancho diminuto incrustado en la carne inflamada. «Despacio, despacio, despacio. Asegúrate de cortar el extremo correcto del cable. El del gancho».

—Estás demasiado cerca —me advirtió—. Deja de hablar y no respires directamente en su boca...

«De acuerdo, creo que mejor te pego un puñetazo en la tuya».

Había dicho que podía salir mal de cien maneras distintas. Pero las cosas pueden salir mal, muy mal o fatalmente mal. Cuando Megan abrió los ojos y retorció el cuerpo debajo de mí, íbamos derechos a la posibilidad de que las cosas salieran fatalmente mal.

—¡Está despierta! —chillé innecesariamente.

—¡No sueltes el cable! —gritó Evan innecesariamente.

La niña me mordió con fuerza y sacudió la cabeza de un lado a otro. Se me quedaron los dedos atrapados dentro de su boca. Intenté mantener quietas las pinzas, pero un solo tirón y la cápsula se liberaría...

—¡Evan, haz algo!

Él intentó localizar el trazo empapado de ambientador.

—¡No! ¡Sujétale la cabeza, imbécil! No dejes que...

—Suelta el cable —jadeó.

—¿Qué? Acabas de decirme que no...

Él le tapó la nariz. ¿Lo soltaba? ¿No lo soltaba? Si lo soltaba, el cable podría enrollarse alrededor de las pinzas y desprenderse solo. Si no lo soltaba, con tanto giro y sacudida a lo mejor se desprendía solo. Megan puso los ojos en blanco. Dolor, terror y confusión, la mezcla constante que los Otros siempre ofrecían. Abrió la boca y yo le metí las tijeras en la garganta.

—Ahora mismo te odio —le susurré a Evan—. Te odio más de lo que he odiado a nadie en mi vida.

Me pareció que debía saberlo antes de que yo cerrara las tijeras. Por si volábamos en pedazos.

—¿Lo tienes? —preguntó.

—¡No tengo ni puñetera idea!

—Hazlo. —Entonces sonrió. ¡Sonrió!—. Corta el cable, Efimera.

Y corté el cable.

—Es una prueba —dijo Evan.

La cosa, que parecía una cápsula llena de líquido, estaba en el escritorio, bien sellada (esperábamos) dentro de una bolsa de plástico transparente, de esas que las madres usaban en los viejos tiempos para guardar el sándwich y las patatas fritas, de manera que se conservaran frescos hasta la hora del recreo.

—¿De qué? ¿Es que las bombas humanas todavía están en proceso de I + D? —preguntó Ben.

Estaba apoyado en el alféizar de la ventana reventada, temblando, pero alguien tenía que vigilar el aparcamiento y no estaba dispuesto a permitir que otra persona asumiera el riesgo. Al menos se había quitado la horrorosa sudadera amarilla empapada en sangre (ya era horrorosa antes de la sangre) y se había puesto una sudadera negra que casi lo llevaba de vuelta a su periodo musculoso anterior a la Llegada.

Sam soltó una risita vacilante desde la cama, no muy seguro de si su amado Zombi estaba haciendo una broma. No soy loquera, pero supuse que Sams había pasado por un proceso de transferencia por culpa de los asumidos sin resolver con su papá.

—Para las bombas, no —respondió Evan—. Para nosotros.

—Genial —gruñó Ben—, el primer examen que me ponen en tres años.

—Corta el rollo, Parish —le dije. ¿Quién aprobó la ley que establece que los deportistas de instituto tienen que comportarse como tontos para ser guays?—. Sé a ciencia cierta que el año pasado quedaste finalista de la beca al mérito escolar.

—¿En serio? —preguntó Dumbo, estirando las orejas.

Vale, no debería hacer comentarios sobre sus orejas, pero sí que parecía un perrito salchicha emocionado.

—Sí, en serio —respondió Ben con su sonrisa Parish de marca registrada—. Pero fue un año muy flojo: nos invadieron los alienígenas.

Miró a Evan y se le murió la sonrisa, que es lo que solía pasarle a la sonrisa de Ben cada vez que este miraba a Evan.

—¿Para qué es la prueba?

—Buscan conocimiento.

—Sí, ese suele ser el objetivo de una prueba. ¿Sabes qué nos vendría muy bien ahora? Que dejaras tu rollo de alien enigmático y hablaras claro de una puta vez. Porque cada segundo que pasa y esa cosa no estalla —dijo, señalando la bolsita con la cabeza—, es un segundo que multiplica el riesgo por dos. Tarde o temprano, y yo diría que será más bien temprano, van a volver y enviarnos a la Cochinchina de un misilazo.

—¿Cochinchina? —chilló Dumbo. No pillaba la referencia y eso lo asustaba. ¿Qué pasaba en la Cochinchina?

—No es más que una ciudad, Dumbo —le aseguró Ben—. Una ciudad al azar.

Evan asentía con la cabeza. Miré a Bizcocho, que llenaba todo el umbral con su cuerpo y tenía la boca un poco abierta mientras volvía la enorme cabeza de un lado a otro, cual pelota de tenis, para seguir nuestra conversación.

—Volverán —dijo Evan—. A no ser que fallemos la prueba para que no tengan que hacerlo.

—¿Que la fallemos? Pero la hemos pasado, ¿no? —Ben se volvió hacia mí—. A mí me da que la hemos pasado, ¿y a ti?

—Fallar habría sido aceptar a la niña como borricos felices —expliqué— y que nos enviaran a la Cochinchina de un bombazo.

—La Cochinchina —repitió Dumbo, perplejo.

—La ausencia de detonación solo puede significar una de tres cosas —dijo Evan—: una, que el dispositivo no ha funcionado bien; dos, que el dispositivo se ha calibrado incorrectamente; o tres...

Ben alzó una mano.

—O tres, que alguien del hotel sabe lo de los niños bomba y ha sido capaz de extraerla, guardarla en una bolsa de plástico e impartir un seminario sobre cómo infundir el pánico y la paranoia en los memos de los humanos. La prueba sirve para comprobar si tenemos a un Silenciador entre nosotros.

—¡Lo tenemos! —chilló Sam, apuntando con un dedo a Evan—. ¡Tú eres un Silenciador!

—Algo que no pueden saber con absoluta certeza si vaporizan este antro con un par de misiles Hellfire bien dirigidos —concluyó Ben.

—Lo que nos plantea una pregunta —añadió Evan en voz baja—: ¿por qué sospechan tal cosa?

La habitación entera guardó silencio. Ben se puso a tamborilear con los dedos en el antebrazo. Bizcocho abría y cerraba la boca. Dumbo se tiraba del lóbulo de la oreja. Yo me mecía adelante y atrás en la silla, tirando de la pata de Oso. No sabía cómo había llegado a hacerme con Oso, puede que lo hubiera recogido mientras Bizcocho trasladaba a Megan a la habitación contigua. Recordaba que lo habían tirado al suelo, pero no recordaba haberlo recogido.

—Bueno, es obvio —dijo Ben—. Deben de tener un modo de saber que estás aquí, ¿no? De lo contrario, corres el riesgo de acabar con tus propios jugadores.

—Si supieran que estoy aquí, no les haría falta una prueba. Sospechan que estoy aquí.

Entonces lo entendí. Y entenderlo no me supuso ningún consuelo.

—Hacha.

Ben volvió la cabeza hacia mí como si tuviera un resorte. El más ligero soplo de aire lo habría derribado de su asiento.

—La han capturado —explique—. O a Tacita. O a las dos.

Me volví hacia Evan porque la expresión de Ben era insoportable.

—Es lo que tiene más sentido —coincidió Evan.

—¡Y una mierda! Hacha jamás nos habría vendido —le gritó Ben.

—No por voluntad propia —respondió Evan.

—El País de las Maravillas —dije con un jadeo—. Han descargado sus recuerdos...

Entonces fue cuando Ben se levantó del alféizar, perdió el equilibrio, se tambaleó hacia delante y se golpeó contra el borde de la cama de Sammy. Estaba temblando, aunque no de frío.

—Oh, no, no, no. No han capturado a Hacha. Está a salvo, Tacita está a salvo, y no vamos a pasar por ahí...

—No —repuso Evan—. Ya estamos ahí.

Me levanté de la silla y me dirigí a Ben. Fue uno de esos momentos en los que uno sabe que debe hacer algo, pero no tiene ni idea de el qué.

—Ben, tiene razón: estamos vivos por el mismo motivo por el que enviaron a Megan.

—¿A ti qué te pasa? —me espetó Ben—. Te crees todo lo que dice ese tío, como si fuera Moisés después de bajar de la montaña. Si creen que está aquí, por la razón que sea, saben que es un traidor, así que acabarán enviándonos a la Cochinchina.

Todos miraron a Dumbo, a la espera de su reacción.

—No quieren matarme —dijo al fin Evan con cara de tristeza.

—Es verdad, se me olvidó —repuso Ben—: quieren matarme a mí.

Se apartó de mí y arrastró los pies hasta la ventana, apoyó las manos en el alféizar y examinó el cielo nocturno.

—Si nos quedamos, estamos acabados. Si nos largamos, estamos acabados. Somos como niños de cinco años jugando al ajedrez contra Bobby Fischer. —Se volvió hacia Evan—. Es posible que te viera una patrulla y te siguiera hasta aquí. —Señaló la bolsita—. Eso no quiere decir que tengan a Hacha o a Taza. Lo que quiere decir es que nos hemos quedado sin tiempo. No podemos huir, no podemos escondernos, así que la pregunta vuelve a ser la de siempre: no si vamos a morir, sino cómo vamos a hacerlo. ¿Cómo vamos a morir? Dumbo, ¿cómo quieres morir?

Dumbo se enderezó. Cuadró los hombros y alzó la barbilla.

—¡De pie, señor!

Ben miró a Bizcocho.

—Bizco, ¿quieres morir de pie?

Bizcocho también se había puesto firmes. Asintió sin perder tiempo.

Ben no tuvo que preguntárselo a Sam: mi hermano pequeño se levantó sin más y, lenta y deliberadamente, saludó a su oficial al mando.



Ay, Dios. Hombres.

Lancé a Oso sobre la mesa.

—Ya he estado en esta situación —le dije al Escuadrón de los Machotes—. Si huyes, mueres. Si te quedas, mueres. Así que, antes de ponernos en plan O.K. Corral, vamos a considerar la tercera opción: nosotros lo volamos en pedazos.

La sugerencia absorbió todo el aire de la habitación. Evan fue el primero en entenderlo y asintió despacio, aunque estaba claro que no le gustaba la idea. Había demasiadas variables. Mil cosas podían salir mal y solo una bien.

Ben fue derecho al sangriento quid de la cuestión:

—¿Cómo? ¿A quien le va a tocar respirar sobre la bomba y acabar vaporizado?

—Yo lo haré, sargento —respondió Dumbo. Se le habían puesto rojas las orejas, como si le avergonzara su valor. Sonrió con timidez. Al final lo había pillado—: Siempre he querido ir a la Cochinchina.

—El aliento humano no es la única fuente de CO<sub>2</sub> —le hice saber al finalista de la beca al mérito escolar.

—¡Coca-Cola! —gritó Dumbo, con razón.

—Buena suerte con eso —repuso Ben.

Era cierto: junto con todas las bebidas alcohólicas, los refrescos fueron una de las primeras víctimas de la invasión.

—Una lata o una botella, sí —dijo Evan—. Cassie, ¿no me dijiste que hay un restaurante aquí al lado?

—Las bombonas de CO<sub>2</sub> de los refrescos de grifo —empecé a decir.

—Seguramente siguen ahí —terminó él la frase.

—Si unimos la bomba a la bombona...

—Y preparamos la bombona para que dispense CO<sub>2</sub>...

—Una fuga lenta...

—En un espacio cerrado...

—¡El ascensor! —exclamamos los dos a la vez.

—Vaya —jadeó Ben—, genial. Pero todavía me queda poco claro cómo va a solucionar eso el problema.

—Creerán que estamos muertos, Zombi —respondió Sam.

El crío de cinco años lo entendía, pero le faltaba la experiencia de Ben, que sabía lo difícil que era burlar a Vosch y compañía.

—Después vendrán a comprobarlo, no encontrarán cadáveres y lo sabrán —repuso Ben.

—Pero ganaremos tiempo —dijo Evan—. Y creo que, cuando se den cuenta

de la verdad, ya será demasiado tarde.

—¿Porque, obviamente, somos mucho más listos que ellos? —preguntó Ben. Evan esbozó una sonrisa lúgubre.

—Porque vamos a ir al único lugar en el que no se les ocurriría buscarnos.

No había tiempo para más debates; teníamos que iniciar la Operación Abandonen el Barco antes de que la quinta ola nos barriera de él. Ben y Bizcocho se fueron a buscar la bombona de CO<sub>2</sub> al restaurante. Dumbo se encargó de patrullar el pasillo. Le dije a Sam que él tenía que cuidar de Megan, por aquello de ser un colega de los viejos tiempos del autobús escolar. Él me pidió que le devolviera la pistola. Le recordé que tenerla no le había servido de mucho la última vez: había vaciado el cargador sin tan siquiera rozar al objetivo. Intenté darle a Oso. Él hizo un gesto de impaciencia: «Oso dejó de estar de moda hace seis meses, que no te enteras».

Después, Evan y yo nos quedamos solos. Con la bombita verde, éramos tres.

—Escúpelo —le ordené.

—¿El qué? —preguntó con unos ojos tan grandes e inocentes como los de Oso.

—Todo, Walker. Te estás callando algo.

—¿Por qué lo...?

—Porque es tu estilo. Tu *modus operandi*. Como un iceberg, tres cuartos bajo la superficie, pero te juro que no voy a dejar que conviertas este hotel en el Titanic.

Suspiró y evitó mirarme a los ojos.

—¿Lápiz y papel?

—¿Qué? ¿Crees que es el momento para escribir un tierno poema de amor?

También era su estilo: cada vez que me acercaba demasiado a algo, me esquivaba diciéndome lo mucho que me amaba, que lo había salvado o alguna otra observación románticoide y pseudoprofunda sobre la naturaleza de mi magnificencia. De todos modos, cogí la libreta y el boli del escritorio y se los pasé porque, en realidad, ¿a quién no le gusta que le escriban un tierno poema de amor?

En vez de eso, dibujó un mapa.

—Una planta, blanca (o antes lo era), estructura de madera, no recuerdo la dirección, pero está justo en la Autopista 68. Al lado de una estación de servicio. Tiene uno de esos viejos carteles de metal colgados delante, Havoline Oil, o algo así.

Arrancó la hoja y me la puso en la mano.

—¿Y por qué es el único lugar en el que no van a buscarnos? —pregunté, cayendo de nuevo en la trampa de su técnica para desviar mi atención, y eso que Havoline Oil no tenía nada empalagosamente poético—. ¿Y por qué me dibujas un mapa, si vienes con nosotros?

—Por si pasa algo.

—Te. Por si TE pasa algo. ¿Y si nos pasa algo a los dos?

—Tienes razón, haré cinco más.

Empezó con el siguiente. Me quedé observándolo dos segundos, después le arrebaté la libreta y se la tiré a la cabeza.

—Hijo de puta, sé lo que estás haciendo.

—Estaba dibujando un mapa, Cassie.

—Inventarte un detonador usando un grifo de refresco, en plan *Misión: Imposible*, ¿en serio? Mientras todos corremos como locos hacia el cartel de Havoline, contigo delante, con tu tobillo roto, la pierna agujereada, y una fiebre de cuarenta y un grados...

—Si tuviera una fiebre de cuarenta y un grados, estaría muerto —comentó.

—No, ¿quieres saber por qué? ¡Porque los muertos no tienen fiebre!

Estaba asintiendo, pensativo.

—Dios, cómo te he echado de menos.

—¡Otra vez! ¡Lo mismo de siempre! Como en el hogar de los Walker, como en el Campo Pozo de Ceniza, como en el campo de exterminio de Vösch. Cada vez que te arrinconan...

—Me tienes arrinconado desde el primer instante en que...

—Déjalo ya.

Lo dejó. Me senté en la cama, a su lado. A lo mejor lo estaba enfocando mal. Se atrapan más moscas con miel que con hiel, como siempre decía mi abuela. El problema era que los ardides femeninos no eran mi fuerte. Le di la mano. Lo miré atentamente a los ojos. Consideré la posibilidad de desabrocharme la camisa un poco, pero decidí que quizá descubriera mi pequeña artimaña. Aunque mis artimañas no eran tan pequeñas, la verdad.

—No pienso permitir que vuelvas a jugármela como en Campo Asilo —le dije, añadiendo al tono de voz lo que esperaba que fuera un ronroneo atractivo—. No va a pasar. Te vienes con nosotros. Bizcocho y Dumbo cargarán contigo.

Levantó la otra mano y me tocó la mejilla. Conocía aquella caricia y la había echado de menos.

—Lo sé —respondió.

La mirada de aquellos ojos color chocolate (ay) era de una tristeza infinita. También conocía aquella mirada: la había visto antes, en el bosque, cuando me había confesado quién era en realidad.

—Pero no lo sabes todo. No sabes lo de Grace.

—Otra vez —repuse, apartándole la mano de mi muñeca y olvidando lo de la miel.

Decidí que me gustaban demasiado sus caricias y que tenía que esforzarme para que no me gustaran tanto. Y también para que no me gustara la forma en que me miraba, como si fuera la última persona sobre la faz de la Tierra, como

creí serlo antes de que me encontrara. Es algo terrible, una carga tremenda para cualquiera. Permitir que toda la existencia propia dependa de otro ser humano es buscarse problemas. Solo hay que pensar en todas las trágicas historias de amor que se han escrito, y no quería convertirme en la Julieta de un Romeo, no si podía evitarlo. Ni siquiera si el único candidato disponible estaba dispuesto a morir por mí, a sentarse a mi lado cogiéndome de la mano mientras me miraba a los ojos con aquellos ojos color chocolate fundido que ya no me afectaban tanto. Además de estar prácticamente desnudo debajo de las mantas y de contar con el cuerpo de un modelo... Pero no voy a ahondar en eso.

—Otra vez Gracia. No dejas de mencionarla desde que te dispararon.

—Tú no la conoces.

Bueno, aquello escocía. No sabía que fuera tan religioso... ni tan crítico. Las dos cosas suelen ir de la mano, pero...

—Cassie, tengo que contarte una cosa.

—¿Que eres baptista?

—Aquella noche, en la autopista, después de que... te dejara marchar, tenía mucho miedo. No entendía lo que pasaba, no sabía por qué no era capaz... de hacer lo que había venido a hacer. De hacer lo que había nacido para hacer. No tenía sentido. Y, en muchos aspectos, sigue sin tener sentido. Crees conocerte, crees que conoces a la persona que ves en el espejo. Te encontré, pero, al encontrarte, me perdí. Ya no hay nada claro. No hay nada simple.

Asentí.

—Lo recuerdo. Recuerdo cuando todo era simple.

—Al principio, después de traerte de vuelta, la verdad es que no sabía si sobrevivirías. Y me sentaba allí, contigo, y pensaba: «A lo mejor no debería sobrevivir».

—Jo, Evan, qué romántico.

—Sabía lo que se avecinaba —continuó, y eso sí que era algo claro y simple.

Me cogió las dos manos y me acercó a él, y yo caí en picado dentro de aquellos puñeteros ojos; por eso la técnica de la miel no me va: porque yo soy más bien la mosca cuando estoy con él.

—Sé lo que se avecina, Cassie, y hasta ahora creía que los muertos eran los afortunados. Pero ahora lo veo. Lo veo.

—¿Qué? ¿Qué ves, Evan? —le pregunté con voz temblorosa.

Me estaba asustando. A lo mejor era la fiebre la que hablaba, pero Evan no actuaba como el Evan de siempre.

—La salida. La forma de acabarlo. El problema es Grace. Grace es demasiado para ti, para cualquiera de vosotros. Grace es la entrada, y yo soy el único que puede atravesarla. Puedo ofrecerte eso, por lo menos. Y tiempo. Esas dos cosas, Grace y tiempo, para que tú puedas acabarlo.

Entonces, Dumbo, con una sincronización perfecta, asomó la cabeza por la puerta.

—Han vuelto, Sullivan. Zombi ha dicho...

Se detuvo, consciente de que, obviamente, había interrumpido un momento íntimo. Gracias a Dios que no me había desabrochado la camisa. Le quité las manos de encima a Evan y me levanté.

—¿Han encontrado una bombona?

Dumbo asintió.

—La están metiendo en el ascensor ahora mismo —respondió, y miró a Evan—. Zombi ha dicho que cuando estéis listos.

Evan asintió, despacio.

—Vale.

Pero no se movió. No me moví. Dumbo se quedó allí unos segundos.

—Vale —repitió.

Evan no dijo nada. Yo no dije nada.

Entonces, Dumbo dijo:

—Nos vemos después, chicos..., ¡en la Cochinchina! Je, je.

Y salió del cuarto caminando de espaldas.

Me volví hacia Evan.

De acuerdo. ¿Recuerdas lo que dijo Ben del rollo de alien enigmático?

Entonces, Evan Walker hizo algo que nunca le había visto hacer o, para ser más exactos, que nunca le había oído decir.

—Mierda —respondió.

Dumbo apareció de nuevo en la puerta con la mandíbula caída y las orejas rojas, atrapado por una chica alta con una cascada de pelo rubio miel y unos impresionantes rasgos de modelo nórdica, penetrantes ojos azules, labios carnosos y sensuales rellenos de colágeno, y la figura esbelta de una princesa de la pasarela.

—Hola, Evan —saludó la chica *Cosmo*.

Y, por supuesto, su voz era profunda y algo ronca, como la de todas las malas seductoras concebidas por Hollywood.

—Hola, Grace —respondió Evan.

Grace, no Gracia: una persona, no una plegaria ni nada remotamente relacionado con Dios. Y armada hasta los dientes: tenía el M16 de Dumbo, además del enorme fusil de francotirador que llevaba a la espalda. Empujó al crio al interior de la habitación y después me deslumbró con su sonrisa eléctrica.

—Y tú debes de ser Casiopea, reina del cielo nocturno. Me sorprende, Evan, no es como me la imaginaba. Tirando a pelirroja. No sabía que ese fuera tu tipo.

Miré a Evan.

—¿Quién narices es esta persona?

—Grace es como yo —respondió Evan.

—Nos conocemos desde hace tiempo. Diez siglos, más o menos. Cambiando de tema... —Grace hizo un gesto hacia mi fusil, así que se lo lancé a los pies—. La pistola, también. Y ese cuchillo que llevas en el tobillo, debajo del uniforme.

—Deja que se vayan, Grace —le dijo Evan—. No los necesitamos.

Grace no le hizo caso. Le dio una patadita a mi fusil y me ordenó que lo lanzara por la ventana, junto con la Luger y el cuchillo. Evan asintió, como diciendo: «Será mejor que lo hagas». Así que lo hice. La cabeza me daba vueltas. No conseguía componer ningún pensamiento coherente. Grace era una Silenciadora, como Evan, eso lo entendía. Pero ¿por qué conocía mi nombre, por qué estaba allí, por qué sabía Evan que vendría y qué quería decir con «Grace es la entrada»? ¿La entrada a qué?

—Sabía que era humana —decía Grace, de vuelta al tema favorito de Evan —, pero no me imaginaba lo humana que era.

Evan sabía lo que le esperaba, pero intentó detenerlo de todos modos.

—Cassie...

—Que te den a ti y a toda tu descendencia, alien hijo de puta.

—Soez. Imaginativo. Bonito —comentó ella.

Grace me hizo un gesto con el fusil de Dumbo para que me sentara.

De nuevo, Evan me lanzó la misma mirada: «Hazlo, Cassie». Así que me senté en la cama de al lado, junto a Dumbo, que respiraba por la boca como si tuviera asma. Grace se quedó en la entrada para no perder de vista el pasillo. A lo mejor no sabía que Sam estaba con Megan en la habitación contigua, ni que Ben y Bizcocho esperaban a Evan abajo, en el ascensor. Entonces comprendí la estrategia de Evan: «Dale largas. Gana tiempo». Cuando Ben y Bizcocho salieran a ver qué pasaba, tendríamos una oportunidad. Recordé que Evan se había cargado a un pelotón entero de la quinta ola, con menos armas y a oscuras, y pensé: «No, cuando aparezcan, será la oportunidad de Grace».

La examiné: su forma de apoyarse en la jamba de la puerta con un tobillo

cruzado sobre el otro, los mechones dorados que le caían sobre un hombro, la cabeza un poco girada para que admirásemos su imponente perfil nórdico. Y pensé: « Claro, tiene sentido: si puedes descargar en cualquier cuerpo humano, ¿por qué no elegir uno impecable? Igual que Evan ». En ese sentido, no era más que un gran impostor, y me resultaba raro pensarlo. En el fondo, el tío que hacía que me temblaran las rodillas era una efigie, una máscara sobre un rostro sin rostro que diez mil años atrás seguramente tenía pinta de calamar o algo parecido.

—Bueno, ya nos habían avisado de que era arriesgado vivir tanto tiempo como humanos entre humanos —dijo Grace—. Dime una cosa, Casiopea: ¿no te ha parecido perfectamente perfecto en la cama?

—¿Por qué no me lo dices tú? —respondí—. Puta extraterrestre.

—Una guerrera, como su tocaya.

—Ellos no tienen nada que ver con esto —intervino Evan—. Deja que se vayan, Grace.

—Evan, ni siquiera estoy segura de entender qué es « esto ». —Dejó su puesto y flotó (no existe otra palabra que lo describa) hasta su cama—. Y nadie se va a ninguna parte hasta que yo lo haga.

Se inclinó, le cogió la cara entre las manos y le dio un largo beso en la boca. Él se resistió (me daba cuenta), pero ella lo inmovilizaba con unos superardides sobrenaturales que, al parecer, sí eran su fuerte.

—¿Se lo has contado, Evan? —murmuró pegada a su mejilla, aunque asegurándose de que yo lo oyera—. ¿Sabe cómo acaba todo esto?

—Así —dije, y me abalancé sobre ella con la cabeza por delante, como solía hacer, apuntando con mi dura coronilla a su blanda sien.

El impacto la derribó de lado contra las puertas del armario. Acabé despatarrada en el regazo de Evan. « Perfectamente perfecto », pensé, un poco incoherentemente.

Me levanté, pero Evan me rodeó la cintura y me obligó a sentarme. « No, Cassie ».

Pero estaba débil y yo era fuerte, así que me zafé fácilmente de él y salté de la cama a la espalda de Grace. Aquel fue mi gran error: ella me sujetó por un brazo y me lanzó al otro lado de la habitación. Me estrellé contra la pared de la ventana y cai de culo, lo que me provocó un latigazo de dolor que me recorrió toda la espalda. Desde el pasillo, oí que se abría de golpe una puerta, y grité:

—¡Sal de aquí, Sam! ¡Ve a por Zombi! ¡Sal...!

Grace desapareció antes de que me diera tiempo a terminar la advertencia. La última vez que había visto a alguien moverse tan deprisa había sido en Campo Pozo de Ceniza, cuando los falsos soldados de Wright-Patterson me habían encontrado escondida en el bosque. Tan deprisa como en unos dibujos animados, lo que podría resultar gracioso de no ser por las circunstancias.



« Ah, no, puta. A mi hermano pequeño sí que no» .

Pasé corriendo junto a Dumbo, junto a Evan, que había apartado las mantas y luchaba por sacar su cuerpo herido de la cama; salí al pasillo, que estaba vacío, lo que no era bueno en absoluto; después, en dos pasos, llegué al cuarto de Sam y cuando toqué con los dedos el tirador, una bola de demolición me golpeó en la nuca y me estrellé de narices contra la madera. Algo crujió, y no era la madera. Di un paso atrás, con la cara ensangrentada. Noté el sabor de mi sangre y, de algún modo, fue ese sabor lo que me mantuvo en pie: hasta entonces desconocía que la ira supiera a algo y que ese sabor fuera como el de la propia sangre.

Unos dedos fríos me rodearon el cuello, y me quedé mirando a través de una cortina de lluvia roja cómo los pies se me separaban del suelo. Después volé por el pasillo hasta aterrizar con fuerza sobre el hombro, rodar por el suelo y pararme a pocos centímetros de la ventana del otro extremo.

Grace:

—Quédate ahí.

Estaba de pie junto a la puerta de Sammy, como una sombra esbelta en un túnel mal iluminado, reluciendo al otro lado de las lágrimas que brotaban sin control y me rodaban por las mejillas para mezclarse con la sangre.

—Deja. A mi hermano. En paz.

—¿A ese adorable pequeñín? ¿Es tu hermano? Lo siento, Casiopea, no lo sabía.

Sacudió la cabeza y se burló fingiendo tristeza, como si se burlara de todo lo que hay de bueno en el ser humano.

—Ya está muerto.

Tres cosas pasaron muy deprisa, todas a la vez. Cuatro, si se cuenta el momento en que se me rompió el corazón.

Corrí, y no para alejarme de ella, sino hacia ella. Pensaba arrancarle aquella cara de modelo de portada. Pensaba sacar su corazón pseudohumano de entre sus perfectas tetas humanas. Pensaba destriparla con las uñas.

Esa fue la primera.

La segunda fue que la puerta de las escaleras se abrió de golpe, y Bizcocho entró en el pasillo al estilo Ígor, empujándose con un brazo mientras, con el otro, apuntaba con su fusil a Grace. No era un disparo fácil en ningún caso, pero Bizcocho era el mejor tirador del pelotón después de Hacha, según Ben.

La tercera cosa fue que un Evan Walker sin camisa y en calzoncillos salió arrastrándose de la habitación detrás de Grace. Tirador experto o no, si Bizcocho fallaba... o si Grace se apartaba de la línea de tiro en el último segundo...

Así que me lancé y me abracé a los tobillos del crío, que cayó hacia delante, disparando el fusil, y entonces oí de nuevo la puerta de las escaleras y a Ben que gritaba:

—¡Quieta!

Fue como en las películas, pero nadie se quedó quieto, ni yo, ni Bizcocho, ni Evan, ni mucho menos Grace, que había desaparecido. En un segundo. Ben saltó por encima de mí y de Bizcocho, y cojeó por el pasillo hasta la habitación situada enfrente de la de Sam.

Sam.

Me levanté de un salto y corrí por el pasillo. Ben le estaba haciendo un gesto a Bizcocho, mientras decía:

—Está ahí dentro.

Tiré del pomo: cerrado. « ¡Gracias, Señor! ».

Golpeé la puerta.

—¡Sam! ¡Sam, abre! ¡Soy yo!

Y, desde el otro lado, una voz no más alta que el chillido de un ratón.

—¡Es una trampa! ¡Me estás engañando!

Perdí el control. Apreté la mejilla ensangrentada contra la puerta y tuve una minicrisis nerviosa de las buenas. Bajé la guardia. Se me había olvidado lo crueles que podían llegar a ser los Otros. No bastaba con atravesarme el corazón con una bala, no, primero había que machacarlo, pisotearlo y estrujarlo entre las manos hasta que el tejido rezumara entre los dedos como la plastilina.

—Vale, vale, vale —gemí—. Quédate ahí, ¿vale? Pase lo que pase, Sam. No salgas hasta que yo vuelva.

Bizcocho estaba de pie junto a la puerta del otro lado del pasillo. Ben estaba ayudando a Evan a levantarse... o intentándolo. Cada vez que se le escapaba, a Evan se le doblaban las rodillas. Al final, Ben decidió dejarlo apoyado contra la pared, y Evan se quedó allí, meciéndose y jadeando, con la piel del color de las cenizas del campo donde había muerto mi padre.

Evan me miró y apenas le quedó aliento para decir:

—Sal de este pasillo. Ahora.

La pared de yeso que había frente a Bizcocho estalló en una lluvia de fino polvo blanco y trozos de papel mohoso. Retrocedió, tambaleándose. El fusil se le cayó al suelo. Se tropezó con Ben, que lo agarró por un hombro y lo lanzó al interior del cuarto con Dumbo. Ben fue después a por mí, pero lo aparté de un manotazo, le dije que fuera a por Evan, recogí el fusil de Bizcocho y disparé contra la puerta de Grace. El ruido fue ensordecedor en aquel pasillo tan estrecho. Vací el cargador antes de que Ben llegara hasta mí y me apartara.

—¡No seas idiota! —gritó.

Después me puso un cargador lleno en la mano y me pidió que vigilara la puerta, pero que me quedara agachada.

La escena se desarrolló como si alguien estuviera viendo un programa de la tele en otro cuarto: no eran más que voces. Me quedé tumbada boca abajo, apoyando el tronco en los codos, con el fusil apuntando directamente a la puerta que tenía delante. «Vamos, doncella de hielo, tengo una cosita para ti». Me lamía los labios ensangrentados y odiaba el sabor, pero también lo adoraba. «Vamos, sueca del infierno».

BEN: Dumbo, ¿qué tal? ¡Dumbo!

DUMBO: Está mal, sargento.

BEN: ¿Hasta qué punto?

DUMBO: Bastante mal...

BEN: Joder, ¡ya veo que está mal, Dumbo!

EVAN: Ben, escúchame, tienes que escucharme: tenemos que salir de aquí. Ya.

BEN: ¿Por qué? La tenemos controlada...

EVAN: No por mucho tiempo.

BEN: Sullivan la puede manejar. De todos modos, ¿quién es?

EVAN: (ininteligible)

BEN: Bueno, claro, cuantos más, mejor. Supongo que hemos llegado al plan B. Yo me encargo de ti, Walker. Dumbo, tú de Bizcocho. Sullivan se llevará a los niños.

Ben se agachó a mi lado y me puso la mano en la nuca mientras indicaba la puerta con un gesto de la cabeza.

—No podemos largarnos hasta neutralizar la amenaza —susurró—. Oye, ¿qué te ha pasado en la nariz?

Me encogí de hombros y me relamí de nuevo.

—¿Cómo? —pregunté con voz de estar muy resfriada.

—Muy fácil: alguien entra por la puerta, uno por abajo y otro por arriba, uno a la derecha y otro a la izquierda. La peor parte son los primeros dos segundos y medio.

—¿Y la mejor?

—Los últimos dos segundos y medio. ¿Lista?

—Cassie, espera.

Era Evan, de rodillas detrás de nosotros, como un peregrino ante el altar.

—Ben no sabe a qué se enfrenta, pero tú sí. Cuéntaselo. Cuéntale lo que es capaz de...

—Cierra la boca, Romeo —gruñó Ben, y me tiró de la camisa—. Adelante.

—Ni siquiera sigue ahí... Te lo garantizo —dijo Evan, alzando la voz.

—¿Qué? ¿Ha bajado dos plantas de un salto? —Ben se rio—. Genial. Me encargaré de que las piernas no sean lo único que se rompa.

—Seguramente habrá saltado, pero no se ha roto nada. Grace es como yo —dijo Evan, que nos hablaba a los dos, pero me miraba a mí con aire desesperado—. Como yo, Cassie.

—Pero tú eres humano... Quiero decir, que tu cuerpo es humano —repuso Ben—. Y ningún cuerpo humano...

—El suyo, sí. El mío, y a no. El mío se ha... roto.

—¿Tú entiendes algo? —me preguntó Ben—. Porque a mí me suena a otra gilipollez del señor E.T.

—¿Qué sugieres que hagamos, Evan? —le pregunté.

A pesar del fuerte sabor a sangre que notaba en la boca, empezaba a quedarme sin rabia, y lo que la sustituía era la incómoda y, a estas alturas, muy familiar sensación de que los acontecimientos me superaban de largo.

—Marchaos. Ya. Ella no os quiere a vosotros.

—El chivo expiatorio —dijo Ben con una sonrisa desagradable—. Me gusta.

—Y nos va a dejar marchar sin más —dije, negando con la cabeza.

La sensación de impotencia aumentaba. ¿Tendría razón Ben? ¿En qué pensaba cuando había confiado mi vida y la de mi hermano a Evan Walker? Algo no encajaba. Algo iba mal.

—Así, sin más —añadi.

—No lo sé —respondió Evan, lo que era un punto a su favor.

Podría haber dicho: «Claro, no es mala persona una vez que te acostumbras a su problemilla con el sadismo».

—Pero sí sé lo que pasará si os quedáis —concluyó.

—A mí me basta —anunció Ben, retrocediendo hasta el interior del cuarto—. Cambio de planes, chicos. Yo me encargo de Bizcocho. Dumbo, tú te llevas a Megan. Sullivan, a su hermano. Haced el petate y adelante, que nos vamos de

fiesta.

—Cassie —dijo Evan, que corrió a mi lado. Después me giró la cara hacia él y me recorrió la ensangrentada mejilla con el pulgar—. No hay otro modo.

—No pienso abandonarte, Evan. Y no pienso permitir que me abandones. Otra vez, no.

—¿Y Sam? También le hiciste una promesa a él. No puedes cumplirlas las dos. Grace es problema mío. Ella... me pertenece. No de la forma en que Sam te pertenece a ti; no me refería a eso...

—¿En serio? Me sorprendes, Evan, con lo claro que eres siempre para todo.

Me senté, respiré hondo y le di una bofetada en su bello rostro. Podría haberle pegado un tiro, pero decidí que no se iba a librar tan fácilmente.

Y entonces fue cuando lo oímos, como si la bofetada fuera la señal que estaba esperando; el ruido de un helicóptero que se acercaba muy deprisa.

Después llegó el foco: una luz brillante inundó el pasillo, se derramó por el cuarto, y proyectó sombras afiladas en paredes y suelo. Ben se acercó corriendo y tiró de mí para ponerme en pie: yo agarré a Evan por el brazo y tiré. El se zafó y sacudió la cabeza.

—Tú déjame un arma.

—Aquí tienes, amigo —respondió Ben, pasándole su pistola—. Sullivan, ve a por tu hermano.

—¿Qué pasa con vosotros? —pregunté, sin poder creérmelo—. Ahora no podemos huir.

—¿Cuál es tu plan? —me gritó Ben.

Tenía que gritarme porque el rugido del helicóptero ahogaba cualquier sonido más suave; por el ángulo de la luz y el ruido, estaba ya justo encima del hotel.

Evan se agarró a la astillada jamba de la puerta y se puso de pie... o a la pata coja, porque no era capaz de apoyar peso en el otro. Le grite al oído:

—Dime una cosa y, por una vez en tus diez mil años de vida, sé sincero: no tenías ninguna intención de fabricar la bomba y escapar con nosotros. Sabías que Grace venía y pensabas enviaros de un bombazo a la...

En aquel momento, Sammy salió a toda prisa de su cuarto sujetando a Megan por la muñeca. En algún momento, la niña se había quedado con Oso. Seguramente se lo había dado Sams: siempre le daba aquel oso a algún necesitado.

—¡Cassie!

Corrió hacia mí y me pegó un buen cabezazo en el estómago. Me lo subí a la cadera, me giré (« Madre mía, cómo pesa ») y cogí a Megan de la mano.

Un torbellino de viento helado entró rugiendo por la ventana rota y oí a Dumbo gritar:

—¡Van a aterrizar en el tejado!

Lo oí porque casi se me mete en el bolsillo de atrás al intentar entrar en el pasillo. Ben estaba justo detrás, sujetando a Bizcocho, que le había puesto un brazo sobre el hombro.

—¡Sullivan! —gritó Ben—. ¡Muévete!

Evan me rodeó el codo con los dedos.

—Espera —dijo, mirando al techo.

Movía los labios sin hacer ruido, o puede que lo hiciera y yo no lo oyera.

—¿Que espere? —grité. El pánico general se había hecho muy específico—. ¿Que espere a qué?

—A Grace —respondió, todavía mirando arriba.

Un aullido lastimero se alzó por encima de la vibración de los rotores, aumentando de volumen y tono hasta convenirse en un chillido sobrenatural y ensordecedor. Todo el edificio tembló. Una grieta recorrió el techo. Los horribles cuadros del hotel cayeron de las paredes junto a sus marcos baratos. El foco se apagó y, un segundo después, el estallido irrumpió en la habitación, seguido de una ráfaga de aire sobrecalentado.

—Le ha dado al piloto —dijo Evan, asintiendo con la cabeza. Tiró de Sam, de Megan y de mí para meternos en el pasillo, y se volvió para decirle a Ben—: Ahora sí que os vais. —Después, a mí—: La casa del mapa. Ahora es de Grace, pero no lo será a partir de esta noche. No salgáis de allí. Hay comida, agua y suministros suficientes para pasar el invierno. —Hablabla muy deprisa, casi sin tiempo; puede que no se acercara la quinta ola, pero sí Grace—. Allí estarás a salvo, Cassie. En el equinoccio...

Ben, Dumbo y Bizcocho habían llegado a las escaleras. Ben nos hacía señas, frenético: « ¡Vamos!» .

—¡Cassie! ¿Me estás escuchando? En el equinoccio, la nave nodriza enviará una cápsula para extraer a Grace del refugio...

—¡Sullivan! ¡Ya! —bramó Ben.

—Si encuentras el modo de manipularla...

Me empujaba algo contra el estómago, pero yo tenía las manos llenas. Con unos ojos como platos, vi a mi hermano pequeño coger de manos de Evan la bolsita de plástico con la bomba.

Entonces, Evan Walker me sujetó el rostro entre las manos y me besó con fuerza en los labios.

—Tú puedes acabar con esto, Cassie. Tú. Y así debe ser. Debes ser tú. Tú.

Me besó de nuevo; mi sangre le marcó la cara y sus lágrimas marcaron la mía.

—No puedo prometerte nada esta vez —se apresuró a añadir—, pero tú sí. Prométemelo, Cassie. Prométeme que acabarás con esto.

Asentí.

—Acabaré con esto.

Y la promesa fue como un veredicto, la puerta de una celda al cerrarse, una piedra alrededor del cuello con la que cargaría hasta hundirme en el fondo de un mar infinito.

Me detuve medio segundo en la puerta de las escaleras, sabiendo que quizá fuera la última vez que lo veía o, para ser más exactos, la segunda última vez que lo veía. Después me sumergí en la oscuridad absoluta, casi igual que la primera última vez, y le susurré a Megan que tuviera cuidado con las tripas de rata. Después llegué al vestíbulo, donde los chicos que me habían llevado a aquella fiesta esperaban junto a las puertas, las siluetas de sus cuerpos recortadas contra el brillo naranja oscuro del helicóptero en llamas. Pensé que huir por la puerta principal era un movimiento ilógico muy inteligente. Seguro que Grace suponía que estábamos atrincherados en una de las habitaciones de arriba y subiría dando saltos al estilo *Matrix* por la pared hasta llegar a la ventana reventada del otro lado del edificio.

—Cassie —me dijo Sam al oído—, se te ha puesto la nariz muy grande.

—Eso es porque está rota.

« Como mi corazón, chaval. A juego» .

Bizcocho ya no se apoyaba en Ben con un brazo, sino que todo su cuerpo estaba encima de Ben, que lo llevaba como si fuera un bombero. Y Ben no parecía estar disfrutándolo.

—Esto no funcionará —le informé—. No durarás ni cien metros.

Ben no me hizo ni caso.

—Dumbo, a ti te toca Megan. Sam, vas a tener que bajarte; tu hermana irá delante. Yo me encargaré de la retaguardia.

—¡Necesito un arma! —gritó Sammy.

Ben tampoco le hizo caso a él.

—Por etapas. Primera etapa: el paso elevado. Segunda etapa: los árboles del otro lado del paso elevado. Tercera etapa...

—Al este —lo interrumpí.

Dejé a Sammy en el suelo y saqué del bolsillo el mapa arrugado. Ben me miraba como si hubiera perdido la cabeza.

—Vamos aquí —añadí, señalando el diminuto cuadrado que representaba el refugio de Grace.

—Nooo, Sullivan. Vamos a las cuevas para reunimos con Hacha y Tacita.

—Me da igual adonde vayamos, ¡siempre que no sea a la Cochinchina! —exclamó Dumbo.

Ben sacudió la cabeza.

—Dumbo, ya no tiene gracia. Ninguna gracia. Vale, vámonos.

Nos fuimos. Caía una ligera nevada: los cristalitos brillaban en los remolinos de luz naranja, se olía el hedor aceitoso del combustible ardiendo y se sentía la



presión del calor sobre la cabeza. Me puse la primera, como había sugerido Ben (bueno, como había ordenado): llevaba a Sammy enganchado de la trabilla del cinturón y a Dumbo justo detrás, con Megan, que no había abierto la boca. ¿Quién podría culparla? Seguramente estaba conmocionada. Cuando llevábamos medio aparcamiento recorrido y nos acercábamos a la zona de tierra que lo separaba de la entrada a la interestatal, volví la vista atrás a tiempo de ver a Ben caer bajo el peso de su carga. Empujé a Sammy hacia Dumbo y patiné por el resbaladizo asfalto hacia Ben. En el tejado del hotel vi los retorcidos restos metálicos del Blackhawk.

—¡Te dije que no funcionaría! —le grité, susurrando.

—No pienso abandonarlo...

Ben estaba a cuatro patas, jadeando, con arcadas. A la luz del fuego, los labios se le veían de color carmesí; estaba tosiendo sangre.

Entonces, Dumbo apareció a mi lado.

—Sargento. Oye, ¿sargento...?

Algo en la voz de Dumbo le llamó la atención. Levantó la mirada, y Dumbo sacudió la cabeza muy despacio: «No va a sobrevivir».

Y Ben Parish golpeó el suelo helado con la palma de una mano, arqueó la espalda y chilló incoherencias, y yo pensé: «Dios mío. Dios mío, no es el mejor momento para una crisis existencial. Estamos perdidos si se hunde. Estamos completamente perdidos».

Me arrodillé al lado de Ben, que tenía el rostro desfigurado por el dolor, el miedo y la rabia, la ira que se remontaba al inalterable y siempre presente pasado, cuando su hermana había gritado su nombre y él la había abandonado para que muriera. La había abandonado, pero ella no lo abandonaría nunca. Siempre estaría con él. Estaría con él hasta su último aliento. Estaba con él en aquel instante, desangrándose a medio metro de él, y no podía hacer nada para salvarla.

—Ben —le dije, acariciándole la nuca. Le brillaba el pelo, salpicado de nieve cristalina—. Se acabó.

Una sombra pasó corriendo junto a nosotros hacia el hotel. Me levanté de un salto y fui tras ella, porque la sombra estaba unida a mi hermano pequeño, que volaba hacia la puerta principal. Lo atrapé, lo levanté del suelo, y él se puso a dar patadas, a retorcerse y, en general, a comportarse como si estuviera loco; yo estaba segura de que el siguiente sería Dumbo, y tres lunáticos eran demasiados para una sola persona.

Pero no tenía por qué preocuparme: Dumbo había conseguido levantar a Ben, llevaba a Megan de la mano y metía prisas a ambos para que avanzaran hacia la carretera. Se le daba mejor que a mí con Sammy, a quien en ese momento yo llevaba sujeto bajo el brazo, mientras él seguía agitando brazos y piernas, y chillaba:

—¡Tenemos que volver, Cassie! ¡Tenemos que volver!

Crucé la entrada a la autopista y bajé por la empinada rampa que daba al paso elevado. Primera etapa completada. Después dejé a Sammy en el suelo, le di un cachete en el culo y le dije que se calmara si no quería matarnos a todos.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —le pregunté.

—¡Estaba intentando decírtelo! —sollozó—. Pero no me escuchabas. ¡Nunca me escuchas! ¡Se me ha caído!

—¿El qué?

—La bolsa, Cassie. Al correr, se me... ¡se me ha caído!

Miré a Ben, que estaba encorvado, con la cabeza baja y los antebrazos apoyados en las rodillas levantadas. Miré a Dumbo. Hombros hundidos, ojos muy abiertos, con Megan de la mano.

—Tengo un mal presentimiento —susurró.

El mundo entero contuvo el aliento. Hasta la nieve pareció quedar suspendida en el aire.

El hotel estalló formando una cegadora bola de fuego verde neón. La tierra tembló. El vacío absorbió el aire, derribándonos a los cuatro. Después, los escombros salieron despedidos hacia nosotros, rugiendo, y yo me abalancé sobre Sammy. Una ola de hormigón, cristal, madera y partículas metálicas (y, sí, trocitos de las puñeteras ratas de Den) del tamaño de granos de arena barrió la colina, como una hirviente masa gris, y nos engulló.

Bienvenidos a la Cochinchina.

## VI

### EL GATILLO

No le gustaba estar con los niños más pequeños del campo. Lo recordaban a su hermano pequeño, el que había perdido. El que estaba allí la mañana que salió en busca de comida, pero no cuando regresó. El que no había encontrado nunca. En el campo, cuando no estaba entrenando, comiendo, durmiendo, limpiando los barracones, abrigando las botas, limpiando su fusil, ayudando en la cocina o trabajando en el hangar de P&E, se presentaba voluntario para cuidar de los niños o para trabajar con los autobuses cuando llegaban. No le gustaba estar con los niños pequeños, pero lo hacía. Nunca perdió la esperanza de encontrar algún día a su hermano pequeño. De entrar algún día en el hangar de recepción y encontrárselo sentado en uno de los grandes círculos rojos pintados en el suelo o verlo columpiándose en el viejo neumático colgado del árbol, en el improvisado patio infantil de al lado del patio de los desfiles.

Pero nunca lo encontró.

En el hotel, cuando descubrió que el enemigo estaba colocando bombas en los niños, se preguntó si eso era lo que le había sucedido a su hermano. Si lo habrían encontrado, se lo habrían llevado y lo habrían obligado a tragarse la cápsula verde para enviarlo de nuevo al exterior, a que otros lo encontraran. Seguramente no. La mayoría de los niños estaban muertos. Solo habían salvado a unos cuantos para llevárselos al campo. Era muy probable que su hermano no hubiera sobrevivido demasiados días después de desaparecer.

Sin embargo, podrían habérselo llevado. Podrían haberlo obligado a tragarse la cápsula verde. Podrían haberlo devuelto al mundo para que vagara hasta tropezar con un grupo de supervivientes que lo aceptaran y que lo alimentaran, que llenasen la habitación con su aliento. Sí, podría haber sido así.

«¿Qué te preocupa?», quiso saber Zombi. Habían cruzado el aparcamiento para buscar una bombona de CO<sub>2</sub> en el viejo restaurante. Zombi había dejado de intentar hablar con él, salvo para darle órdenes, y también había dejado de intentar hacerle hablar. Cuando le hizo la pregunta, en realidad, Zombi no esperaba respuesta.

«Siempre noto cuando te preocupa algo. Pones esa cara de estreñido, como si intentaras cagar un ladrillo».

La bombona no era muy pesada, pero Zombi estaba herido y la cogió de la punta en el camino de vuelta. Zombi estaba nervioso, daba un respingo cada vez que veía una sombra. No dejaba de repetir que algo iba mal. Algo iba mal con aquel Evan Walker y algo iba mal con la situación en general. Zombi creía que los estaban engañando.

De vuelta en el hotel, Zombi envió a Dumbo arriba para recoger a Evan.

Después, esperaron dentro del ascensor a que Evan bajara.

«Verás, Bizco, esto vuelve a llevarme a la misma pregunta. Ondas electromagnéticas, tsunamis, plagas, aliens disfrazados, niños con el cerebro lavado y, ahora, niños con bombas dentro. ¿Por qué se complican tanto? Es como si quisieran pelea. O como si quisieran que la pelea fuera interesante. Eh, a lo mejor es eso. A lo mejor llega un momento de la evolución en que el aburrimiento es la mayor amenaza para la supervivencia. A lo mejor no es una invasión planetaria, sino un juego. Como un crío que le arranca las alas a las moscas».

A medida que pasaban los minutos, los nervios de Zombi aumentaban.

«Y, ahora, ¿qué? ¿Dónde se ha metido? Dios mío, ¿no creerás que...? Será mejor que subas, Bizcocho. Si es necesario, échate su culo gordo al hombro y bájalo aquí».

Cuando iba por la mitad de las escaleras oyó un golpetazo sobre su cabeza, después un segundo golpe más suave y después un grito. Llegó a la puerta a tiempo de ver el cuerpo de Cassie pasar volando junto a él y estrellarse contra el suelo. Siguió su trayectoria hasta el punto de inicio y vio a la chica alta al lado de la habitación con la puerta reventada. Y no vaciló, entró en el pasillo como una exhalación y supo que la chica alta no sobreviviría. Era un buen tirador, el mejor de su pelotón hasta que Hacha llegó, así que sabía que no fallaría.

Salvo que Cassie lo derribó y la chica alta se perdió de vista. La habría matado si Cassie no se lo hubiera impedido. Estaba seguro.

Entonces, la chica alta le disparó a través de la pared.

Dumbo le rompió la camisa y apretó una sábana enrollada contra la herida. Le dijo que no era tan grave, que lo superaría, pero él sabía que no era cierto. Llevaba demasiado tiempo rodeado de muerte. Sabía cómo olía, a qué sabía, qué se sentía. Llevaba la muerte dentro, en los recuerdos de su madre y de las piras de tres metros de altura, en los huesos de la carretera y en la cinta transportadora que introducía cientos de cadáveres en el horno de la central eléctrica del campo. Quemaban a los muertos para iluminar los barracones, para tener agua caliente y para no pasar frío. Morir no le preocupaba. Morir sin saber lo que le había pasado a su hermano sí le preocupaba.

Muriéndose, se lo llevaron abajo. Muriéndose, Zombi se lo echó al hombro. Y después, en el aparcamiento, Zombi cayó y los demás se reunieron a su alrededor, y Zombi golpeó el asfalto helado hasta que se le abrió la piel de las manos.

Después, lo abandonaron. No estaba enfadado, lo entendía. Se estaba muriendo.

Entonces, se levantó.

No al principio. Al principio se arrastró.

La chica alta estaba de pie en el vestíbulo cuando se arrastró hasta el interior.

Estaba al lado de la puerta que daba a las escaleras, sosteniendo una pistola con ambas manos, con la cabeza inclinada como si escuchara algo.

Entonces fue cuando se levantó.

La chica alta irguió el cuerpo y se giró. Alzó el arma, pero la bajó al ver que él se moría. Sonrió y lo saludó. La chica lo observaba desde las puertas principales, así que no veía el ascensor, ni tampoco vio a Evan entrando en él por la trampilla de emergencia. Pero Evan sí lo vio a él y se quedó paralizado, como si no supiera qué hacer.

«Te conozco». La chica alta caminaba hacia él. Si se volvía en aquel momento, si miraba detrás de ella, vería a Evan, así que sacó su pistola para distraerla, pero se le resbaló de la mano y aterrizó en el suelo. Había perdido mucha sangre. La presión arterial caía en picado. El corazón apenas era capaz de latir lo suficiente, y estaba perdiendo la sensibilidad de las manos y de los pies.

Cayó de rodillas y fue a por la pistola. Ella le disparó en la mano. El cayó de culo y se metió la mano herida en el bolsillo, como si eso pudiera protegerla.

«Vaya, eres un chico grande y fuerte, ¿no? ¿Cuántos años tienes?».

Esperó a que respondiera.

«¿Qué te pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato?».

Ella le disparó en la pierna. Después esperó a que gritara, llorara o dijera algo. Como no lo hizo, le disparó en la otra pierna.

Detrás de ella, Evan se puso boca abajo y empezó a arrastrarse hacia ellos. El sacudió la cabeza para que Evan lo viera y tragó aire. Estaba entumecido. No notaba dolor, pero una cortina gris le había cubierto los ojos.

La chica alta se acercó más. Ahora estaba a medio camino entre Evan y él, y le apuntaba a la frente con su pistola.

«Di algo si no quieres que te vuele la tapa de los sesos. ¿Dónde está Evan?».

La chica alta empezó a girarse. Quizás hubiera oído a Evan arrastrarse hacia ella. Así que se levantó por penúltima vez para distraerla. No lo hizo de prisa, tardó más de un minuto porque las botas se le resbalaban en las baldosas, que estaban mojadas de nieve derretida. Se levantaba y volvía a caer; llevar la mano en el bolsillo lo hacía el doble de complicado. La chica alta sonrió y se rio entre dientes, igual que los niños del colegio. Estaba gordo. Era torpe. Era estúpido. Era un saco de grasa de cerdo. Cuando por fin se puso en pie, ella le disparó de nuevo.

«Por favor, date prisa, que estoy malgastando munición».

El plástico del envoltorio del pastel estaba tieso y crujiente, y siempre hacía ruido cuando jugaba con él en el bolsillo. Por eso su madre supo que lo tenía el día en que desapareció su hermano. Por eso lo supieron también los soldados del autobús. Y el sargento instructor lo llamó Bizcocho porque le encantó la historia del chico gordo que había llegado al campo sin nada más que la ropa puesta y un envoltorio lleno de migas de pastel rancio en el bolsillo.

La bolsa de plástico para sándwiches que había encontrado antes de entrar en el hotel no crujía. Era mucho más blanda. No hizo ningún ruido cuando la sacó del bolsillo. La bolsa salió en silencio, el mismo silencio que guardaba él desde que le habían gritado que se callase, que se callase, ¡que se callase!

La chica alta perdió la sonrisa.

Y Bizcocho empezó a moverse otra vez. No hacia ella ni hacia el ascensor, sino hacia la puerta lateral del final del pasillo.

«Eh, ¿qué tienes ahí, grandullón? ¿Eh? ¿Qué es eso? Imagino que no es un Tylenol».

La chica alta recuperó la sonrisa. Era una sonrisa distinta, una sonrisa agradable. Era muy guapa cuando sonreía así. Seguramente era la chica más guapa que había visto.

«Hay que tener cuidado con eso, ¿me entiendes? Eh. Eh, ¿sabes lo que te digo? Haremos un trato: yo dejo la pistola si tú dejas eso, ¿vale? ¿Qué te parece?».

Y lo hizo: dejó su pistola en el suelo. Se quitó el fusil del hombro y también lo dejó en el suelo. Después, levantó las manos.

«Puedo ayudarte. Deja eso y te ayudaré. No tienes por qué morir. Sé cómo curarte. Soy ... No soy como tú. Obviamente, no soy ni tan valiente ni tan fuerte como tú. No puedo creerte que sigas en pie».

La chica alta pensaba esperar. Esperaría hasta que él se desmayara o cayera muerto. Lo único que debía hacer era seguir hablando, sonriendo y fingiendo que le caía bien.

Él abrió la bolsa.

La chica alta ya no sonreía. Corría hacia él más deprisa que nadie que hubiese conocido. El velo gris brilló al acercarse la chica. Cuando estuvo lo bastante cerca, dio un salto y salió disparada hacia el punto en que le había dado la primera bala, lo lanzó de espaldas, y él se estrelló contra el marco de la puerta metálica. La bolsa salió volando de sus dedos entumecidos y se deslizó como un disco de hockey por las baldosas. El velo gris se volvió negro por un segundo. La chica alta pivotó hacia la bolsa con la elegancia de una bailarina. Él le enganchó la pierna con el tobillo y la tiró al suelo.

Ella era demasiado rápida y él estaba demasiado herido. Llegaría hasta la bolsa antes que él. Así que cogió la pistola que había soltado y le disparó en la espalda.

Después se levantó por última vez. Tiró la pistola. Pasó por encima de ella, que se retorcía, y no llegó más lejos antes de caer por última vez.

Se arrastró hacia la bolsa. Ella se arrastró detrás de él. No podía levantarse porque la bala le había destrozado la médula espinal. Estaba paralizada de cintura hacia abajo. Sin embargo, era más fuerte que él y no había perdido tanta sangre.

Él recogió la bolsa de plástico del suelo. Ella lo agarró por un brazo y tiró de

él como si no pesara nada. Acabaría con él de un solo puñetazo a su moribundo corazón.

Pero él solo tenía que respirar.

Abrió la bolsa sobre su boca.

Y respiró.



## SEGUNDO LIBRO

## VII

### LA SUMA DE TODAS LAS COSAS

Estoy sentada en un aula sin ventanas, sola. Moqueta azul, paredes blancas, mesas largas y blancas. Monitores de ordenador blancos con teclados blancos. Llevo puesto el mono blanco de los nuevos reclutas. Otro campo, misma rutina, incluso el implante en el cuello y el viaje a El País de las Maravillas. Todavía estoy pagando ese viaje. Cuando te vacían de recuerdos no te sientes vacía, sino dolorida de pies a cabeza. Los músculos también tienen memoria, por eso nos atan para el viaje.

La puerta se abre y el comandante Alexander Vosch entra en la habitación. Lleva una caja de madera que deja sobre la mesa que tengo delante.

—Tienes buen aspecto, Marika —dice—. Mucho mejor del que esperaba.

—Me llamo Hacha.

Él asiente: entiende perfectamente a qué me refiero. Más de una vez me he preguntado si la información reunida por El País de las Maravillas Huiría en ambos sentidos. Si se puede descargar la experiencia humana, ¿por qué no volver a cargarla dentro de alguien? Es posible que la persona que me sonríe en estos momentos guarde en su interior los recuerdos de todos los seres humanos que han pasado por el programa. Puede que no sea humano (y tengo mis dudas al respecto), pero puede que también sea la suma de todos los humanos que han pasado por las puertas de El País de las Maravillas.

—Sí. Marika murió —dice, sentándose frente a mí—. Y aquí estás tú, alzándote como un fénix de entre sus cenizas.

Sabe lo que voy a decir. Lo leo en el centelleo de sus ojos azul claro. ¿Por qué no me lo dice sin más? ¿Por qué me obliga a preguntar?

—¿Está viva Tacita?

—¿En qué respuesta confiarías más? ¿En el sí o en el no?

Piensa antes de responder. El ajedrez te lo enseña.

—En el no.

—¿Por qué?

—Porque el sí podría ser una mentira para manipularme.

Se pone a asentir, admirado.

—Para darte falsas esperanzas.

—Para conseguir una ventaja sobre mí.

Ladea la cabeza y me mira desde el otro lado de su estrecha nariz.

—¿Por qué iba a necesitar alguien como yo buscar una ventaja sobre alguien como tú?

—No lo sé. Debes de querer algo de mí.

—¿De lo contrario...?

—De lo contrario, estaría muerta.

No dice nada durante un buen rato. Su mirada me atraviesa hasta la médula. Señala con un gesto la caja de madera.

—Te he traído una cosa. Ábrela.

Miro la caja. Lo miro a él.

—No pienso hacerlo.

—Solo es una caja.

—Me da igual lo que quieras que haga, no lo haré. Estás perdiendo el tiempo.

—Y el tiempo es la única moneda que nos queda, ¿verdad? El tiempo... y las promesas. —Da un golpecito en la tapa de la caja—. He invertido una buena cantidad de esa mercancía tan valiosa para encontrar uno de estos —explica, mientras empuja la caja hacia mí—. Ábrela.

La abro. Él sigue.

—Ben no quería jugar contigo. Ni la pequeña Allison, quiero decir, Tacita; Allison también está muerta. No has jugado al ajedrez desde que murió tu padre.

Sacudo la cabeza. No para responder a su pregunta, sino porque no lo entiendo. ¿El arquitecto jefe del genocidio quiere jugar al ajedrez conmigo?

Tiemblo dentro de mi mono, que es fino como el papel. Hace mucho frío en el cuarto. Vosch me observa, sonriente. «No, no me observa. Esto no es como El País de las Maravillas. No solo conoce tus recuerdos, sino que también sabe lo que estás pensando». El País de las Maravillas es un dispositivo que registra, mientras que Vosch lee.

—Se han ido —escupo—. No están en el hotel. Y no sabes dónde están.

Tiene que ser eso, no se me ocurre otra razón por la que todavía no me haya matado.

Sin embargo, es una razón de mierda. Con este tiempo y con sus recursos, ¿le costaría mucho encontrarlos? Meto las manos heladas entre las rodillas, y me obligo a respirar despacio y profundamente.

Él abre la tapa, saca el tablero y la reina blanca.

—¿Blancas? Tú prefieres las blancas.

Monta el tablero con sus dedos largos y ágiles. Son los dedos de un músico, de un escultor, de un pintor. Apoya los codos en la mesa y entrelaza esos mismos dedos para que le sirvan de estante a la barbilla, como hacía mi padre cada vez que jugaba.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

Él arquea una ceja.

—Quiero jugar una partida de ajedrez.

Me mira en silencio. Cinco segundos se convierten en diez. Diez, en veinte. Al cabo de treinta segundos, ha pasado una eternidad. Creo que sé lo que se propone: jugar una partida dentro de una partida. El problema es que no entiendo el porqué.

Abro con el Ruy López. No es la apertura más original de la historia del ajedrez; estoy un poco estresada. Mientras jugamos, él tararea en voz baja, sin melodía, y sé que se está burlando a posta de mi padre. El estómago se me revuelve de asco. Para sobrevivir, levanté muros, una fortaleza emocional que me protegía y me mantenía cuerda en un mundo que se había vuelto peligrosamente loco, pero hasta la persona más abierta del mundo cuenta con un lugar privado y sagrado al que nadie más puede entrar.

Ahora comprendo de qué va la partida dentro de la partida: no hay nada privado, nada sagrado. Nada que pueda esconderle. Se me vuelve a revolver el estómago. Ha violado algo más que mis recuerdos. También está abusando de mi alma.

El ratón y el teclado de mi derecha son inalámbricos, pero el monitor que está a su lado, no. Me lanzo sobre la mesa, le doy un golpetazo en la parte de arriba de la cabeza y le enrolló el cable alrededor del cuello. Ejecutado en cuatro segundos, todo se acaba en cuatro minutos. A no ser que nos observen, cosa bastante probable. Vosch viviría, Tacita y yo moriríamos. Y, aunque consiguiera acabar antes con él, sería una victoria pírrica, suponiendo que lo que afirmó Evan Walker sea verdad. En el hotel se lo puntualicé a Sullivan cuando ella dijo que Evan se había sacrificado al volar la base en pedazos: si pueden descargarse en cuerpos humanos, también pueden copiarse. El conjunto de «Evans» y «Voschs» sería infinito. Evan podría suicidarse. Yo podría matar a Vosch. Daría igual. Por definición, las entidades de su interior son inmortales.

«Tenéis que prestar mucha atención a lo que os cuento —dijo Sullivan con exagerada paciencia—: existe un Evan humano que se fundió con la conciencia alienígena. No es ni una cosa ni la otra; es las dos. Así que puede morir».

«No la parte importante», repliqué.

«Claro —soltó ella—, solo la insignificante parte humana».

Vosch está inclinado sobre el tablero. El aliento le huele a manzana. Aprieto las manos contra el regazo. Él arquea una ceja: «¿Algún problema?».

—Voy a perder —le digo.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta, fingiendo sorpresa.

—Conoces mis movimientos antes de que los haga.

—Te refieres a El País de las Maravillas. Pero se te olvida que somos más que la suma de nuestras experiencias. Los seres humanos pueden ser maravillosamente impredecibles. Que rescataras a Ben Parish durante la caída de Campo Asilo, por ejemplo, desafiaba la lógica y hacía caso omiso de la primera prerrogativa de todos los seres vivos: seguir viviendo. O tu decisión de ayer de entregarte cuando te diste cuenta de que la captura era la única oportunidad de sobrevivir que tenía la niña.

—¿Y ha sobrevivido?

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta —dice, impaciente, como un

profesor duro a un estudiante prometedor. Señala el tablero con un gesto: «Juega».

Me rodeo un puño con la otra mano y aprieto con todas mis fuerzas. Me imagino que mi puño es su cuello. Cuatro minutos para exprimirle la vida. Solo cuatro minutos.

—Tacita está viva —le digo—. Sabes que la amenaza de freírme el cerebro no conseguirá que haga lo que quieres que haga. Pero sabes que sí lo haré por ella.

—Ahora os pertenecéis la una a la otra, ¿no? Estáis conectadas por un cordón de plata —responde, sonriendo—. De todos modos, aparte de las graves heridas de las que quizá no se recupere, le has dado el preciado regalo del tiempo. Hay un dicho en latín: *Vincit qui patitur*. ¿Sabes lo que significa?

Estoy más allá del frío; he alcanzado el cero absoluto.

—Sabes que no.

—El que aguanta, conquista. Recuerda a las pobres ratas de Tacita. ¿Qué nos enseñan? Te lo dije cuando llegaste hasta mí: no se trata de aplastar vuestra capacidad de luchar, sino vuestra voluntad de luchar.

De nuevo las ratas.

—Una rata sin esperanza es una rata muerta.

—Las ratas no conocen la esperanza, ni la fe, ni el amor. Tenías razón al respecto, soldado Hacha. No será eso lo que ayude a la humanidad a superar la tormenta. Sin embargo, te equivocabas sobre la ira. La ira tampoco es la respuesta.

—¿Cuál es la respuesta?

No quiero preguntar, no quiero darle esa satisfacción, pero no he podido evitarlo.

—Estás muy cerca de averiguarla. Creo que te sorprendería lo cerca que estás.

—¿Cerca de qué?

Mi voz es tan poca cosa como la de una rata.

Sacude la cabeza, de nuevo impaciente, e insiste:

—Juega.

—No tiene sentido.

—Un mundo en el que el ajedrez no importa es un mundo en el que no me gustaría vivir.

—Deja de hacer eso. Deja de burlarte de mi padre.

—Tu padre era un buen hombre víctima de una enfermedad terrible. No deberías juzgarlo con tanta dureza. Ni a ti misma por abandonarlo.

«Por favor, no te vayas. No me abandones, Marika».

Unos dedos largos y esbeltos aferrándose a mi camiseta, los dedos de un artista. El rostro esculpido por el despiadado cuchillo del hambre, el artista

enfurecido con la impotente arcilla, y los ojos rojos bordeados de negro.

« Volveré, lo prometo. Te morirás si no lo consigo. Te lo prometo. Volveré» .

Vosch esboza una sonrisa sin alma, la sonrisa de un tiburón o de una calavera. Y si la ira no es la respuesta, ¿cuál es? Aprieto con fuerza el puño, con tanta fuerza que me clavo las uñas en la palma de la mano. « Así lo describió Evan — dijo Sullivan, rodeándose el puño con la otra mano—. Este es Evan y este es el ser del interior» . Mi mano es la ira, pero ¿qué es mi puño? ¿Qué es lo que está envuelto en ira?

—Un movimiento para mate —dice Vosch en voz baja—. ¿Por qué no lo haces?

Apenas muevo los labios.

—No me gusta perder.

Se saca del bolsillo del pecho un dispositivo plateado del tamaño de un móvil. Ya había visto antes uno como ese. Sé para qué sirve. Empieza a picarme la piel del cuello, en torno al diminuto parche de cinta adhesiva que protege el punto de inserción.

—Ya hemos dejado atrás esa etapa —dice.

Hay sangre en el interior del puño que está dentro de la mano que aprieta el puño.

—Pulsa el botón. Me importa una mierda.

Él asiente, como si lo aprobara.

—Ahora estás muy cerca de la respuesta. Pero no es tu implante el que está conectado a este transmisor. ¿Todavía quieres que lo pulse?

Tacita. Miro el tablero. « Un movimiento para mate» . La partida había terminado antes de empezar. Cuando la partida está amañada, ¿cómo evitas perder?

Una niña de siete años conocía la respuesta a esa pregunta. Meto la mano por debajo del tablero y lo lanzo hacia su cabeza. « ¡Supongo que eso es jaque mate, zorra!» .

Lo ve venir y lo esquivo fácilmente. Las piezas de ajedrez se estrellan con estrépito contra la mesa y ruedan, perezosas, por encima antes de caer al suelo. No debería haberme dicho que el dispositivo está conectado a Tacita: si pulsa el botón, pierde su ventaja sobre mí.

Vosch pulsa el botón.

Mi reacción se ha estado cociendo durante meses. Y es instantánea.

Salto por encima de la mesa, le doy un rodillazo en el pecho y lo tiro de espaldas al suelo. Aterrizo encima de él y le aplasto la aristocrática nariz con la palma de la mano ensangrentada, girando los hombros para añadir fuerza al golpe y maximizar el impacto: un movimiento de manual, perfecto, como me enseñaron mis instructores en Campo Asilo. Un entrenamiento tras otro y tras otro, hasta que no tenía ni que pensarlo: los músculos también tienen memoria. La nariz se le rompe con un crujido muy satisfactorio. Mis instructores me dijeron que ese era el momento en que un soldado listo se retira. El combate cuerpo a cuerpo es impredecible y cada segundo que uno pasa enzarzado en él aumenta el riesgo. Lo llamaban salir de la zona caliente. *Vincit qui patitur*.

Pero no hay forma de salir de esta zona caliente en concreto. El reloj ha llegado a la última vuelta; me he quedado sin tiempo. La puerta se abre de golpe y los soldados abarrotan la habitación. Me derriban sin miramientos en un segundo; me arrancan de Vosch y me tiran boca abajo en el suelo, con la barbilla apretada contra el cuello. Huelo a sangre. No a la mía, sino a la suya.

—Me decepcionas —me susurra al oído—. Te dije que la ira no era la respuesta.

Me ponen de pie. La parte inferior del rostro de Vosch está cubierta de sangre. Le mancha las mejillas como si fuera pintura. Se le han empezado a hinchar los ojos, lo que le da un aspecto raro, como de cerdo.

Se vuelve hacia el líder del pelotón, que está a su lado, un recluta de piel clara, pelo rubio y profundos ojos oscuros.

—Preparadla.



Pasillo: techos bajos, fluorescentes parpadeantes, paredes de bloques de hormigón. Una masa de cuerpos a mi alrededor, uno delante, uno detrás, dos a cada lado sosteniéndome los brazos. El chirrido de los zapatos de suela de goma sobre el suelo de hormigón gris, el leve hedor a sudor y el olor agri dulce del aire reciclado. Escaleras: barandillas metálicas pintadas de gris, como los suelos; telas de araña revoloteando en las esquinas; bombillas amarillas polvorientas dentro de jaulas de alambre; descenso hacia un aire más cálido y mohoso. Otro pasillo: puertas sin marcar, grandes franjas rojas que recorren todas las paredes grises y carteles en los que se lee: «PROHIBIDO EL PASO, SOLO PERSONAL AUTORIZADO». Habitación: pequeña, sin ventanas. Armarios en una pared, cama de hospital en el centro, monitor de signos vitales al lado, pantalla oscura. Al otro lado de la cama, dos personas con bata blanca. Un hombre de mediana edad, una mujer más joven, ambos esbozando sonrisas forzadas.

La puerta se cierra con estrépito. Estoy a solas con los batas blancas, salvo por el recluta rubio que está de pie en la puerta, detrás de mí.

—¿Por las buenas o por las malas? —pregunta el hombre de bata blanca—. Tú decides.

—Por las malas —respondo.

Me vuelvo a toda velocidad y derribo al recluta de un puñetazo en el cuello. Su arma cae sobre las baldosas del suelo. La recojo y me vuelvo hacia las batas blancas.

—No hay escapatoria —dice el hombre, muy tranquilo—. Ya lo sabes.

Lo sé. Pero no necesito el arma para escapar. No en el sentido al que él se refiere. No pienso tomar rehenes ni matar a nadie. Matar seres humanos es el objetivo del enemigo. Detrás de mí, el chico se retuerce en el suelo mientras gargarea y deja escapar una especie de hipidos. Puede que le haya fracturado la laringe.

Miro hacia la cámara montada en la otra esquina del cuarto. ¿Me estará mirando? Gracias a El País de las Maravillas, me conoce mejor que ninguna otra persona sobre la Tierra. Debe de saber por qué he cogido la pistola.

Mate. Y es demasiado tarde para rendirse.

Me aprieto el frío cañón contra la sien. La mujer abre la boca y da un paso hacia mí.

—Marika. —Ojos amables, voz suave—. Ella está viva porque tú lo estás. Si no lo estás, ella tampoco.

Entonces, todo encaja: me dijo que la ira no era la respuesta, pero la ira es la única explicación para que pulsara el botón cuando he tirado el tablero. Es lo que

he pensado cuando ha sucedido. No se me ha ocurrido que fuera un farol.

Y debería haberseme ocurrido. No piensa ceder su ventaja de ningún modo. ¿Por qué no me he dado cuenta? Yo soy la que está cegada por la ira, no él.

Estoy marcada; la habitación no se queda quieta. Faroles dentro de faroles, fintas que se responden con fintas. Estoy metida en una partida de la que desconozco las reglas e incluso el objetivo. Tacita está viva porque yo estoy viva. Yo estoy viva porque ella está viva.

—Llevadme a verla —le pido a la mujer.

Quiero pruebas de que la hipótesis principal es cierta.

—No es posible —responde el hombre—. ¿Ahora qué?

Buena pregunta. Pero hay que seguir presionando, presionando hasta el final, así que me aprieto el cañón contra la sien.

—Llevadme a verla o juro por Dios que lo hago.

—No puedes —dice la joven. Voz suave, ojos amables y mano extendida.

Tiene razón: no puedo. Podría ser mentira; Tacita podría estar muerta. Pero existe una posibilidad de que siga viva, y si yo desaparezco, no tienen por qué mantenerla así. El riesgo es inaceptable.

Esta es la atadura. Esta es la trampa. Es el callejón sin salida al que lleva la carretera de las promesas imposibles. Es el único resultado posible de la anticuada creencia según la cual la insignificante vida de una niña de siete años sigue importando.

« Lo siento, Tacita, debería haber acabado con esto en el bosque» .

Bajo el arma.

El monitor sigue parpadeando. Pulso, presión arterial, respiración, temperatura. El crío al que he derribado vuelve a estar de pie, apoyado en la puerta, masajeándose el cuello con una mano mientras sostiene la pistola con la otra. Lanza una mirada asesina hacia mi cama.

—Esto es para relajarte —murmura la mujer de la voz suave y los ojos amables—. Un pinchacito.

El mordisco de la aguja. Las paredes desaparecen y se convierte en una nada incolora. Pasan mil años. El talón del tiempo me reduce a polvo. Las voces se arrastran, los rostros se dilatan. La fina espuma que tengo debajo se disuelve. Estoy flotando sobre un interminable océano blanco.

Una voz incorpórea emerge de la niebla.

—Y, ahora, vamos a regresar al problema de las ratas, ¿te parece?

Vosch. No lo veo. Su voz no se origina en ningún punto, sino que surge de todas partes y de ninguna, como si lo tuviera dentro.

—Has perdido tu hogar. Y el encantador hogar (el único hogar) que has encontrado para sustituir al tuyo está plagado de alimañas. ¿Qué puedes hacer? ¿Qué opciones tienes? ¿Resignarte a vivir en paz con esas criaturas destructivas o exterminarlas antes de que destruyan tu nuevo hogar? ¿Te dices: « Las ratas son animales asquerosos, pero no dejan de ser seres vivos con los mismos derechos que yo » ? ¿O te dices: « Estas ratas y yo somos incompatibles. Si quiero vivir aquí, ellas deben morir » ?

Desde miles de kilómetros de distancia, oigo el pitido del monitor que marca el latido de mi corazón. El mar se ondula. Yo me elevo y caigo con cada onda de la superficie.

—Pero, en realidad, no tiene que ver con las ratas. —Su voz cae, dura, densa como un trueno—. Nunca ha tenido nada que ver. La necesidad de exterminarlas es un hecho. Es el método lo que te inquieta. El verdadero problema, el problema fundamental, son las rocas.

La cortina blanca se descorre. Sigo flotando, pero ahora estoy muy por encima de la Tierra, en un vacío negro repleto de estrellas; el sol besa el horizonte y pinta la superficie del planeta que tengo debajo de un dorado reluciente. El monitor pita como loco y una voz dice:

—Mierda.

Y después, Vosch:

—Respira, Marika. Estás completamente a salvo.

« Completamente a salvo ». Así que por eso me han sedado. Si no lo hubieran hecho, es probable que el corazón se me hubiera parado de la conmoción. El

efecto es tridimensional, indistinguible de la realidad, salvo que, en el espacio, no estaría respirando. Ni oyendo la voz de Vosch en un sitio en el que el sonido no existe.

—Esta es la Tierra como era hace sesenta y seis millones de años. Preciosa, ¿verdad? Paradisiaca. Inmaculada. La atmósfera antes de que la envenenaseis. El agua antes de que la contaminaseis. La tierra repleta de vida antes de que vosotros, como los roedores que sois, la hicierais jirones para satisfacer vuestros voraces apetitos y construir vuestros sucios nidos. Podría haber permanecido impoluta otros sesenta y seis millones de años, sin mancillar por vuestra glotonería mamífera, de no ser por un encuentro fortuito con un visitante alienígena del tamaño de una cuarta parte de Manhattan.

Pasa silbando junto a mí, con su superficie irregular llena de agujeros de viruela, y tapa las estrellas en su caída en picado hacia el planeta. Cuando atraviesa la atmósfera, la parte inferior del asteroide empieza a brillar. Amarillo chillón y después blanco.

—Y así quedó sellado el destino del planeta. Por una roca.

Ahora estoy de pie en las orillas de un vasto mar poco profundo, observando la caída del asteroide, un punto diminuto, un guijarro insignificante.

—Cuando se pose el polvo del impacto, tres cuartos de la vida de la Tierra habrán desaparecido. El mundo se acaba. El mundo empieza de nuevo. La humanidad debe su existencia a un caprichito cósmico. A una roca. Si lo piensas, es increíble.

El suelo tiembla. Un estallido lejano, seguido de un espeluznante silencio.

—Y ahí reside el misterio, el acertijo que has estado evitando, porque enfrentarse al problema sacude hasta los mismísimos cimientos, ¿no? Desafía cualquier explicación. Convierte en discordante todo lo acontecido, en algo absurdo y sin sentido.

El mar se agita; el vapor se arremolina. El agua hierve. Un gigantesco muro de polvo y piedra pulverizada ruge hacia mí, tapando el cielo. Un chillido agudo flota en el aire, como si fuera el grito de un animal moribundo.

—No hace falta que señale lo obvio, ¿verdad? Llevas mucho tiempo dándole vueltas a la pregunta.

No puedo moverme. Sé que no es real, pero mi pánico sí lo es cuando el atronador muro de vapor y polvo cae sobre mí. Un millón de años de evolución me han enseñado a confiar en mis sentidos, y la parte primitiva de mi cerebro no escucha a la parte racional, que grita a todo volumen, como un animal moribundo: « No es real, no es real, no es real » .

—Pulsos electromagnéticos. Barras metálicas gigantes que llueven del cielo. Plaga vírica... —Alza la voz con cada palabra, y las palabras son como truenos o como el talón de una bota al caer—. Agentes durmientes implantados en cuerpos humanos. Ejércitos de niños con el cerebro lavado. ¿Qué es esto? Esa es la

pregunta principal. La única que realmente importa: ¿por qué molestarse con todo esto cuando lo único que se necesita es una roca muy, muy grande?

La ola me barre y yo me ahogo.

Paso milenios enterrada.

Varios kilómetros por encima de mí, el mundo se despierta. En las frescas sombras que se acumulan en el suelo del bosque tropical, una criatura con forma de rata excava en busca de raíces más tiernas. Sus descendientes domarán el fuego, inventarán la rueda, descubrirán las matemáticas, crearán poesía, reconducirán ríos, arrasarán bosques, construirán ciudades y explorarán el espacio profundo. Por ahora, sin embargo, lo único que importa es encontrar comida y permanecer viva lo bastante tiempo como para engendrar más criaturas con forma de rata.

Aniquilado en fuego y polvo, el mundo renace convertido en un roedor hambriento que excava en la tierra.

El reloj avanza. Nerviosa, la criatura olisquea el aire cálido y húmedo. El latido metronómico del reloj se acelera, y yo subo hacia la superficie. Cuando emerjo del polvo, la criatura se ha transformado: está sentada en una silla junto a mi cama y lleva puestos unos vaqueros tiesos de tan sucios y una camiseta desgarrada. Encorvado, sin afeitar, con mirada hueca, el inventor de la rueda, el heredero, el cuidador, el despilfarrador.

Mi padre.

El pitido del monitor. El goteo de la intravenosa, las sábanas rígidas, la almohada dura y los tubos que me serpentean por los brazos. Y el hombre sentado al lado de la cama, cetrino y sudoroso, cubierto de suciedad, inquieto, tirándose de la camisa, nervioso, con los ojos inyectados en sangre, y los labios hinchados y húmedos.

—Marika.

Cierro los ojos. «No es él, es la droga que te ha inyectado Vosch».

De nuevo:

—Marika.

—Cierra la boca, no eres real.

—Marika, tengo que contarte algo. Algo que deberías saber.

—No entiendo por qué me estás haciendo esto —le digo a Vosch, porque sé que me observa.

—Te perdono —dice mi padre.

Me quedo sin aliento. Noto un dolor agudo en el pecho, como un cuchillo que me atraviesa.

—Por favor —le suplico a Vosch—. No me hagas esto.

—Tenías que marcharte —dice mi padre—. No te dejé elección y, de todos modos, lo que me pasó fue culpa mía, joder. Tú no me convertiste en borracho.

Siguiendo mi instinto, me tapo las orejas con las manos. Pero su voz no está en el cuarto, sino dentro de mí.

—No duré mucho después de que te marcharas —dice mi padre, intentando tranquilizarme—. Solo un par de horas.

Logramos llegar hasta Cincinnati. Poco más de ciento cincuenta kilómetros. Entonces se le acabó el alijo. Me suplicó que no lo abandonara, pero yo sabía que si no encontraba alcohol deprisa, se moriría. Encontré un poco (una botella de vodka escondida debajo de un colchón) después de entrar por la fuerza en dieciséis casas, si es que se puede decir que aquello fuera entrar por la fuerza, teniendo en cuenta que estaban todas abandonadas y que lo único que tuve que hacer fue entrar por una ventana rota. Me alegré tanto de encontrar aquella botella que llegué a besarla.

Pero era demasiado tarde. Ya estaba muerto cuando regresé a nuestro campamento.

—Sé que te culpas por eso, pero habría muerto de todos modos, Marika. De todos modos. Hiciste lo que creíste que debías hacer.

No hay forma de esconderse de su voz, ni tampoco de huir de ella. Abro los ojos y miro a los suyos.

—Sé que esto es mentira. No eres real.

Sonríe. La misma sonrisa que esbozaba cuando me veía hacer un movimiento especialmente bueno en una partida. El profesor encantado.

—¡Eso es lo que he venido a decirte!

Se restriega los largos dedos por los muslos, y veo que tiene tierra incrustada debajo de las uñas.

—Esa es la lección, Marika. Eso es lo que quieren que entiendas.

Mano cálida en piel fría: me está tocando el brazo. La última vez que sentí su mano en la mejilla fue para darme unas fuertes bofetadas mientras me sujetaba con la otra. «¡Zorra! No me abandones. ¡No me abandones nunca, zorra!». Enfatizaba cada «zorra» con una bofetada. Se le había ido la cabeza. Veía cosas que no estaban allí en la profunda oscuridad que nos aplastaba cada noche. Oía cosas en el terrible silencio que amenazaba con ahogarnos todos los días. La noche en que murió, se despertó gritando, arañándose los ojos. Decía que tenía bichos dentro, que los sentía arrastrarse por ellos.

Aquellos mismos ojos hinchados me miran ahora. Y las marcas de arañazos que los rodean siguen frescas. Otro círculo, otro cordón plateado: ahora soy yo la que ve cosas, la que oye cosas, la que siente cosas que no están ahí en el terrible silencio.

—Primero nos enseñaron a no confiar en ellos —susurra—. Después, a no confiar los unos en los otros. Ahora nos enseñan que ni siquiera podemos confiar en nosotros mismos.

Y yo susurré:

—No lo entiendo.

Se desvanece. A medida que me hundo cada vez más en las oscuras profundidades, mi padre se pierde en una luz sin fondo. Me da un beso en la frente. Una bendición. Una maldición.

—Ahora les perteneces a ellos.



La silla vuelve a estar vacía. Estoy sola. Entonces me recuerdo que ya estaba sola cuando la silla no estaba vacía. Espero a que se me calme el latido del corazón. Me obligo a mantener la tranquilidad, a controlar la respiración. La droga completará su recorrido por mi cuerpo y no me pasará nada. «Estás a salvo —me digo—. Completamente a salvo».

El recluta rubio al que pegué en el cuello entra en el cuarto. Lleva una bandeja de comida: un trozo de misteriosa carne gris, patatas, una pastosa pila de alubias y un vaso alto con zumo de naranja. Deja la bandeja junto a la cama, pulsa el botón para ponerme sentada, gira la bandeja para colocármela delante y se queda ahí, con los brazos cruzados, como si esperase algo.

—Ya me dirás a qué sabe —susurra, ronco—. No puedo comer nada sólido hasta que pasen otras tres semanas.

Tiene la piel clara, lo que hace que sus ojos castaños y hundidos parezcan aún más profundos. No es grande; no es musculoso como Zombi ni corpulento como Bizcocho. Es alto y delgado, cuerpo de nadador. Transmite una intensidad tranquila, tanto en su forma de comportarse como, sobre todo, en los ojos, bajo cuya superficie se adivina una fuerza cuidadosamente contenida, expectante.

No sé bien qué quiere que le diga.

—Lo siento.

—Ha sido un golpe a traición. —Se pone a tamborilear con los dedos en el antebrazo—. ¿No vas a comer?

Sacudo la cabeza.

—No tengo hambre.

¿Es real esta comida? ¿Es real el chico que me la trae? La incertidumbre de mi experiencia me aplasta. Me ahogo en un mar infinito. Me hundo despacio, el peso de las profundidades en tinieblas me obliga a descender, me arrebató el aire de los pulmones, me exprime el corazón y me lo deja sin sangre.

—Bébetelo el zumo —me regaña—. Me han dicho que, al menos, tienes que beberte el zumo.

—¿Por qué? —consigo preguntar—. ¿Qué hay en el zumo?

—¿No estás un poco paranoica?

—Un poco.

—Te acaban de sacar casi medio litro de sangre. Así que me han pedido que me asegure de que te bebes el zumo.

No recuerdo que me hayan sacado sangre. ¿Ha sido mientras yo «hablaba» con mi padre?

—¿Para qué me sacan sangre?

Mirada impasible.

—Déjame ver si lo recuerdo. Como me lo cuentan todo...

—¿Qué te han contado? ¿Por qué estoy aquí?

—Se supone que no debo hablar contigo —responde, y después añade—: Nos han contado que eres una prisionera muy importante. —Sacude la cabeza—. No lo entiendo. En los viejos tiempos, los Dorothy simplemente... desaparecían.

—No soy una Dorothy.

—No hago preguntas —responde, encogiéndose de hombros.

Pero necesito que me responda algunas.

—¿Sabes qué le ha pasado a Tacita?

—Huyó con la cuchara, según he oído.

—Lo de la canción es un plato, no una taza.

—Era un chiste.

—No lo entiendo.

—Pues nada, que te den.

—La niña que han traído conmigo en el helicóptero. Malherida. Necesito saber si sigue con vida.

—Ahora mismo me pongo a averiguarlo —responde asintiendo, muy serio.

No estoy utilizando la táctica correcta. La gente nunca se me ha dado bien. Mi apodo en el colegio era la Reina Marika y una docena de variaciones sobre el mismo tema. A lo mejor debería establecer alguna relación que vaya más allá del «vete a freír espárragos».

—Me llamo Hacha.

—Fantástico. Debes de sentirte muy satisfecha.

—Me resultas familiar. ¿Estabas en Campo Asilo?

Empieza a decir algo, pero se calla.

—Mis órdenes son no hablar contigo.

Casi le respondo: «Entonces ¿por qué lo haces?». Pero me contengo.

—Puede que sea buena idea. No quieren que sepas lo que sé yo.

—Oh, sé lo que sabes tú: que es todo mentira, que el enemigo nos ha engañado, que nos utilizan para acabar con los supervivientes, bla, bla, bla. La típica mierda de los que se vuelven Dorothy.

—Es lo que pensaba antes —reconozco—. Ahora no estoy tan segura.

—Ya lo averiguarás.

—Lo haré.

Rocas, ratas y formas de vida que evolucionan lo bastante como para no necesitar cuerpos físicos. Lo averiguaré, pero seguramente lo haré demasiado tarde, aunque puede que ya lo sea. ¿Por qué me han sacado sangre? ¿Por qué me mantiene Vosch con vida? ¿Qué puedo tener yo que él necesite? ¿Por qué me necesitan, por qué necesitan a este chico rubio o a cualquier humano? Si han logrado diseñar genéticamente un virus que mata a nueve de cada diez personas,

¿por qué no a diez de cada diez? O, como ha dicho Vosch, ¿por qué molestarse con todo eso si solo se necesita una roca muy grande?

Me duele la cabeza. Estoy marcada. Tengo arcadas. Echo de menos ser capaz de pensar con claridad. Antes era lo que más me gustaba en el mundo.

—Bébetelo maldito zumo para que pueda irme.

—Dime tu nombre y me lo bebo.

Vacila, pero responde:

—Navaja.

Me bebo el zumo. Él recoge la bandeja y se va. Al menos he conseguido su nombre; una victoria menor.

La mujer de la bata blanca aparece. Dice que se llama doctora Claire. Lleva el cabello, ondulado y oscuro, peinado hacia atrás. Ojos del color del cielo otoñal. Huele a almendras amargas, que también es el olor del cianuro.

—¿Para qué me habéis sacado sangre?

Sonríe.

—Porque, como Hacha es tan dulce, hemos decidido hacer cien clones suyos.

Lo dice sin una pizca de sarcasmo. Desconecta la intravenosa y da un paso atrás a toda prisa, como si temiera que yo saltara de la cama y la estrangulara. Es cierto que en algún momento se me ha ocurrido estrangularla, pero preferiría matarla a puñaladas con una navaja suiza. No sé cuántas puñaladas harían falta. Seguramente muchas.

—Otra cosa que no tiene sentido —le digo—. ¿Para qué descargar tu conciencia en un cuerpo humano si puedes clonar tantas versiones de ti como desees en tu nave nodriza? Riesgo cero.

Sobre todo si una de las descargas se puede poner en plan Evan Walker y enamorarse de una chica humana.

—Bien visto —dice, asintiendo con total seriedad—. Lo comentaré en la siguiente reunión de planificación. A lo mejor tenemos que volver a replantearnos todo el tema de la invasión y tal. —Hace un gesto hacia la puerta—. Sal.

—¿Adónde?

—Ya lo descubrirás. No te preocupes —añade Claire—. Lo vas a disfrutar.

No vamos demasiado lejos, apenas dos puertas más abajo. La habitación es sobria, solo un lavabo, un armario, un váter y una ducha.

—¿Cuánto hace que no te has dado una ducha en condiciones? —me pregunta.

—Desde Campo Asilo. La noche antes de dispararle una bala en el corazón a mi sargento instructor.

—¿Eso hiciste? —pregunta, como si nada, como si acabara de contarle que antes vivía en San Francisco—. Ahí tienes la toalla. Cepillo de dientes, peine y desodorante en el armario. Estaré al otro lado de la puerta. Llama si necesitas algo.

Sola, abro el armario. Desodorante en *roll-on*. Un peine. Un tubo de pasta de dientes tamaño viaje. Un cepillo de dientes en un envoltorio de plástico. No hay seda dental. Esperaba que hubiera seda dental. Pierdo un par de minutos dándole vueltas a cómo afilar el extremo del cepillo de dientes para convertirlo en un

instrumento cortante. Después me quito el mono, me meto en la ducha y pienso en Zombi, no porque esté desnuda en la ducha, sino porque lo recuerdo hablando de Facebook, de los restaurantes de comida rápida, de los timbres de entrada a clase y de la interminable lista de todas las cosas perdidas, como las patatas fritas grasientas, las librerías rancias y las duchas calientes. Pongo la temperatura al máximo de lo que soy capaz de soportar y dejo que el agua me llueva encima hasta que se me arrugan las puntas de los dedos. Jabón de lavanda. Champú afrutado. El duro bultito del diminuto transmisor rueda bajo mis dedos. «Ahora les perteneces a ellos».

Lanzo el bote de champú contra la pared de la ducha. Pego puñetazos en los azulejos una y otra vez, hasta que se me abre la piel de los nudillos. Mi ira es mayor que la suma de todas las cosas perdidas.

Vosch me espera cuando vuelvo al cuarto, dos puertas más abajo. No dice nada mientras Claire me venda la mano: se limita a guardar silencio hasta que estamos solos.

—¿Qué has logrado con eso? —me pregunta.

—Necesitaba demostrarme algo.

—¿El dolor es la única prueba de vida que vale?

Sacudo la cabeza.

—Sé que estoy viva.

El asiente, pensativo.

—¿Te gustaría verla?

—Tacita está muerta.

—¿Por qué lo crees?

—No hay ninguna razón para mantenerla con vida.

—Correcto, si partimos de la hipótesis de que la única razón para mantenerla con vida es manipularla. De verdad, ¿qué narcisista es la juventud de hoy en día!

Pulsa el botón de la pared. Una pantalla desciende del techo.

—No puedes obligarme a ayudarte.

Reprimo el pánico que empieza a resurgir, el pánico a perder el control sobre algo cuyo control nunca he tenido.

Vosch levanta la mano; en la palma veo un objeto verde reluciente del tamaño y la forma de una gran cápsula de gel. De un extremo sobresale un cable fino como un cabello.

—Este es el mensaje.

Las luces bajan de intensidad. La pantalla cobra vida entre parpadeos. La cámara sobrevuela un campo de trigo arrasado por el invierno. A lo lejos, una granja y un par de construcciones anexas, un granero oxidado. Una figura diminuta sale dando traspiés de una arboleda que bordea el campo y avanza

tambaleándose a través de los tallos rotos y secos hacia el grupo de edificios.

—Ese es el mensajero.

Desde esta altura no sé decir si es niño o niña, solo que es pequeño. ¿De la edad de Frijol? ¿Menor?

—Centro de Kansas —sigue explicando Vosch—. Ayer, aproximadamente a las trece horas.

Otra figura aparece en los escalones del porche. Al cabo de un minuto, sale otra persona. El niño empieza a correr hacia ellos.

—No es Tacita —susurro.

—No.

Corre a través de las crujientes cascarillas hacia los adultos que lo observan sin moverse, uno de ellos armado. No hay sonido, lo que hace que, de algún modo, todo resulte más horrible.

—Es un instinto muy antiguo: en momentos de gran peligro, desconfía de los desconocidos. No confíes en nadie de fuera de tu círculo.

Me pongo tensa. Sé cómo acaba esto, lo he vivido. El hombre con el arma: y o. El niño que corre hacia él: Tacita.

El niño cae. Se levanta. Corre. Cae de nuevo.

—Sin embargo, existe otro instinto mucho más antiguo, tan viejo como la vida, uno que es casi imposible de superar para la mente humana: proteger a los niños a toda costa. Conservar el futuro.

El niño sale del trigo, entra en el patio y cae por última vez. El que va armado no baja el fusil, aunque su compañero corre a por el niño caído y lo levanta del suelo helado. El armado les bloquea el camino a la entrada de la casa. El cuadro se mantiene así varios segundos.

—Lo importante es el riesgo —comenta Vosch—. Tú te diste cuenta hace mucho tiempo. Así que, por supuesto, sabes quién ganará la discusión. Al fin y al cabo, ¿cuánto riesgo puede suponer un niño? Hay que proteger a los niños y conservar el futuro.

La persona que lleva al niño esquivo al hombre del arma y corre escalones arriba al interior de la casa. El del arma deja caer la cabeza, como si rezara, y después la levanta, como si suplicara. Por último se vuelve y entra en la casa. Los minutos se alargan.

A mi lado, Vosch murmura:

—El mundo es un reloj.

La granja, los anexos, el granero, los campos marrones y los números borrosos que avanzan en el reloj al pie de la pantalla, que marca los segundos centésima a centésima. Sé lo que ocurrirá, aunque doy un respingo cuando el relámpago silencioso borra la escena. Después, olas de polvo y escombros, y nubes de humo: el trigo arde, se consume en cuestión de segundos, tierna leña para el fuego. Donde estaban los edificios, ahora hay un cráter, un agujero negro

horadado en la Tierra. La pantalla se funde en negro y vuelve a esconderse en el techo. Las luces no aumentan de intensidad.

—Quiero que lo entiendas —dice Vosch amablemente—. Te preguntabas por qué nos quedábamos con los pequeños, los que eran demasiado jóvenes para luchar.

—No lo entiendo.

Una diminuta figura en medio de varios acres marrones, vestida con peto vaquero, descalza, corriendo por el trigo.

Él malinterpreta mi confusión.

—El dispositivo dentro del cuerpo del niño está calibrado para detectar fluctuaciones mínimas en el dióxido de carbono, componente principal del aliento humano. Cuando el CO<sub>2</sub> alcanza cierto umbral, lo que indica la presencia de múltiples objetivos, el dispositivo estalla.

—No —susurro.

Lo llevaron dentro, lo envolvieron en una manta calentita, le dieron agua, le lavaron la cara. El grupo se reunió a su alrededor y lo bañó en su aliento.

—Habrían muerto igual si hubieras dejado caer una bomba.

—Esto no tiene que ver con los muertos —suelta, impaciente—. Nunca ha tenido nada que ver.

Las luces se encienden, la puerta se abre y entra Claire empujando un carrito metálico, seguida de su colega de bata blanca y de Navaja, que me mira, para después apartar la mirada. Eso me inquieta más que el carro con su juego de jeringas: que no sea capaz de mirarme.

—Eso no cambia nada —digo, alzando la voz—. Me da igual lo que hagas. Ya ni siquiera me importa Tacita. Me mataré antes que ayudarte.

Él sacude la cabeza y responde:

—No me estás ayudando.

Claire me ata una correa de goma al brazo y me da unos toquecitos en el interior del codo para que resalte una vena. Navaja se ha colocado al otro lado de la cama. El hombre de la bata blanca (no me han dicho su nombre) está junto al monitor, con un cronómetro en la mano. Vosch se inclina sobre el fregadero y me observa con un brillo despiadado en los ojos, como los cuervos del bosque el día que disparé a Tacita: curiosos, pero curiosamente indiferentes. Entonces comprendo que Vosch tiene razón: la respuesta a su llegada no es la ira. La respuesta es lo contrario de la ira. La única respuesta posible es lo contrario de todas las cosas, como el hoyo donde antes estaba la granja: nada en absoluto. Ni odio, ni rabia, ni miedo, ni nada de nada. Espacio vacío. La fría indiferencia del ojo del tiburón.

—Demasiado alto —murmura el señor Bata Blanca, mirando el monitor.

—Primero, algo para relajarte —dice Claire, y me introduce la jeringa en el brazo. Miro a Navaja. Él aparta la vista.

—Mejor —dice Bata Blanca.

—Me da igual lo que me hagáis —informo a Vosch.

Noto la lengua hinchada y torpe.

—No importa —responde, y hace un gesto con la cabeza a Claire, que recoge la segunda jeringa.

—Introducción del nodo a mi señal —dice ella.

¿El nodo?

—Ajá —responde Bata Blanca—. Con cuidado.

Mira el monitor cuando mi ritmo cardiaco aumenta un punto.

—No tengas miedo —me dice Vosch—. No te hará daño.

Claire lo mira, sorprendida. Él se encoge de hombros.

—Bueno, hemos hecho pruebas.

Vosch mueve rápidamente el dedo como diciendo: «Empieza de una vez».

Peso diez millones de toneladas. Mis huesos son de hierro; el resto, de piedra. No noto la aguja que me entra en el brazo. Claire dice:

—Ahora.

Y Bata Blanca pulsa el cronómetro. El mundo es un reloj.

—Los muertos tienen su recompensa —comenta Vosch—. Son los vivos, tú y yo, los que todavía tienen un trabajo pendiente. Llámalo como quieras: destino, suerte, providencia... Te ha dejado en mis manos para que seas mi instrumento.

—Anexándolo a la corteza cerebral.

Esa es Claire. Su voz me llega amortiguada, como si me hubieran llenado de algodón los oídos. Giro la cabeza hacia ella. Pasan mil años.



—Ya has visto uno antes —dice Vosch, a mil kilómetros de distancia—. En la sala de examen, el día que llegaste a Campo Asilo. Te dijimos que era cerebro humano infestado por una forma de vida alienígena. Era mentira.

Oigo la respiración de Navaja, alta, como el aliento de un buceador a través de un regulador.

—En realidad, es un nodo de control microscópico fijado a la corteza prefrontal de tu cerebro. Una CPU, por así decirlo.

—Encendiendo. Tiene buena pinta —informa Claire.

—No para controlarte a ti... —dice Vosch.

—Introduciendo primera matriz.

La aguja lanza destellos bajo la luz fluorescente. Motas negras suspendidas en fluido ámbar. No siento nada cuando me la inyecta en la vena.

—Sino para coordinar a los, aproximadamente, cuarenta mil huéspedes mecanizados a los que vas a alojar.

—Temperatura: treinta y siete con cinco —dice Bata Blanca.

Navaja a mi lado, respirando.

—Las ratas prehistóricas tardaron millones de años y mil generaciones en alcanzar la etapa actual de la evolución humana —explica Vosch—. Tú tardarás unos días en pasar a la siguiente.

Enlace con la primera matriz, completado —dice Claire, inclinándose de nuevo sobre mí. Aliento a almendras amargas—. Introduciendo segunda matriz.

La habitación es como un horno. Estoy empapada en sudor. Bata Blanca anuncia que mi temperatura es de treinta y ocho.

—La evolución es un asunto muy lioso —sigue Vosch—. Hay muchos arranques en falso y callejones sin salida. Algunos candidatos no son anfitriones adecuados. Sus sistemas inmunitarios se desmoronan o sufren una disonancia cognitiva permanente. Hablando claro, se vuelven locos.

Estoy ardiendo. Me corre fuego por las venas. Me fluye agua de los ojos, me baja por las sienes y se me acumula en las orejas. Veo el rostro de Vosch inclinado sobre la superficie del mar ondulante de mis lágrimas.

—Pero tengo fe en ti, Marika. No has atravesado fuego y sangre solo para caer ahora. Serás el puente que conecte lo que era con lo que será.

—La estamos perdiendo —anuncia Bata Blanca con voz temblorosa.

—No —murmura Vosch poniéndome una mano fría en la húmeda mejilla—. La hemos salvado.

Ya no hay día ni noche, tan solo el brillo estéril de las luces fluorescentes, y esas luces nunca se apagan. Calculo las horas por las visitas de Navaja, tres veces al día para llevarme una comida que no logro retener.

No consiguen controlarme la fiebre. No consiguen estabilizarme la presión arterial. No consiguen calmarme las náuseas. Mi cuerpo está rechazando las once matrices diseñadas para mejorar cada uno de mis sistemas biológicos, cuatro mil unidades en cada matriz, lo que suma un total de cuarenta y cuatro mil invasores robóticos microscópicos navegando por mis venas.

Estoy hecha una mierda.

Después de cada desayuno, Claire entra para examinarme, juega con mis medicinas y hace comentarios crípticos como: «Será mejor que empieces a sentirte bien» o «Se te está agotando el tiempo». O comentarios sarcásticos como: «Empiezo a pensar que lo de la roca grande no era tan mala idea». Parece resentida porque he reaccionado mal después de que me abarrotara el cuerpo de mecanismos alienígenas.

—En realidad, no puedes hacer nada al respecto —me dijo una vez—. El procedimiento es irreversible.

—Hay una cosa.

—¿El qué? Ah, claro. Hacha, la insustituible. —Se sacó del bolsillo de la bata blanca el dispositivo con el interruptor asesino y lo sostuvo en alto—. Te tengo conectada. Pulsaré el botón. Adelante. Pídemelo que pulse el botón.

Esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Pulsa el botón —le pedí.

Ella se rio en voz baja.

—Es asombroso. Siempre que empiezo a preguntarme qué ve en ti, dices algo así.

—¿Quién? ¿Vosch?

Perdió la sonrisa. Sus ojos se quedaron vacíos, como los del tiburón.

—Si no te adaptas, daremos por terminada la actualización.

«Daremos por terminada la actualización».

Me quitó las vendas de los nudillos. No había costras, ni moratones, ni cicatrices. Como si no hubiera sucedido. Como si no hubiera estrellado el puño contra una pared hasta dar con hueso. Pensé en Vosch, que apareció en mi cuarto completamente curado días después de haberle aplastado la nariz y dejarle los ojos morados. Y en Sullivan, que me había contado que Evan Walker, después de acabar destrozado por la metralla, logró infiltrarse unas horas más tarde en una instalación militar y acabar con ella él solito.

Primero se llevaron a Marika y la convirtieron en Hacha. Ahora han cogido a Hacha y la han «actualizado» para transformarla en otra persona completamente distinta. En alguien como ellos.

O en algo.

Ya no hay noche ni día, solo un continuo brillo estéril.

—¿Qué me han hecho? —le pregunto a Navaja un día, cuando me lleva otra comida incomedible.

No espero respuesta, pero él sí esperaba que le hiciera la pregunta. Debe de resultarle extraño que no lo haya hecho hasta ahora.

Se encoge de hombros y evita mirarme a los ojos.

—Veamos qué tenemos hoy en el menú. Oooh. ¡Pastel de carne! Chica con suerte.

—Voy a vomitar.

Él abre mucho los ojos.

—¿En serio? —pregunta, y mira a su alrededor, desesperado, en busca del contenedor de plástico para las vomitonas.

—Llévate la bandeja, por favor. No puedo.

Frunce el ceño.

—Te desenchufarán si no te dejas de historias.

—Podrían habérselo hecho a cualquiera. ¿Por qué me lo han hecho a mí?

—A lo mejor eres especial.

Sacudo la cabeza y respondo como si lo hubiera dicho en serio.

—No. Creo que es porque hay otra persona que sí lo es. ¿Juegas al ajedrez?

—¿Que si juego a qué? —pregunta, sorprendido.

—A lo mejor podemos jugar. Cuando me sienta mejor.

—Yo soy más de béisbol.

—¿En serio? Yo habría apostado por la natación. O el tenis.

Él ladea la cabeza y junta las cejas.

—Debes de sentirte fatal para estar conversando como si fueras medio humana.

—Soy medio humana. Literalmente. La otra mitad...

Me encojo de hombros y consigo hacerlo sonreír.

—Bueno, el sistema número 12 es suyo, está claro —responde.

¿El sistema número 12? ¿Qué quiere decir eso exactamente? No estoy segura, aunque sospecho que hace referencia a los once sistemas básicos del cuerpo humano.

—Descubrimos el modo de arrancarlos de los cadáveres de los infestados y... —Navaja deja la frase en el aire y echa una mirada avergonzada a la cámara—. De todos modos, tienes que comer. Los he oído hablar de una sonda nasogástrica.

—¿Esa es la historia oficial? Como El País de las Maravillas: estamos usando su tecnología contra ellos. Y tú te lo crees.

Se apoya en la pared, cruza los brazos sobre el pecho y tararea « Sigue el camino de baldosas amarillas ». Sacudo la cabeza. Asombroso. No es que las mentiras sean demasiado bonitas para resistirse a ellas, sino, más bien, que la verdad es demasiado fea.

—El comandante Vosch está implantando bombas en niños. Está convirtiendo a los críos en artefactos explosivos —le digo. Él tararea más alto—. Críos pequeños. De apenas uno o dos años. Los separan cuando llegan, ¿verdad? Estaban en Campo Asilo. A cualquiera que tenga menos de cinco años se lo llevan y no vuelves a verlo. ¿Has visto alguno? ¿Dónde están los niños, Navaja? ¿Dónde?

Deja de tararear lo bastante para decir:

—Cállate, Dorothy.

—Y ¿esto tiene sentido? ¿Llenar hasta arriba a una Dorothy de tecnología superior alienígena? Si el alto mando ha decidido « mejorar » a la gente para la guerra, ¿de verdad crees que elegirían a los locos?

—No lo sé. Te han elegido a ti, ¿no?

Recoge la bandeja de comida intacta y se dirige a la puerta.

—No te vayas.

Se vuelve, sorprendido. Me arde la cara. La fiebre debe de estar subiendo. Tiene que ser por eso.

—¿Por qué? —pregunta.

—Eres la única persona sincera con la que puedo hablar.

Se ríe. Es una buena risa, auténtica, real; me gusta, aunque tengo fiebre.

—¿Quién dice que sea sincero? Todos somos enemigos disfrazados, ¿no?

—Mi padre contaba una historia sobre seis hombres ciegos y un elefante. Un hombre palpaba la pata del elefante y decía que un elefante debía de parecerse a una columna. Otro palpaba la trompa y decía que un elefante debía de parecerse a la rama de un árbol. El ciego número tres palpaba la cola y decía que un elefante era como una cuerda. El cuarto palpaba el vientre: el elefante es como una pared. El quinto, la oreja: el elefante tiene forma de abanico. El sexto, un colmillo, así que el elefante debía de parecerse a una tubería.

Navaja me mira con rostro inexpresivo durante un buen rato; después, sonríe. Es una buena sonrisa; también me gusta.

—Es una historia preciosa. Deberías contarla en las fiestas.

—El tema es que desde el momento en que apareció su nave, todos hemos sido como ciegos palpando un elefante.

Bajo el continuo brillo estéril, calculo los días por las comidas que me trae y que se lleva intactas. Tres comidas, un día. Seis, dos días. Al décimo día, después de dejar la bandeja frente a mí, le pregunto:

—¿Por qué te molestas?

Mi voz ya es un graznido ronco, como la suya. Estoy empapada en sudor, me ha subido la fiebre, me palpita la cabeza y se me acelera el corazón. No responde. Navaja no me ha hablado durante las últimas diecisiete comidas. Parece nervioso, distraído, incluso enfadado. Claire también guarda silencio. Viene dos veces al día para cambiar la bolsa de la intravenosa, examinarme los ojos con un otoscopio, comprobar mis reflejos, cambiar la bolsa del catéter y vaciar el orinal. Cada seis comidas me toca un baño con esponja. Un día se trae una cinta métrica y me la enrolla en torno a los bíceps, supongo que para ver cuánta masa muscular he perdido. No veo a nadie más. Ni al señor Bata Blanca, ni a Vosch, ni a ningún padre muerto que Vosch me haya metido en la cabeza. No estoy tan pasada de vueltas como para no saber lo que hacen: me están velando, esperando a ver si las «mejoras» me matan.

Una mañana, está enjuagando el orinal cuando entra Navaja con mi desayuno, así que él espera en silencio hasta que ella acaba, y entonces lo oigo susurrar:

—¿Se está muriendo?

Claire sacude la cabeza. Es ambivalente: podría ser un no o un «tú sabes tanto como yo». Espero a que se vaya para decir:

—Pierdes el tiempo.

Él mira la cámara montada en el techo.

—Solo hago lo que me ordenan.

Levanto la bandeja y la lanzo al suelo. Él aprieta los labios, pero no dice nada. Limpia el desastre en silencio mientras yo jadeo, exhausta por el esfuerzo, chorreando sudor.

—Sí, recógelo. Haz algo útil.

Cuando se me dispara la fiebre, algo se me rompe dentro de la cabeza y me imagino que puedo sentir a los cuarenta y cuatro mil microbots que se mueven por mi torrente sanguíneo y al nodo, con su delicado encaje de tentáculos incrustados en todos los lóbulos, y comprendo lo que sintió mi padre en sus últimas horas, cuando se arañaba para someter a los insectos imaginarios que le reptaban bajo la piel.

—Zorra —jadeo.

Desde el suelo, Navaja me mira, sorprendido.

—Lárgate, zorra.

—Con mucho gusto —masculla él.

Está a gatas, utilizando un trapo mojado para limpiar el suelo, y me llega el olor ácido del desinfectante.

—Lo antes que pueda —añade.

Se levanta. Tiene las marfileñas mejillas ruborizadas. En pleno delirio, pienso que el color le resalta los reflejos caoba del pelo rubio.

—No va a funcionar —me asegura—. Lo de matarte de hambre. Así que será mejor que pienses en otra cosa.

Lo he intentado, pero no hay alternativa. Apenas soy capaz de levantar la cabeza. «Ahora les perteneces a ellos». Vosch, el escultor; mi cuerpo, la arcilla; pero no mi espíritu, no mi alma. Sin conquistar, sin aplastar, sin refrenar.

No tengo ataduras; ellos, sí. Languidece, muere o recupérate, pero la partida ha terminado, el gran maestro Vosch te hizo mate.

—Mi padre tenía un dicho favorito —le cuento a Navaja—: «Decimos que el ajedrez es el deporte de los reyes porque, a través del ajedrez, aprendemos a gobernar a los reyes».

—Otra vez con el ajedrez.

Suelta el trapo sucio en el fregadero y cierra de un portazo. Cuando vuelve con la siguiente comida, además de la bandeja, lleva consigo una caja de madera que me resulta familiar. Sin mediar palabra, Navaja recoge la comida y la tira a la basura, y echa la bandeja metálica en el fregadero, donde aterriza con estrépito. La cama vibra al maniobrarla para sentarme; después me coloca la caja delante.

—Decías que no jugabas —susurré.

—Enséñame.

Sacudo la cabeza y le digo a la cámara que tiene detrás:

—Buen intento, pero ya os lo podéis meter por el culo.

Navaja se ríe.

—No ha sido idea suya. Pero, hablando de culos, puedes apostar el tuyo a que primero he pedido permiso.

Abre la caja, saca el tablero y toquetea las piezas.

—Tenemos reinas, reyes, priones y estas cosas con forma de torres de vigilancia. ¿Por qué todas las piezas parecen personas o animales, salvo estas?

—Peones, no priones. Un prion es un agente infeccioso.

—Hay un tío en mi unidad que se llama así —responde, asintiendo.

—¿Peón?

—Prion. No tenía ni idea de qué puñetas era.

—Las estás colocando mal.

—Puede que sea porque no sé cómo narices se juega. Hazlo tú.

—No quiero.

—Entonces ¿te rindes?

—Abandonar. Se llama abandonar.

—Bueno es saberlo, porque tengo la sensación de que lo voy a necesitar.

Sonríe. No es la sonrisa de alto voltaje de Zombi, sino una más pequeña, más sutil, más irónica. Se sienta al lado de la cama y me llega un leve olor a chicle.

—¿Blancas o negras?

—Navaja, estoy demasiado débil para levantar...

—Pues me señalas adónde quieres ir y yo muevo por ti.

No se rinde. En realidad, no lo esperaba. A estas alturas, ya se han desecho de los indecisos y los cobardes. No quedan gallinas. Le explico dónde colocar las piezas y cómo se mueve cada una. Le describo las reglas básicas. Asiente a menudo con la cabeza y de palabra, pero me da la impresión de que me da la razón como a las locas. Después, jugamos y me lo cargo en cuatro movimientos. La siguiente partida se dedica a discutir y renegar: « ¡No puedes hacer eso! », « No me digas que no es la regla más estúpida del mundo » . A la tercera partida, estoy segura de que ya se arrepiente de su idea. Yo no me animo y él está cada vez más hundido.

—Es el juego más estúpido que se haya inventado —gimotea.

—El ajedrez no se inventó: se descubrió.

—¿Como América?

—Como las matemáticas.

—Conocí a chicas como tú en el instituto —dice, aunque lo deja ahí y se pone a montar el tablero de nuevo.

—Déjalo, Navaja, estoy cansada.

—Mañana traeré damas —avisa, como si fuera una amenaza.

Pero no lo hace. Bandeja, caja, tablero. Esta vez coloca las piezas en una configuración extraña: el rey negro en el centro, de cara a él, la reina en el borde, de cara al rey, tres peones detrás del rey a las diez, las doce y las dos en punto, un caballo a la derecha del rey, otro a su izquierda, un alfil justo detrás de él y, junto al alfil, otro peón. Entonces, Navaja me mira con su sonrisa seráfica.

—Vale —asiento, aunque no sé bien por qué.

—He inventado un juego. ¿Estás lista? Se llama... —Da unos golpecitos en la baranda de la cama a modo de redoble de tambor—. ¡Ajebol!

—¿Ajebol?

—Ajedrez-béisbol. Ajebol. ¿Lo pillas? —pregunta, mientras deja caer una moneda al lado del tablero.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Un cuarto de dólar.

—Ya sé que es un cuarto de dólar.

—En el juego, es la pelota. Bueno, en realidad no es la pelota, sino que la representa. O representa lo que pasa con la pelota. Si te callas un segundo, te



explico las reglas.

—No estaba hablando.

—Bien. Me das dolor de cabeza cuando hablas. Insultos y citas de Yoda sobre el ajedrez, además de esas historias crípticas de elefantes. ¿Quieres jugar o no?

No espera a la respuesta. Coloca un peón blanco justo frente a la reina negra y dice que es él, el bateador.

—Deberías salir con la reina. Es la más poderosa.

—Por eso es ella la que batea la cuarta —responde, sacudiendo la cabeza como si le pasara mi ignorancia—. Es muy sencillo: posición defensiva, que eres tú, lanza la moneda primero. Si sale cara, es un *strike*. Si sale cruz, es bola.

—Una moneda no sirve —comento—. Hay tres posibilidades: *strike*, bola o *hit*.

—En realidad, hay cuatro, si cuentas los *fouls*. Tú preocúpate del ajedrez, que yo me encargo del béisbol.

—Ajebol —lo corrijo.

—Lo que tú digas. Si te sale cruz, es bola y la lanzas de nuevo. Pero si sale cara, yo me quedo la moneda. Así tengo una oportunidad de conectar un *hit*. Cara, conecto; cruz, fallo. Si fallo, es *strike* uno. Y así sucesivamente.

—Lo entiendo. Y si sale cara, yo recupero la moneda para ver si puedo atraparla. Si sale cruz, te elimino...

—¡Mal! ¡Muy mal! No, primero lanzo y o tres veces. Cuatro, si consigo DC.

—¿DC?

Doble cruz. Eso es un triple. Con un DC consigues otro lanzamiento de moneda: cara es un *homerun*; cruz, un triple. Dos veces cara es un sencillo; cara-cruz es un doble.

—¿Y si empezamos a jugar y me vas explicando...?

—Entonces es cuando recuperas la moneda para ver si consigues atrapar mi posible sencillo, doble, triple o *homerun*. Cara, me quedo fuera. Cruz, sigo en la base. —Respira hondo—. A no ser que sea un *homerun*, claro.

—Claro.

—¿Te burlas de mí? Porque no sé...

—Solo intento asimilar...

—Es que suena como si te burlaras. No tienes ni idea de lo que he tardado en inventarme esto. Es bastante complejo. Vamos, que no es el juego de los reyes, pero ya sabes cómo llaman al béisbol, ¿no? El pasatiempo nacional. Al béisbol lo llaman el pasatiempo nacional porque, cuando lo jugamos, aprendemos a controlar el tiempo. O el pasado. Una de las dos cosas.

—Ahora eres tú el que se burla de mí.

—En realidad, soy el único que se burla de ti ahora mismo. —Se queda esperando. Sé lo que espera—. Nunca sonríes.

—¿Importa?

—Una vez, cuando era pequeño, me reí tanto que me hice pis encima. Estábamos en el parque de atracciones de Six Flags. En la noria.

—¿Qué te hizo reír?

—No me acuerdo. —Me desliza la mano bajo la muñeca y me levanta el brazo para ponerme el cuarto de dólar en la palma—. Lanza la puñetera moneda para que podamos jugar.

No quiero herir sus sentimientos, pero el juego no es tan complejo. Se emociona mucho con su primer *hit*, levanta el puño con ademán triunfal y procede a mover las piezas negras por el tablero mientras anuncia la jugada imitando la voz ronca y chillona del presentador, como un niño que juega con sus muñecos coleccionables.

—¡Al fondo del campo central!

El peón del campo central se desliza hasta la segunda base, el segundo bateador alfil y el peón *shortstop* retroceden, y el peón del jardín izquierdo sube corriendo y después se desplaza hacia el centro. Eso lo hace con una mano, mientras con la otra manipula la moneda, dándole vueltas entre los dedos como si fuera una pelota que gira en su trayectoria de vuelo, bajándola como a cámara lenta para aterrizar en la parte central izquierda del campo. Es tan ridículo y pueril que me habría hecho sonreír si todavía fuera capaz de sonreír.

—*Safe!* —grita Navaja.

No, pueril no, infantil. Ojos febriles y relucientes, voz que aumenta de volumen por la emoción... Vuelve a tener diez años. No se ha perdido todo, no se ha perdido lo más importante.

Su siguiente bateo es un *hit* flojo que cae entre la primera base y el jardín derecho. Navaja recrea un dramático choque entre mi jardinero y el base, el primera base se desliza hacia atrás, el jardinero derecho se desliza hacia arriba y ¡pum! Navaja se desternilla de risa con el impacto.

—¿Y eso no sería un error? —pregunto—. Es una bola fácil de atrapar.

—¿Fácil de atrapar? Hacha, no es más que un juego tonto que me he inventado en cinco minutos con un puñado de piezas de ajedrez y un cuarto de dólar.

Dos *hits* más; está cinco carreras por encima al final del primer *inning*. Siempre se me han dado fatal los juegos de azar. Siempre los he odiado por ese motivo. Navaja debe de percatarse de que me empieza a flaquear el entusiasmo, así que eleva el volumen de los comentarios mientras mueve las piezas de un lado a otro (a pesar de que le puntualizo que son mis piezas, y a que yo estoy en la defensa). Otra bola al fondo del jardín izquierdo. Otro *float*er detrás de la primera base. Otro choque del primera base contra el jardinero. No sé si se repite porque cree que es divertido o porque tiene un grave problema de falta de imaginación. Por una parte, creo que debería tomármelo como un ultraje a los jugadores de

ajedrez del mundo entero.

Cuando llegamos al tercer *inning*, estoy agotada.

—¿Y si seguimos esta noche? —le sugiero—. O mañana. Mañana, mejor.

—¿Qué? ¿No te gusta?

—Sí me gusta, es divertido. Es que estoy cansada. Muy cansada.

Se encoge de hombros como si no le importara, aunque sí le importa, porque si no, no se encogería de hombros. Se guarda la moneda en el bolsillo y recoge la caja mientras masculla entre dientes. Capto la palabra «ajedrez».

—¿Qué has dicho?

—Nada —responde, apartando la vista.

—Algo sobre el ajedrez.

—Ajedrez, ajedrez, ajedrez. Ajedrez en los sesos. Siento que el ajedrez no sea tan superemocionante como el ajedrez.

Se mete la caja bajo el brazo y se dirige a la puerta hecho una furia. Un disparo de despedida, antes de marcharse:

—Creía que serviría para animarte un poco, nada más. Gracias. No tenemos por qué volver a jugar.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Yo le di una oportunidad al ajedrez, ¿no? Y no me viste quejarme.

—No se la diste. Y si lo hiciste. Un montón.

—Tú piénsatelo.

—¿Que me piense el qué?

—¡Tú piénsatelo! —me grita desde el otro lado del cuarto.

Cierra de un portazo. Estoy sin aliento, temblorosa, y no tengo ni idea del porqué.

Tengo la disculpa preparada cuando se abre la puerta por la noche. Cuanto más lo pienso con mi mente nublada por la fiebre, más me siento como la matona de playa que destroza a patadas el castillo de arena de un niño.

—Oye, Navaja, lo...

Se me queda la boca abierta: la bandeja la trae un desconocido, un crío de unos doce o trece años.

—¿Dónde está Navaja? —pregunto. Bueno, más bien exijo saber.

—No lo sé —grazna el crío—. A mí me han dado la bandeja y me han ordenado que la trajera.

—Que la trajeras —repito como una tonta.

—Sí, que la trajera. Que trajera la bandeja.

Navaja ya no está a cargo de Hacha. A lo mejor el ajebol va contra las normas. A lo mejor Vosch se ha mosqueado porque dos críos se han comportado como críos durante un par de horas. La desesperación es adictiva tanto para el que la observa como para el que la experimenta.

O puede que sea Navaja el que está mosqueado. A lo mejor ha pedido que lo reasignaran, ha cogido su ajebol y se ha ido a casa.

No duermo bien por la noche, si es que se puede llamar noche a este constante brillo estéril. Se me dispara la fiebre a treinta y nueve y medio, y mi sistema inmunitario lanza su último ataque desesperado a las matrices. Veo los borrosos números verdes del monitor subiendo poco a poco. Me sumerjo en un sopor semidelirante.

« ¡Zorra! Lárgate. Sabes por qué lo llaman béisbol, ¿no? ¡Al fondo del campo central! He acabado. Cuidate sola ».

La plata mugrienta que da vueltas entre los dedos de Navaja. « Al fondo del campo central. Al fondo » . Baja hacia el tablero a cámara lenta, los jardineros suben, el segunda base y el *shortstop* retroceden, el de la izquierda va a la derecha. « ¡Hit flojo en la línea de primera base! » . El jardinero sube corriendo, el base retrocede, pum. Jardineros arriba, base atrás, a la derecha. El primera base retrocede, el jardinero derecho sube, pum. Subir, retroceder, a un lado. Retroceder, subir. Pum.

Una y otra vez, « vamos a ver la repetición de la jugada », subir, retroceder, a un lado. Retroceder, subir.

Pum.

Ahora estoy completamente despierta, mirando al techo. No. Así lo veo peor. Mejor con los ojos cerrados.

El central y el izquierdo bajan corriendo. El izquierdo atraviesa al otro lado:

H

El derecho sube. El primera base retrocede:

I

«*Hi*». Hola. Venga, vamos, es ridículo. «Alucinas».

Cuando regresé aquella noche a nuestro campamento con el vodka, me encontré a mi padre muerto en posición fetal, con la cara cubierta de sangre porque se había arañado para sacarse los bichos fruto de su mente. «Zorra», me llamó antes de que me fuera a buscarle el veneno que lo salvaría. También me llamó por otro nombre, el nombre de la mujer que nos había abandonado cuando yo tenía tres años. Él creía que yo era mi madre, lo que resulta irónico porque, al cumplir los catorce años, prácticamente me convertí en su madre: lo alimentaba, le lavaba la ropa, me ocupaba de la casa y me aseguraba de que no cometiera ninguna estupidez catastrófica contra sí mismo. Y todos los días iba a clase con mi uniforme perfectamente planchado, y allí me llamaban la Reina Marika y decían que yo me creía mejor que los demás porque mi padre era un artista semifamoso, de esos genios solitarios, cuando lo cierto era que la mayor parte de los días mi padre ni siquiera sabía en qué planeta estaba. Para cuando llegaba a casa de clase, él ya estaba alucinando. Y yo permitía que la gente de fuera siguiera también con sus ilusiones. Les permitía pensar que yo me creía superior, igual que le permití pensar a Sullivan que tenía razón sobre mí. No era que fomentara aquellas ilusiones, sino que las vivía. Incluso después de que el mundo se derrumbara a nuestro alrededor, me aferraba a ellas. Sin embargo, después de la muerte de mi padre, me dije que ya bastaba. Basta de fachadas valientes, de falsas esperanzas y de fingir que todo iba bien cuando nada iba bien. Creía que fingir me hacía dura, lo llamaba ser optimista y valiente, ir con la cabeza alta o la mierda que resultara más adecuada para cada momento. Eso no es ser dura: es la perfecta definición de ser blanda. Me avergonzaba de la enfermedad de mi padre y estaba enfadada con él, pero también me sentía culpable. Seguí con las mentiras hasta el final: cuando él me llamó por el nombre de mi madre, no lo corregí.

Alucinaba.

En la esquina, el ojo negro y frío de la cámara me observa.

¿Qué dijo Navaja? «¡Tú piénsatelo!».

«Pero eso no es lo único que dijiste, ¿verdad? —le pregunto, devolviéndole una mirada inexpresiva al ojo negro inexpresivo—. Eso no es todo».

Contengo el aliento cuando se abre la puerta a la mañana siguiente.

Llevo toda la noche debatiéndome entre la creencia y la duda, regodeándome en todos los aspectos de la nueva realidad.

Primera opción: Navaja no se ha inventado el ajebol, igual que yo no me he inventado el ajedrez. El juego lo creó Vosch por motivos demasiados turbios para comprenderlos.

Segunda opción: Navaja, por algún motivo que solo conoce Navaja, ha decidido volverme loca. No solo las personas resistentes y con corazón de piedra habían sobrevivido a la criba de la raza humana. También un montón de capullos sádicos. Así sucede en todas las catástrofes humanas: los cabrones son casi indestructibles.

Tercera opción: todo está en mi cabeza. El ajebol es un juego estúpido inventado por un crío para que se me olvide que quizá me esté muriendo. No hay ninguna otra explicación, ni mensajes ocultos sobre un tablero de ajedrez. Que vea letras donde no las hay es la tendencia humana del cerebro a encontrar patrones, incluso donde no los hay.

Y contengo el aliento por otro motivo: ¿y si vuelve a aparecer el crío de voz de gallo? ¿Y si Navaja no vuelve, si no vuelve nunca? Existe la posibilidad real de que esté muerto. Si estaba intentando comunicarse conmigo en secreto y Vosch lo ha descubierto, seguro que para Vosch solo hay una respuesta posible.

Dejo escapar el aire muy despacio y con calma cuando Navaja entra en el cuarto. El pitido del monitor sube un punto.

—¿Qué? —pregunta, entornando los ojos. Al instante capta que pasa algo.

—Hola —le digo.

Mueve los ojos a la derecha y después a la izquierda.

—Hola.

Dibuja la diminuta palabra en inglés con la mirada, muy despacio, como si quisiera asegurarse de que no está con una lunática.

—¿Hambre?

—La verdad es que no —respondo, negando con la cabeza.

—Deberías intentar comerte esto. Te pareces a mi prima Stacey, que era adicta a la metanfetamina. Bueno, no es que parezcas literalmente una adicta a la meta, pero... —Se pone rojo—. Ya sabes, como si algo te comiera por dentro.

Pulsa el botón de al lado de la cama. Subo.

—¿Sabes a qué soy adicto yo? A las gominolas con picapica. Las de frambuesa. Las de limón no me gustan tanto. Tengo un alijo. Te traeré unas cuantas, si quieres.

Deja la bandeja frente a mí: huevos revueltos fríos, patatas fritas, una cosa ennegrecida y con corteza que tal vez sea beicon o tal vez no. Se me revuelve el estómago. Lo miro.

—Prueba los huevos —me sugiere—. Son frescos. De granja, orgánicos, sin productos químicos. Se crían aquí, en el campo. Las gallinas, no los huevos.

Ojos oscuros, intensos, y esa misteriosa sonrisa beatífica. ¿Qué ha querido decir su reacción cuando lo he saludado? ¿Le ha sorprendido que le ofreciera un saludo medio humano o le ha sorprendido que hubiese averiguado el verdadero propósito del ajebol? ¿O no se ha sorprendido en absoluto y estoy buscando pistas donde no las hay?

—No veo la caja.

—¿Qué caja? Ah. Era un juego estúpido. —Aparta la vista y se dice en voz baja—: Echo de menos el béisbol.

Guarda silencio un par de minutos mientras yo muevo los huevos fríos por el plato. « Echo de menos el béisbol » . Una pérdida tan grande como el universo en una sola frase.

—No, me gustaba —le digo—. Era divertido.

—¿De verdad?

Una mirada: « ¿Lo dices en serio? » . No sabe que digo las cosas en serio un 99,99999 por ciento de las veces.

—Pues no parecías demasiado entusiasmada la otra vez —añade.

—Supongo que no me siento muy bien últimamente.

Se ríe y después parece sorprenderse ante su reacción.

—Vale. Bueno, me la he dejado en mi cuarto. La traeré otro día, si nadie me la roba.

La conversación se aleja del juego. Averiguo que Navaja era el más pequeño de cinco hermanos, que creció en Ann Arbor, donde su padre trabajaba de electricista y su madre de bibliotecaria en una escuela, que jugaba al béisbol y al fútbol, y que le encantaba el equipo de fútbol americano de Michigan. Hasta los doce años, su mayor ambición era ser el *quarterback* principal de los Wolverines. Pero se hizo alto, no grande, y el béisbol se convirtió en su pasión.

—Mi madre quería que fuese médico o abogado, pero el viejo pensaba que no era lo bastante listo...

—Espera: ¿tu padre creía que no eras listo?

—Lo bastante listo. Hay una diferencia. —Defendiendo a su padre hasta después de muerto. La gente muere; el amor permanece—. Quería que fuese electricista, como él. Mi padre era un tipo importante en el sindicato, presidente de su rama local, esas cosas. Esa era la verdadera razón por la que no quería que fuese abogado. « Trajeados », los llamaba.

—Tenía un problema con la autoridad.

—« Sé tu propio jefe », me decía siempre. « No seas el que trabaja para el

jefe». —Arrastra los pies, avergonzado, como si estuviera hablando demasiado

—. ¿Y tu viejo?

—Era un artista.

—Qué guay.

—También era un borracho. Bebía más que pintaba.

Aunque no siempre. Fotografías amarillentas de exposiciones, colgadas en marcos polvorientos; estudiantes que daban vueltas por su estudio limpiando los pinceles, nerviosos; y el silencio reverencial que se hacía cuando entraba en una habitación abarrotada.

—¿Qué clase de mierda pintaba? —pregunta Navaja.

—Sobre todo, eso, mierda.

Aunque no siempre. No cuando era más joven, yo era pequeña y la mano que sostenía la mía estaba manchada de los colores del arcoíris.

Se ríe.

—Qué forma tienes de bromear. Como si ni siquiera supieras que bromeas, y eso que eres tú la que lo dice.

—No bromeaba —respondo, sacudiendo la cabeza.

—A lo mejor por eso no lo sabes —dice, asintiendo.



Después de la cena que no me como, de las bromas forzadas y de los minúsculos silencios incómodos entre una frase y otra; después de que el tablero salga de la caja de madera, de que coloque las piezas, de que lancemos la moneda para ver quién es el equipo anfitrión y de que él gane; después de decirle que creo que puedo manejar mi propio equipo y de que él sonría: «Sí, claro, vamos, nena»; después de que él se siente a mi lado al borde de la cama; después de semanas de aprender a olvidar mi ira y abrazar el vacío huracanado; después de años de levantar muros alrededor del dolor, la pérdida y la sensación de que nunca volveré a sentir nada; después de perder a mi padre, a Tacita, a Zombi, de perderlo todo salvo este vacío huracanado que no es nada, nada en absoluto, digo la palabra en silencio:

«HI».

Navaja asiente con la cabeza.

—Sí.

Da un golpecito en la manta y lo noto contra el muslo: toc.

—No está mal, aunque mola más cuando lo haces a cámara lenta.

Me lo demuestra.

—¿Lo pillas ahora? —pregunta.

—Si insistes —respondo, suspirando—. Sí. —Doy un golpecito en la baranda

—. Bueno, si te soy sincera, la verdad es que no le veo ningún sentido.

—¿No?

Toc, toc en la manta.

—No.

Toc, toc en la baranda.

Tarda casi veinte minutos en dibujar la siguiente palabra:

«AYUDA».

Toc.

—¿Te he contado alguna vez lo de mi trabajo de verano antes de que dejaran de existir los trabajos de verano? —pregunta—. Lavaba perros. ¿Lo peor del trabajo? Exprimir las glándulas anales...

Está en racha. Cuatro carreras y ni un solo *out*.

«CÓMO».

No obtendré respuesta hasta dentro de otros cuarenta minutos. Estoy un poco cansada y más que un poco frustrada. Es como mandar mensajitos a alguien que está a mil kilómetros de distancia utilizando corredores con una sola pierna. El tiempo se ralentiza; los acontecimientos se aceleran.

«PLN».

No sé qué significa eso. Lo miro, pero él está mirando el tablero, colocando en su sitio las piezas, hablando, llenando los silencios diminutos, abarrotando el espacio vacío con su cháchara.

—Así es como lo llamaban: exprimirlas —dice, todavía hablando de los perros—. Enjuagar, lavar, secar, exprimir, repetir. Un aburrimiento.

Y el ojo negro, frío y constante de la cámara, mirándonos.

—No he entendido la última jugada —le digo.

—El ajebol no es un juego estúpido, como el ajedrez —me explica con paciencia—. Tiene sus complejidades. Complejidades. Para ganar necesitas un plan.

—Y ese eres tú, ¿no? Un tío con un plan.

—Exacto, ese soy yo.

Toc.

Llevaba varios días sin ver a Vosch. Eso cambia a la mañana siguiente.

—Venga, vamos a oírlo —le dice a Claire, que está al lado del señor Bata Blanca con cara de estudiante de secundaria a la que han llevado al despacho del director por meterse con un crío escuchimizado.

—Ha perdido tres kilos y medio, y un veinte por ciento de masa muscular. Está con Diovan para la tensión alta, Phenergan para las náuseas, amoxicilina y estreptomicina para apaciguar su sistema linfático, pero seguimos peleando con la fiebre —informa Claire.

—¿«Peleando con la fiebre»?

Claire aparta la vista.

—La buena noticia es que el hígado y los riñones siguen funcionando con normalidad. Un poco de líquido en los pulmones, pero estamos...

Vosch le hace un gesto para que se calle y se acerca a mi cama. Sus brillantes ojos de pájaro relucen.

—¿Quieres vivir?

—Sí —respondo sin dudar.

—¿Por qué?

Por algún motivo, la pregunta me pilla por sorpresa.

—No lo entiendo.

—No puedes vencernos. Nadie puede. Ni siquiera si hubieseis contado con siete veces siete mil millones de personas cuando empezó todo. El mundo es un reloj y el reloj ha llegado a su último segundo. ¿Por qué quieres seguir viviendo?

—No quiero salvar el mundo —respondo—. Solo espero tener la oportunidad de matarte.

No le cambia la expresión, aunque los ojos le brillan y le bailan. «Te conozco —dicen—. Te conozco».

—Esperanza —susurra—. Sí. —Asiente: está satisfecho conmigo—. Esperanza, Marika. Aférrate a tu esperanza. —Se vuelve hacia Claire y el señor Bata Blanca—. Quitadle la medicación.

El rostro del señor Bata Blanca se torna del color de su uniforme. Claire empieza a quejarse, pero después apaña la mirada. Vosch se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Cuál es la respuesta? —exige saber—. No es la ira. ¿Qué es?

—La indiferencia.

—Prueba otra vez.

—El desapego.

—Otra vez.

—La esperanza. La desesperación. El amor. El odio. La rabia. La pena. —  
Estoy temblando: debe de estar subiéndome la fiebre—. No lo sé, no lo sé, no lo  
sé.

—Mejor —responde.

Esa noche, la cosa se pone tan mal que apenas consigo aguantar cuatro *innings* del ajebol.

«XMEDS».

—Corre el rumor de que te han quitado la medicación —dice Navaja, sacudiendo la moneda dentro de su puño cerrado—. ¿Es verdad?

—Lo único que queda en mi gotero es suero para que los riñones no dejen de funcionar.

Echa un vistazo a mis signos vitales en el monitor. Frunce el ceño. Cuando Navaja frunce el ceño, me recuerda a un niño que se ha dado un golpe en un dedo del pie y se cree demasiado grande para llorar.

—Así que te estarás poniendo mejor, ¿no?

—Supongo. —Dos golpes en la baranda.

—Vale —suspira—. Mi reina sube. Cuidado.

La espalda me da un tirón. Se me nubla la vista. Me tumbo de lado y vomito el contenido del estómago, lo poco que hay dentro, en las baldosas blancas. Navaja se levanta de un salto, tirando el tablero, y deja escapar un grito de asco.

—¡Eh! —grita. No a mí, sino al ojo negro que tenemos por encima—. ¡Eh, un poquito de ayuda por aquí!

No llega ayuda. Mira al monitor, luego me mira a mí y dice:

—No sé qué hacer.

—Estoy bien.

—Claro. Estás bien, ¡estás perfectamente!

Se acerca al fregadero, moja una toalla limpia y me la pone en la frente.

—¡Y una mierda! —exclama—. ¿Por qué te han quitado la medicación?

—¿Por qué no?

Estoy intentando no volver a vomitar.

—Bueno, no lo sé. A lo mejor porque te vas a morir sin las medicinas —responde, mirando con rabia a la cámara.

—A lo mejor deberías pasarme ese contenedor.

Me limpia el vómito de la barbilla, vuelve a doblar el trapo, agarra el contenedor y me lo pone en el regazo.

—Navaja.

—¿Sí?

—Por favor, no vuelvas a ponerme eso en la cara.

—¿Cómo? Ah, mierda. Sí. Espera.

Coge una toalla limpia y la moja en el grifo. Le tiemblan las manos.

—¿Sabes lo que pasa? Yo sí. ¿Por qué no lo he pensado antes? ¿Por qué no lo

has pensado tú? La medicación debe de estar interfiriendo en tu sistema.

—¿Qué sistema?

—El doce, el que te han inyectado, Sherlock. El nodo y sus cuarenta mil amiguitos, los que tienen que sobrecargar los otros once. —Me pone la toalla húmeda en la frente—. Tienes frío. ¿Quieres que vaya a por otra manta?

—No, estoy ardiendo.

—Es una guerra —dice, y se da un golpecito en el pecho—. Aquí. Tienes que declarar una tregua, Hacha.

Sacudo la cabeza.

—No habrá paz.

Él asiente y me aprieta la muñeca debajo de la fina manta. Se agacha en el suelo para recoger todas las piezas de ajedrez caídas. Suelta una palabrota cuando no encuentra la moneda. Decide que no puede dejar el vómito en el suelo.

Coge la toalla sucia que ha usado para limpiarme la barbilla y friega el suelo a gatas. Sigue soltando palabrotas cuando se abre la puerta y entra Claire.

—¡Muy oportuna! —le ladra Navaja—. Oye, al menos podríais darle el suero antipotas.

Claire hace un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Sal —ordena, y señala la caja—. Y llévate eso.

Navaja la mira con rabia, pero obedece. Vuelvo a ver la fuerza contenida detrás de sus facciones angelicales. «Cuidado, Navaja. Esa no es la respuesta».

Entonces nos quedamos a solas y Claire observa el monitor en silencio durante un largo momento.

—¿Antes estabas diciendo la verdad? —me pregunta—. ¿Que quieres vivir para poder matar al comandante Vosch? Te creía más lista —añade con la voz de una madre que regaña a un niño muy pequeño.

—Tienes razón, no disfrutaré de esa posibilidad. Pero sí de la oportunidad de matarte a ti.

—¿A mí? —pregunta, sorprendida—. ¿Por qué ibas a querer matarme a mí? —Como no respondo, añade—: No creo que sobrevivas a esta noche.

Asiento.

—Y a ti no te queda ni un mes de vida.

Se ríe. El sonido de su risa me sube la bilis a la garganta. Arde. Arde.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta en voz baja mientras me quita la toalla de la frente—. ¿Ahogarme con esto?

—No. Voy a derribar al guardia aplastándole la cabeza con un objeto pesado y después le quitaré el arma y te dispararé en la cara.

Se ríe durante toda mi explicación.

—Bueno, pues que tengas buena suerte.

—No será cuestión de suerte.

Al final resulta que Claire se equivocaba con su predicción de que yo no llegaría viva a la mañana siguiente.

Casi un mes después, según mis cálculos de tres comidas al día, sigo aquí.

No recuerdo mucho. En algún momento me desconectaron de la intravenosa y del monitor, y el silencio que cayó sobre mí después del pitido constante fue tan clamoroso que habría podido sacudir montañas. La única persona a la que he visto durante todo este tiempo es a Navaja. Ahora es mi cuidador a tiempo completo. Me alimenta, vacía el orinal, me lava la cara y las manos, me vuelve para que no me salgan llagas, juega al ajedrez durante las horas en las que no deliro y habla sin parar. Habla de todo, lo que es igual que decir que no habla de nada. Su familia muerta; sus amigos muertos; sus compañeros de pelotón; el trabajo soporífero del campo militar en invierno; las peleas surgidas del aburrimiento, la fatiga y el miedo (pero, sobre todo, del miedo); los rumores de que, cuando llegue la primavera, los infestados lanzarán una gran ofensiva, un último intento desesperado por eliminar del mundo el ruido humano, ruido en el que Navaja desempeña una parte muy activa. Habla, habla y habla. Su novia se llamaba Olivia y tenía la piel oscura como un río turbio, tocaba el clarinete en la banda del instituto y quería ser médico. Odiaba al padre de Navaja porque el hombre no creía que Navaja pudiera llegar a ser médico. Deja caer que se llama Alex, como el jugador Alex Rodríguez, y que su sargento instructor lo apodó Navaja no porque sea delgado, sino porque se cortó afeitándose una mañana. «Tengo una piel muy sensible». Habla sin hacer puntos ni comas, sin párrafos, o, para ser más precisos, su discurso es como un largo párrafo sin márgenes.

Solo se calla una vez después de casi un mes de diarrea verbal. Me está contando que quedó el primero en la feria de las ciencias del quinto curso con su proyecto para convertir una patata en una batería cuando se para en medio de una frase. Su silencio chirría, como la calma después de que se derrumbe un edificio.

—¿Qué es eso? —me pregunta, mirándome fijamente a la cara, y no hay nadie que mire más fijamente que Navaja, ni siquiera Vosch.

—Nada —respondo, apartando la cara.

—¿Estás llorando, Hacha?

—Me pican los ojos.

—No.

—No me digas que no, Navaja. Yo no lloro.

—Y una mierda.

Un golpe en la manta.

Dos golpes en la baranda.

—¿Funcionó? —le pregunto, volviéndome de nuevo hacia él. ¿Qué más da que me vea llorar?—. La batería de patata.

—Claro que sí. Es ciencia. Nunca dudes de que funciona. Si lo planeas todo, si sigues los pasos, no puede salir mal.

Me aprieta la mano por encima de la manta: «No tengas miedo. Todo está preparado. No te decepcionaré».

De todos modos, es demasiado tarde para echarse atrás: desvía la mirada hacia la bandeja de comida que está junto a la cama.

—Esta noche te has comido todo el pudín. ¿Sabes cómo hacen el pudín de chocolate sin chocolate? Mejor que no lo sepas.

—A ver si lo adivino: con Ex-Lax.

—¿Qué es Ex-Lax?

—¿En serio? ¿No lo sabes?

—Bueno, siento mucho no saber lo que es ese Ex-Lax que no le importa a nadie.

—Es un laxante con sabor a chocolate.

—Eso es asqueroso —dice, haciendo una mueca.

—Esa es la idea.

—¿La idea? —pregunta, sonriendo—. Dios mío, ¿acabas de hacer un chiste?

—¿Cómo voy a saberlo? Tú prométeme que no han metido Ex-Lax en mi pudín.

—Prometido.

Un golpe.

Aguantando unas cuantas horas después de que se vaya, hasta mucho después de que se apaguen las luces en el resto del campo, en el profundo corazón de la noche invernal, antes de que la presión resulte insoportable. Y entonces, cuando ya no lo soporto más, empiezo a gritar pidiendo ayuda, haciendo gestos a la cámara y rodando para apretar el pecho contra la fría barandilla metálica mientras pego puñetazos de frustración y rabia en la almohada. Sigo así hasta que se abre de golpe la puerta y por ella entra Claire, seguida muy de cerca por un recluta que parece un oso enorme y que se tapa de inmediato la nariz con una mano.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Claire, aunque el olor debería haberle contado todo lo que necesita saber.

—¡Mierda! —balbucea el recluta bajo su mano.

—Exacto —jadeo.

—Genial, es genial —dice Claire, que tira la manta y la sábana al suelo y le hace un gesto al recluta para que la ayude—. Buen trabajo, señorita. Espero que estés orgullosa.



—Todavía no —gimoteo.

—¿Qué haces? —le grita Claire al recluta, perdida ya su voz suave, al igual que la mirada amable—. Ayúdame con esto.

—¿Que la ayude con qué, señora?

Tiene la nariz plana, los ojos muy pequeños y una frente que sobresale por el centro. La barriga le cuelga por encima del cinturón y los pantalones que llevan le quedan cortos por un par de centímetros. Es enorme; pesa unos cincuenta kilos más que yo.

No importa.

—Levanta —me ordena Claire—. Vamos, baja las piernas.

Me sujeta por un brazo, mientras el recluta extragrande lo hace por el otro, y juntos me sacan de la cama. La cara aplastada del recluta se retuerce de asco.

—Ay, Dios mío, ¡está por todas partes! —gime en voz baja.

—Creo que no puedo andar —le digo a Claire.

—Pues tendrás que arrastrarte —me espeta ella—. Debería dejarte así; es una metáfora perfecta.

Me llevan dos puertas más abajo y me meten en la habitación de la ducha. El recluta grandote tose y tiene arcadas, Claire no deja de quejarse mientras, y yo me disculpo mientras me quita el mono y se lo lanza al recluta extragrande, a quien ordena que espere fuera.

—No te apoyes en mí, apóyate en la pared —me dice, con voz seca.

Se me doblan las rodillas. Me cuelgo de las cortinas de la ducha para no caerme; llevo un mes sin utilizar las piernas.

Mientras me sujeta por el brazo izquierdo, Claire me mete debajo del agua y dobla el cuerpo a la altura de la cintura para no mojarse. El chorro está helado: no se ha molestado en ajustar la temperatura. El bofetón del agua fría contra el cuerpo es como una alarma que se dispara y me saca de mi larga hibernación. Levanto una mano, me agarro a la tubería de la ducha que sale de la pared y le digo a Claire que creo que ya estoy, que me parece que puedo mantenerme en pie: que puede soltarme.

—¿Estás segura? —pregunta, sin dejarme.

—Bastante.

Tiro de la tubería hacia abajo con todas mis fuerzas. La tubería se rompe en la junta produciendo un chirrido metálico y el agua fría sale de golpe con un rugido viscoso. Levanto el brazo izquierdo, escurriéndome entre los dedos de Claire, la sujeto por la muñeca y giro el cuerpo hacia ella, rotando las caderas para maximizar el golpe; después, le clavo en el cuello el borde dentado de la tubería rota.

No estaba segura de si lograría romper una tubería con las manos, pero sí que tenía fundadas sospechas.

Me han mejorado.

Claire retrocede tambaleándose, sangrando por la herida de cinco centímetros de diámetro del cuello. El hecho de que no se haya caído no me sorprende, y a que imaginaba que a ella también la habrían mejorado. Sin embargo, esperaba tener suerte y perforarle la carótida. Ella se mete la mano en el bolsillo de la bata para coger el interruptor asesino. Me lo esperaba. Lanzo lejos la tubería rota, me agarro a la barra de la ducha que está atornillada a la pared, la arranco de las abrazaderas y le doy un golpe en la cabeza con el extremo.

El impacto apenas la mueve. En un milisegundo, demasiado deprisa para que me dé tiempo a captar el movimiento con la mirada, tiene el extremo de la barra en las manos. La suelto en medio milisegundo, así que, cuando tira, ya no hay nada que sujete el otro extremo. Retrocede dando tumbos hasta chocar contra la pared con tanta fuerza como para romper los azulejos. Me abalanzo sobre ella. Intenta golpearme en la cabeza con la barra, pero también me lo esperaba; de hecho, contaba con ello mientras ensayaba la escena en las mil horas de silencio, bajo la luz constante.

Agarro el otro extremo de la barra cuando baja hacia mí, primero con la derecha, después con la izquierda, las manos separadas a la altura de los hombros, y le empujo la barra hacia el cuello, abriendo las piernas para mantener el equilibrio y conseguir el impulso necesario para aplastarle la tráquea.

Nuestras caras están a pocos centímetros de distancia. Estoy tan cerca que huelo el aliento de cianuro que le sale poco a poco de entre los labios entreabiertos.

Tiene las manos a ambos lados de las mías y empuja hacia atrás mientras yo empujo hacia delante. El suelo resbala; yo estoy descalza, pero ella no; voy a perder la ventaja antes de que se desmaye. Tengo que derribarla deprisa.

Acercó el pie al interior de su tobillo y le doy una patada. Perfecto: cae al suelo y caigo sobre ella.

Aterrizo de espaldas. Yo, sobre su estómago. Le sujeto el tronco con las rodillas y le estrello la barra contra el cuello.

Entonces se abre la puerta que tenemos detrás y entra el recluta extragrande arrastrando los pies, con el arma preparada, gritando incoherencias. Tres minutos y la luz empieza a apagarse en los ojos de Claire, aunque no se ha ido del todo, y sé que tengo que correr un riesgo. No me gustan los riesgos, nunca me han gustado; solo he aprendido a aceptarlos. Algunas cosas se pueden elegir, pero otras no, como el soldado del crucifijo de Sullivan, como Tacita, como volver a por Zombi y a por Frijol porque no volver significaba que ya nada valía nada, ni

la vida, ni el tiempo, ni las promesas.

Y tengo que cumplir una promesa.

El arma del recluta. El sistema número 12 la ubica, y miles de robots microscópicos se ponen a trabajar: mejoran los músculos, tendones y nervios en las manos, pero también los ojos y el cerebro para neutralizar la amenaza. En un microsegundo, el objetivo está identificado, la información está procesada y el método se ha determinado.

El recluta no tiene tiempo ni para rezar.

El ataque se produce demasiado deprisa para que su cerebro lo procese. Dudo que llegue a ver siquiera la barra de la cortina que desciende hacia su mano. El arma sale volando por el cuarto. Él corre hacia un lado (a por el arma), mientras yo corro hacia el otro (a por el váter).

La tapa de la cisterna es de cerámica sólida. Y pesa. Podría matarlo; no lo hago. Sin embargo, le doy un porrazo en la cabeza lo bastante fuerte como para dejarlo noqueado un buen rato.

El recluta extragrande cae. Claire se levanta. Le lanzo la tapa a la cabeza. Ella alza un brazo para protegerse del proyectil. Mi oído mejorado capta el ruido de un hueso al romperse con el golpe. El dispositivo plateado de la mano se le cae al suelo. Corre a recogerlo mientras yo doy un paso adelante. Le piso la mano estirada y, con el otro pie, le doy una patada al dispositivo y lo mando a la otra punta del cuarto.

Hecho.

Y ella lo sabe. Mira más allá del cañón de la pistola con la que le apunto a la cara (más allá del diminuto agujero lleno de una nada inmensa), me mira a los ojos. Su mirada vuelve a ser amable y su voz, suave; la muy zorra.

—Marika...

No. Marika era lenta, débil, sentimental y tonta. Marika era una niña que se aferraba a dedos arcoíris, que contemplaba impotente el paso del tiempo, que hacía equilibrios sobre el filo de una navaja suspendido sobre el abismo insondable, expuesta detrás de los muros de su fortaleza por culpa de las promesas que nunca podría cumplir. Pero yo cumpliré su última promesa a Claire, la bestia que la ha desnudado y la ha bautizado en el agua fría que sigue saliendo con furia de la ducha rota. Cumpliré la promesa de Marika. Marika está muerta y yo cumpliré su promesa.

—Me llamo Hacha.

Y aprieto el gatillo.

El recluta debería tener un cuchillo. Es la equipación estándar para todos los reclutas. Me arrodillo junto a su cuerpo inconsciente, saco el cuchillo de la vaina y, con cuidado, le arranco la cápsula implantada cerca de la médula espinal, en la base del cráneo. Me la meto entre la mejilla y las encías.

Ahora, la mía. No siento dolor al extraerla, y solo brotan unas gotas de sangre de la incisión. Robots para mitigar las sensaciones. Robots para reparar el daño. Por eso no ha muerto Claire cuando le he clavado una tubería rota en el cuello y por eso, después del derrame inicial, la sangre ha dejado de salir muy deprisa.

Y por eso ni siquiera me falta el aliento, a pesar de que llevo seis semanas tumbada boca arriba comiendo muy poco y de que acabo de someterme a una intensa actividad física.

Introduzco la diminuta cápsula en el cuello del recluta. «Sígueme ahora, comandante tonto del culo».

Un uniforme nuevo de la pila que hay bajo el fregadero. Zapatos: Claire tiene los pies demasiado pequeños: y el recluta, demasiado grandes. Me preocuparé por los zapatos después. Sin embargo, puede que me resulte útil la chaqueta de cuero del grandullón. Me cuelga como un saco, pero me gusta lo de tener espacio adicional en las mangas.

Se me olvida algo. Miro a mi alrededor: el interruptor, eso es. La pantalla se cascó en la melé, pero el dispositivo sigue funcionando. Un número brilla por encima del botón verde que parpadea. Mi número. Paso el pulgar por encima de la pantalla y esta se llena de números, cientos de secuencias que representan a cada uno de los reclutas de la base. Lo paso de nuevo para regresar a mi número, lo toco y aparece un mapa en el que se ve la ubicación exacta de mi implante. Hago zoom y la pantalla se llena de diminutos puntos verdes relucientes: la ubicación de todos los soldados de la base que llevan implantes. Bingo.

Y jaque mate. Con una pasada del pulgar y un toquecito con el dedo puedo marcar todos los números. El botón del pie de la pantalla se encenderá. Un último toque y neutralizaré a todos y cada uno de los reclutas; se acabó. Podría salir de aquí paseando.

Podría... si fuera capaz de pasar por encima de cientos de cadáveres de seres humanos inocentes, de niños que son tan víctimas como yo, cuyo único delito ha sido el de conservar la esperanza. Si el pecado se paga con la muerte, entonces ahora la virtud es un vicio: un niño indefenso y hambriento se pierde en un campo de trigo y le dan refugio. Un soldado herido grita pidiendo ayuda desde detrás de una hilera de refrigeradores de cerveza. Una niña recibe un disparo por error y la entregan a sus enemigos para salvarla.

Y no sé qué es más inhumano: los seres alienígenas que han creado este nuevo mundo o el ser humano que se pregunta, aunque solo sea por un segundo, si debe pulsar el botón verde.

Tres grupos grandes de puntos inmóviles flotan a la derecha de la pantalla: los que están dormidos. Una docena de individuos aislados en la periferia: centinelas. Dos en el centro: el mío, en el cuello del recluta extragrande; el suyo, en mi boca. Otros tres o cuatro muy cerca, en la misma planta: los enfermos y los heridos. Una planta más abajo, la UCI, donde solo brilla un punto verde. Así que: barracones, puestos de vigilancia, hospital. Un par de puntos de los centinelas controlan el edificio del polvorín. No me costará averiguar quiénes son. Lo sabré en unos minutos.

«Vamos, Navaja, vamos. Me queda una promesa por cumplir» .

Me quedo mirando el chorro de agua que mana de la tubería rota.

—¿Tú rezas? —me preguntó Navaja después de una agotadora noche de ajedol, mientras él guardaba el tablero y las piezas.

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

—Claro que sí —respondió, asintiendo para enfatizar la afirmación—. No hay ateos en las trincheras.

—Mi padre lo era.

—¿Una trinchera?

—Un ateo.

—Ya lo sé, Hacha.

—¿Cómo sabías que mi padre era ateo?

—No lo sabía.

—Entonces ¿por qué me has preguntado si era una trinchera?

—No lo he hecho, estaba de... —Sonrió—. Ah, ya lo pilló, ya sé lo que haces. Lo que me inquieta es por qué lo haces. Como si no intentaras ser graciosa, sino demostrar lo superior que eres. O que crees ser. Pues ni una cosa ni la otra. Ni graciosa ni superior. ¿Por qué no rezas?

—No me gusta poner a Dios en un compromiso.

Navaja cogió la reina y le examinó la cara.

—¿Alguna vez la has observado? Esta cabrona da un miedo que te cagas.

—A mí me parece majestuosa.

—Se parece a mi maestra de tercero: mucho bigote y poca colonia.

—¿Qué?

—Ya sabes, más tío que tía.

—Yo la veo feroz. Una reina guerrera.

—¿A mi maestra de tercero? —Me examinó, esperando, esperando—. Lo siento, ya he probado antes con esa broma y fue un fracaso absoluto. —Colocó la pieza en la caja—. Mi abuela pertenecía a un grupo de oración. ¿Sabes lo que es?

—Sí.

—¿En serio? Creía que eras atea.

—Mi padre era ateo. ¿Y es que un ateo no puede saber lo que es un grupo de oración? La gente religiosa sabe lo que es la evolución.

—Ya sé lo que es, lo tengo —respondió, pensativo, con aquellos ojos oscuros y penetrantes todavía fijos en mi rostro—. Tenías cinco o seis años y un pariente comentó de forma muy positiva que eras una niña muy seria, así que, desde entonces, crees que la seriedad es algo atractivo.

—¿Qué pasó en el grupo de oración? —pregunté para intentar que volviera al

grano.

—¡Ja! ¡Así que no sabes lo que es!

Dejó la caja en la mesa y arrastró el culo por la cama para sentarse más adentro, hasta tocarme un muslo. Aparté la pierna. Con sutileza, esperaba.

—Te contaré lo que pasó. El perro de mi abuela se puso enfermo. Era uno de esos perros de bolsillo que muerden a todo el mundo y viven unos veinticinco años sin dejar de pegarle mordiscos a la gente. Total, que su petición tenía que ver con que Dios salvara a aquel perrito malvado para que pudiera seguir mordiendo a todo el mundo. Y la mitad de las ancianas señoras de su grupo estuvieron de acuerdo, aunque la otra mitad no, no acabo de entender por qué; en fin, un Dios al que no le gusten los perros no podría ser Dios, ¿no? Bueno, el caso es que se montó un gran debate sobre malgastar oraciones, si es que las oraciones se pueden malgastar, y al final acabaron discutiendo sobre el Holocausto. Así que, en cinco minutos, el tema pasó de un viejo perrito cascarrabias al Holocausto.

—Y ¿qué ocurrió? ¿Rezaron por el perro?

—No, rezaron por las almas del Holocausto. El perro murió al día siguiente. —Entonces se puso a asentir, pensativo—. Mi abuela rezó por él. Todas las noches. Nos pidió a todos los nietos que rezáramos también. Así que recé por aquel perro odioso que me aterrorizaba y que me hizo esto. —Puso una pierna sobre la cama y se levantó la pernera para enseñarme la pantorrilla—. ¿Ves la cicatriz?

—No.

—Bueno, pues ahí está. —Se bajó la pernera, aunque dejó el pie en la cama—. Así que, después de que muriera, le dije a la abuela: «He rezado mucho, pero Flubby se ha muerto de todos modos. ¿Es que Dios me odia?».

—¿Qué respondió ella?

—Un rollo sobre que Dios quería que Flubby subiera con él al cielo, lo que era algo que mi cerebro de seis años no podía procesar. ¿Había perritos cascarrabias en el cielo? ¿No se suponía que el cielo era un lugar agradable? El tema me preocupó durante bastante tiempo. Vamos, que cada noche, mientras rezaba, no dejaba de preguntarme si de verdad quería ir al cielo y pasar la eternidad con Flubby. Así que decidí que tenía que estar en el infierno. De lo contrario, la teología no se sostiene.

Se rodeó con los brazos la rodilla levantada, apoyó en ella la barbilla y se quedó mirando al vacío. Había regresado a una época en que las preguntas de un niño sobre las oraciones, Dios y el cielo todavía importaban.

—Una vez rompí una taza —siguió contando—. Estaba jugando en el armario de la porcelana de mi madre. Era una delicada tacita que formaba parte de un juego de té de la vajilla del ajuar de mi madre. No la rompí del todo, solo se me cayó al suelo y se agrietó.

—¿El suelo?

—No, el suelo, no, la ta... —Abrió mucho los ojos, pasmado—. ¿Acabas de hacer la misma...?

Sacudí la cabeza y él me apuntó con el dedo.

—No, no, ¡te he pillado! ¡Un instante de frivolidad de Hacha, la reina guerrera!

—Yo bromeo sin parar.

—Claro, pero son bromas tan sutiles que solo las entiende la gente lista.

—La taza —lo insté a seguir.

—Bueno, pues había roto la preciada taza de porcelana de mi madre. La puse de nuevo en el armario y coloqué el lado agrietado mirando hacia el fondo para que no lo viera, aunque sabía que era cuestión de tiempo que lo encontrara, y entonces sería hombre muerto. ¿Sabes a quién recurri en busca de ayuda?

No me costó averiguarlo. Sabía hacia dónde iba la historia.

—A Dios.

—A Dios. Recé a Dios para que mantuviera a mi madre lejos de aquella taza. Si era posible, durante el resto de su vida. O, al menos, hasta que yo me hubiera mudado para ir a la universidad. Después recé para que curase a la taza. Es Dios, ¿no? Puede curar a la gente, ¿qué era para él una diminuta taza fabricada en China? Aquella era la solución óptima, y de eso va él, de soluciones óptimas.

—Y tu madre encontró la taza.

—Ya te digo que si la encontró.

—Me sorprende que sigas rezando. Después de lo de Flubby y lo de la taza.

—Ese no es el tema —repuso, sacudiendo la cabeza.

—Pero ¿hay un tema?

—Si me dejas terminar la historia, sí, claro que lo hay. Te lo explico: después de que encontrara la taza y antes de que yo supiera que la había encontrado, la sustituyó. Pidió una nueva y tiró la vieja. Una mañana de sábado (yo llevaría ya como un mes rezando), fui al armario para demostrar que el grupo de oración se equivocaba con lo de malgastar oraciones, y la vi.

—La taza nueva —dije, y él asintió con la cabeza—. Pero no sabías que tu madre la había sustituido.

Alzó los brazos al cielo.

—¡Es un milagro, joder! ¡Lo que estaba agrietado ya no lo está! ¡Lo roto vuelve a estar intacto! ¡Dios existe! Casi me cago en los pantalones.

—La tacita se había curado —dije, despacio.

Hundió sus ojos oscuros en los míos y dejó caer la mano sobre mi rodilla. Un apretón. Después, un golpe.

« Sí » .



En el cuarto de baño, el chorro se convierte en riachuelo, el riachuelo en goteo y el goteo en unas gotitas anémicas. El agua frena y el corazón se me acelera. La paranoia me estaba ganando la partida. Una década esperando a que el agua se cortara: la señal de Navaja.

El pasillo de fuera está desierto. Ya lo sabía gracias al dispositivo de seguimiento de Claire. También sé exactamente adónde voy.

Escaleras. Un rellano más abajo. Una última promesa. Me detengo lo bastante para meterme la pistola del recluta en el bolsillo de la chaqueta.

Después salgo corriendo por la puerta y sigo por el pasillo. Derecha al puesto de enfermería. Directa al puesto. La enfermera se levanta de un salto.

—¡Cúbrete! —le grito—. ¡Va a estallar!

Paso de largo el mostrador y corro hacia las puertas batientes que dan al pabellón.

—¡Eh! —me grita—. ¡No puedes entrar ahí!

« Cuando tú quieras, Navaja ».

Ella pulsa el botón de bloqueo de su escritorio. Da igual. Me estrello a toda velocidad contra las puertas y destrozo las bisagras.

—¡Quieta! —me grita.

Me queda todo el pasillo; no lo conseguiré. Me han mejorado, pero no soy más rápida que una bala. Me detengo poco a poco.

« Navaja, lo digo en serio, ahora sería un buen momento ».

—¡Las manos en la cabeza! Ya —me ordena, intentando recuperar el aliento—. Buen trabajo. Ahora, camina hacia mí, de espaldas. Despacio. Muy despacio, o te juro por Dios que te disparo.

Obedezco, retrocedo arrastrando los pies hacia el sonido de su voz. Me ordena que pare. Paro. Me quedo quieta, pero los mecanismos de mi interior, no. Han fijado su posición: no me hace falta verla para saber exactamente dónde está. El nodo ha enviado a los gestores de mis sistemas muscular y nervioso para ejecutar la directiva cuando se les pida. No tendré que pensarlo cuando llegue el momento: el nodo se encargará.

Pero no le deberé del todo mi vida al sistema número 12: ha sido idea mía coger la chaqueta del recluta.

Y eso me recuerda:

—Zapatos —murmuro.

—¿Qué has dicho? —pregunta ella con voz temblorosa.

—Necesito zapatos. ¿Qué número calzas?

—¿Qué?

La señal del nodo se dispara a la velocidad de la luz. Mi cuerpo no se mueve tan deprisa, aunque sí al doble de la velocidad que, seguramente, es necesaria.

Meto la mano derecha en la ancha manga del recluta, donde he guardado el cuchillo de veinticinco centímetros; pivoto a la izquierda y lanzo.

Y ella cae.

Le saco el cuchillo del cuello, me guardo de nuevo el arma ensangrentada en la manga izquierda de la chaqueta y le miro los zapatos. Un par de zapatos blancos de enfermera con suela gruesa. Medio número más que yo, pero me servirán.

Al final del pasillo, me meto en la última habitación de la derecha. Está oscuro, pero también me han mejorado los ojos: la veo claramente en la cama, dormida profundamente. O drogada. Tengo que averiguar si es una cosa o la otra.

—¿Tacita? Soy yo, Hacha.

Las densas pestañas oscuras aletean. Ahora mismo estoy tan acelerada que juraría que oigo el batir de los diminutos pelos en el aire.

Susurra algo sin abrir los ojos, demasiado bajo para un oído normal, pero los robots auditivos transmiten la información al nodo, que lo envía al colículo inferior, el centro auditivo de mi cerebro.

—Estás muerta.

—Ya no. Y tú tampoco.

La ventana que está junto a la cama se mueve en su marco. El suelo tiembla. Una brillante luz naranja inunda la habitación, se apaga, y después se oye un rugido ensordecedor y una fina bruma de yeso cae flotando del techo. La secuencia se repite. Una y otra vez.

Navaja ha dado con el polvorín.

—Tacita, tenemos que irnos.

Le meto una mano bajo la cabeza y la levanto con cuidado.

—¿Adónde?

—Lo más lejos que podamos.

Mientras le sujeto la parte de atrás de la cabeza con una mano, le doy en la frente con la almohadilla de la otra. Con la fuerza justa, ni más, ni menos. Pierde la conciencia. La saco de la cama. Otro estallido; la artillería del polvorín sigue explotando. Rompo la ventana de una patada. Una ráfaga de aire helado entra en la habitación. Me siento en el alféizar mirando hacia la cama, con Tacita en brazos, contra el pecho. Mi propósito pone en alerta al nodo: estoy a dos plantas del suelo. Los refuerzos corren a los huesos y a los tendones de los pies, de los tobillos, de las espinillas, de las rodillas y de la pelvis.

Nos preparamos.

Me doy la vuelta al caer, como un gato al saltar de una encimera. Aterrizamos a salvo, como un gato, salvo que a Tacita le rebota la cabeza con el impacto y me da un buen golpe bajo la barbilla. Frente a nosotras está el hospital. Detrás, el almacén de armas en llamas. Y, a la derecha, justo donde Navaja dijo que estaría, el Dodge M882 negro.

Abro la puerta, meto a Tacita en el asiento de atrás, me siento al volante y salgo disparada por el aparcamiento, virando bruscamente a la izquierda para girar al norte, hacia el campo de vuelo. Una sirena aúlla. Los focos se iluminan. Por los retrovisores veo vehículos de emergencia que salen disparados hacia el polvorín. A los bomberos les va a costar apagar el fuego porque alguien ha cortado el agua.

Otro giro brusco a la izquierda y ahora, justo delante, están las grandes siluetas de los Blackhawks, que relucen como los cuerpos de escarabajos negros a la fría luz de los focos. Me aferró al volante y respiré hondo. Esta es la parte más complicada. Si Navaja no ha podido secuestrar a un piloto, estamos todos jodidos.

A unos cien metros, veo que alguien baja de un salto de la bodega de uno de los helicópteros. Lleva una parka gruesa y un fusil de asalto. El rostro queda tapado en parte por la capucha, pero reconocería esa sonrisa en cualquier parte.

Bajo de un salto del M882.

Y Navaja dice:

—Hola.

—¿Dónde está el piloto? —le pregunto.

Él señala la cabina con la cabeza.

—Yo tengo lo mío, ¿dónde está lo tuyo?

Saco a Tacita del camión y salto al interior del helicóptero. Un tío que solo lleva puestos una camiseta verde militar y calzoncillos a juego está sentado tras los controles. Navaja ocupa el asiento del copiloto, a su lado.

—Arranca, teniente Bob —le ordena Navaja al piloto, sonriendo—. Perdón, qué modales. Hacha, este es el teniente Bob. Teniente Bob, esta es Hacha.

—Esto no funcionará —dice el teniente Bob—. Nos perseguirán con todo lo que tienen.

—¿Sí? ¿Qué es esto? —pregunta Navaja, sosteniendo una masa de cables eléctricos retorcidos.

El piloto sacude la cabeza. Tiene tanto frío que se le están poniendo azules los labios.

—No lo sé.

—Ni yo, pero diría que es muy importante para que funcione bien un helicóptero.

—No lo entiendes...

Navaja se inclina sobre él; ya no bromea. Los ojos, hundidos, le arden como si los iluminara por detrás la fuerza contenida que percibí desde el principio, y lo hacen con tal ferocidad que doy un respingo.

—Escúchame, hijo de puta alienígena, tú arranca de una vez este puñetero cacharro si no quieres...

El piloto apoya las manos en el regazo y se queda mirando al frente. Después de conseguir un helicóptero sin que nos detectaran, mi mayor preocupación era conseguir que un piloto cooperase. Me inclino hacia delante, agarro a Bob de la muñeca y le doblo el meñique hacia atrás.

—Te lo romperé —le prometo.

—¡Adelante!

Se lo rompo. Él se muerde el labio inferior; le tiemblan las piernas: se le llenan los ojos de lágrimas. Eso no debería ocurrir. Le palpo la nuca con los dedos y me vuelvo hacia Navaja.

—Tiene un implante, no es uno de ellos.

—Sí, bueno, ¿y quién coño sois vosotros? —chilla el piloto.

Me saco el dispositivo de seguimiento del bolsillo. Ahí están el hospital y el polvorín rodeados de un enjambre de puntos verdes. Y otros tres puntos verdes que brillan en la pista de aterrizaje.

—Te has extraído el tuyo —le digo a Navaja.

—Y lo he dejado bajo la almohada —responde, asintiendo—. Ese era el plan.

¿O no? Mierda, Hacha, ¿no era ese el plan? —pregunta, al borde del pánico.

Dejo caer el cuchillo en la mano.

—Sujétalo.

Navaja lo entiende al instante: agarra al teniente Bob por el cuello con una llave. Bob no opone demasiada resistencia. Ahora me preocupa que sufra una conmoción. Si la sufre, se acabó.

No hay demasiada luz y Navaja no consigue mantenerlo del todo quieto, así que le digo a Bob que no se mueva si no quiere que le corte la médula espinal, lo que añadiría la parálisis al problema del dedo roto. Saco la cápsula, la tiro al asfalto, le echo a Bob la cabeza hacia atrás y le susurro al oído:

—No soy el enemigo y no me he vuelto Dorothy. Soy como tú...

—Solo que mejor —concluye Navaja. Después mira por la ventana y dice —: Oye, Hacha...

Los veo: el brillo de los faros se expande como un par de estrellas volviéndose supernova.

—Vienen y, cuando lleguen, nos matarán —le digo a Bob—. A ti también. No te creerán y seguro que te matan.

Bob se me queda mirando, con el rostro surcado por lágrimas de dolor.

—Tendrás que confiar en mí —añado.

—O te romperá otro dedo —aclara Navaja.

Tiene la respiración temblorosa y alterada, tiritando sin control, se acaricia la mano herida y la sangre que le chorrea por el cuello le está empapando la camiseta.

—No servirá de nada —susurra—. Nos derribarán.

Siguiendo un impulso, me inclino hacia delante y le pongo una mano en la mejilla. No retrocede. Se queda muy quieto. No entiendo por qué lo he tocado ni qué le está pasando ahora, pero siento que algo se abre dentro de mí, como un capullo que extiende sus delicados pétalos hacia el sol. Estoy helada. Me arde el cuello. Y el meñique de la mano derecha me palpita al ritmo del corazón. Se me saltan las lágrimas por el dolor. Su dolor.

—¡Hacha! —ladra Navaja—. ¿Qué leches haces?

Vierto calor en el hombre al que estoy tocando. Mitigo el fuego. Acaricio el dolor. Calmo su miedo. Su respiración vuelve a la normalidad. Se le relaja el cuerpo.

—Bob, de verdad que tenemos que irnos —le digo.

Y, dos minutos después, lo hacemos.

Cuando ascendemos, el camión frena con un chirrido y un hombre alto sale de él. Aunque su rostro es un compendio de sombras profundas proyectadas por los focos, mis ojos mejorados me permiten ver los suyos. Brillan con la misma frialdad que los de los cuervos del bosque, aunque los del hombre son de un azul pulido, mientras que los de los cuervos eran negros. Debe de ser un truco de la luz o de las sombras, pero parece esbozar una sonrisita tensa.

—No subas mucho —le ordeno a Bob.

—¿Adónde vamos?

—Al sur.

El helicóptero se ladea; el suelo corre hacia nosotros. Veo el polvorín ardiendo, las luces giratorias de los camiones de bomberos y a los reclutas que corren como hormigas por todas partes. Cruzamos un río. Las aguas negras chisporrotean con la luz derramada por los focos. Detrás de nosotros, el campo es un oasis de luz en un desierto de oscuro invierno. Nos sumergimos en esa oscuridad y volamos un par de metros por encima de las copas de los árboles.

Me siento al lado de Tacita, le apoyo la cabeza en mi pecho y le aparto el pelo a un lado. Espero que sea la última vez que tengo que hacer esto. Cuando acabo, aplasto el implante con el mango del cuchillo.

La voz de Navaja me grazna en los auriculares.

—¿Cómo va?

—Está bien, creo.

—¿Cómo vas tú?

—Bien.

—¿Heridas?

—Menores. ¿Tú?

—Perfecto, como el culito de un bebé.

Vuelvo a dejar a Tacita en el asiento, me levanto y abro compartimentos hasta que encuentro los paracaídas. Navaja no para de hablar mientras compruebo las unidades.

—¿Algo que quieras decirme? ¿Como, no sé: «Gracias, Navaja, por salvarme el culo y evitarme una vida entera de servidumbre, a pesar de que te di un puñetazo en el cuello y me comporté, en términos generales, como una imbécil»? ¿Algo así? Ya sabes que no ha sido precisamente un paseo por el campo de béisbol, con el rollo de los códigos secretos ocultos en juegos de mentira, el laxante en el pudín, los explosivos, el robo de camiones y el secuestro de pilotos con dedos para que se los pudieras romper. A lo mejor algo así como: «Oye, Navaja, no podría haberlo hecho sin ti. Eres la caña». Tampoco tienes

que repetirlo palabra por palabra, solo es para que captes la idea general.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has confiado en mí?

—Por lo que dijiste aquel día sobre los niños, lo de convertir niños en bombas. Pregunté por ahí. Antes de darme cuenta estaba en la silla de El País de las Maravillas, después me llevaron ante el comandante y él me machacó por algo que habías dicho tú y me ordenó que dejara de hablar contigo porque no podía ordenarme que no escuchara, y cuanto más lo pensaba, másapestaba la cosa. ¿Nos entrenan para acabar con los infestados y después llenan a unos bebés de artillería alienígena? ¿Aquí quiénes son los buenos? Después empecé a preguntarme: «¿Y quién soy yo aquí?». Me angustié mucho, una crisis existencial en toda regla. Pero lo que realmente me decidió fueron las matemáticas.

—¿Matemáticas?

—Sí, matemáticas. ¿A los asiáticos no se os dan tan bien las matemáticas?

—No seas racista. Y soy tres cuartos asiática.

—Tres cuartos. ¿Ves? ¿Matemáticas? No es más que una simple suma, y no cuadra. Vale, a lo mejor tuvimos suerte y conseguimos quitarles El País de las Maravillas. Hasta los alienígenas de intelecto superior pueden cagarla, nadie es perfecto. Pero no solo les robamos El País de las Maravillas. También tenemos sus bombas, sus implantes de seguimiento, su supersofisticado sistema de nanobots... Mierda, hasta tenemos tecnología capaz de detectarlos. ¿Qué narices...? ¿Tenemos más armas tuyas que ellos! Pero cuando de verdad vi la luz fue el día en que te modificaron, cuando Vosch dijo que nos habían mentido sobre el organismo pegado a los cerebros humanos. ¡Increíble!

—Porque si eso es mentira...

—Entonces, todo es mentira.

Bajo nosotros, la tierra está cubierta por un manto blanco. El horizonte es indiscernible a oscuras, se pierde. «Todo es mentira». Pienso en mi padre muerto diciéndome que ahora les pertenecía a ellos. Cojo la manita de Tacita siguiendo un instinto: la verdad.

Oigo a Bob por los auriculares.

—Estoy confundido.

—Relájate, Bob —dice Navaja—. Oye, Bob. ¿No se llamaba así el comandante de Campo Asilo? ¿Qué les pasa a los oficiales con ese nombre?

Suena una alarma. Devuelvo la mano de Tacita a su regazo y me acerco a ellos.

—¿Qué pasa?

—Tenemos compañía —responde Bob—. A las seis en punto.

—¿Helicópteros?

—Negativo. F-15. Tres.

—¿Cuánto tardaremos en estar a su alcance?

Sacude la cabeza: a pesar del frío, tiene la camiseta empapada en sudor y le brilla la cara.

—De cinco a siete minutos.

—Súbenos —le ordeno—. Altitud máxima.

Agarro un par de paracaídas y le pongo uno a Navaja en el regazo.

—¿Nos tiramos? —pregunta.

—No podemos enfrentarnos a ellos y tampoco podemos dejarlos atrás. Tú vas con Tacita. Saltamos en tándem.

—¿Yo voy con Tacita? ¿Y tú con quién vas?

Bob mira el otro paracaídas que tengo en la mano.

—Yo no salto —dice. Y después, por si no lo he oído o no lo he entendido, añade—: Yo. No. Salto.

No existen los planes perfectos. Yo me esperaba un Bob Silenciador, lo que significa que pensaba matarlo antes de abandonar el helicóptero. Ahora es más complicado. No he matado al recluta extragrande por el mismo motivo por el que no quiero matar a Bob: si matas a unos cuantos reclutas y a otros tantos Bobs, al final caes hasta el mismo fondo en el que están los que son capaces de meterle una bomba por la garganta a un crío.

Me encojo de hombros para ocultar mi incertidumbre. Le lanzo el paracaídas al regazo.

—Entonces supongo que te incinerarán.

Estamos a cinco mil pies. Cielo oscuro, suelo oscuro, sin horizonte, todo oscuro. El fondo del mar en tinieblas. Navaja mira la pantalla del radar, pero me dice:

—¿Dónde está tu paracaídas, Hacha?

No hago caso de la pregunta.

—¿Puedes avisarme aproximadamente cuando estemos a sesenta segundos de su alcance? —le pregunto a Bob.

Él asiente. Navaja repite la pregunta.

—Son matemáticas —le digo—. Así que a tres cuartas partes de mí se les dan bien. Si somos cuatro y ven dos paracaídas, significa que al menos uno de nosotros se ha tenido que quedar a bordo. Uno, puede que dos de ellos, seguirán al helicóptero al menos hasta que logren derribarlo. Así ganaremos tiempo.

—¿Qué te hace pensar que seguirán al helicóptero?

—Es lo que haría yo —respondo, encogiéndome de hombros.

—Eso no responde a mi pregunta del paracaídas.

—Nos están llamando —anuncia Bob—. Nos ordenan aterrizar.

—Diles que les den —responde Navaja. Se mete un trozo de chicle en la boca y se da un golpecito en la oreja—. Para que no se taponen los oídos. —Se mete el envoltorio del chicle en el bolsillo y se da cuenta de que lo estoy mirando, así que sonríe—. No me fijé en toda la mierda que había en el mundo hasta que no



quedó nadie para recogerla —me explica—. La Tierra es mi carga.

Entonces Bob anuncia:

—¡Sesenta segundos!

Le tiro de la parka a Navaja: « Ahora» .

Me mira y dice despacio, con voz muy clara:

—¿Dónde está tu puñetero paracaídas?

Lo levanto del asiento con una mano. Él chilla, sorprendido, mientras va dando tumbos hacia la parte de atrás. Lo sigo y me agacho frente a Tacita para quitarle el arnés de seguridad.

—¡Cuarenta segundos!

—¿Cómo vamos a encontrarte? —grita Navaja, que está de pie a mi lado.

—Dirigios al fuego.

—¿Qué fuego?

—¡Treinta segundos!

Abro la puerta de un empujón. La ráfaga de aire que entra en la bodega le quita a Navaja su capucha. Cojo a Tacita en brazos y se la apoyo en el pecho.

—No la dejes morir.

Él asiente.

—Promételo.

—Lo prometo —responde, asintiendo de nuevo.

—Gracias, Navaja —le digo—. Por todo.

Se inclina sobre mí y me da un beso en la boca.

—No vuelvas a hacerlo —le ordeno.

—¿Por qué? ¿Porque te ha gustado o porque no te ha gustado?

—Por las dos cosas.

—¡Quince segundos!

Navaja se coloca a Tacita sobre el hombro, agarra el cable de seguridad y retrocede arrastrando los pies hasta que toca con los talones la plataforma de salto. Su silueta recortada en la abertura, el chico y la niña sobre el hombro del chico y, cinco mil pies por debajo de ellos, la oscuridad infinita. « La Tierra es mi carga» .

Navaja suelta el cable. No parece caer, es como si el vacío hambriento lo absorbiera.

Me dirijo a la cabina, donde me encuentro la puerta del piloto abierta, el asiento vacío y ni rastro de Bob.

Me preguntaba por qué se habría detenido la cuenta atrás; ahora lo sé: ha cambiado de idea sobre lo de saltar.

Debemos de estar a su alcance, lo que significa que no pretenden derribarnos. Han tomado nota del punto de salto de Navaja y seguirán al helicóptero hasta que yo lo abandone o se quede sin combustible y no me quede más remedio que abandonarlo. A estas alturas, Vosch ya se habrá imaginado por qué el implante del recluta extragrande está en esta nave mientras que su dueño se encuentra en la enfermería, curándose de un dolor de cabeza muy malo.

Con la punta de la lengua me quito la cápsula de la boca y la dejo en la palma de la mano.

« ¿Quieres vivir? » .

« Sí, y tú también quieres que viva —le digo a Vosch—. No se por qué y, con suerte, no lo sabré nunca » .

Tiro la cápsula.

La reacción del nodo es instantánea. Mi intención ha alertado al procesador central, que ha calculado la abrumadora probabilidad de fallo terminal y apagado todas las funciones esenciales de mi sistema muscular. El sistema número 12 sigue la misma orden que le he dado a Navaja: « No la dejes morir » . Como en el caso de un parásito, la vida del sistema depende de la continuación de la mía.

En cuanto cambie mi intención (« Vale, de acuerdo, saltaré en paracaídas » ), el nodo me liberará. Entonces y solo entonces. No puedo mentirle ni negociar con él. No puedo convencerlo. No puedo forzarlo. A no ser que yo cambie de idea, no puede soltarme. A no ser que me suelte, no puedo cambiar de idea.

Corazón de fuego. Cuerpo de piedra.

El nodo no puede hacer nada con mi pánico, que aumenta de tamaño como una bola de nieve. No responde ante las emociones; no puede controlarlas. Se liberan endorfinas. Las neuronas y los mastocitos vierten serotonina en mi torrente sanguíneo. Aparte de estos ajustes fisiológicos, está tan paralizado como yo.

« Tiene que haber una respuesta. Tiene que haber una respuesta. Tiene que haber una respuesta. ¿Cuál es la respuesta? » . Entonces veo los relucientes ojos de pájaro de Vosch clavados en los míos. « ¿Cuál es la respuesta? No es la ira, ni la esperanza, ni la fe, ni el amor, ni el desapego, ni el apego, ni el abandono, ni la lucha, ni la huida, ni ocultarse, ni rendirse, ni entregarse, no, no, no, nada, nada,

nada» .

Nada.

« ¿Cuál es la respuesta?» , preguntó.

Y yo respondí:

« Nada» .

Sigo sin poder moverme, ni siquiera los ojos, pero veo bastante bien los instrumentos desde este ángulo, incluidos el altímetro y el indicador de combustible. Estamos a cinco mil pies de altura y el combustible no durará para siempre. Inducir una parálisis tal vez me impida saltar, pero no caer. La probabilidad de fallo terminal en ese caso es absoluta.

El nodo no tiene alternativa. Me libera, y la sensación es como si me hubieran lanzado desde el otro extremo de un campo de fútbol: de golpe, me han empujado de vuelta a mi cuerpo.

« Vale, Hacha 2.0, vamos a comprobar lo buena que eres» .

Me agarro al tirador de la puerta del piloto y apago los motores.

Suena una alarma. La apago también. Ahora hay viento y nada más que viento.

Por unos segundos, el impulso mantiene el helicóptero equilibrado; después, caída libre.

Salgo disparada hacia el techo; me golpeo la cabeza contra el parabrisas. Veo estrellitas blancas. El helicóptero empieza a dar vueltas mientras cae, y a mí se me escapa el tirador de la puerta. Doy bandazos como un dado dentro de una cubilete de póquer, aferrándome al espacio vacío, buscando un asidero. El helicóptero se pone del revés, con el morro hacia arriba: salgo volando cuatro metros hasta la parte de atrás de la nave, regreso volando cuando se pone del derecho y me doy en el pecho contra la parte de atrás del asiento del piloto. Un cuchillo ardiendo me desgarró el costado: me he roto una costilla. La correa de nailon suelta del arnés del piloto me golpea en la cara, así que la sujeto antes de salir volando otra vez. Otra vuelta, y la fuerza centrífuga me lanza hacia la cabina, donde me estrello contra la puerta. Se abre de golpe, y apoyo mi zapato de suela de enfermera en el asiento para hacer palanca, con medio cuerpo fuera. Suelto la correa, agarro bien el tirador y empujo con fuerza.

Ruedo, caigo, giro, voltereta, destellos grises, negros y de un blanco chispeante. Estoy colgada del tirador mientras el helicóptero gira y el lado del piloto queda hacia arriba; la puerta se me cierra de golpe contra la muñeca, me rompe el hueso y me arranca los dedos del tirador. Reboto y me retuerzo por todo el Blackhawk hasta estrellarme contra el timón de atrás, luego salgo disparada hacia arriba y, cuando la cola rota hacia el cielo, vuelo hacia el horizonte como una roca lanzada con un tirachinas.

No tengo la sensación de caer, sino de estar suspendida en la corriente ascendente de aire caliente que presiona al frío, como un halcón que navega por el cielo nocturno con las alas extendidas; detrás y debajo de mí, el helicóptero,

prisionero de la gravedad que yo rechazo, cae dando vueltas. No oigo el estallido cuando se estrella. Solo el viento, la sangre en los oídos y nada de dolor, a pesar de la paliza dentro del helicóptero. Deliro, estoy estimuladamente vacía. No soy nada. El viento tiene más sustancia que mis huesos.

La Tierra corre hacia mí. No tengo miedo. He cumplido mis promesas. He aprovechado el tiempo.

Extiendo los brazos. Estiro bien los dedos. Alzo el rostro hacia la línea en que el cielo se encuentra con la Tierra.

Mi hogar. Mi responsabilidad.

Caigo a velocidad terminal hacia un monótono paisaje blanco, una vasta nada que lo engulle todo a su paso, que explota hacia el horizonte en todas las direcciones.

« Es un lago. Un lago muy grande » .

Un lago helado muy grande.

Entrar con los pies por delante es mi única opción. Si el hielo es de más de treinta centímetros de espesor, estoy acabada. Ninguna mejora alienígena del universo me protegerá. Me destrozaré los huesos de las piernas. Se me romperá el bazo. Me fallarán los pulmones.

« Tengo fe en ti, Marika. No has atravesado fuego y sangre solo para caer ahora » .

En realidad, comandante, sí lo he hecho.

El mundo blanco de abajo brilla como las perlas, es un lienzo sin estrenar, un abismo de alabastro. Una pared de viento aullante me empuja las piernas mientras arrastro las rodillas hasta el pecho para rotar. Tengo que entrar en un ángulo de noventa grados. Si me enderezo demasiado pronto, el viento me desestabilizará. Si lo hago demasiado tarde, me caeré de culo o de pecho.

Cierro los ojos; no los necesito. El nodo ha funcionado perfectamente hasta ahora; ha llegado el momento de depositar en él toda mi confianza.

Vacío la mente: lienzo sin estrenar, abismo de alabastro. Yo soy el navío, el nodo es el piloto.

« ¿Cuál es la respuesta? » .

Y yo respondí: « Nada. La respuesta es nada » .

Pataleo con fuerza con ambas piernas. Giro el cuerpo hasta enderezarlo. Subo los brazos y los cruzo sobre el pecho. Dejo caer la cabeza hacia atrás y dirijo el rostro al cielo. Abro la boca. Respiración profunda, suelta el aire. Respiración profunda, suelta el aire. Respiración profunda, contén el aliento.

Ahora estoy en posición vertical, liberada por el viento, caigo más deprisa. Golpeo el hielo con los pies por delante, a ciento cincuenta kilómetros por hora.

No siento el impacto.

Ni el agua fría que me engulle.

Ni la presión del agua al sumergirme en la oscuridad absoluta.

No siento nada. Los nervios se me han bloqueado o los receptores de dolor del cerebro se han apagado.

Cientos de metros por encima de mí, un punto diminuto de luz, una cabeza de alfiler tan tenue como la estrella más lejana: el punto de entrada. También, el de salida. Pataleo para llegar a la estrella. Tengo el cuerpo entumecido. La mente,

vacía. Me he rendido por completo al sistema número 12. Ya no forma parte de mí, sino que soy yo. Somos una.

Soy humana. Y no lo soy. Asciendo hacia la estrella que brilla en la bóveda cubierta de hielo, un « protodiós » que se alza de las profundidades primordiales, enteramente humano, completamente alienígena, y ahora lo entiendo; conozco la respuesta al acertijo imposible de Evan Walker.

Salgo disparada al corazón de la estrella y me arrastro por el borde del agujero para descansar sobre el hielo. Un par de costillas rotas, una muñeca fracturada, un corte profundo en la frente (del arnés del piloto), el cuerpo totalmente entumecido, sin aliento alguno, vacía, entera, consciente.

Viva.

Al alba, llego a los humeantes restos del helicóptero. No me cuesta dar con el lugar del accidente: el Blackhawk se ha estrellado en el centro de un campo abierto recién cubierto de nieve. Se ve el brillo de las llamas desde varios kilómetros a la redonda.

Me acerco lentamente desde el sur. A mi derecha, el sol irrumpe en el horizonte y la luz corre por el paisaje invernal, prendiendo fuego a un infierno cristalino, como si mil millones de diamantes hubieran caído del cielo.

Tengo la ropa empapada y tan congelada que cruje como leña cuando me muevo. He recuperado las sensaciones. El sistema número 12 perpetúa mi existencia para perpetuar la suya. Me pide descanso, comida, ayuda para el proceso de curación; ese es el objetivo de devolverme el dolor.

«No. No descansaremos hasta que los encuentre».

El cielo está vacío. No hay viento. Las volutas de humo se alzan de los restos del helicóptero, negras y grises, como el humo que flotaba sobre Campo Asilo con los restos incinerados de los muertos.

«¿Dónde estás, Navaja?».

Sale el sol, y el brillo que se refleja en la nieve se vuelve cegador. La matriz visual adapta mis ojos: un filtro más oscuro, que en nada difiere de unas gafas de sol, cubre mi campo visual y me permite ver una mancha en el blanco perfecto que me rodea, más o menos kilómetro y medio al oeste. Me tumbo boca abajo y muevo el pecho para excavar una pequeña trinchera. Al acercarse, la imperfección oscura adquiere forma humana: alta y delgada, con una gruesa parka y un fusil, se mueve despacio recortada contra el fondo de nieve que lo cubre hasta los tobillos. Pasan treinta minutos. Cuando está a unos cien metros, me levanto. El cae, como si le disparasen. Lo llamo por su nombre, no demasiado alto: el sonido llega más lejos en el aire invernal.

Su voz, chillona por la ansiedad, me llega flotando.

—¡Joder!

Avanza con torpeza unos pasos, pero después echa a correr, levantando mucho las rodillas y moviendo los brazos como un fanático del cardio en una cinta. Se detiene a un brazo de distancia, y el cálido aliento le sale en estallidos de la boca abierta.

—Estás viva —susurra.

Lo veo en sus ojos: «Imposible».

—¿Dónde está Tacita?

Hace un gesto con la cabeza.

—Está bien. Bueno, creo que quizá se haya roto una pierna...



Lo rodeo y empiezo a caminar por donde ha venido. Él arrastra los pies detrás de mí, pidiéndome que frene.

—Estaba a punto de darte por perdida —jadea—. ¡Sin paracaídas! ¿Qué? ¿Ahora vuelas? ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Me he dado un golpe.

—Ah. Bueno, pareces una apache. Ya sabes: pintura de guerra.

—Esa es la cuarta parte que faltaba: apache.

—¿En serio?

—¿Qué quieres decir con que crees que quizá se haya roto la pierna?

—Bueno, lo que quiero decir es que creo que quizá se haya roto la pierna. Con ayuda de tu visión de rayos equis a lo mejor puedes diagnosticar...

—Qué raro —digo, examinando el cielo mientras caminamos—. ¿Dónde están los perseguidores? Deben de saber dónde estamos.

—No he visto nada. Como si se hubieran rendido.

—No se rinden —respondo, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuánto queda, Navaja?

—¿Kilómetro y medio? No te preocupes, la tengo bien escondida.

—¿Por qué la has dejado?

Me lanza una mirada brusca, pasmado por un segundo. Pero solo un segundo. Navaja nunca se queda sin palabras mucho tiempo.

—Para buscarte. Me dijiste que te esperase junto al fuego. Una especie de dirección genérica. Podrías haber dicho: «Reúnete conmigo en el punto donde voy a estrellar el helicóptero. En ese fuego».

Caminamos en silencio unos minutos. Navaja está sin aliento. Yo, no. Las matrices me mantendrán hasta que la encuentre, pero tengo la sensación de que, cuando caiga, caeré del todo.

—Y ahora, ¿qué? —me pregunta.

—Descansaremos unos días... o todo lo que podamos.

—¿Y después?

—Al sur.

—Al sur. ¿Ese es el plan? Al sur. Muy elaborado, ¿no?

—Tenemos que regresar a Ohio.

Se detiene como si se hubiera topado con un muro invisible. Arrastro los pies unos cuantos pasos más y me vuelvo. Navaja sacude la cabeza.

—Hacha, ¿tienes alguna idea de dónde estás?

—A unos treinta y dos kilómetros al norte de uno de los Grandes Lagos. Diría que el Erie.

—¿Cómo vas...? ¿Cómo vamos...? ¿Te das cuenta de que Ohio está a más de ciento sesenta kilómetros de aquí? —balbucea.

—El sitio al que vamos está, más bien, a trescientos veinte. En línea recta.

—En línea... Bueno, mira qué pena que haya curvas. ¿Qué hay en Ohio?

—Mis amigos.

Sigo caminando, siguiendo las huellas de sus botas en la nieve.

—Hacha, no quiero joderte las ilusiones, pero...

—¿Que no quieres joderme el qué?

—Eso ha sonado sospechosamente a broma.

—Sé que seguramente estarán muertos. Y sé que seguramente moriré antes de llegar hasta ellos, aunque no lo estén. Pero hice una promesa, Navaja. En aquel momento creía que no lo era, me dije que no lo era. Le dije a él que no lo era. Pero, por un lado, está lo que nosotros nos decimos sobre la verdad y, por otro, lo que la verdad dice sobre nosotros.

—Lo que acabas de decir no tiene sentido. Lo sabes, ¿no? Puede que sea la herida de la cabeza. Normalmente tienes...

—¿Heridas en la cabeza?

—Vale, ¡eso sí ha sido una broma! —exclama, frunciendo el ceño—. ¿A quién le hiciste una promesa?

—A un chicarrón deportista, ingenuo, memo y estereotípico que se cree el regalo de Dios al mundo cuando no piensa que el mundo es un regalo que Dios le ha hecho a él.

—Ah, vale.

No dice nada durante unos cuantos pasos más.

—Entonces ¿desde cuándo es tu novio el señor deportista ingenuo, memo y estereotípico?

Me detengo. Me vuelvo. Le sujeto la cara con ambas manos y le doy un beso en los labios. Él abre mucho los ojos, que expresan algo muy parecido al miedo.

—¿A qué ha venido eso?

Lo beso de nuevo. Nuestros cuerpos se pegan. Su rostro frío entre mis manos, más frías. Me llega el olor a chicle de su aliento. «La Tierra es mi responsabilidad». Somos dos pilares que surgen de un mar rizado de color blanco resplandeciente. Sin límites. Sin fronteras, sin cortapisas.

Él me sacó de la tumba. Me levantó de entre los muertos. Arriesgó la vida para que yo recuperara la mía. Habría sido más fácil volverme la espalda, dejarme marchar. Habría sido más fácil creerse la bonita mentira antes que la horrible verdad. Después de la muerte de mi padre, construí una fortaleza segura y resistente para que durase mil años. Un fuerte poderoso que se derrumba con un beso.

—Ahora estamos en paz —susurro.

—No del todo —responde, ronco—. Yo solo te besé una vez.

Al acercarnos, el complejo parece surgir de la nieve cual leviatán de las profundidades. Silos, cintas transportadoras, cubos, hormigoneras, almacenes y edificios de oficinas; un depósito enorme que dobla en tamaño al hangar de un avión, todo rodeado de una alambrada metálica oxidada. Es de un simbolismo espeluznante, y bastante apropiado, que esto acabe en una fábrica de hormigón. El hormigón es la omnipresente firma humana, nuestro principal medio artístico en el lienzo en blanco del mundo: allá donde íbamos, la Tierra desaparecía poco a poco debajo.

Navaja aparta una sección de alambrada para que yo pase por debajo. Mejillas sonrosadas, nariz rojo brillante por el frío, ojos amables y profundos que lo observan todo. A lo mejor se siente tan expuesto como yo en campo abierto, empequeñecido por los enormes silos y los gigantesco equipos bajo un cielo reluciente y despejado.

A lo mejor, aunque lo dudo.

—Dame tu fusil —le pido.

—¿Qué?

Tiene el arma apretada contra el pecho y le da golpecitos nerviosos al gatillo.

—Yo tengo mejor puntería.

—Hacha, lo he comprobado todo. Aquí no hay nadie. Estamos completamente...

—A salvo —termino la frase por él—. Claro —añado, y extendiendo una mano.

—Vamos, está ahí mismo, en el almacén...

No me muevo. Él hace un gesto de impaciencia, echa la cabeza atrás para contemplar el cielo vacío y vuelve a mirarme.

—Si estuvieran ahí, sabes que ya estaríamos muertos.

—El fusil.

—Vale.

Me lo entrega con brusquedad. Se lo quito de las manos y le golpeo la sien con la culata. Él cae de rodillas, mirándome a la cara, aunque no hay nada en esos ojos, nada en absoluto.

—Cae —le digo; él cae hacia delante y se queda quieto.

No creo que ella esté en el almacén. Existe una razón para que Navaja quiera que entre, pero no me creo que esa razón tenga algo que ver con Tacita. Dudo que esté en un radio de cien kilómetros a la redonda. Sin embargo, no me queda alternativa. Tener el fusil y a Navaja neutralizado me ofrece algo de ventaja, pero no mucha.

Se abrió a mí cuando lo besé. No sé cómo las mejoras abren una ruta

empática al interior de otro ser humano. Puede que conviertan al portador en una especie de detector de mentiras humano que recoge y coteja datos de una miríada de entradas sensoriales y las hace pasar a través del nodo para su interpretación y análisis. Funcione como funcione, percibí el punto vacío dentro de Navaja, una nulidad, una habitación oculta, y supe que algo iba muy mal.

Mentiras dentro de mentiras dentro de mentiras. Fintas que se responden con fintas. Como un espejismo en el desierto, da igual lo deprima que uno corra hacia él, siempre permanece a lo lejos. Descubrir la verdad era como perseguir el horizonte.

Al entrar en la sombra del edificio, algo se desploma dentro de mí. Me tiemblan las rodillas. Me duele el pecho como si me lo hubieran golpeado con un ariete. No consigo recuperar el aliento. El sistema número 12 puede sostenerme y fortalecerme, sobrecargar mis reflejos, multiplicar por diez la capacidad de mis sentidos, curarme y protegerme de cualquier daño físico, pero no hay nada que mis cuarenta mil huéspedes no deseados puedan hacer para arreglar un corazón roto.

«No, no, no puedo ablandarme ahora. ¿Qué pasa si nos ablandamos? ¿Qué pasa?» .

No puedo entrar. Debo entrar.

Me apoya en la pared de frío metal del almacén, al lado de la puerta abierta tras la que mora la oscuridad, profunda como una tumba.

Leche agria.

Cuando entro, el hedor de la plaga es tan intenso que me dan arcadas. La matriz olfativa suprime de inmediato mi sentido del olfato. Se me calma el estómago. Se me aclara la vista. El almacén es el doble de grande que un estadio de fútbol americano y está dividido en tres niveles ascendentes. El de abajo, en el que estoy, se ha convenido en un hospital de campo. Cientos de catres, sábanas enrolladas y carros de suministros médicos volcados. Sangre por todas partes. Brilla a la luz que entra a través de los agujeros del techo parcialmente derrumbado, tres plantas más arriba. Sábanas heladas de sangre en el suelo. Sangre que mancha las paredes. Sábanas y almohadas empapadas de sangre. Sangre, sangre, sangre por todas partes, pero ningún cadáver.

Subo el primer tramo de escaleras hasta el segundo nivel. Nivel de suministros: bolsas abiertas de harina y otros alimentos secos, cuyo contenido han desparramado las ratas y otros carroñeros; pilas de alimentos enlatados, garrafas de agua, barriles de queroseno. Almacenados para sobrevivir al invierno, pero el Tsunami Rojo llegó primero y los ahogó en su propia sangre.

Subo el segundo tramo de escaleras hasta el tercer nivel. Una columna de luz solar atraviesa el polvoriento aire como si fuera un foco. He llegado al final, al último nivel. La plataforma está abarrotada de cadáveres que, en algunos puntos, forman pilas de hasta seis cuerpos; los de abajo están bien envueltos en sábanas, pero a los de arriba los han tirado a toda prisa, así que forman un revoltijo de brazos y piernas, una masa retorcida de hueso, piel seca y dedos esqueléticos que intentan aferrarse inútilmente al aire vacío.

Han despejado un espacio en el centro de la planta. Veo una mesa de madera en medio de una columna de luz. Y, sobre la mesa, una caja de madera; y, al lado de la caja de madera, un juego de ajedrez con las piezas ordenadas en un final de partida que reconozco al instante.

Entonces oigo su voz, que surge de todas partes y de ninguna, como el susurro de un trueno lejano, imposible de ubicar.

—No llegamos a terminar nuestra partida.

Alargo la mano y derribo el rey blanco. Oigo un suspiro, como el aire en lo alto de los árboles.

—¿Por qué estás aquí, Marika?

—Era una prueba —susurro.

El rey blanco yace de espaldas con la vista perdida; los ojos son un abismo de alabastro que me devuelve la mirada.

—Necesitabas comprobar el sistema número 12 —prosigo— sin que yo

supiera que se trataba de una prueba. Tenía que creerme que era real. Era la única forma de lograr que cooperara.

—¿Y has superado la prueba?

—Sí.

Le doy la espalda a la luz. Está de pie en lo alto de las escaleras, solo, con el rostro oculto entre las sombras, aunque juraría que veo sus relucientes ojos azules de pájaro brillando en la sepulcral oscuridad.

—Todavía no —responde.

Le apunto con el fusil a la frente, justo entre los ojos relucientes, y aprieto el gatillo. Los clics de la cámara vacía retumban en las paredes: clic, clic, clic, clic, clic, clic.

—Has llegado muy lejos, Marika —dice Vosch—. No me decepciones ahora. Tendrías que haberte imaginado que no estaba cargado.

Suelto el fúsil y retrocedo arrastrando los pies hasta darme contra la mesa. Me sujeto a ella con las manos para mantener el equilibrio.

—Haz la pregunta —me ordena.

—¿Qué has querido decir con: « Todavía no » ?

—Ya conoces la respuesta.

Levanto la mesa y se la lanzo. La rechaza con un brazo aunque, para entonces, ya he llegado hasta él, de un salto a dos metros de distancia, y le he golpeado en el pecho con el hombro para después atraparlo en un abrazo de oso. Salimos volando del tercer nivel y nos estrellamos contra el segundo. Las tablas que tenemos debajo crujen con estrépito. El impacto hace que lo suelte un poco. El me rodea el cuello con los largos dedos de una de las manos y me lanza a una distancia de seis metros, contra una torre de comida enlatada. Estoy en pie en menos de un segundo, pero, a pesar de eso, me supera; se mueve tan deprisa que, al levantarse, me deja una imagen persistente en la retina.

—El pobre recluta del baño —dice—. La enfermera que estaba junto a la UCI, el piloto, Navaja... Incluso Claire, la pobre Claire, que estaba en clara desventaja desde el principio. No era bastante, no. Para superar de verdad la prueba debías vencer lo invencible.

Abre los brazos a modo de invitación.

—Querías una oportunidad, Marika. Pues bien, aquí la tienes.

Hay poca diferencia entre lo que pasa después y una partida de ajedrez. Sabe lo que pienso. Sabe cuáles son mis puntos fuertes y débiles. Conoce todos mis movimientos antes de que los ejecute. Presta particular atención a mis heridas: la muñeca, las costillas, la cara. La sangre brota al volver a abrirseme la herida de la frente y echa humo al salir al aire bajo cero; se me mete en la boca y en los ojos; el mundo se vuelve carmesí bajo una cortina ensangrentada. Después de verme caer por tercera vez, dice:

—Basta. No te levantes, Marika.

Me levanto. Me derriba una cuarta vez.

—Vas a sobrecargar el sistema —me advierte. Estoy a gatas, mirando como una tonta la sangre que me gotea de la cara y salpica al caer al suelo, como una lluvia roja—. Podría romperse. Si ocurre, las heridas te matarán.

Estoy gritando. Sale del mismo fondo de mi alma: los aullidos finales de siete mil millones de seres humanos asesinados. El sonido rebota en el espacio cavernoso.

Después me levanto por última vez. A pesar de las mejoras, no logro seguir con los ojos el movimiento de sus puños. Como partículas cuánticas, no están aquí ni allí, son imposibles de ubicar, imposibles de predecir. Lanza mi cuerpo inerte de la plataforma al suelo de hormigón de abajo, y tengo la sensación de que no dejaré de caer nunca, de que me desplomo en una oscuridad más densa que la que se tragó al universo antes del inicio de los tiempos. Ruedo para ponerme boca arriba y me levanto. Me sujeta el cuello con sus botas y me lo aplasta.

—¿Cuál es la respuesta, Marika?

No tiene que explicármelo, por fin entiendo la pregunta. Por fin capto el acertijo: no me pregunta por nuestra respuesta al problema de su presencia. Nunca lo ha hecho. Me pregunta por su respuesta al problema de nuestra presencia.

Así que respondo:

—Nada. Esa es la respuesta. No están aquí. Nunca han estado aquí.

—¿Quiénes? ¿Quiénes no están aquí?

Tengo la boca llena de sangre. Me la trago.

—El riesgo...

—Sí, muy bien. El riesgo es la clave.

—No están aquí. No hay entidades descargadas en cuerpos humanos. No hay conciencias alienígenas dentro de nadie. Por el riesgo. El riesgo. El riesgo es inaceptable. Es un... un programa, una construcción ficticia. Se introdujo en sus mentes antes de que nacieran, se activó al llegar a la pubertad... Una mentira, es

una mentira. Son humanos. Mejorados, como yo, pero humanos... Humanos como yo.

—¿Y yo? Si tú eres humana, ¿qué soy yo?

—No lo sé...

La bota me aprieta más, me aplasta la mejilla contra el hormigón.

—¿Qué soy yo?

—No lo sé. El controlador. El director. No lo sé. El elegido para... No lo sé, no lo sé.

—¿Soy humano?

—¡No lo sé!

Y no lo sabía. Habíamos llegado al lugar en el que no quería entrar. El punto sin retorno. Encima: la bota. Abajo: el abismo.

—Pero si eres humano...

—Sí, termina esa frase: si soy humano... ¿Qué?

Me ahogo en sangre. No en la mía, sino en la sangre de los miles de millones que murieron antes que yo, en un mar infinito de sangre que me envuelve y me arrastra consigo al fondo en tinieblas.

—Si eres humano, no hay esperanza.



Me levanta del suelo, me lleva hasta uno de los catres y me tumba con delicadeza.

—Te has doblado, pero no te has roto. Hay que fundir el acero antes de forjar la espada. Tú eres la espada, Marika. Yo soy el herrero y tú eres la espada.

Me pasa el pulgar por la mejilla ensangrentada.

—Ahora, descansa, Marika. Aquí estás a salvo. Completamente a salvo. Él se quedará contigo para cuidarte.

Navaja. Eso no podre soportarlo. Sacudo la cabeza.

—Por favor, no. Por favor.

—Y en un par de semanas, estarás lista.

Está esperando la pregunta. Se siente muy satisfecho de sí mismo. O de mí. O de lo que ha logrado conmigo. Pero no se la hago.

Y entonces se va.

Un poco más tarde oigo el helicóptero que llega para llevárselo. Después aparece Navaja, y es como si alguien le hubiera metido una manzana bajo la piel de las mejillas. No dice nada. No digo nada. Me lava la cara con agua tibia jabonosa. Me venda las heridas. Me sujeta las costillas fracturadas. Me entablilla la muñeca rota. No se molesta en ofrecirme agua, aunque debe de saber que tengo sed. Me pone un gotero en el brazo y engancha un bote de suero. Después me deja y se sienta en una silla plegable junto a la puerta abierta, envuelto en una gruesa parka y con el fusil en el regazo. Cuando se pone el sol, enciende una lámpara de queroseno y la coloca en el suelo, a su lado. La luz asciende y le baña la cara, aunque no le veo los ojos.

—¿Dónde está Tacita? —pregunto, y mi voz rebota por el amplio espacio.

No responde.

—Tengo una teoría —le digo—. Es sobre las ratas. ¿Quieres oírla?

Silencio.

—Matar una rata es sencillo: solo hace falta un trozo de queso rancio y una trampa de resorte. Pero matar mil ratas, un millón de ratas, mil millones de ratas (o siete mil millones) es un poco más complicado. Para eso hace falta un cebo. Veneno. No tienes por qué envenenar a los siete mil millones, solo a un porcentaje que se lleve el veneno a su nido.

No se mueve. No tengo ni idea de si me escucha, ni siquiera sé si está despierto.

—Nosotros somos las ratas. El programa descargado en los fetos humanos... Ese es el cebo. ¿Cuál es la diferencia entre un humano que transporta una conciencia alienígena y un humano que cree transportarla? Ninguna, salvo una:

el riesgo. El riesgo es la diferencia. No el nuestro: el suyo. ¿Por qué iban a arriesgarse así? La respuesta es que no se arriesgaron. No están aquí, Navaja. Nunca han estado aquí. Solo somos nosotros. Siempre hemos sido nosotros.

Se inclina hacia delante muy despacio, con movimientos pausados, y apaga la luz.

Suspiro.

—Pero, como todas las teorías, hay lagunas. No consigo que encaje con la pregunta de la roca grande. ¿Por qué molestarse con todo esto si lo único que tenían que hacer era lanzar una roca muy grande?

En voz baja, muy baja, tanto que no lo habría oído sin la matriz, dice:

—Cállate.

—¿Por qué lo has hecho, Alex?

Si es que se llama Alex. Toda su historia podría ser una mentira diseñada por Vosch para manipularme. Lo más probable es que lo sea.

—Soy un soldado.

—Solo seguías órdenes.

—Soy un soldado.

—Razonar el porqué no es cosa tuya.

—¡Soy ... un... soldado!

Cierro los ojos.

—Ajebol. ¿También fue idea de Vosch? Lo siento, una pregunta estúpida.

Silencio.

—Es Walker —digo de repente, abriendo mucho los ojos—. Tiene que ser por eso. Es lo único que tiene sentido. Es Evan, ¿verdad, Navaja? Quiere a Evan y yo soy el único camino hasta él.

Silencio.

La implosión de Campo Asilo y los teledirigidos desactivados que llovían del cielo: ¿para qué querían los teledirigidos? Siempre me lo he preguntado. ¿Tan difícil era encontrar a los grupos de supervivientes, teniendo en cuenta que solo quedaban unos cuantos y que la tecnología humana era más que suficiente para localizarlos? Los supervivientes se agrupaban, se unían como abejas en una colmena. La misión de los teledirigidos no era mantenernos controlados a nosotros, sino a ellos, a los humanos como Evan Walker, solitarios y con mejoras peligrosas, repartidos por todos los continentes, armados con conocimientos que podrían acabar con todo el sistema si el programa descargado en ellos empezara a funcionar mal... Como claramente había sido el caso con Evan.

Evan está fuera de su alcance. Vosch no sabe dónde se encuentra, ni si está vivo o muerto. Pero si Evan está vivo, Vosch necesita a alguien dentro, alguien en quien Evan confíe.

« Yo soy el herrero» .

« Y tú eres la espada» .

Durante una semana, no disfruto de más compañía que la suya. Guardia, enfermera, centinela. Cuando tengo hambre, me trae comida. Cuando me duele algo, mitiga mi dolor. Cuando estoy sucia, me lava. Es constante. Es fiel. Está aquí cuando me despierto y sigue aquí cuando me quedo dormida. Nunca lo pillo durmiendo: él es constante, pero mi sueño no, así que me despierto varias veces por la noche y él siempre está observándome desde su puesto, junto a la puerta. Guarda silencio, taciturno y, cosa curiosa, está nervioso. Precisamente él, que me engañó sin problemas para que creyera no solo lo que decía, sino también en él. Como si pensara que voy a intentar escapar, cuando sabe que puedo pero que no lo haré, cuando sabe que me retiene una promesa más pesada que mil cadenas.

La tarde del sexto día, Navaja se ata un trapo sobre la nariz y la boca, sube las escaleras que dan al tercer nivel y regresa con un cadáver. Lo saca fuera. Después, regresa a las escaleras con pasos tan lentos con las manos vacías como cuando las tenía llenas, y otro cadáver baja hasta el fondo. Pierdo la cuenta al llegar a los ciento veintitrés. Navaja vacía de muertos el almacén, los apila en el patio y, al atardecer, les prende fuego. Los cadáveres se han momificado, así que arden rápidamente, con llamas muy calientes y brillantes. La pira puede verse a kilómetros de distancia, si es que hay alguien para verla. La luz ilumina la entrada, lame el suelo y convierte el hormigón en un ondulante lecho marino de color dorado. Navaja descansa en el umbral, contemplando el fuego, y parece una sombra delgada con un halo, como un eclipse lunar. Se quita la chaqueta, se quita la camisa, se sube la manga de la camiseta interior para dejar los hombros al aire. La hoja de su cuchillo refleja la luz amarilla cuando se graba algo en la piel con la punta.

La noche avanza despacio; el fuego se consume; el viento cambia de dirección y el corazón me duele de nostalgia: campamentos de verano, caza de luciérnagas y ciclos de agosto rebosantes de estrellas. El olor del desierto y el largo suspiro melancólico del viento que baja corriendo de las montañas cuando el sol se esconde tras el horizonte.

Navaja enciende la lámpara de queroseno y se me acerca. Huele a humo y, aunque solo un poco, a los muertos.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto.

Por encima del trapo, sus ojos nadan en lágrimas. No sé si es por el humo o por otra cosa.

—Órdenes —responde.

Me saca la intravenosa del brazo y enrolla el tubo en el gancho del poste del suero.

—No te creo.

—Vaya, menuda sorpresa.

Es nuestra conversación más larga desde que se fue Vosch. Me sorprende que volver a oír su voz me alivie. Me está examinando la herida de la frente, con el rostro muy pegado al mío porque hay poca luz.

—Tacita —susurro.

—¿Tú qué crees? —pregunta, enfadado.

—Está viva. Es la única ventaja que tiene sobre mí.

—Vale, pues está viva.

Me extiende pomada antibacteriana sobre el corte. Un ser humano no mejorado habría necesitado varios puntos, pero en pocos días nadie se dará cuenta siquiera de que sufrí una herida.

—Podría destapar su farol —digo—. ¿Cómo va a matarla ahora?

—¿A lo mejor porque le importa una mierda esa niña en concreto cuando el destino del mundo entero está en peligro? —pregunta a su vez, encogiéndose de hombros—. Supongo, vamos.

—Después de todo lo que ha pasado, después de todo lo que has escuchado y de todo lo que has visto, todavía te crees su historia.

Me mira con algo muy similar a la lástima.

—Tengo que creérmela, Hacha. Si dejo de hacerlo, estoy acabado. Soy como ellos —añade, señalando con la cabeza el patio, donde todavía humean los huesos ennegrecidos.

Se sienta en el catre de al lado y se quita la máscara improvisada. La lámpara entre sus pies, la luz que le baña la cara y las sombras que se le acumulan en los ojos hundidos.

—Demasiado tarde para eso —le digo.

—Claro, ya estamos muertos. Entonces, no hay ninguna ventaja, ¿no? Mátame, Hacha. Mátame ya y huye. Huye.

Podría levantarme del catre antes de que terminara de parpadear. Con un solo puñetazo mejorado en el pecho, le clavaría una costilla destrozada en el corazón. Y después podría salir de aquí sin más, alejarme caminando, internarme en el bosque y esconderme durante años, durante décadas, hasta ser tan vieja que el sistema número 12 no pueda ya sustentarme. Podría vivir más que nadie. Podría despertarme un día y ser la última persona de la Tierra.

Y entonces. Y entonces.

Debe de estar congelado, ahí sentado sin nada más que una camiseta encima. Veo una línea de sangre seca sobre sus bíceps.

—¿Qué te has hecho en el brazo? —le pregunto.

Se sube la manga. Las letras son toscas, grandes, mayúsculas y temblorosas, como las de un niño que aprende a escribir:

«VQP».

—Latín —susurra—. *Vincit qui patitur*. Significa...

—Sé lo que significa —respondo en otro susurro.

—Dudo que de verdad lo sepas —dice, negando con la cabeza. No parece enfadado, sino triste.

Alex vuelve la cabeza hacia la puerta, más allá de la cual los muertos vuelan hacia el indiferente cielo. Alex.

—¿De verdad te llamas Alex?

Me mira de nuevo, y veo la sonrisa irónica y juguetona. Igual que cuando escuché de nuevo su voz, me sorprende haberla echado de menos.

—No te mentí sobre nada de eso. Solo sobre lo importante.

—¿Tu abuela tenía un perro que se llamaba Flubby?

—Sí —responde, riéndose un poco.

—Eso es bueno.

—¿Por qué?

—Deseaba que esa parte fuera cierta.

—¿Porque te encantan los perritos cascarrabias tamaño bolsillo?

—Porque me gusta pensar que hubo un tiempo en que existían perritos cascarrabias tamaño bolsillo llamados Flubby. Eso es bueno. Merece la pena recordarlo.

Se levanta del catre en un abrir y cerrar de ojos y me besa, y yo me sumerjo en él y ya no hay nada oculto. Ahora se abre a mí, el chico que me ha cuidado y el que me ha traicionado, el que me ha devuelto a la vida y el que me ha entregado a la muerte. La ira no es la respuesta, no, ni tampoco el odio. Capa a capa, lo que nos separa se desprende hasta que llego al centro, a la región sin nombre, a la fortaleza sin defensas, a un dolor sin edad y sin límites, a la solitaria singularidad de su alma, que se mantiene a pesar del tiempo y la experiencia, más allá del pensamiento, infinita.

Y estoy allí con él, y ya estoy allí. Dentro de la singularidad, y ya estoy allí.

—No puede ser cierto —susurro.

Dentro del centro de todo, donde no hay nada, lo encuentro abrazándome.

—No me creo todas tus chorradas —murmura—, pero tienes razón en algo: hay cosas, incluso las más pequeñas, que valen la suma de todas las cosas.

En el exterior arde la amarga cosecha. En el interior, aparta las sábanas, y estas son las manos que me han sostenido, las manos que me han bañado, me han alimentado y me han levantado cuando yo no podía levantarme. El me condujo a la muerte; él me lleva a la vida. Por eso sacó a los muertos del nivel superior: los hizo desaparecer, los envió al fuego, no para profanarlos, sino para santificarnos.

La sombra que lucha contra la luz. El frío que compite con el fuego. «Es una guerra», me dijo una vez, y nosotros somos los conquistadores del país sin descubrir, una isla de vida centrada en un ilimitado mar de sangre.

El frío cortante. El calor abrasador. Sus labios que se deslizan sobre mi cuello y mis dedos que palpan su mejilla destrozada, la herida que yo le hice y las heridas de su brazo (*VQP*), las que se hizo él solo; después deslizo las manos por su espalda. «No me abandones. Por favor, no me abandones». El olor a chicle, el olor a humo y el olor a su sangre; la forma en que mueve el cuerpo sobre el mío y la forma en que introduce su alma en la mía: Navaja. El latido de nuestros corazones, el ritmo de nuestros alientos, y las estrellas que giran y no vemos, que marcan el paso del tiempo y miden los intervalos que se reducen poco a poco hasta nuestro final, el suyo, el mío y el de todo lo demás.

El mundo es un reloj que se queda sin cuerda, y su llegada no tuvo nada que ver con eso. El mundo siempre ha sido un reloj. Hasta las estrellas se apagan una a una, no habrá ni luz ni calor, y esto es la guerra, la interminable guerra inútil contra el vacío sin luz y sin calor que corre hacia nosotros.

Entrelaza los dedos detrás de mi espalda y me empuja con fuerza hacia él. Ya no hay espacio entre los dos. No hay un punto en el que él acabe y yo empiece. El vacío se llena. Un desafío a la nada.

Se queda conmigo hasta que se nos calma el aliento y se nos frena el corazón; me pasa los dedos por el pelo y me mira fijamente a la cara, como si no pudiera marcharse hasta haber memorizado cada detalle. Me toca los labios, las mejillas, los párpados. Me acaricia la nariz con la punta del dedo y después me recorre la curva de la oreja. Su rostro está en sombras; el mío, iluminado.

—Huye —me susurra.

—No puedo —respondo, negando con la cabeza.

Se levanta del catre, pero me da la sensación de ser yo la que cae y él quien permanece quieto. Se viste muy deprisa. No consigo descifrar su expresión. Navaja se ha cerrado a mí. Vuelvo a estar presa en el vacío. No lo soporto. Me aplastará esta ausencia con la que he vivido tanto tiempo que ya apenas la percibía. Apenas, hasta este momento: él me ha enseñado lo enorme que era el vacío que la llenaba.

—No te atraparán —insiste—. ¿Cómo van a atraparte?

—Sabe que no huiré mientras la tenga a ella.

—Dios mío. Pero ¿qué es ella para ti? ¿Merece la pena morir por ella? ¿Cómo vas a sacrificar toda tu vida por una sola persona? —Es una pregunta cuya respuesta ya conoce—. Vale, haz lo que quieras. Como si me importara algo. Como si importara.

—Esa es la lección que nos han enseñado, Navaja: qué importa y qué no. La única verdad en medio de tanta mentira.

Recoge el fusil y se lo echa al hombro. Me da un beso en la frente. Una aprobación. Una bendición. Después recoge la lámpara y se dirige con paso vacilante hacia la puerta, el vigilante, el cuidador, el que no descansa ni se fatiga, ni flaquea. Se apoya en la puerta abierta, de cara a la noche, y el cielo sobre él arde con la luz fría de diez mil piras que marcan el paso del tiempo que se acaba.

—Huye —lo oigo decir, aunque creo que no habla conmigo—. Huye.

El octavo día, el helicóptero vuelve a por nosotros. Permito que Navaja me ayude a ponerme la ropa, pero aparte de un par de costillas doloridas y de notar las piernas débiles, las doce matrices conocidas en su conjunto como Hacha están completamente operativas. Se me ha curado del todo la cara; ni siquiera me queda cicatriz. En el camino de vuelta a la base, Navaja se sienta frente a mí y contempla el suelo; solo alza la cabeza una vez para mirarme. «Huye —me pide moviendo los labios en silencio—. Huye».

Tierra blanca, río oscuro, el helicóptero se inclina bruscamente y desciende en picado hacia la torre de control del campo de aviación, lo bastante cerca como para permitirme ver una figura alta y solitaria detrás de las ventanas tintadas. Aterrizamos en el mismo lugar del que partimos, otro círculo completo, y Navaja me pone una mano en el codo para guiarme al interior de la torre. Mientras subimos a lo más alto, me coge la mano durante un segundo.

—Sé qué es lo que importa —dice.

Vosch está de pie en la otra punta de la sala, de espaldas a nosotros, aunque veo su rostro reflejado a media luz en el cristal. A su lado hay un recluta corpulento con un fusil pegado al pecho y el aspecto desesperado de alguien que cuelga del cordón de un zapato sobre un desfiladero de veinte kilómetros de profundidad. Sentado al lado del recluta, vestida con el mono blanco reglamentario, está la razón por la que sigo aquí: mi víctima, mi cruz, mi responsabilidad.

Tacita empieza a levantarse cuando me ve. El recluta fornido le pone una mano en el hombro y la empuja hacia atrás. Sacudo la cabeza y muevo los labios para pedirle a la niña que no se mueva.

La habitación está en silencio. Navaja está a mi derecha, de pie, algo detrás de mí. No lo veo, aunque está tan cerca que sí lo oigo respirar.

—Bueno —dice Vosch a modo de preludio—, ¿has resuelto el acertijo de las rocas?

—Sí.

En el cristal oscuro veo que esboza una tensa sonrisa.

—¿Y?

—Lanzar una roca muy grande iría en contra del objetivo.

—¿Y cuál es el objetivo?

—Que alguien sobreviva.

—Eso genera otra pregunta. Puedes hacerlo mejor.

—Podríais habernos matado a todos, pero no lo habéis hecho. Estáis quemando la aldea para salvarla.



—Un salvador, ¿eso es lo que soy? —Se vuelve para mirarme—. Concreta tu respuesta. ¿Debe ser todo o nada? Si el objetivo es salvar la aldea de los aldeanos, una roca más pequeña habría logrado el mismo resultado. ¿Por qué una serie de ataques? ¿Por qué las tretas y los ardidés? ¿Por qué diseñar marionetas engañosas como Evan Walker? Una roca es algo mucho más sencillo y directo.

—No estoy segura —confieso—, pero creo que tiene que ver con la suerte.

Se me queda mirando un buen rato. Después asiente. Parece complacido.

—¿Qué pasa ahora, Marika?

—Me llevas hasta su última ubicación conocida —respondo—. Me sueltas para seguirlo. Es una anomalía, un defecto del sistema que no puede tolerarse.

—¿En serio? ¿Y cómo va una pobre marioneta humana a suponer un peligro?

—Se ha enamorado, y el amor es la única debilidad.

—¿Por qué?

A mi lado, el aliento de Navaja. Ante mí, el rostro alzado de Tacita.

—Porque el amor es irracional —le digo a Vosch—, no sigue ninguna norma. Ni siquiera las suyas. El amor es lo único impredecible en todo el universo.

—Con todos mis respetos, debo disentir contigo en ese punto —responde Vosch, mientras mira a Tacita—. La trayectoria del amor es completamente predecible.

Da un paso adelante, se cierne sobre mí, un coloso hecho de carne y hueso con ojos claros como un lago de montaña que me perforan hasta llegar al fondo de mi alma.

—¿Por qué iba yo a querer que lo localizaras a él o a cualquier otro?

—Has perdido los teledirigidos que lo supervisan a él y a todos los que son como él. Está fuera de control. No sabe la verdad, pero sí sabe lo suficiente como para provocar graves daños si no lo detienes.

Vosch alza una mano. Doy un respingo, pero me apoya la mano en el hombro y lo aprieta con fuerza, con el rostro radiante de satisfacción.

—Muy bien, Marika. Muy, muy bien.

Y, a mi lado, Navaja susurra:

—Huye.

Su pistola estalla junto a mi oído. Vosch retrocede hacia la ventana, aunque no es él quien ha recibido el disparo. El recluta fornido se pone de rodillas y apoya la culata del fusil en el hombro, pero tampoco le ha dado a él.

El blanco de Navaja era la cosa más pequeña que es la suma de todas las cosas, su bala es la espada que corta la cadena que me ata.

El impacto lanza a Tacita de espaldas. Se golpea la cabeza contra el mostrador que tiene detrás; agita en el aire sus bracitos de alambre. Me giro a toda velocidad hacia la derecha, hacia Navaja, a tiempo de verle el pecho abierto por la bala del recluta.

Cae de cara, y yo levanto los brazos por instinto, pero él cae demasiado

deprisa. No lo alcanzo.

Y alza los ojos, sus cálidos y profundos ojos, hacia los míos, al final de la trayectoria que Vosch no ha logrado predecir.

—Eres libre —me susurra Alex—. Huye.

El recluta gira el fusil hacia mí. Vosch se coloca entre nosotros con un grito gutural de furia.

El nodo dispara la matriz muscular cuando salgo corriendo hacia las ventanas que dan al campo de aviación y doy un salto de dos metros mientras giro el hombro derecho hacia el cristal.

Y después estoy fuera y caigo, caigo, caigo.

«Eres libre» .

Caigo.

## VIII

### LA COCHINCHINA

Cubiertos de cenizas y polvo, cinco fantasmas grises ocupaban el bosque al alba.

Megan y Sam por fin se habían dormido, aunque más que dormirse se habían desmayado. Ella tenía a Oso aferrado contra el pecho. « Yo siempre voy donde hay alguien que me necesita », me dijo Oso.

Ben estaba contemplando la salida del sol con el fusil en el regazo, en silencio, bien envuelto en ira y pena, pero sobre todo en pena. Dumbo, el más práctico, rebuscando comida en su mochila. Y yo, también bien envuelta en ira y pena, pero sobre todo en ira. Hola y adiós. Hola y adiós. ¿Cuántas veces tengo que revivir este círculo? No era difícil averiguar lo que había pasado; simplemente, era imposible entenderlo. Evan encontró la bolsa que había soltado Sam y, con su último aliento (literalmente), voló por los aires con Grace en una nube verde lima. Y ese era el plan de Evan desde el principio, el plan idealista y sacrificado de aquel cabrón de híbrido alienígena.

Dumbo se me acercó para preguntarme si quería que le echara un vistazo a mi nariz. Repuse que, para mí, se veía con claridad desde varios kilómetros a la redonda. Se rio.

—Échale un vistazo a Ben —le pedí.

—No me deja —respondió.

—Bueno, tu magia no sirve para curar su verdadera herida, Dumbo.

Él fue quien lo oyó primero (¿por el tamaño de sus orejas?); levantó la cabeza para mirar por encima de mi hombro hacia los árboles: el crujido del suelo helado al romperse y el de las hojas al aplastarlas. Me levanté y apunté con el fusil hacia el sonido. Entre las oscuras sombras se movía una sombra más clara. ¿Un superviviente del helicóptero que nos había seguido hasta aquí? ¿Otro Evan o Grace, un Silenciador que nos había encontrado en su territorio? No, no podía ser. A un Silenciador no lo pillaríamos ni de coña caminando por el bosque con el sigilo de un elefante en una cacharrería.

La sombra alzó los brazos y supe, lo supe antes de oír mi nombre, que me había encontrado de nuevo, que había cumplido la promesa que no podía hacer, la que le había marcado con mi sangre y la que él me había marcado con sus lágrimas; un Silenciador, si, mi Silenciador, caminando hacia mí, dando traspies a la imposible luz pura de un alba de invierno que ya prometía primavera.

Le pasé mi fusil a Dumbo. Lo dejé allí. La luz dorada, los árboles oscuros relucientes de hielo y la forma en que el aire huele en las mañanas frías. Las cosas que dejamos atrás y las cosas que nunca nos dejan. El mundo acabó una vez. Acabará de nuevo. El mundo se acaba y después regresa. El mundo siempre regresa.

Me detuve unos pasos antes de llegar hasta él. Él también se detuvo, y nos contemplamos a través de una distancia más grande que el universo, dentro de un espacio más delgado que el filo de una navaja.

—Tengo la nariz rota —le dije.

Puñetero Dumbo, me había cohibido con el tema.

—Tengo el tobillo roto.

—Entonces, deja que me acerque yo.

## AGRADECIMIENTOS

Al iniciarlo, no era consciente del precio que tendría que pagar por este proyecto. Uno de mis defectos como escritor (uno de muchos, está claro) es que tiendo a meterme demasiado en los mundos interiores de mis personajes. No hago caso del sabio consejo de permanecer por encima del conflicto, de ser tan indiferente como los dioses ante el sufrimiento de mi creación. Cuando se escribe una historia larga que ocupa tres volúmenes y que trata sobre el fin del mundo tal y como lo conocemos, seguramente lo mejor es no tomarse las cosas demasiado en serio. De lo contrario, tienes garantizadas unas cuantas noches oscuras para el alma, además de fatiga, malestar, cambios de humor inapropiados, hipocondría, ataques de llanto y cabreos pueriles. Uno termina por convencerse a sí mismo (y también a los demás) de que actuar como un niño de cuatro años que llora porque no ha conseguido el regalo que quería por Navidad es completamente normal, aunque, en el fondo, sabe que está siendo poco sincero. En el fondo sabe que, cuando el reloj se pare y el tiempo se acabe, deberá algo más que agradecimientos; también tendrá que pedir disculpas.

A la buena gente de Putnam, sobre todo a Don Weisberg, Jennifer Besser y Ari Lewin: perdonadme por irme por las ramas, por tomarme a mí mismo y a mis libros demasiado en serio, por culpar a otros de mis propios defectos, por atascarme en las lodosas trincheras de dilemas imposibles que creaba yo mismo. Habéis sido generosos y pacientes, y me habéis apoyado hasta lo indecible.

A mi agente, Brian DeFiore: hace diez años no tenías ni idea de dónde te estabas metiendo. Para serte sincero, yo tampoco, pero gracias por aguantar ahí. Se agradece saber que hay una persona a la que puedo llamar en cualquier momento para gritarle sin motivo alguno.

A mi hijo, Jake: gracias por responder siempre a mis mensajes y por no perder los nervios cuando los perdía yo. Gracias por saber interpretar mis estados de ánimo y perdonarlos incluso cuando no los entendías. Gracias por inspirarme, por animarme y por defenderme siempre de la mala gente. Y gracias por soportar bastante bien la costumbre de tu padre de introducir en las conversaciones citas misteriosas de libros que no has leído y de películas que no has visto.

Por último, a Sandy, mi mujer desde hace casi veinte años, que supo ver el sueño que su marido necesitaba alcanzar y que comprendió mejor que él cómo hacerlo realidad: cariño, me has enseñado a ser valiente ante las perspectivas aciagas y la pérdida incalculable. Me has enseñado a tener fe ante la desesperación, valor en los momentos de caos más oscuros, paciencia cuando acecha el pánico del tiempo perdido y el esfuerzo malgastado. Perdóname por

las horas de silencio que has soportado, por la ira incoherente y la desesperación, por los inexplicables cambios de ánimo, de la euforia (« ¡soy un genio!» ) a la angustia (« ¡soy una mierda!» ). Soy el único imbécil al que te he visto soportar de buena gana. Vacaciones estropeadas, obligaciones olvidadas, preguntas no escuchadas. No hay nada más doloroso que la soledad de estar con alguien que no está nunca del todo contigo. He contraído una deuda que nunca podré saldar, aunque prometo que lo intentaré. Porque, al final, sin amor, nuestros esfuerzos no sirven de nada, todo lo hacemos en vano.

*Vincit qui patitur.*



RICK YANCEY. Es autor de trece novelas y una memoria. Sus libros han sido publicados en más de veinte idiomas y han ganado numerosos premios alrededor del mundo. Su novela para jóvenes, *The Extraordinary Adventures of Alfred Kropp*, fue llamada el «*Best Book of the Year*» por el *Publishers Weekly* y fue nominada por la *Carnegie Medal*. En 2010, Rick recibió el *Michael L. Printz Honor* por *The Monstrumologist*. La secuela, *The Curse of the Wendigo*, fue finalista para *Los Angeles Times Book Prize*. Su última novela, *La quinta ola*, el primer libro de una trilogía de ciencia ficción épica, hizo su estreno mundial en 2013, y pronto será llevada a la pantalla grande por GK Films y Sony Pictures.